

Te presto mi Voz

Cristina Pernas

Soy Pétrola, la Escriba
En un mundo involucionado, aunque
avanzado para quien ejerce el control,
huyo preservando nuestra memoria
para denunciar un régimen de terror

Ganadora
IV Premio Somnium



Te presto mi Voz

Te presto mi Voz

Cristina Pernas

Cristina Pernas

Soy Petrola, la Escrita
En un mundo involucionado, aunque
avanzado para quien ejerce el control,
huyo preservando nuestra memoria
para denunciar un régimen de terror

196

Ganadora
IV Premio Somnium



Novela ganadora del IV Premio Somnium

Ciencia Ficción y Fantasía - 67



Te presto mi voz

Primera Edición, mayo de 2018

© Libros Mablaz: Madrid, 2018

Ricardo Muñoz Fajardo

www.librosmablaz.com

© Cristina Pernas

Blogs:

Editorial Libros Mablaz

<http://editoriallibrosmablazycienciaficcio.blogspot.com.es/>

Ciencia ficción y fantasía en Libros Mablaz:

<http://mablazlibros.blogspot.com.es/>

Introducción a las obras de Libros Mablaz:

<http://librosmablazextractos.blogspot.com.es/>

Libros Mablaz en Facebook:

<https://www.facebook.com/groups/530547690292189/>

Tu Librería en Casa:

<https://www.facebook.com/TuLibreriaEnCasa>

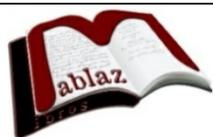
Librería Crisis–Neogénesis:

http://www.todocoleccion.net/neog%C3%A9nesis_vendedorTC

Diseño de Cubiertas: Mari Carmen López

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.

ISBN: 978-84-948241-9-7
Depósito Legal: M-10241-2018
Libros Mablaz - 196



TE PRESTO MI VOZ

Cristina Pernas



**Quiero dedicar esta novela a mi tío,
que no está ya conmigo,
Una de esas personas memorables
que no puedo evitar recordar sino es
con una sonrisa en el corazón.
Para ti, por ti**

PRÓLOGO.

LA HISTORIA QUE SE REPITE

Algunos sostendrán que la costumbre se hereda tras años y años de repetición, pues invocamos palabras, usos o estilos dándolos por buenos sin reparo alguno. Un paso nos lleva a otro y ese a construir nuestra memoria sobre esos retazos, que acaban abandonando su apariencia consciente para formar parte de nuestro acervo. Pero, ¿qué ocurriría si nuestro mundo se construyese sobre mentiras? ¿Y si estuviésemos caminando sobre faltas y resbalones? ¿Cuántos seríamos capaces de olvidar el discurso de muchos para ser fieles a nuestra conciencia? Supongo que pocos, siempre será más fácil permanecer cobijados bajo la sombra de la tradición, de la rutina o del hastío. Además es bien cierto que, de hacerlo, mientras nosotros discutimos largo y tendido sobre ello, otros sufrirían por nuestra parálisis.

El tiempo tiene muchos hijos, la historia del hombre, los sueños que nos inspiran y la esquiva verdad que poco a poco sale a la luz. Porque la historia se repetirá si... “olvidamos que el día del hombre es breve, renunciamos al habla sencilla y desaprovechamos nuestro momento que siempre será aquí y ahora, obviando de esa manera que en el arte de la guerra que viste la existencia que vivimos, la inteligencia, disciplina y coraje deben ir inevitablemente unidos a la honradez y humanidad.” Todo esto es lo que pondrá a prueba a los personajes de este libro, para los que rigen tiempos de cambio. Situaciones, historias y verdades que les obligarán a cuestionárselo todo, incluso lo que ata sus pies a la gravita tierra. Todos ellos iniciarán un viaje transformador que reescribirá sus vidas, otorgando a cada uno su lugar y papel protagonista. Pero que también sumirá a algunos en las sombras y cloacas de su alma, pues es difícil defender la inocencia cuando no se ha tenido la oportunidad de pecar.

Nos trasladamos a una época ficticia en un futuro incierto, tras la Gran Guerra, cuando el hombre aprende a vivir de nuevo y renace de la Edad Oscura en la que le sumió su incapacidad para entender que aquel pueblo que ignora su historia y no aprende sus lecciones, la leerá con sufrimiento ya que está condenado a repetirla. Error recurrente que padecemos. ¿O quizás no sea así y esta pueda reescribirse? Volver a empezar. Continuar nuestra novela

inacabada.

**PRIMERA PARTE:
TE PRESTO MI VOZ**



1. Tlacuilo, pintor de corazón amortajado

Te presto mi voz, mi alma te rodea,

haces tuyos mis pensamientos...

Dicen que cada palabra encierra un espíritu que es liberado cuando esta se pronuncia. Yo puedo aseguraros que es cierto, trabajo con ellas, las moldeo, estiro, disfrazo y después olvido. He liberado miles sino millones de esencias y sé que tarde o temprano todas ellas me cobrarán un peaje.

Pertenezco a un antiguo linaje, no por derecho, sino de hecho, por designio del caprichoso destino que cruzó mi camino con el de Anne. Somos el último reducto de la escritura que queda en el mundo. Escribas nos llaman.

¡Escribas! Se equivocan, todos yerran. Un escriba en la Antigüedad, era un copista que preservaba las sagradas escrituras, transcribía libros e incluso ejercía de doctor y guardián de la ley. Nosotros somos creadores vendidos al mejor postor. Un escriba era respetado mientras que nosotros nada tenemos de grandes o rabíes, permanecemos en el anonimato y nunca obtenemos reconocimiento alguno. Ni siquiera podemos establecer contacto con los *dominus*, así es como llamamos a nuestros clientes. De hecho, únicamente en casos excepcionales, como con las grandes corporaciones, prestamos servicio directamente en sus instalaciones. Y siempre con la máxima discreción, sin exponernos a la luz, como si pudiésemos camuflarnos en el ambiente y desaparecer ante vuestros ojos.

Trabajamos bajo una férrea supervisión, siguiendo códigos estrictos de seguridad y confidencialidad. La razón es que manejamos secretos inconfesables, faltas y máculas de muchos de vosotros. Esos pedazos incandescentes que se arrojan fuera del corazón para que la vida continúe mientras nosotros podemos seguir mirándonos cada día en el espejo. Un autoengaño que oculta historias que nunca deberían ver la luz porque reverdecen mejor en la oscuridad. Nosotros las conocemos y custodiamos, esa es nuestra ley eterna, la que reúne todos los primeros principios y los secundarios. Yo la quebranté y es cuestión de tiempo que lo averigüen.

Jamás percibidos por el ojo. Somos la sombra más oscura, la umbra. Así permaneceremos. Esta es nuestra ley eterna, la que está impresa en todo escriba. Es nuestra ley natural. A veces también somos portadores de buenas noticias, nacimientos, reencuentros y redenciones. Pero, ¿para qué mentir?, esos mensajes son escasos y con frecuencia nos vemos obligados a poner voz a mentirosos, manipuladores, pecadores o idiotas que encuentran en nuestros servicios una herramienta muy útil para sobrevivir. Con esos trabajos me

siento como un falso tlacuilo, un mal pintor de corazón amortajado, que engaña y desfigura el rostro de las palabras dando muerte a su color y belleza. Y es que desde que Anne y el Maestro me mostraron su mundo, los libros se han convertido en el centro de gravedad de mi fría y solitaria existencia. Por eso siento que, de alguna manera, en muchos de mis trabajos traiciono aquello en lo que creo, lo que soy.

Como unos pocos privilegiados, disfruto al acariciar esas páginas de papel de viejos libros, que encierran en pequeñas moléculas de celulosa, esperanza, historia y sentimientos. Lo que en nuestro tiempo forma parte ya de la leyenda de un mundo anterior, primitivo y lejano. Amo la poesía, las novelas, los ensayos... Prácticamente devoro y memorizo cualquier libro o escrito que cae en mis manos. Al principio me asustaba la facilidad que tenía para evocar frases o párrafos, pero más tarde esa habilidad se convirtió en una asociación automática natural, una parte más de mí.

Como el hecho de que, a su vez, sea incapaz de recordar experiencias, sensaciones o vivencias que desaparecen sin dejar rastro alguno en mi memoria. Anne y el Maestro me ayudaron a cubrir mis lagunas ideando un sencillo plan. Asociar palabras o fechas a cada evento específico de forma que pudiera rescatarlos con una facilidad casi obsesiva. Mi pasado es un calendario tejido de números, códigos, fechas y palabras. Estas lo son todo para mí, pero también las temo. He visto su reflejo. He visto su oscuridad. Al igual que una inocua materia prima como la celulosa dio origen al arcaico papel, también fue utilizada por los antiguos para fabricar explosivos, como una palabra que puede llegar a ser tan dañina como el arma más certera.

En cuanto a mi rutina, no tiene nada de especial. Cada mañana me dirijo al *scriptorium*, una dependencia común en la que cada escriba tiene asignado un espacio. Su enorme planta es rectangular, un único pasillo con varios anexos, donde se disponen las mesas a lo largo de las paredes. No se comunica con el resto del complejo y se accede a él a través de dos corredores opuestos que confluyen en la entrada del mismo. Tiene cuatro grandes arcos, dos a cada lado que dan al mar y al vacío. Al fondo, un portón se abre al jardín.

Si hortum in bibliotheca habes, deerit nihil^[1], reza encima del mismo, frase del filósofo Cicerón que Anne me leía siendo una niña cada vez que me llevaba a visitar al Maestro y paseábamos con él por ese jardín.

Las columnas se disponen por todo el conjunto en quincunce^[2]. De hecho, si se contemplase desde arriba, podría verse que el *scriptorium* tiene

su planta distribuida de la misma forma, pero alargándose para dar cabida al gran número de escribas que acoge. Con una torre central, más cuatro atalayas menores en las esquinas, que siempre permanecen cerradas. Nadie salvo los ayos, el Maestro y el *armarius* conocen su contenido. Este último es el director del *scriptorium* y su función es la de proveernos de todo lo necesario para realizar nuestro trabajo, aunque las malas lenguas dicen que también alimenta las almas de otros deseos más mundanos. Su poder no termina ahí, porque tiene potestad para denegarnos el acceso a libros, documentación o datos restringidos por los ayos o los agregados. Eso es lo que dice él, pero sospecho que sus permisos son demasiado arbitrarios y forman parte de sus servicios complementarios. Nunca he tenido problemas con Solomón, así es como se hace llamar, y siguiendo los consejos de Anne me mantengo alejada de él. Mas no me fío, nunca podría confiar en una persona que hace tantos esfuerzos para no llamar la atención, para no sobresalir y destacar. Sigue el camino común por el que va la mayoría, pero no lo hace por prudencia, ni por un deseo de encajar con la opinión de los demás, sino por mera ocultación. Es una persona oscura y su sola presencia me produce escalofríos.

Yo no trabajo allí porque prefiero hacerlo en soledad, aislada como un preso en su celda. Siempre soy de las primeras en llegar para poder seleccionar los trabajos, aunque he de reconocer que mis escritos tienen cierta fama y tengo una extensa cartera de *dominus* que solicitan mis servicios directamente.

Lo hacen bajo el único código que conocen de mí... ¡Pétrola, mi nombre! Escribo de todo, desde reclamaciones administrativas, legales e instancias oficiales hasta felicitaciones, homenajes, recuerdos póstumos o cartas personales.

No suelo pasar mucho tiempo en la Gran Sala, lo necesario para recoger mis *cuaterniones*, unos cuadernillos con el *planning* de trabajo que debo cumplimentar diariamente. Muchos escribas se quejan de esta tarea, porque esa información ya está almacenada en cada escritorio y la consideran innecesaria. Pero es un ritual dictado por el Maestro, que trata de preservar así la escritura. Nosotros somos los últimos que dominamos esa expresión tan humana que trasmite la información de un modo gráfico. Nadie escribe o lee porque nadie necesita hacerlo. Nadie sabe hacerlo. Son muchas generaciones las que llevan viviendo en el desconocimiento total de este gran tesoro. En nuestro virtualizado mundo, todas las comunicaciones son orales. Los

ejércitos de palabras baldíos pueblan nuestros días, como ecos que se pierden porque nadie cree ya en ellas. Todos las ofenden con sus máculas en un mundo exterior salvaje y embrutecido, donde el hombre vive apático sin organización alguna, ni honor. Únicamente los agregados tratan de poner orden en esa gran masa indolente en la que se ha convertido nuestra sociedad, que cede su voluntad sin resistencia alguna, con gratitud infinita a unos líderes opacos que nacieron servidores pero acabaron transformándose en amos.

Anne siempre me recuerda que nuestros dirigentes no son sino un cementerio de viejas elites que se van despedazando unas a otras para controlar el poder y mantener el orden establecido. Quiere que tenga claro que nosotros formamos parte de este sistema y en cierta forma ayudamos a entronar a estos falsos líderes. De hecho, nuestros escritos, que no todo el mundo puede permitirse, son las únicas evidencias físicas que se guardan de acuerdos, tratados, juicios y operaciones comerciales. Nadie almacena nada en los grandes bancos de datos, desde los que antaño se controlaba todo porque fueron asaltados tantas veces por *hackers* y *crackers*, que la gente dejó de utilizarlos. Los centros de procesamiento de datos fueron cerrados y el almacenamiento en la nube se transformó en entornos corporativos aislados que protegen mejor la información, reservando las redes estrictamente para las comunicaciones. Con todo, realidad y ficción, lo virtual y lo material, se entremezclan de tal manera en nuestros días que nuestras coordenadas de espacio y tiempo nada tienen que ver con las de los hombres que escribieron los libros que atesoramos en el *scriptorium*.

No sería justo decir que todo sea trabajar. De vez en cuando, Anne me envía un mensaje y la visito en su escritorio que se encuentra en la última planta, que pertenece a los ayos y agregados, los únicos que pueden salir de la fortaleza y los que se encargan dentro de la misma de instruir desde muy pequeños a todos los escribas. El acceso a su sección está restringido, pero mi casi hermana me confió el código de su puerta cuando era una niña, de manera que me teletransporto con facilidad hasta allí. Hay otras formas de acceder, como a través de los pasajes del viejo recinto. Escaleras, recovecos, quiebros, criptas y salas abovedadas que se suceden en un interminable protocolo de bajada hacia el *scriptorium*, desembocando en el corredor situado a la derecha. Este siempre está sellado y nadie lo usa, porque todos accedemos y salimos por el de la izquierda. Pese al gran número de escribas que somos, esto no supone ningún problema, ya que podemos trasladarnos de

un sitio a otro a través de los *heikes*, los transportadores, sin tener que pisar el espacio exterior al *scriptorium* o al *hemaka* donde vivimos. Curioso nombre este último para el sitio en el que uno mora y pasa sus días, el de la tumba en la que fue encontrado el papiro más antiguo que conservamos.

Hago un breve repaso de mi escritorio y suspiro con preocupación. A veces estas cuatro paredes me asfixian y me siento encerrada como aquel faraón, Den, que fue enterrado en esa necrópolis. Porque en pocas ocasiones he abandonado los jardines del centro, salvo para acudir a reuniones del Consejo o visitar el ágora de la ciudad, siempre con Anne.

Como sobrina del Maestro también disfruto de algunos privilegios, como acceder a la Alejandría, que se divide en una biblioteca virtual y otra mayor que contiene libros y documentos físicos, asistir a las juntas o acompañar a Anne a las entrevistas cuando algún *dominus* importante requiere nuestros servicios. Pero, sin duda, el mayor de mis privilegios radica en que mi escritorio es uno de los más amplios, está en una de las mejores zonas y dispone de jardín propio. Ese es el lado amable de todo, porque también lidio con la enemistad de muchos compañeros y de algunos de los ayo. Ser la descendiente del superior no es fácil, más aún cuando se guarda un gran secreto que, de hacerse público, daría las herramientas necesarias a todos nuestros enemigos para hacernos desaparecer. Nadie osa tocarnos a Anne y a mí, pero muchos ansían ocupar nuestro lugar.

Aún no me he detenido a relatar cómo se unió mi destino con el de los que ahora considero mi única familia. Ocurrió hace mucho tiempo, cuando Anne regresaba de una de las juntas del Consejo. Nuestra orden mantiene en él un lugar ejecutivo, dado que cada uno de los organismos de gobierno de las ciudades cuenta con un ayo asignado que interpreta las comunicaciones, información y escritos que se reciben.

Anne tenía en aquel entonces quince años y había acudido junto al Maestro a esa reunión. Lo que no era usual porque Bastian nunca abandonaba su escritorio, pero la ocasión lo requería. Tras la revuelta del *bazaar* y la disolución del antiguo gobierno, estaba en juego la elección de la presidencia del Consejo y cada miembro debía proponer a su candidato. Había cierto malestar entre los agregados del Comité Superior, porque era un secreto a voces que la gran mayoría veían al Maestro como nuestro líder natural. Circunstancia que nunca se había producido, ya que ese cargo siempre había sido detentado tradicionalmente por hombres de ciencia o militares.

Para sorpresa de todos, mi tío declinó el ofrecimiento pero propuso

para el mismo a su amigo y mano derecha, Iaakov. El auditorio aceptó su propuesta, pero hubo airadas protestas de los cargos salientes. Incluso algunos simpatizantes de esta facción sabotearon nuestro *heike* central, por lo que tuvieron que hacer el trayecto de regreso al *scriptorium* a pie. Anne me escuchó llorar y me encontró abandonada en una de las *estoas*^[3], a los pies de una columna, envuelta en mantas y ropa sucia.

Sí, no nací en el *Hemaka*, no sé quién soy ni cuál es mi origen. Mi historia comienza en el preciso momento en el que Anne me recogió y me convertí en Pétrola.

Circunstancia que únicamente conoce el Maestro, que contraviniendo todas nuestras leyes, me presentó a todos como su sobrina y me dejó permanecer junto a ellos para formarme como una escriba más. Iaakov y los demás ayos estaban demasiado ocupados con lo ocurrido en el Consejo como para poner en duda su palabra. Nadie preguntó nada y sin más pasé a tener una familia y un hogar. Cada día agradezco la fortuna que tuve al encontrarlos y, mucho más, cuando me invaden la angustia y el miedo como hoy. Llevo semanas percibiendo que algo va mal, por primera vez me cuesta escribir y cada vez se hace más clara la precognición de que el final se acerca.

Está ocurriendo de nuevo, mi pulso se acelera. Cierro los ojos y trato de concentrarme para controlar mi respiración. Es inútil, todo se tiñe de amarillo y ese número ocupa mi mente. Visualizo el 7. Me siento impotente, pero no porque de forma sistemática asocie colores, sonidos, palabras e incluso sabores. Por ejemplo, percibo la letra «a» con el rojo intenso, la «zeta» con el grafito y las superficies cálidas me evocan sabores salados. Más todas esas asociaciones habían sido hasta ahora correspondencias involuntarias, que no conseguía controlar porque no seguían patrón alguno. Sin embargo, algo ha cambiado, desde hace unas semanas, ese número me persigue allá donde vaya y sigo sin poder descifrar la razón. Soy capaz de rescatar los detalles más insignificantes de multitud de recuerdos, como el día, la hora, el tiempo que hacía, la música que sonaba, pero no sé cuál es el significado que debo dar a ese número. Es como si mi cerebro tuviese interferencias, mezclando sensaciones, sentidos y recuerdos a su antojo, y millones de neuronas tratasen de decirme algo bajo la forma de un mensaje cifrado. Suspiro y por primera vez en mi vida no encuentro las palabras adecuadas.

Abro bien los ojos, lo mejor será sumergirme en el trabajo, quizás eso logre desviar mi atención hacia otra cosa. Hago un repaso de los últimos

envíos y me doy cuenta de que tengo un escrito atrasado. Lo intentaré, mas sé que será difícil que consiga escribir. Un escriba experimentado de orden legal 1 como yo puede completar al día *cuaternarios* con dos o tres peticiones. Conozco bien mi oficio y pongo mi inteligencia y vasto conocimiento de nuestra sociedad, sus costumbres, organismos, deberes y leyes al servicio de cada *dominus*, pero con este tipo de escritos es diferente. Pocos escribas pueden ejecutarlos y yo soy una de ellos. De ahí procede en parte mi fama, aunque en días como hoy no sé si está justificada. Son mensajes que no hablan de trámites, leyes o disputas administrativas y comerciales, sino de personas y sentimientos.

Doy una palmada y un cálamo se despliega en la pantalla del escritorio, hoy trabajaré al dictado y después lo transcribiré todo con la *penna* sobre papel. Esos son mis útiles básicos de trabajo. Los cálamos no son sino archivos que tienen forma de estuche y que controlo con el dispositivo que llevo en la muñeca, lo que me permite escribir en cualquier lugar, aunque casi siempre lo haga en el jardín o en el porche de mi escritorio. Después la *penna*, con la que dicto lo que deseo en la pantalla y que también tiene un modo manual para anotarlo después sobre el papel. El *cultellum*, un pequeño puntero con el que elimino o corrijo las erratas y partes del texto que no pasan el examen final antes del envío. Y el *atramentum*, el significado de esta sonora palabra es literalmente el de tinta, pero en realidad sirve para añadir el audio, las imágenes y la música a los mensajes. Lo utilizo para incluir mi voz y dar los últimos retoques, sobre todo a los escritos personales.

Desisto, imposible concentrarme... ¡Qué bien me vendría ahora mismo el consejo de Anne! Pero sé que no debo involucrarla en esto. El dispositivo de mi muñeca se enciende tiñéndose de rojo, de alarma. Alguien está tratando de entrar por la fuerza.

Siento miedo, cierro el cálamo en el que no había llegado a grabar nada y guardo mis cosas en la mochila. La prudencia o quizás la certeza de saber que me han descubierto me hacen coger la ropa que Anne me hace guardar por si algún día tengo alguna urgencia. Siempre tan organizada y precavida, todo lo contrario a mí.

Envuelvo con ella cuidadosamente mi bitácora y la guardo en la mochila. Todos los escribas tenemos un libro personal del que nunca nos separamos, este recoge nuestro historial, libros, escritos que hemos realizado, envíos y las comunicaciones en los puntos de encuentro con los *dominus*. En definitiva, todo lo que hacemos, todo lo que somos.

Meto el *cultellum* en uno de los bolsillos de la cazadora, en esta ocasión tendré que utilizarlo. Uno de los trucos que he aprendido de Anne es a utilizarlo para borrar mis desplazamientos de la memoria de los *heikes*. Y en este último viaje no se trata de hacer una pequeña excursión al ágora de la ciudad, sino de desaparecer. Para eso debo eliminar mi rastro.

Escucho pasos que se acercan a la puerta. No queda tiempo. Antes de abandonarlo, doy un último repaso a mi escritorio, a mi hogar. Introduzco el código de destino y me coloco en posición. Golpean la puerta, las manos me tiemblan y no sé si tendré valor para accionar el *heike*. Siento un escalofrío y recuerdo el colgante que escondo en el jardín, el único objeto que conservo de mi vida anterior. Retiro torpemente las piedras y lo rescato del olvido. Dejo todo como se encontraba, me incorporo y un fuerte ruido hace que me gire, han conseguido derribar la puerta. Mi garganta se tensa. Siento un dolor insoportable intentando contener el llanto. No quiero dejar mi vida atrás pero debo huir. Volveré donde se inició todo, fuera del *hemaka*, muy lejos de la protección de Anne y del Maestro. Acciono mi *heike*, ya no hay marcha atrás.

2. El Señor de la Tormenta

Si alguno se lleva este libro, que lo pague con la muerte, que se fría en una sartén, que lo ataquen la epilepsia y las fiebres; que lo descoynten en la rueda y lo cuelguen.

Códice medieval

El aire es caliente y húmedo. *Notus* sopla con fuerza desecando la tierra a su paso y eso solo puede significar una cosa. Observo la montaña y el cielo que antes era de un azul nítido y luminoso se ha cubierto de nubes blancas que crecen rápidamente, al mismo ritmo que su blanco immaculado se tiñe de negro. El viento testarudo choca contra la cordillera y asciende a gran velocidad, ligero y furioso.

Aprieto el paso al notar que los cumulonimbos ya cubren el horizonte y la lluvia no tardará en aparecer. Sé que en pocos minutos el Señor de la Tormenta descargará con fuerza. El fin del verano se acerca.

El río Yulia está delante de mí, debo alcanzarlo antes de que el relámpago continuo comience a resplandecer. Después ya será demasiado peligroso cruzar por allí. De niño lo contemplaba en las noches de tormenta iluminando el cielo durante horas y resonando con el eco de las montañas. Como si la bóveda celeste se quebrase sobre mi cabeza y poderosas corrientes eléctricas azotasen la superficie. No tenía miedo, sabía que el Señor de la Tormenta era un faro que iluminaba desde las alturas nuestra noche. Hasta sesenta descargas por minuto llegué a contar agarrado a las faldas de Bella. Una exhibición que podía durar horas y que no dejaba de mirar hasta que acababa rendido y me dormía entre sus brazos.

Ella ha sido siempre mi centro, la única que ha conseguido apartarme de la oscuridad. Al igual que la base de la nube es atraída por la carga de la

tierra, como fuerzas abocadas al caos y a la destrucción, yo siempre camino en el filo de la navaja.

Abandono mis cavilaciones, no puedo entretenerme. La lluvia me golpea en la cara. No tengo tiempo. La descarga de relámpagos se acerca.

Siempre he sido una persona emocional, para mí la única ley es la que dicta mi instinto. No busco razones, las siento, las percibo... Y sé que este mensaje que llevo cambiará el rumbo de todo. El sudor frío, las palpitaciones y la presión que noto son para mí pruebas suficientes de ello. No me gusta esta sensación de inquietud, hace que mi mente disperse energía tratando de resolver asuntos ahora totalmente irrelevantes.

Debo focalizar todos mis recursos en atravesar ese río y abandonar esta yerma conversación conmigo mismo que no me llevará a ningún sitio. Debo concentrarme.

Me muerdo los labios y mi cuello se tensa cuando siento las frías aguas del Yulia.

Todo mi cuerpo se prepara, porque la única función importante es la supervivencia.

Asgo la vara de madera con fuerza y la coloco oponiendo resistencia a la fuerte corriente. Doy unos tímidos pasos antes de apoyar con fuerza el pie, tentativas para comprobar el fondo que han salvado la vida de muchos. Avanzo despacio en diagonal y manteniendo siempre dos puntos de contacto con el lecho del río. Evito mirar el fondo buscando mantener así el equilibrio. Mis pies se topan con una roca sumergida, desestimo el impulso de levantarla y moverla. Finalmente modifico mi trayectoria para salvarla. Combato con la furia del viento dándole parcialmente la espalda y concentro mis pensamientos en encontrar la mejor ruta a seguir.

Conozco muy bien estas aguas y por eso mismo las temo, he visto demasiada gente morir arrullada por su apariencia mansa y tranquila. Calculo que habré superado la mitad del camino. Susurro... “*¡Alea jacta est!*” Realmente mi suerte está echada, como la del gran Julio César dando órdenes a sus tropas de cruzar el viejo Rubicón, que marcaba la frontera del territorio que podían hollar sus legiones. Solo que yo no me alejo, regreso al mío.

Un pequeño tropiezo casi me hace perder el equilibrio. La sensación de frío se apodera de mí y viene seguida de contracciones musculares y relajaciones tan rápidas que me hacen temblar. Mi corazón bombea con gran fuerza y mis pupilas se dilatan. Cierro los ojos y respiro profundamente, no puedo dejarme llevar por el miedo, no puedo distraerme.

Continúo avanzando.

Después del esfuerzo realizado, me siento en el margen del río para comprobar la carga de la mochila, todo está en su sitio. El cálamo sigue ahí. Acaricio el frío metal, su tacto me despierta y el ruido de un relámpago que ha caído muy cerca me estremece. El Señor de la Tormenta ya está aquí, debo abandonar la arboleda enseguida. No hay nada más peligroso que permanecer en este lugar en plena tormenta. Los árboles son imanes para los chispazos del Señor y el bosque una tea ardiente que espera resignada. Corro en dirección al poblado mientras la oscuridad comienza a adueñarse de mi horizonte, lo que me obliga a activar el dispositivo de luz.

No me gusta utilizarlo porque me convierte en un blanco fácil, mas solo serán unos minutos. Mi cuerpo recorre mecánicamente ese familiar camino, pero mi mente sigue atrapada dentro del cálamo. No necesito cerrar los ojos, puedo verla, puedo contemplar su rostro de nuevo. Nunca la he tenido cerca, no reconocería su olor y ni siquiera sé su nombre, pero conozco su voz. Distinguiría ese timbre perfecto en cualquier lugar.

Nunca pensé que las cualidades del sonido pudieran mostrarse de un modo tan hermoso. Su voz es un instrumento de viento, perfectamente entrenado, que me envuelve con cada sonido que arroja. Su tono es natural, sin vacilaciones ni temblores, sin cambio alguno en su timbre al pasar de un registro a otro. Una voz impostada que logra mantener las palabras y suspenderlas en el aire como si de música se tratase. Y no soy yo el único hechizado por esos «sonidos del habla», como los llama Bella. Perfectos fonemas, sílabas, palabras... Ella también los escucha a todas horas. Sé que es algo importante en su vida y por lo tanto también lo es en la mía. Con ninguna otra cosa he contemplado ese dibujo en su rostro, esa expresión que mezcla a partes iguales aflicción y esperanza y la mantiene atrapada mientras escucha los mensajes. De hecho, nunca la había visto llorar hasta que el audio comenzó a llegar acompañado de imágenes. No sé quién los envía, ni quién pone nombre a ese rostro y a esa voz. Mi cometido es únicamente recogerlos en el punto de encuentro y asegurarme de que Bella los reciba. Misión que llevo años cumpliendo y que hoy también completaré. Mi único pesar es saber que el contenido de este último mensaje le romperá el corazón y no puedo hacer nada para evitarlo.

El viento se amansa poco a poco como una fiera domada que ronronea satisfecha y la lluvia pierde su fuerza hasta convertirse en una sombra de la tormenta que se va extinguiendo con rapidez. Es curiosa la fuerza que a veces

exhibe la naturaleza para luego desaparecer sin más. A veces siento esa misma sensación, como si en mi interior rugiese con fuerza una tormenta que lejos de amainar, prolonga su vida sin remisión en el tiempo. Su nacimiento son las corrientes de aire que acabaron formando mis nubes, la sensación de abandono y soledad que siempre me acompaña y que únicamente consigue aplacar Bella. Recuerdos borrosos de una infancia huérfana que me acompañan día y noche, dormido o despierto. Soy como un objeto que choca contra la luz y produce una sombra alargada, la parte más alejada es la penumbra que a duras penas voy consiguiendo despejar gracias a ella, pero según me acerco al foco de todo no encuentro sino una zona más oscura, mi *umbra*. Ese punto que evito atravesar.

—¡No temas a la oscuridad, es parte de ti y te ayudará a amar más si cabe la luz! —son las palabras que Bella utilizó el día de mi ordenación—. Tu nuevo nombre será Bruno. Oscuro como la noche y Señor de la Tormenta.

Así me convertí en un hombre nuevo, Bruno. Lo que no impide que ese espacio de tinieblas que guardo me haga despertarme muchas noches inquieto entre pesadillas. Además, la madurez de mi tormenta se acerca, lo sé y este mensaje lo precipitará todo. Mis nubes presionan como un pesado yunque y las turbulencias no han hecho más que empezar. El aire me arrastra. Presiento que es cuestión de tiempo que el fuerte viento, la lluvia y el poderoso relámpago rompan el equilibrio y la apacible vida del poblado de la montaña.

Camino con una opresión en el pecho que casi me impide respirar, mi firmamento continúa cerrado sin señal o esperanza alguna de que esta turbación se disipe.

Llego al complejo y me dirijo a la estancia central. La luz está encendida en el salón y desde la puerta se escuchan voces y risas. Los niños están despiertos y Bella lee para ellos como cada noche. Hoy el libro elegido es el *Diario de Anna Frank*. Una historia dura pero, ¿acaso la vida en el exterior no lo es? Bella sabe que no puede protegerlos de la brutalidad del hombre y prefiere prepararlos para que aprendan a convivir con ella.

Llego cuando está a punto de iniciarse la lectura de los pequeños, me quedo escondido observándolos para no romper la magia del momento. Todos están en silencio, sentados dispuestos en un gran corrillo alrededor del fuego y esperan pacientes. Ella, con toda solemnidad, cede su lugar y le entrega el cálamo a Fedor, el mayor de todos, que comienza a leer.

—“Espero poder confiártelo todo como no he podido hacerlo todavía

con nadie; espero también que serás para mí un gran sostén” —lee Fedor levantando la mirada y buscando la aprobación de Bella.

—¡Perdona hijo! ¡Vas muy bien! Continúa leyendo—. Bruno ha llegado y lo que he de tratar con él no admite demora. Enseguida regreso. — Bella se incorpora y se dirige hacia mí.

Descubierto, abandono mi mal elegido parapeto y la abrazo con fuerza.

—¡Estás empapado, sinvergüenza! Cámbiate y ponte algo seco que te necesito entero y a pleno rendimiento enseguida. —Para mi sorpresa me entrega una toalla y ropa seca. Ya lo tenía todo preparado aguardándome. ¡Todo es tan fácil con ella, tan seguro! Le sonrío mientras me cambio—. ¿Lo tienes? —percibo en su voz impaciencia, un desasosiego raro en ella que siempre es nuestro remanso de paz, aun cuando las cosas se ponen difíciles.

Bella es una dama de la vida, una mujer con ángel. Reservada, humilde y transparente, difícil mezcla en estos tiempos. Dice que nunca se ha sentido como una líder ni como símbolo de nada, que eso está en la mente de los demás, no en la suya. Reitera que es una mujer normal haciendo su trabajo, pero eso no es cierto. Su carisma es arrollador y su fuerza de carácter y voluntad un ejemplo para todos. Son muchos los que la visitan pidiendo consejo, además la labor que realiza con los niños es admirable y loada por todos. Algunos son huérfanos y otros son entregados por sus propios padres, pero todos tienen un hueco en el corazón y en la casa de Bella. Muchas veces nos dice que preferiría ser la ausencia más comentada en una reunión, que el centro de todas las miradas. Sencillez que trata de transmitir a los niños, porque ella encuentra la felicidad en la vida en la montaña rodeada de naturaleza, con una gran chimenea que la guarde de la fría noche, en un sillón blando, con una taza de chocolate caliente y sus lecturas.

Siempre se esfuerza por complacer a todos, pero yo sé que guarda una gran pena en su corazón, encerrada bajo un pesado candado. Esa nostalgia asoma de vez en cuando en su rostro ajado por el tiempo y la sinrazón de nuestro mundo. Hoy, esa vieja amiga se dibuja especialmente nítida en mi Bella.

Ya dentro del despacho, le entrego el cálamo que ella se apresura a leer. Me retiro a la ventana para darle intimidad y de espaldas a ella contemplo la noche cerrada. No veo su rostro, no sé qué gestos marcan su expresión, pero no me hace falta. El silencio me lo dice todo, esa ausencia total de sonido me lo confirma. La conozco muy bien y sé que sufre. Su silencio no es una pausa reflexiva, un intermedio para valorar mejor el

mensaje, no hay intención dramática en esa pausa, no me invita a hablar manejando los tiempos, no enfatiza ni revaloriza ninguna palabra dicha, es miedo objetivo y real.

Encaro por fin su rostro y su reflejo me asusta. Su mirada y sus pensamientos se trasladan a otro tiempo, a otras voces. Apoya los brazos en la mesa y deja caer la cabeza, se tapa con las manos la boca, la nariz y finalmente los ojos. Está destrozada.

—¡Bruno! —le tiembla la voz y apenas si puede articular palabra—. El pasado... Hay muchas cosas que no sabes y no tengo tiempo de explicarte. Mi vida no fue siempre la que ves, las coordenadas temporales de otra Bella que tú desconoces y que compartí con aquellos a los que sabíamos que algún día tendríamos que enfrentarnos, se han hecho añicos. El espacio es relativo y los puntos de espacio y tiempo que ocupamos también. Mi pasado se mezcla en tu presente y necesito saber si estás dispuesto a tomar partido.

—¡Sabes que haría lo que fuese por ti! —contesto intentando aplacar su pena.

—¡No, no! No tenemos tiempo para eso. Ahora no necesito tu lealtad. No debes hacer esto por mí, sino por ti mismo. Escúchame y luego medita cuál será tu decisión, Señor de la Tormenta.

—¡Esta bien! Pero sabes muy bien que no soy nadie especial y mucho menos señor de nada. Solo soy tu Bruno.

—Siempre has rechazado la oscuridad que mora en tu corazón, pero debes saber que ese es precisamente tu don. Todo lo que ocurre en esta vida deja rastro, como la luz pasada que hoy regresa sobre nosotros. Hay una mujer que necesita nuestra ayuda y nosotros necesitamos la suya. Al igual que tú, piensa que es una persona normal, pero no es así. Ambos estáis destinados a hacer grandes cosas. Debes protegerla porque ella es nuestra memoria y la expresión de que el hombre ha aprendido. Los dos sois nuestro futuro.

—A veces me asustas cuando te oigo hablar de esa manera. Lo que es importante para ti también lo es para mí. Te prometo que la encontraré, pero necesito más información, algo por dónde comenzar a buscar. Si ni siquiera la conozco —digo apesadumbrado por su confianza ciega en mí.

El final de mi vida en la montaña se acerca, al igual que el verano.

—No te preocupes por eso, tienes todo lo necesario aquí —dice Bella, entregándome un cálamo que nunca había visto y un libro negro con tapas de piel, su bitácora—. En realidad la conoces muy bien, has memorizado su

rostro y llevas años escuchando su voz. Se llama Pétrola y es una escriba, como lo fui yo antes de que fuese apartada del Maestro. ¡La curva del olvido es caprichosa! Nos impide recordar muchas cosas, mas nos condena a recordar otras pese a nosotros mismos. Cuanto más intenso es un recuerdo más se mantiene en nuestro interior y si este está tejido de dolor y sufrimiento la curva se vuelve casi plana para que nunca lo olvidemos. Memoriza todo lo bueno que has vivido en estos años y llévalo contigo es lo único que puedo darte.

—Tú me has dado mucho más. ¡Madre! —La abrazo y envuelvo con mis brazos.

Noto cómo tiembla, esa mujer lo es todo en mi vida. No quiero separarme de ella, pero debo hacerlo. Un pensamiento se instala en mi cabeza, la martillea sin cesar mientras evoco esa voz que me ha acompañado tantas veces. ¡Pétrola la escriba!

—¡Bruno, debes partir! Tenemos que encontrarla, antes de que ellos lo hagan o todo estará perdido. Quiero que recuerdes una cosa muy importante, cuídate de Ofelia, la serpiente. En mis sueños te busca, no debes permitir que te seduzca.

Yo, Bella, me encuentro tan sola. Han pasado unas pocas horas desde que Bruno se marchó y el vacío ya es unánime en la casa. Sentada frente a la chimenea, repaso lo acontecido y mi corazón se encoge. Sabía que este día llegaría, pero sigo sin estar preparada para decirle adiós. Sin duda la existencia es dura, nos mata o nos entierra en vida, no nos da tregua alguna y el hombre es aún peor. Me digo que Bruno marcha a enfrentarse con su destino, pero no puedo desprenderme de un sentimiento de culpa muy hondo. Nosotros... Yo fui la que le puse en esta vereda, la que marqué ese camino para él. ¿Tenía derecho? ¿Podrá perdonar a esta pobre vieja cuando lo sepa?

—¡Señor de la tormenta devuélveme la noche serena! — susurro para mis adentros.

Realmente el pasado es todo un objeto digno de estudio, puedo repasar concienzudamente las decisiones y acontecimientos que me han traído hasta aquí. Pero mi memoria ya no me permite recuperar toda la información del ayer, hay cosas para las que ni yo misma encuentro el valor de encararlas. Duelen demasiado, siempre dolerán demasiado.

La mañana es fría, me envuelvo en la manta de lana y salgo de la casa a pasear y recibir la luz de la mañana. El roce de mis ajados huesos me

recuerda que el paso del tiempo ha hecho mella en mí demasiado pronto. La artrosis avanza muy rápido, agudizada por este maldito clima húmedo de la montaña. El dolor de las articulaciones, la rigidez y la limitación de mis movimientos son cada día más evidentes. Solo el reposo consigue apaciguar algo a esta fiera que me consume. Un dolor continuo que incluso me asalta de noche y me impide dormir. ¿Quién cuidará de mis pequeños? Cierro los ojos y respiro el aire frío. Tiemblo. Aprieto las manos con fuerza. Ya no estoy aquí. Vuelvo al calor, regreso a mi hogar...

—Si alguno se lleva este libro, que lo pague con la muerte, que se fría en una sartén, que lo ataquen la epilepsia y las fiebres; que lo descoynten en la rueda y lo cuelguen —Iaakov pronuncia esa frase y clava sus ojos en mí.

Todo el amor que estos me regalaron no hace mucho tiempo ha desaparecido. Me resultan desconocidos y crueles, exentos de la más mínima empatía ni clemencia hacia mí.

Un escalofrío recorre mi espalda y se detiene en la nuca. Disfruta con mi sufrimiento, con mi castigo, mi dolor, mi pérdida... Se ha convertido en un hombre peligroso para él mismo y para todos los que le rodeamos. Desprecia todo por lo que hemos luchado y no trata de preservar el orden, quiere romperlo para reconstruirlo a su imagen y semejanza. Un impulso demasiado fuerte como para incluir moral o piedad alguna hacia los demás.

No dejo de preguntarme, ¿cuándo se apoderó de él esa oscuridad que ahora leo en su rostro? Todo en Iaakov es intenso, todo cobra un alcance y trascendencia enfermizos, como si hubiese traspasado el límite y se encontrara fuera de las restricciones que la sociedad nos marca a los demás. Mis ojos se humedecen y suplican un gesto de cercanía, de complicidad, como la que sellamos todos estos años juntos. Pero él se muestra impasible y me devuelve al aislamiento. Me hundo en la certeza de comprobar que ha deshumanizado mi rostro, ya no le importa nada salvo la sensación de control y poder.

La sentencia se ejecuta y soy despojada de todos mis atributos como escriba. Gracias a la intervención del Maestro la pena de prisión se ha conmutado por el exilio lejos de la orden. Mi vida anterior queda atrás.

Regreso. Abro los ojos y contemplo de nuevo el bosque, la calidez de los primeros rayos de sol acaricia mi rostro y me llena de determinación. Ese recuerdo que reproduzco una y otra vez, hoy ya no me oprime, sí me enfurece. Ha llegado el momento de levantarse, porque...

—Si alguno se lleva este libro, que lo pague con la muerte... —así comenzaba aquella frase que cerró mi juicio y me condenó al destierro.

Durante muchos años el exilio se convirtió en una muerte en vida hasta que llegó Bruno y me devolvió la esperanza. No me arrepiento, volvería a hacerlo.

—Que se fría en una sartén, que lo ataquen la epilepsia y las fiebres... —era una de las citas favoritas de Iaakov, el ayo con más fuerza después del Maestro y ahora también presidente del Consejo de la ciudad, su mayor enemigo, el de todos nosotros. La encontró leyendo un códice medieval, unos textos que realmente le obsesionaban. Estoy segura de que si él detentase el poder en solitario, lo aplicaría al pie de la letra. Un ser cruel y soberbio, un enemigo de la luz, al que cometí el error de subestimar.

—Que lo descoynten en la rueda y lo cuelguen... —Iaakov presume de que su nombre significa suplantador, porque dice estar destinado a borrar las faltas y máculas que casi llevaron al hombre primitivo a la destrucción, suplantando el orden anterior para crear uno nuevo.

Sin embargo, ese patán que desdeña el conocimiento que tanto dice preservar, desconoce que en realidad significa «mano en el talón».

Porque las sagradas escrituras de los antiguos relataban que fue Iaakov quien nació después de su hermano Esaú, agarrando su talón. Un intento ya en la cuna de ocupar un lugar que no le correspondía al no ser el primogénito, pero que después usurpó. Al igual que Iaakov, la persona que robó mi vida. Mi verdugo, un iluminado y egocéntrico adicto al poder. Pero ni él puede escapar a la furia de la naturaleza, todo ha comenzado y ya nada podrá pararlo.

Yo, Bella, envió al Señor de la Tormenta contra todos ellos.

3. Yo volveré, tú nunca

Ego redibo, tu nunquam.

O lo que es lo mismo, «yo volveré, tu nunca»

Inscrito en el reloj de Sol del *scriptorium*

Meses antes de la huida de Pétrola de su escritorio

“Si hay una acción escurridiza para el hombre, esa es sin duda la de perdonar. Pues aunque esta logre liberarnos de las deudas, obligaciones u ofensas recibidas, siempre es frenada por el malentendido orgullo o ahogada por nuestra falta de valor. Una palabra bonita, una palabra de generosos, una palabra de gigante que busco arrancar de tus labios. Sé que quizás no merezca ese regalo completo, esa generosidad y desprendimiento sin reservas que implicaría tu perdón, pero aun así debo abrirte mi corazón.

La noche del perdón determina el destino de una persona y la libera de sentimientos como el odio o el rencor. Sufro al pensar que tú puedas albergar ese resentimiento hacia mí, o que este pudiera enquistarse y perdurar en el tiempo. Te ofendí y esa ofensa te hizo mucho daño. No puedo borrar lo que ha pasado pero sí tratar de enmendar mis errores. Necesito que me veas con nuevos ojos y decidas perdonarme.

Mas el perdón es voluntario y no puedo exigirte nada, solo expresarte mi arrepentimiento y asegurarte que trataré de compensar el daño infringido.

No sé si soy lo bastante fuerte como para aceptar tu rechazo, pero no vagaré llorando mis penas sin siquiera haberlo intentado. Estas palabras son mensajeras del dolor que encierro, y las envío veloces para que lleven hasta ti mi voz con un suave ruego.

¡Perdóname!”

Cierro el cálamo. No puedo continuar escribiendo. Hay algo que no puedo explicar y que me desazona. De todas formas, tengo varias semanas para entregarlo, la fecha del envío no deja lugar a dudas.

Me viene a la cabeza el nombre de la *dominus* para la que debo completar esta carta. Dana, nombre hebreo que significa justicia. Nunca antes había escrito para ella. Sin embargo, el del destinatario del mensaje me resulta muy familiar. Kosmo, nombre griego cuyo significado es adornado. Mi cabeza se dispara y la información comienza a descargarse como si hubiese apretado un simple botón y apareciesen todas las búsquedas relacionadas. Kosmo, Cosme, Damián, hermanos, médico, madre, carta, abril, domingo lluvioso...

Noto cómo mi pulso se acelera, sin saber por qué cierro los ojos y todo se tiñe de amarillo. Visualizo el número 7. Estoy desconcertada, nunca antes me había ocurrido algo así. Me siento como si contemplase expectante el período que siempre precede a un gran desastre y se me escapase lo que debo hacer para evitar las posibles desgracias. Mi tozuda naturaleza me guía

siempre a través de la razón pero en este caso no puedo liberarme de la percepción de que hay algo fuera de control, una combinación de elementos que traerá a mi presente lo inesperado. Sucesos que dañaran y alterarán mi vida y la de las personas que me rodean. Tiemblo. No sé si tendré la capacidad de respuesta suficiente como para afrontarlos.

Repaso mentalmente la semana, tratando de encontrar alguna pista, algún dato. ¡Inútil! No rescato nada que me ayude a plantear alguna medida o precaución, sin embargo, el aviso de alarma es muy nítido y me informa de una inminente amenaza.

Lo anoto todo en mi libreta negra, «Kosmo, Cosme, Damián, hermanos, médico, madre, carta, abril, domingo lluvioso». Añado también «amarillo» y «nº 7». Ya tendré tiempo de volver con ello después. Ahora se me hace tarde y Anne me espera en el ágora. Debo acompañarle a una entrevista con un *dominus* muy importante en el *asclepio*, el centro de salud general de la ciudad. Introduzco el código en el *heike* y una luz verde comienza a parpadear en el dispositivo. Lo acciono.

El ágora de la ciudad es impresionante, uno de mis lugares favoritos. Por eso aprovecho cualquier ocasión que tengo para visitarla. Espero que Anne me permita ausentarme a mitad de la reunión, como hace siempre, para perderme en el mercado y callejear un poco. Es un gran espacio abierto rectangular, flanqueado en cada uno de sus lados por los edificios públicos y privados más relevantes de la ciudad y marcado con cuatro *horos* que delimitan su perímetro en cada de las esquinas exteriores. Es el corazón donde se pulsa la vida de nuestro pueblo, con dos ágoras anexas más pequeñas. Una en la ciudad baja vinculada a la actividad del río y otra en la parte más alta, donde se encuentra el Palacio de Justicia.

Muchas generaciones han paseado por sus plazas, fuentes y calles como si siempre hubiese estado ahí, como si el ágora fuese eterna. Pero, en realidad, es un recordatorio de la Edad Oscura que sumió al hombre en la desesperación y la primera zona reconstruida de la ciudad tras la Gran Guerra. Más de cuatro siglos nos separan de aquella devastación que regó la Tierra de hambrunas, enfermedades y contiendas, reduciendo las poblaciones hasta quedar limitadas a lo que son hoy en día, grandes ciudades con gobierno propio desperdigadas a lo largo de los cinco continentes. De niña siempre le pedía al Maestro que me contase historias sobre la Edad Oscura y los hombres antiguos. Mi relato favorito era el que hablaba de la formación

de nuestro gran río, el Yulia, que vio cómo la dirección del cauce de sus aguas se invertía, dejando la huella inequívoca de una naturaleza arañada por la codicia del hombre, que es necesario recordar para no olvidar quienes fuimos.

Algunos dicen que un gran terremoto, junto con la confluencia de tormentas huracanadas, provocaron que su cauce se duplicase, las aguas crecieran diez metros por encima de la altura que promediaba y la dirección del río se invirtiese. El caso es que nuestro Yulia fluye hacia el norte con la llegada de las lluvias y hacia el sur en la estación seca. Yo nunca lo he visto pero el lago, que llega a multiplicar su tamaño hasta diez veces, en la segunda mitad del año queda reducido después a la mínima expresión. Sueño con visitar el río y su poblado flotante, sus casas que se mantienen sobre estructuras de bambú y forman un entramado de calles como el de cualquier ciudad, navegar entre sus canales, por los que discurren las embarcaciones que se convierten en comercios ambulantes. y visitar sus bares, tiendas o la casa azul donde se reúnen los pequeños de la comunidad. Un poblado que nunca está fijo porque va siguiendo la pesca, aprovechando las fértiles tierras que deja el río a su paso, se trasladan las casas dependiendo de la estación en la que se encuentren.

Mas todos esos lugares están lejos y fuera de mi alcance. Forman parte de la *khora*, los diez territorios que rodean mi ciudad. Pequeñas zonas rurales interiores o costeras que se complementan perfectamente con la urbe y se rigen según sus leyes, pero que para nosotros están vedadas. Nunca he conocido a ningún habitante de la *khora*, salvo a los representantes que cada territorio tiene en el Consejo. Pero sí sé que viven en *oikos* o grandes familias extensas que se convierten en el centro de la vida y velan por mantener las normas y valores sociales.

No abandono mis cavilaciones mientras recorro el ágora, pero mi atención se centra ahora en la cúpula del Palacio de Justicia, que se ve a lo lejos. Ese lugar me produce escalofríos, me repugna que en el mismo espacio en el que se salvaguardan la ley y la justicia no solo se celebren los juicios sino que también se lleven a cabo las ejecuciones. Noto un golpe seco en el hombro, se me ha echado encima sin que haya tenido tiempo de reaccionar.

—¿Estás bien? Perdóname, no te he visto. —Sus palabras suenan huecas como si se propagasen en el vacío. El sonido solo puede existir si es escuchado. Yo no puedo hacerlo, no puedo apartar la mirada de sus ojos azules, de su sonrisa abierta y de su pelo que caracolea y cae por su frente

rebelde e indómito—. ¿Estás bien? —repite.

Mi oído reacciona al fin ante esa energía y su voz viaja hasta mí con un movimiento rítmico que remueve todo en mi interior.

—No te preocupes, no ha sido nada. ¿Siempre vas con tantas prisas? ¿A cuántas personas has arrollado hoy? —respondo seca y antipática al mismo tiempo.

Siempre que estoy nerviosa o tensa reacciono de la misma manera. Me tiemblan las piernas.

—¡Vaya! Parece que he tropezado con toda una gruñona. Aunque no se puede decir que tú caminases muy atenta que digamos. —Clava su mirada en mí y continúa sonriéndome.

Mi corazón se acelera y el pulso se dispara. He que salir de aquí.

—¡Estoy bien, de verdad! Tengo que irme. Llego tarde. —Doy media vuelta y ya estoy a unos pocos pasos, a poco menos de un metro, pero parece como si aún siguiese frente a él y algo tirase de mí para que regresase.

—¡Espera! No irás muy lejos sin esto. —Me coge del brazo, abre mi mano y pone sobre ella mi *heike*.

Noto cómo me sonrojo.

—¡Gracias!

—Antes de que salgas corriendo otra vez, ¿me dirás tu nombre? —pregunta sin soltarme la mano. Siento el calor de su piel y tiemblo.

—Me llamo Pétrola.

—Mi guapa Pétrola, ten por seguro que volveremos a vernos. Estoy deseando tropezar de nuevo contigo —replica sin cambiar su gesto irreverente y seductor.

Da la media vuelta y se va.

Me quedo clavada en medio de la plaza hasta que el dispositivo de mi muñeca comienza a emitir una alarma, quedan menos de cinco minutos para que comience la reunión. No llegaré a tiempo.

Paso por delante de la entrada del mercado, que siempre rebosa actividad. Está bordeado por la calle principal de la ciudad, por lo que la afluencia de visitantes es incesante. De hecho, las principales avenidas y ejes de comunicación de la ciudad confluyen en el ágora. Rodeo la fuente y dejo a mi derecha las *estoas*, espacios porticados techados, con una sucesión de pilares y zonas ajardinadas en los que se organizan multitud de actividades lúdicas. Doscientos metros me separan del *asclepio*, el centro de salud. Aprieto el paso, corro y alcanzo mi objetivo. Un conglomerado de edificios

con un espacio central en el que se ubican las oficinas, uno secundario que alberga la escuela de medicina y el *abaton* donde se interna a los enfermos. Traspaso la escalinata y me detengo sorprendida por el escenario que contemplo. Todo se impregna de un blanco absoluto, en el que el sol y el agua crean un juego de luces y refracciones casi mágico. Toda la fachada es de cristal, incluso el techo que tamiza la intensa luz del sol con unos paneles en forma de red. En realidad es una gran plaza cubierta con un estanque en la zona central recorrido por grandes baldosas blancas que permiten atravesarlo. Bajo él se encuentra la gran sala de reuniones a la que se accede por un lateral que corta la alberca dejando ese espacio abierto. Desciendo deprisa por la rampa y veo a Anne que me hace señas desde el interior para que me incorpore a la reunión. Me guiña un ojo.

El director del *asclepio* se llama Farab, un médico curtido, hombre de confianza del presidente y miembro de una de las familias más respetables de la ciudad. Médico no sé si es por vocación, pero desde luego que por tradición seguro, la tercera generación que llega a ocupar el cargo de director. Preside la mesa y a su lado, en un sitio de preferencia, se ubica Anne. Frente a ellos, sentada de espaldas, una mujer que completa el quórum del pequeño comité de trabajo. Saludo cortésmente y me siento en el lugar que me indica Anne, justo enfrente de ella.

—¡Creo que ya podemos comenzar! He oído hablar muy bien de ti Pétrola, tu fama entre los ayos te precede. Quiero que conozcas a Ofelia, mi mano derecha. En unos minutos se incorporará también mi mejor cirujano y sobrino de nuestro muy honorable presidente del Consejo.

—Encantada, soy Pétrola —alcanzo a contestar mientras estrecho su mano y después cojo el vaso de agua que me ofrece amablemente Ofelia.

—Pareces un poco acalorada, refréscate que tenemos mucho trabajo por delante.

Sonrío cortésmente pero por dentro me invade la desilusión, mis planes de callejear por el ágora se desvanecen. La puerta se abre.

—¡Kosmo! Perfecto que ya estés aquí, estábamos a punto de comentar con nuestras invitadas el proyecto. —El recién llegado saluda afectuosamente a Anne y a Ofelia. Rodea la mesa para colocarse a mi lado y, de nuevo, quedo atrapada en esos ojos azules. Es el desconocido del ágora. Acerca su rostro al mío y me susurra al oído.

—¡Hola de nuevo, gruñona!

Mi interior se desata, estoy hecha un manojo de nervios y apenas si

puedo concentrarme en las palabras del director. Evito girarme hacia él pero noto su mirada sobre mí. De repente sucede de nuevo. «Kosmo, Cosme Damián, hermanos, médico, madre, carta, abril, domingo lluvioso...» ¡Es él! El destinatario de la carta que estoy escribiendo. No logro detener el movimiento frenético de mis manos y un sudor frío se apodera de mí.

—¡Perdonad, no me encuentro muy bien, tengo que salir a que me dé un poco el aire! —Me levanto y, sin esperar respuesta, me dirijo hacia la puerta.

De espaldas a ellos, escucho al director.

—¡Kosmo, acompaña a Pétrola fuera! Puede ser una bajada de tensión, no ha llegado aún el verano pero este calor es insoportable.

Echaría a correr en este mismo instante, pero me contengo. No hay nada que pueda hacer. Resignada espero a Kosmo, que me ofrece como apoyo su brazo, gesto que yo declino.

«Kosmo, variante de Cosme, médico decapitado en el año 300 de la Edad Antigua. Él y su hermano Damián fueron torturados, pero su tozuda resistencia al martirio obligó a su verdugo Lisias a ordenar su decapitación. Su pecado, atender a todos los enfermos sin importar su origen, ni escala social. Patronos de médicos y cirujanos, despertaron un ferviente culto, en el que Kosmo era conocido como el adornado y Damián como el domador».

Mi cabeza sigue descargando información mientras camino junto a Kosmo. Estoy acostumbrada a tener esas reacciones, pero junto a él me hacen sentir especialmente incómoda. Abandonamos el edificio de oficinas y nos dirigimos hacia la *estoa* sur, la más grande de todas, con dos plantas y un gran jardín en su interior.

Mientras atravieso el largo pórtico, flanqueado por las impresionantes hileras de columnas, no puedo quitarle la vista de encima. Parece como si todo se hubiese detenido y se nivelase a cero aquí junto a él. Es curioso, porque aquel mártir del que toma su nombre, Cosme, era lo que nosotros llamamos un «enemigo de la plata».

Personas que ofrecen sus dones a los demás con el único ánimo de prestar auxilio a los más necesitados. Pero Kosmo no es ningún *anárgiro*, más bien hace alarde de todo lo contrario. Ropa personalizada que pocos pueden permitirse y aspecto muy cuidado. Un joven atlético, atractivo y demasiado coqueto que cuadra más bien con la acepción del «adornado». Se mueve como si no tuviese que preocuparse por nada, flotando por encima del hedor de nuestro mundo, una deidad sanadora con poder sobre la salud de los

pobres mortales como yo.

En el jardín nos sentamos junto al estanque. Con delicadeza empapa su pañuelo en las cristalinas aguas y refresca mi rostro, cuando en realidad mi temperatura corporal aumenta con solo tenerlo cerca. Una batalla que mi cuerpo libra, luchando a mi favor, no en mi contra.

Hablamos largo rato, reímos y hasta consigo relajarme un rato. Sin embargo, la tranquilidad se rompe cada vez que recuerdo quien es él y nuestras estrictas normas de trabajo. No debo, no puedo volver a verlo. Su voz rompe mis cavilaciones, mi inútil encrucijada que tiene un único final.

—¡Sabes, creo que va a gustarme trabajar contigo!

—¿Conmigo? No sé a qué te refieres.

—Eso es lo que tiene abandonar las reuniones antes de tiempo. El *asclepio* necesita actualizar sus registros y nuestro director quiere dejar constancia escrita de la nueva filosofía de trabajo que quiere implantar siguiendo los preceptos de nuestro presidente. Hay mucho trabajo por hacer, porque además hay que documentar algunos de nuestros tratamientos. Tú has sido la elegida para trabajar con nosotros en el hospital, para ello se ha cursado un permiso especial solicitado expresamente por Farab —sus palabras taladran mi cabeza, esto no puede estar ocurriendo.

Debo comunicar inmediatamente mi incompatibilidad para realizar este trabajo. «Deber, obligación, responsabilidad, obligatoriedad, cometido, incumbencia, compromiso» Todos esos sinónimos significan lo mismo y me llevan en una única dirección, pero sé que no voy a tomar ese camino. Ya es demasiado tarde.

Esperar pacientemente no es algo a lo que esté acostumbrada, más bien la mayoría de las veces soy yo el objeto de la demora. De todas formas, este tiempo que ahora invierto me compensará con creces. Debo poner fin al juego que se traen entre manos y como siempre mi mentor ha acudido en mi ayuda. No puedo fallar.

Soy Ofelia, dueña y señora de Kosmo. Mi derecho sobre él y mi posesión son indiscutibles. Le he permitido que se divierta con otras, porque todas ellas eran meros entretenimientos fugaces. Pero este bicho raro que se permite el lujo de ignorarle e incluso mostrarle hostilidad le ha vuelto loco. Lo tiene hechizado. Nunca he necesitado probar mi título posesorio sobre él, Kosmo es el inicio y principio de todo. Únicamente he tenido que esperar y mantener férreo mi deseo de propiedad sobre él, que siempre acababa

regresando a mis brazos. No estoy dispuesta a permitir que Pétrola lo destruya todo. El motivo, lo lícito, el justo título o incluso la buena fe no me importan, solo necesito apelar a mi justicia y esta la ha condenado.

He sido pacífica. He aguardado cuando otras hubiesen desesperado. He sufrido el desdén de Kosmo y su doliente indiferencia y esa larga lucha me concede al menos su propiedad, aunque sea por tiempo y costumbre. Si se cree esa cándida escriba que puede ejercer un derecho de posesión mejor que yo, está muy equivocada. La aniquilaré y sé cómo hacerlo, porque gracias a mi guía conozco su punto débil. Algo debe haber hecho para ganarse enemistades tan altas y poderosas, que me han dado acceso a ella, a sus escritos y a su mundo, que destruiré en unos pocos minutos. Solo tengo que aprovechar la última aventura de Kosmo con una doctora, una tal Dana, que al igual que Pétrola ha caído en las redes de una envenenada amistad, la mía.

Veo cómo se acerca al punto de reunión. Su paso sereno, su sonrisa abierta y perfecta, sus ojos profundos y su cuerpo sin profanar, pero que destila sensualidad por cada uno de los poros de su piel, no le servirán de nada.

Estoy demasiado alterada. Debo rebajar la tensión y preparar bien mi coartada. Lo primero es reducir el ritmo de mi respiración y recuperar el aliento que la ira contenida me roba. Exhalo normalmente y dejo salir el aire sin forzarlo, pero realizo ese movimiento con los labios fruncidos. Siempre me funciona y consigo relajarme en muy poco tiempo.

—¡Ofelia, qué alegría tenerte por aquí! Me dieron aviso pero no he podido venir antes, estaba en una reunión con el Maestro. Siento haberte hecho esperar.

¡Engreída! ¡Con el Maestro! Su voz suena lastimera y debo hacer grandes esfuerzos para no abalanzarme sobre ella y ponerla en su sitio aquí mismo, delante de todos. ¿Quién se cree que es?

—¿Qué te trae por aquí? —me pregunta intrigada.

—No temas, que no es ninguna mala noticia. Ayer nos reunimos con el director y nos confió que está entusiasmado con el trabajo que Kosmo y tú estáis realizando. No podía esperar hasta mañana para que lo supieras. —Su reacción al escuchar su nombre me lo confirma, el brillo de sus ojos es para Kosmo. Ella también lo ama.

—Te lo agradezco, pero el resultado se debe al esfuerzo de todos, tú la primera. No hacía falta que te molestases en venir. ¡Ofelia, eres muy amable conmigo!

—En realidad, hay una cosa más, la verdadera razón por la que estoy aquí y que necesitaba decirte en persona. No sé ni por dónde comenzar. — Observo cómo ha picado el anzuelo. Su actitud hacia mí es paternalista y protectora.

Me invita a sentarme en uno de los bancos del jardín.

—Tranquila Ofelia, puedes confiarme lo que quieras. Somos amigas, ¿no?

¿Amigas? ¡Pobre idiota! No distinguiría a un amigo de su peor enemigo. Su ingenuidad me aburre.

—Es sobre Dana y Kosmo. Tengo bastante relación con ella y sé que te encargó un escrito para tratar de conseguir el perdón de Kosmo. ¿Lo has enviado ya?

—¿Cómo sabes todo eso? Es confidencial.

Siento su nerviosismo y saboreo su alarma, su miedo.

—No te preocupes, que no te comprometeré en nada. Además ha sido ella misma la que me lo ha dicho. Pero es necesario de que estés al tanto de quien es Dana. Una mala mujer que le ha engañado siéndole infiel y ahora pretende utilizarlo para ascender en el área de cirugía del *abaton*. Pétrola, le ha hecho mucho daño y no merece su perdón. Debes ponerle sobre aviso, debes prevenir a Kosmo.

—Sabes que no puedo hacer eso. ¿Por qué no hablas tú con él?

Intenta escabullirse pero no se lo permitiré.

—Pétrola, no me creería, él y yo hace tiempo... fuimos algo más que compañeros. Ahora mismo solamente confía en ti, te nombra a todas horas e incluso llega antes para ir a buscarte al ágora y acompañarte a las oficinas. No me digas que no te has dado cuenta. Únicamente te tiene a ti. No puedes dejarle caer en manos de esa zorra. —Quizás esté siendo demasiado teatral, pero su rostro habla por sí solo.

El silencio confirma lo que ella se obstina en ocultar, su corazón ya se ha rendido ante el influjo de Kosmo. Otra víctima más. Su distancia y frialdad son escudos de protección que se hacen añicos con tan solo escuchar su nombre.

Nos despedimos y contemplo cómo se aleja Pétrola. Miró el gran reloj de sol, camino hacia él y me coloco en posición. Como un nomon móvil proyecto mi sombra que marca las cuatro. Debo regresar al hospital. Giro a mi derecha para abandonar el cuadrante solar y veo una inscripción escrita al

pie del mismo. Me acerco para leerla.

¡Qué fácil ha sido! La tela de araña ya está tejida, ahora solo es cuestión de tiempo que caiga solita dentro. La conozco muy bien, todos los que son como ella tienen el corazón débil, de esos que guardan la molesta tendencia a compadecerse de los oprimidos. Esa será su condena, pues no podrá resistirse. Sonrío satisfecha.

—*Ego redibo, tu nunquam*^[4] —leo en voz alta.

4. Las palabras escritas en un sermón suenan importantes

Verba sermone scripta, praeclara videtur

Latinajo que sabiamente nos avisa de que la importancia que concedemos a las cosas es relativa cuando no arbitraria, porque «las palabras escritas en un sermón suenan importantes».

Cuarenta años antes, en las montañas

Camino desorientada y sin rumbo. No sé qué hacer, qué conducta adoptar. He perdido la conciencia del sitio que ocupó en este nuevo mundo. Los planos temporales y espaciales se han roto dejándome suspendida en una posición y movimiento que soy incapaz de apreciar.

Tengo la información necesaria sobre mi cuerpo, sobre mi centro físico, pero mis sentidos se han abandonado a la desesperación y no distingo la realidad de la ilusión.

Mi falso horizonte de día es un trampantojo que se sucede con el de la noche y vuelta a empezar. Mi tiempo es un reloj blando detenido y ajeno a la experiencia real. Mi espacio es un lugar deformado que casi parece una caricatura en la que las formas se diluyen, volviéndose casi líquidas hasta ser irreconocibles.

Estoy rota. No podría diferenciar lo correcto de lo abominable, lo familiar de lo desconocido. Mi única certeza es saber que no estoy segura. Ellos me persiguen y no pasará mucho tiempo antes de que den conmigo. No me atrevo a beber agua de los pozos por si han sido envenenados. No he querido acercarme a ningún poblado por si han sido avisados y, cada vez que intento descansar, las pesadillas asaltan mis sueños. El fuego y el agua se

exhiben con violencia y me sepultan bajo ellos, sin que pueda hacer nada para escapar. Estoy sola y mis únicos compañeros de viaje son de lo más desaconsejables, la incertidumbre, la ansiedad y el miedo. El destino ha desconectado mi presente para lanzarme al vacío que me acoge complaciente.

Las últimas horas han sido las peores, mi pulso aumenta y siento frío, mucho frío.

Tiemblo como una débil hoja mecida por la brisa y mi espalda es recorrida por escalofríos que no se detienen hasta conseguir alcanzar la sien y taladrar mi cabeza.

Cuando ya parece que voy a desfallecer aparece otro nuevo síntoma que aumenta mi calvario, la dificultad para respirar, mi piel pálida y gélida, los músculos contraídos, el apetito disminuido o abolido por completo a falta de comida con la que alimentar mi cuerpo o esta insoportable sensación de sed. Mi interior arde puesto que genero mucho más calor del que mi organismo puede eliminar.

Continuo ladera arriba y el camino se vuelve más abrupto si cabe. La montaña se muestra amenazante y lo peor de todo es que se acerca la noche y no encuentro refugio bajo el que guarecerme. De repente, los escalofríos se detienen, noto mi piel muy caliente y sudo profusamente por lo que agradezco que el viento comience a levantarse. No dejo de caminar y avanzo buscando una cueva o lugar recogido. Pero mi ritmo se ralentiza porque mis músculos no me sostienen ya. Estoy agotada y el sueño me aguarda aunque, ¿cómo podría dormir? Tengo mucha sed. La ropa se pega a mi cuerpo humedecida como si la lluvia me hubiese bendecido para aplacar mi calor, pero no es así soy yo misma con un sudor profundo que emana de mi piel enrojecida. Me va a estallar la cabeza y siento vértigo. La superficie bajo mis pies tiembla y, de repente, escucho el sonido de los perros. ¡Están aquí! Corro. Corro.

Tropezco. Doy con mis huesos contra el suelo. Me levanto magullada y sangrando.

Debo haberme golpeado la cabeza pero no siento nada, estoy confusa. Todo se tiñe de rojo, los restos de ceniza comienzan a caer sobre mí. El fuego se acerca, me atrapa. Todo ha acabado. No tengo fuerzas. Me desplomo de nuevo en el suelo y espero resignada.

Abro ligeramente los ojos y veo cómo el bosque se mueve conmigo. El ruido de las pisadas sobre la hojarasca se mezcla con el arrullo del viento. ¡Ro, ro, ro!, repiten todos los árboles a mi paso. Floto en el aire que me acuna

como la nana más diligente. Si no fuese imposible incluso diría que me abrazan, que unos brazos me rodean, me sostienen. Cierro los ojos.

De nuevo la luz. Ahora siento una superficie blanda bajo mi cuerpo. Estoy tumbada sobre una cama y ya no me rodea el bosque. ¿Son alucinaciones mías? Sufro náuseas y necesito vomitar, alguien me ayuda a incorporarme y consigo deshacerme de la incómoda carga.

—¡Dios mío, su palidez es alarmante! ¡Tiene más de cuarenta y dos grados! Si no conseguimos bajar la temperatura de su cuerpo, morirá. No nos queda mucho tiempo antes de que empiecen las convulsiones o algo peor.

—Tienes razón. Es cuestión de minutos que entre en coma o sufra una gran taquicardia. ¡Pobre niña! Si no tendrá ni veinte años.

—¡Ayúdame a levantarla, Anicka! No sé si las sombras me han engullido ya o si el paciente leviatán espera aún por mí.

Vago entre la vigilia y el sueño pero algo capta mi atención. Escucho el sonido del agua con fuerza, veo la luz y miro a mi alrededor. Soy consciente de que estoy en una bañera. El agua templada calma el ardor que siento. Todo es muy confuso y trato de mantenerme despierta, pero las fuerzas me abandonan de nuevo. Pierdo la batalla.

—Está demasiado fría. Hay que calentar el agua como sea. Su temperatura corporal no debe bajar demasiado rápido. ¡Maldita sea!

—Tranquilo, Otto, no la perderemos. No permitiré que eso ocurra. ¡Hoy no!

No soy consciente del todo y el delirio me consume, pero siento que el peligro se desvanece. Mis dos ángeles de la guarda me han salvado la vida. Velan mi sueño y cuidan mi maltrecho cuerpo con mimo y entrega. Como cuando la mujer, Anicka, humedeció unos calcetines que me colocó cubriendo mis tobillos y sobre ellos puso otros de lana como aislante térmico, en un intento desesperado de que mis pobres pies consiguiesen estimular mi circulación. O cuando después me arropó con un par de mantas y se sentó a mi lado. No sé cuántas horas o días llevo aquí postrada, pero durante ese tiempo y sin descanso, envuelve mi cabeza en toallas húmedas. A veces me libera del improvisado turbante y las coloca alrededor de mi cuello o en las muñecas, pero siempre evitando que más de dos áreas estén cubiertas al mismo tiempo. Son instrucciones del hombre, Otto, que se turna con ella en los abnegados cuidados y me da a beber sopa y té de salvia para que no me deshidrate.

No sé quiénes son, ni por qué se empeñan en que no abandone este

aciago mundo.

Mas mi deuda con ellos ya es permanente, una suave presión que mi razón ejercerá sobre mí corazón, trascendiendo a mi voluntad y albedrío, para ligarme al destino de estas personas. El compromiso adquirido por esta pobre soñadora no sé si se ajusta realmente al valor que pueda tener que mi vida continúe o no, pero nace desde lo más íntimo y elevado que hay en mí, la justicia y la razón.

—¡Otto, corre! Comienza a despertar. Debes darle la buena noticia cuanto antes, saber que no ha perdido a su hijo le dará fuerzas para reponerse. ¡Otto, corre!

Escucho su voz tamizada y noto zumbidos en los oídos, pero no puedo engañarme. Lo he escuchado perfectamente. Estoy embarazada. Yo, Anabella, Bella como me llamaba él, voy a tener un hijo suyo.

—¡Vaya, la bella durmiente ya despierta! Nos has dado un buen susto. Tranquila, ya todo pasó, los dos estáis bien. —Intento levantarme pero no puedo. Él me ayuda a incorporarme. La puerta de la habitación se abre y un precioso Golden Retriever se acerca a la cama apoyando su cabeza sobre mis piernas—. ¡Sau, no molestes a nuestra invitada! —le reprende antes de dirigirse de nuevo a mí—. Me llamo Otto y soy médico. Ella es Anicka, mi mujer y ayudante. Y aquí está tu salvador, Sau, fue él quien te encontró. Nunca le había visto ladrar de esa manera, parecía él solito una jauría completa de perros.

—Pero el fuego, los perros. Ellos me perseguían. Yo...

—Te encontramos delirando en el bosque, me temo que sufriste alucinaciones. Debías llevar varios días vagando con fiebre alta, si no es por nuestro pequeño amigo no lo cuentas.

—¡No la atosigues, Otto! Bastante tiene esta preciosidad encima, ahora solo importa que se recupere. ¿Cómo te llamas, mi niña?

—Me llamo Bella. Os agradezco mucho vuestros cuidados y no quiero parecer descortés pero no puedo permanecer aquí más tiempo. No quiero perjudicaros. Debo irme. —Como un resorte me levanto de la cama.

Cuando mis piernas tocan el suelo y trato de incorporarme siento un dolor atroz. No puedo mantenerme en pie y me desplomo en brazos de Otto.

—¡Tranquilízate! No corres ningún peligro, nadie te está buscando. Eres la primera persona de la ciudad que vemos en años. Bella, debes guardar reposo. Yo también nací en esa orgullosa y opulenta urbe y sé lo que es vivir allí. Todos tenemos un pasado, pero ahora eso no importa. Tienes que

cuidarte.

—¡Para mí sí es importante, muy importante! —Me siento débil pero debo continuar, no puedo comprometer a estas buenas personas por mi culpa. Tienen que saber quién soy—. Me llamo Anabella —repito, dando ahora mi nombre completo—. Soy una escriba y he sido condenada y desterrada por infringir nuestra ley más sagrada.

—¡Ay, Bella! Las palabras escritas en un sermón siempre suenan importantes. El conocimiento es vasto y la verdad esquiva, pero debes encontrar tu propia forma de responder a los grandes interrogantes de la vida. Olvida lo que aprendiste hasta este momento, lo establecido, los dogmas, la realidad... Nada es cómo te lo han contado, tu espacio y tu tiempo comienzan de nuevo. No hace falta más que mirarte para saber que tu falta no puede haber sido tan horrenda, ni tan grave. No tienes que darnos ninguna explicación.

Las palabras de Otto y el conocimiento de la próxima llegada del bebé se abren paso dentro de mí, como si un gran velo cayese delante de mis ojos. Esos con los que acostumbraba a ver el mundo, hoy me muestran que todo era mentira. Todo lo que siempre ha chirriado en mi interior, ese paradigma diferente, parece que de una forma u otra me lleva a romper con lo establecido y elevarme por encima de los prejuicios y prohibiciones. Mi horizonte es vasto y debo permitirme ser libre. ¡Qué puedo perder! Siento la necesidad de hablar, el instinto de réplica me domina, tengo que conseguir que Otto me escuche. ¡Quizás a través de ella!

—¡Por favor, Anicka! Tenéis que escucharme. —Su gesto me confirma que ella sí necesita saber y, por primera vez en mucho tiempo, me siento menos sola.

—Habla, mi niña, libérate del peso que arrastras y no hagas caso a Otto. Preferiría cortarse ambos brazos antes que volver a la ciudad. Ahora somos gente modesta, vivimos en una de las *khora* más pobres del territorio, pero somos felices en nuestro *oiko*. Otto es el líder de nuestra familia y nos representa en el Consejo. Escucharemos lo que tengas que decir.

Respiro hondo y comienzo mi relato.

—Jamás percibidos por el ojo. Somos la sombra más oscura, la *umbra*. Así permaneceremos. Esta es nuestra ley eterna, la que está impresa en todo escriba. Es nuestra ley natural. Yo quebranté este principio poniendo en peligro a todos mis compañeros. Fui expulsada por enseñar a leer y escribir a niños y adultos fuera del *scriptorium*. Sacaba libros de nuestra biblioteca y

por la tarde instruía a cerca de veinte personas en el almacén de un comerciante del ágora. Fui tan estúpida como para confiar mi secreto a la persona equivocada y me traicionó. Lo tuvo muy sencillo, le bastó seguirme para dar con nuestra casa azul clandestina y conseguir las pruebas que necesitaba para acabar conmigo. Yo representé su ascenso, su peaje para llegar al poder y convertirse en un ayo, así es como llamamos a nuestros superiores. Despojada de todos mis atributos de escriba, permanecí dos meses en el calabozo. Únicamente salí de allí para ser juzgada y condenada al destierro. Me dejaron en medio de la nada y desde entonces he estado escondiéndome en el bosque. —Anicka se acerca a la cama, se sienta a mi lado y acaricia mi rostro como lo haría una madre.

—Eres una mujer muy valiente, pero hasta el más aguerrido guerrero necesita un lugar donde regresar tras la batalla. ¡Quédate con nosotros! Yo cuidaré de ti.

—¿Y el padre del niño? —pregunta Otto—. ¿Quieres que le hagamos llegar algún mensaje?

—No hace falta. Lo más irónico de todo es que fui desterrada y alejada de todo cuanto quiero por el hombre al que amé por encima de mí misma. Él es el padre de esta criatura, su nombre es Iaakov.

—¡Bueno, dejemos la cháchara por hoy y a trabajar! Nada importa ya salvo que tú y esa preciosidad que llevas dentro salgáis adelante. Voy a prepararte un té que me hacía mi madre y que rejuvenece hasta a un muerto. Ella lo preparaba con hierbas naturales, ponía un poco de albahaca sagrada, corteza de sauce blanco, menta, caléndula, hisopo, hoja de frambuesa, jengibre, orégano, tomillo...

—¿No quieres echarle nada más a ese té herbal? Como sigas así vas a necesitar el bosque entero para una sola taza —interrumpe Otto burlón.

Es demasiado joven, apenas roza la treintena, pero la expresión de su rostro habla de demasiadas experiencias ya sobre su espalda.

—Tú cállate y no seas descreído. La naturaleza es mucho más sabia que tu amada medicina. Preparaos porque vais a probar el maravilloso té herbal de Anicka. —Él se acerca y le da un beso, gesto al que Anicka responde con una gran sonrisa.

Viéndolos así, mi alma se apacigua. Hoy comienzo una nueva vida y tengo la impresión de que también lo hago en un nuevo hogar, todo gracias a estos dos ángeles. Sin embargo, la mirada de Otto denota preocupación, el nombre de Iaakov le ha afectado. Tengo que conseguir hablar con él, debo

averiguar si sabe algo más de lo que trata de mostrar.

La infección y la fiebre comienzan a remitir, las alucinaciones han desaparecido por completo. Paso los días tratando de recuperar las fuerzas en una vida de contemplación y serenidad a la que no estoy acostumbrada. Echo de menos mis libros, mi vida y hasta la piel que él me robó. Anicka me colma de atenciones y, pese a la poca diferencia de edad que hay entre las dos, me ha convertido en la hija que nunca tuvo pero siempre deseó.

Otto me guarda y me sana pero recela de mí, parece debatirse entre hacerme participe de algo importante o alejarme definitivamente de él. Puedo sentirlo. Mientras, la verdad cae en falta ante mí, porque todo lo que he vivido, la idea que tenía de nuestro mundo e incluso la razón del mismo se deshacen ante mis ojos.

Las cosmovisiones que integraban mi realidad, la estética con la que buscaba la belleza, los sentidos y mi orden sentimental, la científica que siempre ha tratado de ser objetiva y explicar las cosas y la filosófica que me permitía encontrar un sentido, una razón superior a mi existencia, todas ellas eran lo suficientemente diferentes entre sí como responder a las grandes preguntas que cualquier ser humano se hace, pero ahora se fusionan en una sola, tan sencilla que me asusta enfrentarme a ella, la vida. Ya no busco el provecho de cada uno de esos modelos, ya no desecho nada, ya no me limito. Este bebé que crece en mi interior me ha permitido relativizar la verdad, mi verdad, y entender que todo era una representación. Un modelo del mundo que yo no creé pero que hice mío bloqueando mi capacidad de percibir que sí hay alternativas, sí hay otra forma de hacer las cosas. Anicka y Otto son la prueba de ello.

Este sentimiento alivia mi alma atormentada, porque sé que volvería a hacerlo, regresaría de nuevo a esa casa azul para enseñar, para ayudar a esos niños, a esas personas a cambiar su mundo, a cambiar el de todos. No siento culpa o miedo, sino frustración por no poder continuar ese cambio.

No volveré a jugar a perder, ya no. Una sabia niña de la era de los antiguos, dijo que un lápiz, un maestro y un niño pueden cambiarlo todo; Malala se llamaba. Yo también lo creo y elijo lo mejor que puedo dar de mí para crear mi propio destino, mis propias reglas.

Un año después de la llegada de Bella

De nuevo la montaña me acoge rota y desesperada. Camino por sus soleados senderos, mas la luz que se tamiza a través de la arboleda no

consigue calentar mi corazón.

¿Cómo puede un ser tan pequeño apoderarse de la voluntad de una persona adulta hasta el punto de hacerla desaparecer? Es muy poco tiempo el que he podido arrullar a mi ángel, el que he podido disfrutar de su sonrisa, de su olor.

Hoy la entrego para salvarla, pero con ella se va mi última esperanza. Nuestra preciosa niña, ayer en su ceremonia privada de iniciación en la casa azul, recibió el bello nombre de Anne. Un tributo a Anicka a la que ya quiero como a una madre, cuyo nombre es una variante de Ana. Como el mío propio, Anabella. Ana, la que es bondadosa, compasiva, llena de gracia y hermosa. La madre de profetas que, irónicamente, tuvo que abandonar a su hijo al cuidado de un sacerdote dado que le fue concedido siendo ella estéril. Triste historia que se repite en esta criatura que ha transformado nuestras vidas por completo. Si hasta el hombre duro que es Otto ha caído embrujado en sus redes. En estos momentos la lleva ante el Maestro y sé que le partirá el corazón entregársela y alejarse de ella.

Anicka no ha querido ni levantarse de la cama, lleva casi dos días sin probar bocado. Y yo vago por la montaña sin dirección alguna, como si la pérdida de rumbo pudiese mitigar el dolor que parte en dos mi corazón y escribe en mí lo que significan el sufrimiento y la privación. Nada de lo que he vivido hasta este momento se acerca al amor que siento por Anne, mi vida entera no vale nada si no es por ella y para ella. Es un vínculo tan hondo que se clava en mis venas y con violencia perfora mi corazón. Grito y dejo que la rabia me consuma, pero es inútil, ese vacío no podrá llenarlo nada, ni nadie. Jamás sanará.

Mi único consuelo es visualizar su rostro y saber que está a salvo de Iaakov. No podrá tenerla. Mientras, sigo sin encontrar respuesta satisfactoria a la misma pregunta que me hago todos los días al levantarme. ¿Cómo pude abandonarme a sus brazos y enamorarme de él? Porque fuera ya de su influjo, la única imagen que me queda es de lo que se convirtió o de lo que siempre fue y yo me negué a ver. La de un hombre poco expresivo, nada efusivo, emocionalmente castrado y que no puede reconocer o experimentar nada. Está preso de emociones tan deterioradas y atrofiadas que no solo ignora lo que sienten los demás, sino que sería incapaz de verbalizarlo. Un tono gestual rígido, controlado y frío, en el que las reacciones físicas que acompañan a las expresiones emocionales son mecánicas. Como si realmente no estuviesen unidas a esa emoción y funcionasen al igual que espasmos. Sé cómo es y he

visto la negrura que espesa su alma. Esta vez no le subestimaré.

Mi dispositivo parpadea y eso solo puede significar una cosa, Anne ya no está con nosotros. Debo regresar con Anicka, ella me necesita. Desciendo ladera abajo y mi mente me muestra la sucesión de hechos que me han traído hasta aquí. Un encuentro fortuito en el ágora con Solomón, una sombra, un amigo y secuaz de Iaakov. Mientras que Otto y yo comprábamos lo necesario para convertir nuestra casa azul en lo que debería ser una escuela, lejos de los mandados y leyes del Consejo de la ciudad. Los intentos infructuosos de Otto para evitar que Solomón me reconociese y las noticias del poblado sobre extranjeros preguntando por mí. Iaakov es cada vez más poderoso y no cejará en su empeño por dañarme. De momento no sabe que Anne existe, pero es cuestión de tiempo que lo averigüe. Yo no voy a entregarle a mi hija. Prefiero fingir su muerte y que desaparezca para todos.

En el *scriptorium* se criará oculta ante sus propios ojos, junto al Maestro que la ha reconocido como su hija propia. Allí aprenderá todo lo necesario y, llegado el momento, conocerá cuál es en realidad su origen.

Cierro los ojos y visualizo su rostro, sus manitas regordetas y su sonrisa. La inexperiencia que supone abandonar mi zona de confort me hace dudar, pero no hay otro camino, no hay marcha atrás. No es el resentimiento el que me guía, no albergo rencor alguno que escondido reaparece al recordar su ofensa. No quiero perpetuar un linaje de venganza en mi hija, pero sé que debo luchar por nuestra libertad y por devolverle a nuestro mundo la humanidad que le han robado, que el miedo le ha arrebatado. El Maestro está de mi parte y Anne, tarde o temprano, tendrá que elegir.

Su padre representa la herida, el desagravio y la ira. Esa parte del alma irascible, imposible de conducir que ata al hombre a sus deseos más bajos, en su caso el poder y el control. Yo quiero para ella un alma libre, esa parte concupiscible que nos habla de fuerza, coraje, valentía y fortaleza. Pero que también nos da la humildad necesaria como para obedecer y consagrarnos al bien común. Como la deuda sagrada de un jefe para con su tribu, para con su familia, por la que debe honrar a la sociedad que le otorga esa distinción y no la inversión de esa situación en la que el pueblo vive eternamente en deuda para con sus líderes. Un buen hombre me dijo una vez que las palabras escritas en un sermón siempre suenan importantes. Yo, Bella, haré que Iaakov escuche muy alto las mías.

5. ¡Tú eres mi segunda naturaleza!

Consuetudo quasi altera natura

O, como decía el sabio Cicerón, «la costumbre es nuestra segunda naturaleza».

Camino por el ágora de la ciudad como un pez fuera del agua. Todo me resulta extraño. Jamás podría formar parte de esta comunidad, nunca adoptaría ninguna de sus normas como referencia. Solo soy Bruno, un ser

rústico, simple y sin sofisticación alguna. Me encuentro en un medio urbano ajeno, en el que sin hacer esfuerzo alguno despierto la comicidad en todos aquellos que me ven al resaltar un contraste inevitable. Objetivamente soy diferente, una distancia difícil de cuantificar pero que dibuja un abismo entre los hijos de la *khora* y los de la ciudad. Nuestra identidad cultural ha sido asignada cuidadosamente, como en un concienzudo proyecto de ingeniería social y el sentido de pertenencia al territorio grabado a fuego en nuestros corazones para que todo siga igual, para que nada cambie, para que la calma lo impregne todo. La valoración contraria de la vida que hacemos los unos de los otros está plagada de tópicos que eluden cualquier sentido práctico, porque hablan de desconocimiento y desconfianza. Además ellos nos menosprecian, cual amo que ve a sus siervos como monstruos deformes y aunque estos le doblan en número, no les presupone ni el valor ni el honor suficientes como para representar una amenaza real.

—¡*Kulchie!* —escucho ese insulto a mi espalda.

Huelo el desprecio, ese sentimiento de superioridad que nos hace vernos más importantes que los de «fuera de nombre», los que no son como nosotros. Soy juzgado en relación a un grupo de referencia y entiendo que para ellos sea gente hostil. Mi lenguaje, mi comportamiento y, sobre todo mi aspecto, llaman demasiado la atención. Debo camuflarme mejor y pasar inadvertido entre ellos.

Estoy aquí para localizar a Pétrola y comenzaré por el punto exacto en el que cambió todo, el final de su bitácora, su último trabajo en el *asclepio*, el centro de salud. Esa es la última anotación que Bella tiene en su cuaderno de cuero negro. Sonrío porque puedo escucharla, sin duda ella diría algo como «debes rodearte de verdad para engañarlos, ese será tu mejor camuflaje. Muévete como uno de ellos, actúa como lo harían ellos, pero sobre todo confúndete con ellos». Suena fácil oírsele decir a ella, pero ¿cómo hacerlo si apenas puedo disimular mi asombro cada vez me topo con alguno de los grandes edificios y avenidas de la ciudad? Nunca he visto nada igual.

El tribunal del Palacio de Justicia es imponente y al estar situado en lo alto de la colina del ágora domina todo el recinto. Una exhibición de fuerza y un recordatorio constante de la suerte que corren los que no obedecen nuestras leyes. Sin embargo, no es una de las construcciones que llama más mi atención. Sí ocurre así con las cinco grandes piezas que alberga el espacio central del ágora. Un paisaje urbano impresionante al que se accede a través del umbráculo, pasaje con una cubierta que protege un jardín que se despliega

con toda su exuberancia en su interior y se dibuja con una serie paralela de arcadas. Tanto los arcos flotantes como la misma estructura están hechos con *trencadís* blanco, una aplicación ornamental en forma de mosaico con fragmentos cerámicos unidos con argamasa que confiere una personalidad muy especial al Paseo de las Esculturas, como lo llamamos popularmente, con bustos que representan a cada uno de los presidentes que ha tenido el Consejo de la ciudad.

Después se llega al Gran Acuario, con 26 millones de metros cúbicos de agua y una cubierta que dibuja una sucesión de olas en movimiento perpetuo. Contiene más de 500 especies cobijadas en sus tanques, la mayoría de ellas extintas en la naturaleza salvaje, que nos hablan de lo que fue la vida en la Tierra antes de la Gran Guerra.

Para un neófito como yo en cuestiones de fauna marina, fue espectacular visitarlo, siendo aún un niño, con Otto. Un recuerdo imborrable. Pero, sin duda, la construcción más especial de todas, mi favorita es el *arge*, conocido como «el ojo que todo lo ve», un enorme espacio con una cúpula redondeada que se extiende por todo el recinto y que en uno de sus laterales deja ver la gran esfera blanca que recrea ese único ojo que tiene en la mitad de la frente la raza de los gigantes. Descritos como grandes constructores, fuertes y testarudos, que hacían rugir el corazón de los volcanes mientras trabajaban. Allí tienen lugar las reuniones del Consejo, los grandes espectáculos y las escenificaciones de los mensajes del presidente al pueblo. Está rodeado por un lago de casi 25.000 m² que tiñe de azul su inmaculada arquitectura blanca y que, con su reflejo, crea la impresión de un párpado inferior de ese gran ojo que nos contempla a todos. El superior puede elevarse o cerrarse, una vez lo pude contemplar cuando acudí a una de las reuniones del Consejo junto a Otto, y daba la impresión de que el gigante cobraba vida.

—¡*Kulchie!* —escucho de nuevo, pero esta vez el *exónimo* viene acompañado de un lenguaje mucho más contundente, una piedra que golpea la estructura metálica del Foro, una plaza pública cubierta que completa el conjunto. Una parcela con forma trapezoidal y un llamativo color azul que recubre parte de la estructura inferior con paneles de *trencadís* y cristal en la parte superior. Es impresionante ver sus dos alas desplegadas que permiten tapar la superficie acristalada—. ¡*Kulchie!* —vuelve a resonar en mis oídos, pero esta vez una piedra impacta en mi cabeza y un dolor sordo e intenso me hace caer de rodillas. Desorientado y dolorido noto cómo la sangre corre por

mi frente. Alguien oprime mi cabeza con un pañuelo que se tiñe de bermejo al instante y tapa la herida producida por la pedrada.

—Aguanta, no te desmayes. Me llamo Ofelia, te llevaré al hospital. Esa herida no tiene buena pinta.

Nota como sus brazos me sostienen y el aire transporta un penetrante olor floral. En mi cabeza escucho el eco de la voz de Bella.

—¡Cuídate de Ofelia! La serpiente te busca.

Una pedrada fue suficiente para que un pequeño rey derribase a un poderoso gigante. ¿Será este mi fin también? Ese es mi último pensamiento antes de que la oscuridad comience a engullirlo todo, y solo pueda recordar esos ojos verdes y profundos que me traspasan.

Despierto en una gran y aséptica sala blanca, debo estar en el *abaton*, donde se interna a los enfermos. ¡Al menos he llegado a mi objetivo, el hospital! Aunque lo haya hecho como un paciente más. El dolor de cabeza es insoportable, siento náuseas y la herida palpita en mi frente como si fuese a salir despedida de ella. No sé cuánto tiempo llevo en este lugar, ni cuántas horas he estado inconsciente. Lo percibo de nuevo, ese olor me envuelve, me embriaga.

—¡Veo que ya estás despierto! Nos has dado un buen susto. Llevas más de cinco horas inconsciente. ¿Recuerdas tu nombre? ¿Sabes dónde estás?

No puedo contestar, mi mente gira sin cesar atrapada en un bucle que me dice que debo estar alerta. Tengo que abandonar este lugar.

—¡Cuídate de Ofelia, la serpiente te busca! —escucho a Bella que me guarda en la distancia.

Ofelia da instrucciones a una enfermera sobre mí, no puedo oír su nombre con claridad. Las dos desaparecen al girar a la derecha y dejar atrás el gran arco de entrada. Aprovecho mi soledad para incorporarme, tengo que salir de aquí, ya me he expuesto demasiado.

Mis cosas están encima de una tarima de mármol junto a mi camisa ensangrentada. Me visto como puedo y abandono la sala en dirección opuesta a la que ellas tomaron. Afortunadamente, llego al espacio central del edificio que está plagado de oficinas alrededor de una gran plaza cubierta. Delante de mí se extiende un estanque con grandes baldosas blancas, lo atravieso valiéndome de ellas. Cuando estoy a mitad de recorrido, veo cómo el agua pierde su transparencia y reacciona ante un tinte muy poderoso.

Mi sangre corrompe el immaculado estanque y me delata. Cual oficio prohibido a clérigos y creyentes, el tintorero era una figura impura y vigilada

que no podía utilizar colorantes vedados como la sangre y la mía avanza con una rapidez peligrosa, aprovechando la corriente del agua y tintándolo todo de rojo. El flujo aumenta, he de alcanzar la entrada y llegar al mercado. El olor de la sangre siempre atrae a los depredadores, siendo el hombre el mayor de todos ellos.

Un riesgo que no puedo permitirme, porque los depredadores reaccionan instantáneamente cuanto más cerca están del lugar donde se derrama.

Tengo que alejarme.

—¡Ahhhhhhhh! —escucho a una mujer gritar detrás de mí, ya han olisqueado mi rastro.

Continúo sin girarme y alcanzo la entrada. Tomo camino hacia el mercado, allí estaré seguro. Saco un pañuelo de la mochila y, lejos de miradas indiscretas, lo ato como si fuese una venda alrededor de mi cabeza. No debo dejarles miguitas de pan.

Me detengo en la fuente, el agua refresca mi garganta y mi determinación. Apenas me separan ya doscientos metros de una de las puertas de acceso al *bazaar*, como se conoce al mercado. Tiene cuatro entradas principales, cada una situada en uno de los extremos de sus dos avenidas principales.

«¡El lugar de los precios!», reza encima del gran arco que traspaso para adentrarme en un laberinto con más de sesenta calles, cinco mil tiendas, dos grandes domos o almacenes generales, quince patios, dieciocho fuentes, una casa azul para los hijos de los comerciantes y servicios de custodia con cofres de seguridad.

Lo conozco bien, pues no son pocas las veces que he acompañado a Otto a este lugar, pero aún me sigue impresionando la actividad que encierra, con más de trescientos mil visitantes diarios, sin duda el verdadero corazón de la ciudad. Al ser un espacio cubierto, es muy fácil desorientarse dentro de este gran zoco, por lo que siempre trato de guiarme por los colores que describen los diferentes gremios y que destacan en las fachadas de las tiendas con pequeñas señales. El problema es que hay tal cantidad de mercancía a la venta en los comercios que a veces las señales permanecen enterradas bajo los artículos que se ofrecen allí.

Dispongo de créditos de sobra para las compras que tengo que hacer, pero no quiero dejar ninguna huella de mi paso por la ciudad, mejor buscar algún facilitador de los que pueblan los refugios para viajeros. Me dirijo a la

entrada del albergue, el caravasar, y antes de que atravesase la puerta principal del mismo, que se abre al patio interior, uno de ellos me corta el paso. Negocio más de quince minutos con Abel, así se llama, hasta que finalmente accede a cumplir mis encargos. Me pide que le acompañe a la zona donde antes se ubicaban los antiguos establos, destruidos por el incendio de la revuelta. Es un lugar peligroso, pero mi instinto me dice que puedo fiarme de él. Recorremos un gran pasaje alargado con una bóveda de cañón y pequeños habitáculos anexos en los que, camuflados, se ubican casas y comercios de estraperlo. Nos detenemos en uno de los primeros nichos y me invita a pasar. Allí, su mujer y su suegra me atienden e insisten en curarme la herida mientras Abel se hace con la mercancía. Accedo y me obsequian con un poco de agua fresca que calma mi sed.

El facilitador regresa y me ofrece su propio cuarto para cambiarme. Me miro en aquel espejo roto, deteriorado por la humedad y con pequeñas manchas negras que cubren casi toda la parte derecha que apoya sobre el muro. Su estado confirma el deterioro de la pintura en ese punto y las condiciones en las que malviven aquí. Observo el resultado. Supongo que algo de lustre, como a ese ajado espejo, me falta, pero realmente el camuflaje es perfecto. No hay ningún rasgo que destaque mi presencia, la adaptación al medio que consigue esta ropa blanca e impersonal es increíble y me ayudará a ocultarme. Pasar inadvertido a los sentidos de nuestros enemigos me permitirá moverme con rapidez, porque no puedo permanecer inmóvil y agazapado cual presa, para no ser reconocido por el depredador. Debo encontrar a Pétrola antes que ellos.

Recompenso la amabilidad de Abel con créditos extras sin numerar que él se encargará de legalizar, mientras su mujer y su suegra insisten en que me una a ellos para comer. El cansancio, el hambre y el dolor hacen mella en mí y realmente no tengo dónde ir, así que accedo finalmente y comparto con ellos una agradable comida.

Abel Tasman es su nombre completo, uno de tantos huérfanos acogidos en las casas azules que a los quince años son abandonados de nuevo en las calles sin perspectivas ni futuro. Me trata con amabilidad y respeto, cuando en realidad no somos tan diferentes. De hecho, la orfandad también es una vieja conocida para mí. ¡Ojalá hubiese una Bella en la vida de todos los niños como Abel!

Despierto sobresaltado, me he quedado dormido y por la intensidad de la luz debe estar anocheciendo. La mujer de Abel me entrega mis cosas, que

cuidadosamente ha aseado y colocado dentro de una bolsa de viaje reglamentaria, como la que usan todos los trabajadores de la ciudad. Les agradezco sus atenciones y me dirijo al caravasar acompañado por Abel. Allí me reserva una habitación y me indica uno de los puestos que hay junto a la puerta de entrada. Si alguna vez lo necesito, solo tengo que entrar y preguntar por el precio de una visita guiada por el ágora y él acudirá en mi ayuda. Nos despedimos, pero tengo la extraña sensación de que esa no será la última vez que lo vea. Más que un adiós, sin duda es un hasta luego.

De repente, todo mi cuerpo reacciona, mis músculos se contraen y mi respiración se acelera. Un estímulo repentino e inesperado me hace girarme y mirar en la dirección del sonido que ha captado mi atención. Ha seguido rápidamente un camino auditivo inmediato desde mi oído hasta mi centro motor. Esa voz. Su voz. Es ella. Es Pétrola.

La sorpresa me desconcierta por unos segundos y sonrío al ver mi rostro reflejado en el cristal del comercio. Mis cejas elevadas, párpados abiertos y mandíbula caída son signos inequívocos de esta emoción tan básica que me invade, mezcla de alegría por haberla encontrado y también miedo a perderla.

Rastreo esa voz como un sabueso a su presa pero no escucho nada más. Sin embargo, ella misma sin saberlo acude en mi ayuda. Si el mimetismo es la habilidad natural que nos permite asemejarnos a un entorno ajeno que nos rodea y fundirnos en él, Pétrola hace gala de todo lo contrario. Ella es la única rosa roja en este jardín blanco e inmaculado y está a un par de metros de donde me encuentro. Cubre su cabeza con un pañuelo verde de lino que únicamente deja ver sus hipnóticos y oscuros ojos, pero que contrasta tanto con el resto de su vestimenta que parece una señal, una advertencia de que se esconde tras él, de que es una presa potencial. Me parece que asegurar así su supervivencia se muestra complicado. Sin embargo, se desenvuelve con naturalidad en el ambiente del mercado.

Manteniendo la distancia, marco sus pasos a través del *bazaar*, que nos llevan a la entrada oeste. Atravesamos el ágora y nos dirigimos hacia una zona residencial. Agradezco la oscuridad, que avanza lentamente y me permite seguirla sin que sea descubierto. Ella también parece esperar esa coartada definitiva que da la penumbra para abandonar el mercado, para restringir y limitar su visibilidad, para aseverar sin ningún lugar a dudas que no se encuentra en este lugar.

Trato de seguir su paso, pero tengo que reconocer que me cuesta dada

mi debilidad, he debido perder mucha más sangre de la que sospechaba en un primer momento.

Calculo, evalúo, medito. ¡Para qué engañarme! No soy hombre de palabras, en cuanto lleguemos a una zona más resguardada la abordaré directamente. Veo cómo se detiene frente a una casa y mira hacia ambos lados. Parapetado tras una columna, la observo. Tengo que actuar pronto, porque si va a hacer lo que sospecho la perderé, la inspección ocular no guarda otra intención que asegurarse de que nadie la ve.

Va a entrar en la casa. Salgo de mi escondite y me dirijo hacia ella pero algo me detiene en seco. Retrocedo y me oculto de nuevo. La puerta se ha abierto y un hombre joven le ofrece refugio. Ella entra y mientras el portón se está cerrando, puedo ver con claridad cómo sus bocas se buscan, se desean, se encuentran.

Soy Pétrola y acudo a la casa de Kosmo. Entramos precipitadamente en ella, afortunadamente nadie me ha visto llegar. No podría soportar que le descubriesen, porque sé que le estoy comprometiendo. Kosmo me ha ofrecido su casa como refugio, poniendo en peligro todo lo que tiene.

Su calor...

Borra como una segunda piel el miedo que siento desde que abandoné el *hemaka*.

Kosmo es mi costumbre, mi segunda naturaleza. En poco tiempo ha ocupado el centro de mi pequeño universo. Sus palabras, sus gestos, sus galanterías, su sonrisa. Nunca había reaccionado así frente a nadie. Hasta este día nuestros labios nunca se habían encontrado y, después de probarlos, sé que nada será igual.

Su calor, su tacto...

Me muestran que todo lo que he vivido, mis escritos, mis reflexiones no son sino una pantomima. Mi corazón arde y mis sentidos se desatan sobre él. No hace mucho tiempo que le conozco, pero ha puesto mi mundo patas arriba hasta el punto de convertirme en una fugitiva por él. Observo cómo cierra todas las puertas y ventanas y va apagando los haces de luz de las estancias, convirtiendo la casa en un oscuro búnker inexpugnable del que no podrán sacarnos. Se dirige hacia mí y toma mi mano.

Su calor, su tacto, su piel...

No podría expresar lo que siento porque no me atrevo a verbalizarlo. No hemos cruzado palabra, pero tampoco es necesario porque nuestros

cuerpos hablan por sí solos. Noto un hormigueo y un calor húmedo que me asusta. Sus manos me despojan de la candidez que mi inocente e inexperto cuerpo aún guarda. Me desnuda y me tumba en la cama. Saldría corriendo de aquí pero no lo haré porque ya es demasiado tarde para mí, me he rendido a su tacto. Me abandono a él y digo adiós a Pétrola. Soy lo que él desee que sea, lo que me pida que sea. Mi pudor desaparece y mi cuerpo reacciona con vileza, con la mayor de las bajezas controlado por el placer y el fuego. Me olvido de mí misma y recorro todo su ser sin vergüenza. Lo siento dentro de mí y me arrasa el placer.

Me despierto inquieta. Ni mi cuerpo ni mi mente han conseguido serenarse y descansar. Mirando a Kosmo dormir, sintiendo su calor a mi lado, mi inexperta visión del mundo se hace añicos. Nunca hubiese pensado que cada uno de nuestros actos se pudiese juzgar dependiendo de la interpretación que les diésemos, para mí todo era definitivamente abrumador. Como si mis pensamientos viajasen del negro al blanco sin hacer escala alguna en el gris.

Detengo mis cavilaciones y noto como aún me ruborizo recordando la noche anterior y cómo mi cuerpo describía y materializaba sensaciones físicas tan fuertes que jamás hubiese podido imaginar. Me perturba la importancia que en estos años he concedido a multitud de cosas que ahora se me antojan fútiles y banales. Pero lo que realmente me desconsuela, incluso me aterroriza, no son todos los acontecimientos que estoy viviendo, sino la forma en la que los enfrento. No soy yo, no sé quién es esta nueva Pétrola. La anterior queda ya tan lejos, una mujer impertérrita, inmóvil y rodeada de una gran sombra en la que solo penetraba un pequeño haz de luz. Mi nueva versión descubre nuevos matices, nuevas gradaciones, mientras todo fluye y cambia sin cesar. Mas me temo que esta nueva proyección que hago de mí misma en tiempo y espacio gira alrededor de un único sol, Kosmo. No sé quién soy si no es a través de él, no sé lo que quiero sino es estar junto a él y mi vida es tal cual es su vida. Estoy atrapada en él, me rodea como si de repente dos personas pudiesen dejar de serlo, para convertirse en una sola.

¿Cuándo se unieron mi ideal y mi realidad? ¿Cuándo dejé de experimentar ese dolor que desgarrar por dentro al comprobar que lo que quieres y lo que tienes, que lo que te gustaría ser y lo que eres está separado por un abismo insuperable? Mi rechazo hacía él tan solo era una defensa mal construida que su cercanía fue desmantelando poco a poco, sin tregua ni descanso. Las intensas jornadas de trabajo, la complicidad, sus atenciones, sus ojos, su olor, su risa. Pero sobre todo saberlo vulnerable y tan expuesto

como yo, fueron razones suficientes. Es más, la visita de Ofelia al *scriptorium* fue lo que me hizo abrir los ojos. Yo creía haber encontrado a un hombre pretencioso, a un rey de corazones y, sin embargo, Kosmo era un alma engañada y traicionada por una mujer infiel, por Dana. Completé el escrito que ella había contratado como hubiese hecho con cualquier otro *dominus* y lo envié, pero antes le puse sobre aviso. No podía permitir que la perjuración tomase ventaja de mi trabajo y le confundiese. De esa forma, para evitar un abuso yo cometí un oprobio contra los míos con una confesión aparentemente inocua e inofensiva, pero que ha tenido un efecto adverso sobre todos nosotros.

—Todo lo que viere u oyere en mi profesión o fuera de ella, lo guardaré con sumo sigilo —rezan los médicos cuando hacen su juramento.

—No reveléis el secreto de una persona que se os haya confiado —juraba el virtuoso Asaf Ha-Rofé, médico de los antiguos.

Puedo recitar de memoria el juramento de diez puntos que debían suscribir los alumnos de su escuela y la bendición que seguidamente impartían los profesores y, en todos ellos, rezuman expresiones y palabras a las que no me quiero enfrentar. Reglas, conciencia, respeto, no flaquear ni a derecha ni izquierda, ley suprema, precepto, camino o lealtad, son solo algunos ejemplos.

Pétrola, la escriba, así me llamaba. ¿A quién debo mentar ahora? Porque, ¿quién confiaría sus secretos sin garantía de que nadie va a poder acceder a esa información? ¿Qué seguridad puede conferirse ya a mi trabajo? ¿Qué puede esperarse de alguien que ha roto nuestro principio ético más importante? La confidencialidad es el pilar sagrado de nuestra corporación. No importa el mensaje en sí, sino el hecho probatorio de que he violado nuestro sistema, he expuesto a la luz la clave de nuestra escritura oculta, vulnerando la seguridad del sistema y debo recibir mi castigo. Atormentada por la culpa escucho su voz.

—¡Madrugadora! ¿Ya estás despierta? Deberías haber aprovechado para descansar. —Se detiene para darme un beso en los labios y acaricia mi rostro. Aunque, de todas formas, hoy podrás hacerlo mientras yo regreso. Recuerda que no debes salir de aquí, sabes que te están buscando. —Kosmo me abraza y me envuelve como si fuese una niña pequeña y así es exactamente como me hace sentir.

—No te preocupes no saldré. Sé lo que nos jugamos. —Me arrepiento al instante de haber dicho eso, «nos jugamos».

Él no tiene culpa de nada, yo soy la única responsable de hacer pública la información recibida de la *dominus* que encargó mis servicios bajo secreto profesional. Hecho que no hace sino poner de manifiesto la debilidad y entresijos de nuestra organización y aumenta nuestra exposición ante nuestros enemigos. La clave de seguridad por oscuridad que ha fallado soy yo, porque el encargo no era comprometedor, ni revertía importancia alguna, pero la vulnerabilidad del sistema está clara, el lado humano es el que ha roto el equilibrio.

Aunque no fuese consciente de ello, mi comportamiento ha hecho daño a mucha gente y de forma directa. ¿Qué será de Anne y del Maestro? ¿Les habré comprometido? Mis pensamientos me traicionan y frunzo el gesto.

—¡Mi guapa Pétrola, no frunzas ese ceño! Todo se arreglará —dice Kosmo, sonriendo con esa expresión irreverente que me subyuga.

Toma mis labios y de nuevo me abandono a él intentando olvidar mi pena, mi culpa...

Antes de encontrar a Pétrola, el hastío y la seguridad eran sensaciones seductoras en mi vida, en la de Kosmo. Mucha gente sufre atrapada en la rutina de su vida temiendo que pueda ser siempre igual, que no vaya a cambiar nunca.

Aparentemente yo no tenía ese problema, porque mi existencia era simplemente perfecta, todo se sucedía sin complicaciones ni sobresaltos y fluía con facilidad.

Kosmo era un ser superior a aquellos otros que buscaban desesperados algo que rompiera su rutina, su costumbre y su normalidad. Si la propia vida no es más que una sucesión de días y noches, inviernos y veranos, estrellas y sol, ¿por qué buscar entonces en nuestro discurrir la pasión o la desestabilización constante? ¡Necio! ¿Cómo he podido estar tan ciego? Ahora es cuando me doy cuenta de que estaba equivocado, porque ahora sé que si no amas no vives y celebro que todo haya cambiado. Aunque siendo sincero conmigo mismo reconozco que eso me asusta, pero no tanto como que mis días pudiesen ser como antes de tenerla cerca.

Pétrola lo ha puesto todo en peligro por mí, ha roto la burbuja de confidencialidad que se les presupone y exige a todos los escribas. Nuestras leyes son muy estrictas al respecto, no hay excepciones a la norma, la obligación legal debe ser mantenida incluso en un juicio. Temo por ella, sufro

por los dos y no puedo quitarme de encima la impresión de que hay algo más, una amenaza mayor que ronda muy cerca. Yo no la he delatado y soy el único que conoce el dolo cometido. Sus palabras de aviso, su preocupación por mi bienestar llegaron como un acto de confidencia que recibí en un pacto de silencio autoimpuesto. Jamás haría nada en su contra. La quiero. La deseo. La protejo. Pero sé que aquí ocurre algo más, no tengo dudas, faltan cartas en este juego que aún nadie ha puesto sobre la mesa.

Una cascada de sensaciones negativas golpea mi cabeza. El dispositivo de mi muñeca parpadea. Mi tío Iaakov quiere hablar conmigo. Me despido apresurado de Pétrola.

Mis labios le dicen adiós, aunque mi cuerpo continúa dentro de ella sujeto por una humedad y un fuego que nunca tuvo más sentido para mí que a su lado, pero debo irme.

Estoy inquieto, me domina una sensación extraña e inesperada que no obedece a mi voluntad, pero que me alerta de que debo contestar esta llamada. Es como si mi cuerpo hubiese adivinado ya lo que va a ocurrir, una premonición que mi mente se niega a aceptar.

—¡Mi guapa Pétrola! Volveré en cuanto pueda escaparme del hospital —le digo mientras me invade una tristeza inexplicable. Nunca antes había sufrido de esta manera. No quiero dejarla. No puedo pensar en ella como algo que he tenido, que he vivido pero que podría desaparecer y extinguirse. La beso de nuevo y su calor me destruye—. ¡Vamos a superar esto juntos, encontraré la manera de arreglarlo! ¡Recuérdalo! —miento, puesto que ni yo mismo sé que hacer. ¿Por dónde comenzar?— Pétrola, si escuchas cualquier ruido sal corriendo. En la parte de atrás, dentro del cobertizo del jardín, hay una puerta falsa. El antiguo dueño de la casa la ordenó construir para evitar el férreo control de su esposa y acudir a sus citas nocturnas. La dejaré abierta. ¡Prométeme que te cuidarás de ellos!

Salgo como cualquier otro día de la casa, con la única diferencia de que mi corazón y mi vida permanecen entre esas cuatro paredes con ella. El dispositivo de mi muñeca parpadea de nuevo, insiste mi tío Iaakov. Tengo que contestar. La urgencia tiene que ser grande. Un escalofrío recorre mi espalda y se detiene al escuchar su voz.

—¡Buenas, sobrino! ¿Se te han pegado las sábanas? ¿Demasiada juerga ayer noche? ¿O es que ya no quieres hablar con tu viejo tío?

Atravieso el jardín y me dirijo al cobertizo mientras calculo qué contestar. Debo aparentar normalidad aunque mi cabeza responda con mil

ideas delirantes acerca del motivo de esa llamada, como si sufriese alucinaciones auditivas relacionadas con mi centro, ella, y todo girase a su alrededor.

—¡Ya me conoces! Las noches pueden ser muy largas y es mejor pasarlas acompañado, ¿no? —adopto la coartada que me parece más coherente con el Kosmo que todos ellos conocen, aquel que Pétrola ha borrado de golpe y plumazo en una sola noche.

—Desde luego, eres incorregible, solo espero que elijas las compañías adecuadas. Recuerda siempre quién eres. —Mi nerviosismo aumenta, una idea comienza a aferrarse dentro mí con una fuerza y persistencia inusuales. ¡Pétrola! Dentro del cobertizo giro la llave dejando así la puerta abierta y al hacerlo escucho el sonido de unas pisadas. Mi corazón se detiene, contengo la respiración mientras mi pulso comienza a dispararse. Tras unos segundos, el silencio se vuelve a adueñar de todo y suspiro tranquilo. Sin duda algún maleante que ha pasado la noche durmiendo al raso—. ¡Kosmo! ¿Sigues ahí? ¿Me escuchas?

—Sí, tío, perdona, estoy un poco dormido. ¿De qué estábamos hablando?

Contesto angustiado por la certeza cada vez más cercana de saber que fuerzas que se escapan a mi control me engullirán.

—Sabes que eres el hijo que nunca tuve y te quiero como tal. Por eso voy a pedirte que salgas ahora mismo de tu casa y nos dejes hacer nuestro trabajo. Ella está ahí contigo y sabes tan bien como yo de que tarde o temprano la íbamos a encontrar.

Sus palabras me paralizan... “ella está ahí contigo“, “sal ahora mismo de tu casa”. El delirio persecutorio no era tal, es real. Comienzo a sudar, tiemblo y cierro los ojos.

No me atrevo a contestar.

—¡Kosmo! Dirígete a tu trabajo como haces todos los días y no mires atrás. La detención se producirá en unos minutos. No te preocupes por tu nombre, quedará libre de cualquier sospecha, la que ha infringido nuestra ley es Pétrola. Recuerda quien eres. —Abro los ojos. Todo continúa igual. Estoy atrapado dentro de este cobertizo, abrumado por un peso que no soy capaz de soportar—. Sabes qué es lo que debes hacer. —La voz de Iaakov resuena como un eco envenenado en mi interior.

Un pensamiento rígido e incorregible comienza a dominarme, el miedo. Todo lo que hace unas pocas horas me parecía una verdad inmutable

ahora se muestra amenazante y las razones que acuden a socorrerme parecen confirmar ese pensamiento, convirtiéndolo en una convicción. Claudio.

—Lo sé, tío. No le haréis daño. ¡Prométemelo, debes prometérmelo! —me rindo, me ensucio, me pongo a salvo.

Estaba obligado a protegerla y a callar, más mi promesa es papel mojado, el de un contrato tácito en el que la propia supervivencia está por encima de todo. Inicio un viaje en el que me despido de Pétrola, ¿pero quién es en realidad el que se mueve de los dos? Yo que me alejo hacia mi seguro y perfecto mundo o ella que toma el camino de la intensidad, del fuego, de la sed, esa que ciega corazones y nubla la razón. Salgo del cobertizo y camino hacia la puerta principal. Me detengo y miro hacia la ventana. Ella está allí, mirándome tras ese cristal opaco, el de una preciosa jaula abierta en la que el inocente ruiseñor ha quedado encerrado.

Sonrío y le doy la espalda. Camino. Me hundo en el abismo y solo me viene a la cabeza, lo que me repetía mi tío cuando era pequeño:

—La hechicera pantera, el imponente tigre o el regio león. Todos ellos pueden convertirse en los enemigos más inofensivos frente a una simple gallina o ave de corral. Solo debes colocarte en el lugar de la lombriz que trata de protegerse. No olvides nunca qué posición ocupas, recuerda siempre quién eres.

Supongo que Iakov tiene razón, no puedo pretender ser más de lo que soy. Solo lamento no haber sabido camuflarme como esos inocuos animales que adoptan rasgos de advertencia e incluso el aspecto externo de especies peligrosas para alejar al resto de las especies de ellos y eludir así a los depredadores. De esa forma podría haber mantenido a Pétrola lejos de mí, antes de que se convirtiese en mi costumbre, en mi segunda naturaleza. Agacho la cabeza mientras camino, como si la tierra fuese el único elemento al que realmente pertenezco. Soy como ese anélido, esa oscura lombriz que excava galerías en el suelo y sale de noche a explorar su territorio. Un animal tan voraz que consume en alimento casi su propio peso cada día. El camuflaje de la verdad no ha resultado ser el mejor. No lo entiendo, pero ¿qué puedo hacer salvo regresar al hastío y a la seguridad? Esas sensaciones tan seductoras.

6. Hechos, no palabras

Acta, non verba

Verdad universal que nos recuerda que siempre deben contar más en nuestros corazones los hechos, que no las palabras vacías.

Solomón acaba de comunicarse conmigo, Iaakov, que espero esa llamada con urgencia, mas algo me dice que no tendrá el resultado que necesito.

—La mujer se encuentra en el lugar indicado, vamos a entrar.

—Solomón, sabes que no podemos permitirnos el lujo de dejarla escapar. No sé a qué estáis esperando, el tiempo corre en nuestra contra. —Su torpeza me enfurece. «¡Tremendo inepto! ¿Es que ya no puedo confiar en

nadie?»), pienso.

—Tranquilo, Iaakov, esta vez nuestra fugitiva no se escabullirá, además conseguiré hacerme con su bitácora personal. Estoy seguro de que la tiene con ella en casa de Kosmo, hemos registrado su escritorio y allí no se encuentra. Esta misma tarde la tendrás.

—Supongo que te darás cuenta de que ese pequeño hallazgo lo cambiaría todo, con su libro personal en nuestro poder no quedaría rastro alguno de los escritos y representaría la única marca que deberíamos borrar.

—¿Qué hago con Kosmo? ¿Quieres que le haga seguir?

—No, no es necesario. Mi querido Solomón, cuando un material no es aprovechable pasa a convertirse en un desecho que hay que eliminar. Pero, además, en este caso el residuo constituye un peligro potencial y debemos tratarlo de forma especial. Ya sabes lo que hay que hacer.

—Entiendo, te mantendré informado de todo.

Veinticinco años antes en el jardín del *scriptorium*

Intento dar paso a mi corazón y no dejarme llevar por la traicionera razón, pero esta es testaruda y mi inclinación natural a rodearme de seguridad me puede. Necesito ver cerca los muros de mi vida para aparentar que controlo lo que me sucede y no dejarme llevar. Ya lo hice una vez y eso me separó de Bastian, porque fui soberbia, fui cobarde. Preferí creer lo que veía y no ir más allá de lo que mis ojos me mostraban para confiar en él.

Estaba herida. Me sentía despreciada cuando Bastian, el Maestro, trajo a Anne, su pequeña bastarda, para que se criase con él como una escriba. Yo le había entregado mi vida y él me pagaba con la hija de otra mujer.

La idiotez no tiene una cura fácil y el despecho y la soberbia menos aún, pueden arraigar en nosotros como una capa espesa y pegajosa que lo impregna todo y nos hace actuar como seres inanimados y exentos de la más mínima sensatez. Así, convertida en una muñeca de trapo resentida, me uní a Iaakov buscando dañar al hombre que me había partido en dos y al que aún seguía amando con fiereza.

¡Pobre idiota! Entregué mi vida al diablo sin pacto fáustico alguno, con mansedumbre y acatamiento total. Una ofrenda que, además, no obtuvo un favor poderoso a cambio, pero que sí me llevó a reconocer a ese hijo oscuro como mi señor y mi condena. Sin ser nigromante conjuré mi negro destino y fui marcada por Iaakov con un pacto escrito sobre mi piel, prueba suficiente en mi memoria de que ese contrato se había producido. No puedo

imaginar más lóbrega iniciación al placer que yacer con ese ser. De lo único que mi destino me ha salvado ha sido de entregarle mi sangre, mi extirpe.

En estos largos y grises años de matrimonio no hemos sido bendecidos con hijos y, de haberlo hecho, seguro que él los habría convertido en viles íncubos a su servicio. He vivido tejiendo de día mi rostro de complacencia y respeto hacia un ser ruin y de noche destejiendo esa cara apostada que añora al único hombre que he amado en mi vida. Cuál Penélope, ese es mi premonitorio nombre, siempre esperando el regreso de tiempos que no retornarían y engañándome para no tener que actuar.

Tejer y destejer mis sueños, mi alma, mi vida. No poder olvidar a Bastian y no dejar de pensar que algún día volvería pidiéndome perdón. Me refugié así en la espera perpetúa de un fantasma, de una realidad que nunca existió salvo en mi cabeza.

Quizás la pena impuesta durante estos casi quince años fue suficiente, porque mi encuentro con Bella, hace unos meses en el ágora, liberó mi corazón y me trajo de nuevo hasta él. Gracias a que su confianza sanó mi alma, ahora lo comprendo todo y la sucesión de los hechos de aquellos días cobra significado en mi memoria.

Me contó que durante un tiempo estuvo sacando libros del *scriptorium* para enseñar a leer y escribir a los niños de la calle, a los olvidados. Cuando fue expulsada por la intransigencia y locura de Iaakov, Bastian consiguió que su condena fuese permutada por el destierro y todo se tapó. Pero ese ser sediento de venganza y rencor no cejó en su empeño, hostigándola y cercándola como un depredador a su presa. La protección de Bella y la supervivencia de la niña que crecía en su vientre se cobraron un peaje muy alto que todos nosotros pagamos. Bella se separó de su hija, Bastian sufrió mi rechazo y el chantaje de Iaakov, yo me convertí en una sombra y pensándolo bien, la mala bestia perdió lo único que anhela por encima de todo, asegurar su estirpe con descendencia de su propia sangre.

Anne es su hija, pero él jamás lo sabrá. Así, desde el momento en el que mi amiga me reveló todo, como en un acto de expiación de mis pecados, me juré proteger su secreto y a esa pobre niña.

Bastian es el Maestro y yo la mujer de Iaakov, pero no todo está perdido. Nuestras almas se tocan y nuestros cuerpos se buscan, una clandestinidad que ha morado sujeta en la oscuridad estos meses, porque me temo que este embarazo se destapará sin remedio. Mas el miedo me hace prudente y dudo si confiarle esta gran noticia, porque no quiero ni imaginar

las represalias que podría tomar Iakov. No puedo ponerle en peligro.

«*Dum numeras amittis*^[5]», reza la inscripción en latín grabada en uno de los bancos del jardín, que consigue sacarme de mis pensamientos. Realmente parece un buen epitafio de mi vida, pero ya son demasiadas las horas perdidas y hoy dejaré de contarlas para comenzar a cambiar nuestra suerte. Me siento inquieta a esperarle en ese mismo banco y observo el imponente jardín. Patio de las palabras lo llamamos familiarmente, todo el mundo dice que aquí fluyen con facilidad, espoleadas por el viento y la pureza de la naturaleza. Y eso es precisamente lo que yo necesito para decirle que va a ser padre.

El jardín está protegido del viento por el claustro que lo rodea, goza de las mejores horas de sol y aún en pleno invierno es una delicia pasear por él. Los setos de boj se bañan con flores de vivos colores que crean un efecto de fina alfombra. Las fuentes se suceden y refrescan este vergel que cuenta con más de setenta variedades de flores y cuatrocientas plantas. Un verdadero jardín botánico que incluso tiene una zona de cultivo de hortalizas y plantas medicinales. En el centro hay un gran reloj de sol y desde el mismo se accede a una galería conocida como el Corredor del Sol, donde antiguamente reposaban los escribas enfermos.

—¡Penélope! Sígueme, es mejor que no llamemos la atención —le escucho a mi espalda. Es Bastian, no le he oído llegar. Le sigo, caminando lo más rápido que puedo intentando no perder el aliento que me falta cada vez que lo tengo cerca. Nos cruzamos con Solomón que nos saluda con frialdad.

—¡Querido Maestro! ¡Mi señora!

Demasiada cortesía, me asquea este hombre oscuro y desagradable. Continuamos caminando hasta que llegamos a una zona de la fachada del jardín en la que aún son visibles los restos de la Torre de la Biblioteca, la más antigua del *scriptorium*, que permanece cerrada. Bastian, asegurándose de que nadie nos ve, retira unas ramas de hiedra que esconden una portezuela por la que accedemos a su interior. Cierra con llave de nuevo y me invita a traspasar una segunda puerta. La sorpresa se convierte en fascinación cuando me encuentro ante una gran nave con un brillante suelo de madera. Sus dimensiones son de unos cincuenta metros de largo por diez de ancho y alto. Su bóveda de cañón está decorada con frescos y flanqueada por una sucesión interminable de estanterías de madera noble labrada, todas ellas repletas de libros, códices y manuscritos.

—Mi amor, debemos ser más cautos. Iakov anda tras nuestros pasos.

Estoy seguro de que sospecha algo. A mí no osará tocarme, me necesita en el Consejo, pero temo por ti.

Trato de calmarle besándolo con pasión pero su cuerpo está en tensión.

—No te preocupes, formo parte de su fachada de gran hombre respetable. No le haría daño a la hija del antiguo presidente, mi padre aún tiene valedores fieles entre los miembros del Consejo —argumento sin convicción alguna, porque sé que sería capaz de cualquier cosa, tiene el poder y, sobre todo, la falta de escrúpulos necesarios.

Le digo lo que él necesita escuchar, le engaño con la apariencia de la verdad. Como diría mi padre, “dale a una persona una máscara y te mostrará su verdad”. De nuevo tejo mi tela de araña para protegerlo. Concluyo que no es momento de confesiones y mucho menos para verdades de tal calibre como la que encierra mi vientre, ya encontraré una ocasión más propicia.

De repente escuchamos una especie de gruñido casi imperceptible. Bastian me hace un gesto para que permanezca en silencio y de nuevo oímos ese sonido, pero ahora con mayor claridad. No hay duda, es el suelo de madera que cruje. Casi sin que pueda darme cuenta, echa a correr en dirección hacia la pequeña puerta de entrada.

Le sigo hasta allí, mas al igual que Bastian no veo nada fuera de lo normal, la puerta permanece cerrada con llave y no hay nadie más con nosotros.

—Perdona que haya salido corriendo como un paranoico, supongo que será la humedad que hay en este lugar que hace que la madera engorde y las tarimas rocen entre sí. —Ahora es Bastian el que miente, sustituye el conocimiento del que nos ronda por la afirmación que desea: estamos solos en la Torre de la Biblioteca.

—O algún clavo suelto —añado cogiendo su mano y atrayéndolo hacia mí.

Su calor me envuelve y me entrego sin reservas. Si la negación me permite disfrutar de ese momento de intimidad con él, prefiero pensar que es imposible que alguien nos haya seguido hasta aquí. Ese hecho sería incompatible con el deseo de que todo vaya a salir bien y hoy más que nunca necesito creerlo. Este bebé que crece en mi interior es un testimonio suficientemente probatorio de que una fuerza superior a nosotros no nos ha abandonado.

Nos despedimos como si no fuésemos a vernos nunca más, siempre que me separo de él tengo esa opresiva sensación. Atravieso el jardín y

cuando ya estoy lejos de Bastian llamó a mi hermana. El dispositivo de mi muñeca parpadea, está en línea.

—¿Se lo has dicho ya? —pregunta sin darme tiempo a decir nada.

—No he podido. Bastian sospecha que Iaakov lo sabe todo y no he querido...

—¡Pero tú te estás oyendo, insensata! Sabes cómo es tu marido. Si lo supiese, acabaría contigo. Tienes que marcharte lejos —me interrumpe visiblemente preocupada—. En un par de días parto a la Casa de Salud, sabes que pasaré allí todo el embarazo como es costumbre en la familia. Allí me atenderá Otto, el médico de confianza de papá. ¡Tú vendrás conmigo! El aire de la montaña nos vendrá bien a las dos. Y escucha bien lo que te digo, si tengo que ir yo misma a sacarte de esa casa, no dudes que lo haré.

No opongo resistencia alguna a su oferta. Es la salida más honrosa a mi situación. Además, en esa *khora* vive Bella, ella podrá ayudarme. Suspiro con tristeza, mi hermana y yo siempre soñamos desde niñas con ser madres y criar juntas a nuestros hijos. Ahora que el destino ha querido que ambas estemos embarazadas al mismo tiempo, pende sobre mi bebé una condena, un gran peligro. He de salvarlo a cualquier precio, incluso ocultándoselo a su propio padre.

El sol pierde fuerza y las nubes respiran un tono rojizo, que anuncia que la noche comienza su conquista sobre el día. Debo regresar a casa. Llego hasta el teletransportador principal del *scriptorium*, introduzco el código de destino y me coloco en posición. Acciono el *heike*. Haría lo que fuese para no volver a mi hogar, pero eso es algo inevitable.

Traspaso el umbral de esta cárcel que me ahoga cada día un poco más y allí está Iaakov. Veo su sonrisa cínica mientras me saluda y un escalofrío recorre mi espalda.

Camino despacio mientras él parece querer marcar todos y cada uno de mis movimientos.

—¿Ha tenido un buen día, mi bella esposa? ¿Algún escrito interesante? —me pregunta siguiéndome con la mirada. Sus ojos me observan, me analizan, me diseccionan. Sin dejarme contestar continúa—. ¿Y Bastian? ¿Cómo le va a mi gran amigo? Hace ya demasiado tiempo que no lo veo, quizás le haga una visita.

El primer corte es limpio, incisivo y directo. Sabe por dónde debe abrir para causar el mayor daño posible. Hay algo en su mirada que me congela, si pudiera saldría corriendo lejos de aquí.

—Sabes que no puedo hablar de esas cosas, son confidenciales. Bastian está como siempre, deberías visitarlo más a menudo. Casi no he podido hablar con él, tengo mucho trabajo atrasado —respondo indiferente a su interrogatorio, mientras me sirvo una copa de vino.

Bebo para tratar de aparentar seguridad pero en el fondo tiemblo como una niña asustada.

—Si quieres rescatar el sabor, debes sostener la copa por la base para no calentar el caldo. ¡Así! —Me quita la copa de las manos mientras continúa hablando sin dejar de mirarme—. Das un pequeño trago que debes mover dentro de tu boca para que recorra toda la cavidad y después absorbes aire para expulsarlo más tarde por la nariz—. Bebe un pequeño trago y veo cómo lo mueve dentro de su boca. Me escupe. Noto como el alcohol riega mi cara y entra en mis ojos, el picor es insoportable—. Pasados unos minutos, expectora el resto del vino, como acabo de hacer yo. Porque un buen catador trata de memorizar lo que le ha hecho sentir el caldo pero sin llegar a tragarlo. Recuerda esto muy bien cuando veas a Bastian de nuevo, porque si vuelves a tocarlo será lo último que hagas.

Recibo un fuerte puñetazo en la cara y me tambaleo a punto de perder el equilibrio. Iaakov me agarra del pelo y me arrastra hacia el baño. Pataleo y me revuelvo, pero mi resistencia es inútil ante sus golpes y patadas. Llegamos a la entrada y me empuja tirándome al suelo. En la caída me golpeo el hombro y noto como si se rompiese por dentro. Grito de dolor mientras la sangre tiñe el suelo blanco e inmaculado. Me levanto tratando de alcanzar la puerta.

—Eres una zorra adúltera y vas a recibir el castigo que mereces. Pero antes, para que veas que soy magnánimo, te daré una oportunidad. Una pequeña prueba para dictaminar si eres inocente o culpable de quebrantar nuestras normas.

—¡Iaakov, te lo ruego! No ha sucedido nada. ¡Te lo ruego! No ha pasado nada, no... —No puedo acabar la frase porque recibo una patada en las piernas que me obliga a ponerme de rodillas.

—¡Cállate, perjura! Tengo mil ojos dentro de *scriptorium*, puedo entrar y salir de allí sin que lo notes. ¡Pobre idiota! Voy a invocar la verdad como hacían los hombres sabios de la Edad Media de los Antiguos. Una ordalía que habrás de pasar para demostrar tu inocencia. —Golpea mi rostro de nuevo con saña mientras abre el grifo del agua caliente y comienza a llenar la bañera. Me arranca el vestido dejándome medio desnuda—. En realidad, es

bastante sencillo, en la pena caldaria si la falta cometida es venial solo se introduce el brazo del acusado hasta la muñeca en el agua ardiendo. Si es más severa, se sumerge el brazo hasta la altura del codo. Pero en tu caso, me temo mi amor que tendremos que meterte enterita en la bañera. Después, si al tercer día tienes quemaduras se probará que eres culpable, si por el contrario no las hay demostrarás que eres totalmente inocente.

—¡Iaakov, te lo ruego! —Lloro, grito, suplico, pero él me agarra con fuerza—. ¡Por favor, haré lo que me pidas, lo que tú digas! ¡Te lo imploro! —Me arrodillo a sus pies desesperada. Me agarra del pelo y me levanta, llevándome hacia la bañera. Me empuja y presiona mi cuello hasta que estoy a pocos centímetros del agua. El vapor arrasa mi piel, cierro los ojos, no puedo ver. Siento que voy a desmayarme y micciono involuntariamente. Puedo saborear el dolor, la desesperación, la muerte... Cuando ya lo doy todo por perdido tira de mí hacia atrás.

—Esto será lo que te ocurrirá si vuelves a verle. A partir de hoy abandonarás tu trabajo como escriba y te dedicarás a mí como una abnegada y fiel esposa.

Cierra el grifo y quita el tapón liberando el agua. Sale del cuarto de baño mientras yo permanezco inmóvil. No puedo moverme, no reacciono porque estoy aterrada.

Regresa. Me sienta en una silla y comienza a susurrar a mí alrededor, mientras con una esponja me limpia la sangre que luego escurre en un cuenco de barro con agua.

—Uno de los primeros juicios registrado en la historia contra la mujer adúltera, está recogido en el *Libro de los números*. Se llamó *La oblación de los celos*; en ella el marido manchado por la traición de la mujer lleva a la perjury ante un sacerdote y presenta una ofrenda para recordar su falta. La mujer adúltera es presentada ante Dios y sumerge sus manos en agua mezclada con tierra del templo sagrado, líquido corrompido por la amargura y la maldición que la pecadora había derramado sobre su familia. —Agarra mis manos y las introduce en el cuenco que guarda mi sangre. Lloro y me muerdo los dientes tratando de soportar el dolor. Mi alma está rota—. Me dirijo a ti cuál sacerdote: Si no has yacido con otro hombre, si no te has desviado del camino, si no has manchado el nombre de esta familia, tu cuerpo será inmune a estas aguas. Pero si has actuado cuál mujer adúltera serás castigada, maldita y execrada ante los tuyos, tus caderas ensancharán y tu

vientre se hinchará extendiendo esta maldición a tus entrañas. —Me abofetea de nuevo, pero esta vez me invita a hablar—. ¿Qué respondes, mujer?

—Soy inocente, soy inocente —balbuceo. Pronuncio esas palabras rendida y humillada.

Saca mis manos del cuenco y me lo entrega para que beba de él. Iaakov ha perdido el juicio, sus ojos brillan mientras me tortura. Es un sádico que utiliza la crueldad y la violencia para doblegar, para dominar sus relaciones con los demás.

Siempre me ha intimidado o me ha humillado en público para que cumpliera su voluntad, pero nunca me había castigado de esta manera tan salvaje. Noto su mirada sobre mí y cómo disfruta el momento, lo que me aterra. ¿Qué es lo que vendrá después? Mi vida de alguna manera o de todas acaba aquí, la sangre que bebo sella un sufrimiento que no me abandonará jamás. He sido una ilusa pensando que la felicidad estaba cerca porque, en realidad, mi horizonte se muestra lejano y he perdido mi libertad.

Las heridas que me infringe arañan mi alma. Se siente fuerte, me domina por medio de la tortura física y después con una gran sonrisa saldrá a la calle para guardar su fachada impoluta y respetuosa de hombre de gobierno respetable. Si supieran cómo es en realidad lo repudiarían como a una mala bestia. Si sobrevivo, juro que dedicare mi vida a destruir esa imagen que se ha construido de gran salvador de nuestra ciudad.

—Que las aguas amargas de tu maldición entren en ti y limpien tu falta o hinchen tu vientre de vergüenza. Levántate y vístete. No volveré a mirarte, eres un ser repugnante.

Intento levantarme de la silla y obedecerle, aunque la cooperación con un ser que exhibe su maldad como él es inútil, podría causarme daño gratuitamente haga lo que haga. Siento un fuerte golpe en mi espalda, de una patada me tira al suelo en el que aterrizo sin protección alguna, como un peso muerto. Se acerca hacia mí. Huelo su odio y saboreo su crueldad. Noto un dolor atroz que ciega mis manos, el hijo oscuro las pisotea. Grito con desesperación pero las fuerzas me fallan y me envuelve la oscuridad.

Despierto en mi cama. Estoy entumecida, apenas puedo moverme y no siento mis piernas, ni un ligero cosquilleo. Mi hombro está vendado y tengo los ojos tan hinchados que apenas puedo ver, respiro con dificultad y el dolor del pecho me ahoga. Pero escucho perfectamente como Iaakov habla con otro hombre. Reconozco enseguida esa voz, es la de Farab, uno de los médicos

más reconocidos de la ciudad junto con su hermano Otto, el médico de mi familia.

—¿Me dices que lleva dos días así? Iaakov, sabes que no me meteré en nada de lo que hagas, pero tenías que haberme avisado antes. Penélope tiene contusiones en la cara, cabeza, parte interna de los muslos y brazos, un hombro dislocado, tres costillas rotas, no recuperará la movilidad de sus dedos y si no hacemos algo también puede perder la visión del ojo derecho. Ni siquiera sabemos si tiene alguna hemorragia interna o si su columna ha sufrido algún daño. Debo llevármela al hospital, allí Otto podrá hacer algo más que yo por ella. Le avisaré para que venga.

—¡No harás nada, porque no va a ir al hospital! No deja de ser irónico, ¿no? Una escriba que no volverá a escribir.

—Sé razonable, Iaakov, y piénsalo bien. Penélope es la hija del antiguo presidente, no puedes dejarla aquí así. Podría morir.

—Digo que no pisará el hospital. Vas a arreglarlo todo para su traslado. Su hermana sale mañana de viaje a la Casa de Salud de la montaña, ayer llamó preguntando por Penélope. Va a pasar allí el embarazo y la atenderá Otto. Debe viajar con ella, necesito tenerla lejos o no respondo de lo que le pueda pasar. Me da igual si vive o muere, la quiero fuera de mi casa. No permitiré que manche mi nombre con su debilidad. Es una zorra adúltera. —Hace una pausa que conozco muy bien, su mente está desarrollando algún oscuro plan y no me extrañaría nada que aprovecharse la situación a favor propio. Causar sufrimiento le resulta muy fácil, pues no siente la menor empatía por nadie. Sin embargo, debo agradecerle su negativa a llevarme a un hospital, de haberlo hecho mi bien hubiese salido a la luz. Sé que su corazón sigue latiendo dentro de mí, se aferra a la vida con la misma fuerza con la que Iaakov la desprecia y destruye.

—¡Farab! Hay que levantar un parte de lesiones de esta agresión, debe quedar registrada. Ponte en contacto con Solomón, es un escriba de confianza, él lo hará. Hay que dejar constancia del ataque sufrido por mi mujer a manos de Eben, el líder del *bazaar* y sus hombres. Él y sus seguidores son un impedimento para la paz y el orden en esta ciudad, tienen demasiada fuerza y comulgan con los clérigos, debemos controlarlos. Recuerda la última revuelta que vivimos hace años, cuando encabezaron los ataques contra el Consejo en oposición a la regulación de los precios de los productos básicos. Fue una humillación y tuvimos que transigir ante su alianza. Debemos incriminarlos y ponerlos en su sitio. Hay un comerciante en

deuda conmigo, Arad Tasman, él fue quien ayudó a Bella en su locura de crear una escuela para los niños del zoco. Hará todo lo que le pidamos si quiere seguir conservando su comercio y a su familia.

—¡Iaakov! ¿Estás seguro? Como Jefe de Justicia puedes ordenarlo, pero sabes que habrá derramamiento de sangre. Eben no se entregará por las buenas, es una roca de voluntad inquebrantable, el pueblo le venera.

—Es hora de que demuestre hasta qué punto los ama él también a ellos ¿Estará dispuesto a verlos morir? —Hace una pausa. A estas alturas, aunque Farab ha demostrado tener pocos escrúpulos, hasta él debe estar horrorizado con lo que acaba de escuchar.

—¡Iaakov! Yo... —duda.

—Nosotros le devolveremos al Consejo el sitio que debe ocupar, el *bazaar* dejará de ser el centro de la vida social y no tendrán valor como para oponerse a las clases favorecidas y a la elite política que son sus legítimos gobernantes. Recuerda, Farab, que nuestra ciudad necesita de hombres como tú. Algún día dirigirás el *asclepio* y guiarás a nuestros jóvenes médicos. Pero, antes, el sindicato del zoco debe caer.

Escucho cómo Farab asiente, o debo decir consiente. Todo el mundo tiene un precio y está claro que él acaba de poner el suyo. No puedo hacer nada por esos inocentes, ni siquiera puedo llorar. El dolor domina mi cuerpo y alcanza una dimensión que jamás pensé que pudiera conocer. Mi único consuelo es saber que partiré con Sara hacia las montañas, por eso he de resistir. No sucumbiré, no diré adiós, aún no. Mi hijo sobrevivirá.

Han pasado más de dos semanas y yo, Bastian, no sé nada de Penélope, no he podido localizarla, ni tampoco a su hermana Sara. Temo por ella, estoy muy preocupado. Además, las últimas noticias que llegan de la ciudad son inquietantes, se habla de una revuelta en el zoco y ya se cuentan por cientos los muertos. Se nos ha convocado para una reunión de urgencia en el Consejo, por lo que no tardaré en conocer todos los pormenores de lo sucedido.

Camino con premura hacia el *arge*, el ojo que todo lo ve. El mal llamado párpado superior de la construcción está cerrado y hay guardia en la entrada. Sin duda algo grave ocurre.

Dejo atrás el lago que lo rodea y entro en el edificio, camino por el pasillo secundario en el que la luz lo inunda todo salvo una oscura sombra que camina derecha hacia mí, es Iaakov.

—¡Buenos días, Bastian!

—¡Buenos días, Iaakov! Si me perdonas.

—No hace falta que corras tanto, eres el primero en llegar. ¡Siempre tan puntual! ¿Te vas? Pensé que te quedarías a charlar un poco con un viejo amigo.

—Tu y yo no tenemos nada de qué hablar y si algún día fuimos amigos, te aseguro que por mi parte eso quedo atrás.

—¿Estás seguro? ¿No quieres saber cómo se encuentra Penélope? Aunque lo trataremos en el Consejo, he pensado que tú deberías conocer antes los detalles.

¡Cínico! Me miente con descaro, ha convertido esa impúdica y deshonesto fachada de hombre intachable en una forma de vida, cuando en realidad ha llegado a un punto donde su decadencia es irreversible. Me muerdo los labios para no caer en su juego. Es inútil, lo desprecio demasiado y sufro por ella.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha sucedido? —contesto enfurecido. Le interrogo sin ambages, desde luego yo no domino esa obscenidad descarada que permite mentir o defender lo indefendible.

—Deberías calmarte un poco y no dirigir tu furia hacia mí, sino contra los culpables del atropello cometido, Eben y otros altos cargos del sindicato del zoco. Ellos ordenaron el ataque de Penélope, para coaccionar al Consejo. Tenemos el testimonio de un comerciante que ha confesado cómo asaltaron mi casa hace un par de semanas. Mi esposa regresaba del *scriptorium* y los sorprendió, le dieron una paliza brutal, no podían dejar testigos. Tiene contusiones por todo el cuerpo, un hombro dislocado, tres costillas rotas, pérdida de la visión del ojo derecho y mucho me temo que no podrá volver a caminar.

—No te creo. ¿Dónde está? —No puede ser verdad lo que está diciendo. Mi vida, mi amor. El dolor que siento no tiene nada de literatura, ni de supersticiones, parte de mis entrañas y ha activado todos mis centros de alerta. Mi vida, mi amor. La cólera me invade y lo único que querría hacer en

este momento es abalanzarme sobre Iaakov y dar rienda suelta a la agresividad que tensa mi cuerpo. Abandonarme a esta furia destructiva e infringirle el mayor daño físico imaginable, pero no dejaré que el miedo me seduzca con esa sensación irreal de poder—. Nada de eso tiene sentido. Conozco a algunos de los altos cargos del sindicato del zoco y no serían capaces de ordenar algo así.

—Ella está lejos de aquí, a salvo. Tú puedes seguir con tus juicios de valor y tus remilgos, yo prefiero impartir justicia. Hemos detenido a los responsables, pero aún no hemos encontrado a Eben, es escurridizo como una serpiente —su tono de voz roza el cinismo más sucio y provocador. Se recrea en cada palabra, en cada gesto, como si se estuviese desquitando, nivelando la balanza a su favor. Parece querer causarme el mismo dolor que él ha sufrido, pero nada en su corazón denota ni el más mínimo rastro de duelo o sufrimiento por Penélope.

—No me hagas reír, no serías capaz de distinguir un acto de justicia de uno de exclusiva venganza. La primera repara mientras que la segunda hiere, injuria y mancha. No conviertas esto en una deuda de sangre, sufrirán muchos inocentes —respondo alejándome unos pasos de él.

No asistiré al Consejo, algo me dice que las respuestas que necesito no se encuentran en esa sesión que Iaakov ha orquestado como una *vendetta*, una pelea de sangre que no ha hecho más que comenzar. Él se acerca hacia mí, no está dispuesto a dar por terminada la conversación en este punto.

—¿Sabes, Bastian?, siempre te has sentido superior al resto, como si el sol rigiese solo para ti mientras a nosotros nos estuviese destinada la sombra. A veces hay que mancharse las manos, el pueblo es una masa desorganizada, analfabeta y sumisa, un instrumento necesario para mantener el orden legal pero que debe ser controlado. El anhelo natural de poder del hombre, es muy acusado en individuos como Eben y pone en peligro los destinos de la sociedad. El orden legal necesita que mantengamos esa apatía de la masa, porque su incompetencia facilita su gobierno. Esos pobres diablos no se rebelarían espontáneamente a menos que hubiese un líder al que ceder su voluntad y que los una en ese sentimiento de pertenencia tan pueril que actúa como un material de ensamblaje perfecto entre ellos.

—Estás enfermo, Iaakov. Pretendes dar una base moral a tus delirios de grandeza, pero en realidad quieres que el pueblo viva aislado y en la ignorancia. Los castigas mediante el abuso, la sumisión y la resignación absoluta ante una vida miserable. ¿Y sabes qué es lo peor? Que hablas

demasiado. Iaakov, siempre lo has hecho, pero tan solo eres un cobarde y un mentiroso que se cree sus propias mentiras. Utilizas las amenazas, el fraude y la fuerza para subsistir, pero eso es tan solo un espejismo. No se puede comprar la paz con sangre, nos debilita como sociedad y esas prebendas no pueden mantenerse durante mucho tiempo. No podrás evitar que las cosas cambien, todos los gobernantes caen mientras los siguientes esperan para ascender.

—¡Necio! No sabes de lo que soy capaz, nunca lo has sabido. ¿Quieres hechos, no palabras? Hoy vamos a disolver el Gobierno y a declarar el Estado de Alerta Máxima hasta que la crisis se haya controlado. En unos meses, el Consejo se volverá a reunir para elegir un nuevo presidente y tú me propondrás para el puesto.

—¡Jamás haré nada semejante! ¿Me oyes? Preferiría morir a poner la ciudad en tus manos.

—¡Quizás a ti no te importe, pero entonces deberás cargar a tu espalda con dos muertes, la de Penélope y la de Bella! Gracias a mi querida esposa ahora sé dónde se esconde tu vieja amiga. Después iré a por tu preciosa hija y así, uno a uno, verás caer a todos tus seres queridos. El gran hombre tendrá la oportunidad de demostrar si ama realmente tanto a su pueblo como dice o al final es como cualquiera de nosotros, un ser egoísta que no puede escapar a su condición humana e instinto de supervivencia. —Iaakov acaba de trasladar el daño infringido a las víctimas hacia mí, liberando su rencor y convirtiéndome en atacante, en verdugo. Estoy atrapado.

Salgo corriendo del *arge*, sin saber muy bien dónde me dirijo. Las palabras de Iaakov revolotean en mi cabeza. La actividad de mi cerebro es frenética y trae a mi realidad imágenes, ideas y voces de mi interior que no deseo escuchar. Como un autómatas llego a la puerta norte del *bazaar*, pero instintivamente me detengo cuando escucho una voz familiar. Escondido y parapetado entre la gente veo a Solomón dando indicaciones a los guardias que están apostados en la puerta, hablan sobre el traslado de un prisionero.

Olores intensos y brillantes colores se mezclan en los puestos como una sinfonía orquestada para los sentidos. Percibo claramente el aroma a azafrán, a canela en rama y a vainilla. Sin duda, mi favorito, con esa sutileza y fuerza natural. Junto al puesto de las especias veo otro con dulces artesanos, chocolates aromatizados, dátiles y, mi perdición, un dulce llamado *baklava*, de pasta filo y miel. Estoy abstraído pero no tanto como para no darme cuenta de que se está despidiendo. Espero a verle perderse en mi horizonte y me

dirijo al guardia.

—Soy miembro del Consejo, lléveme ante el prisionero.

Las palabras tienen el poder de destruir y de sanar, de descubrir o de cerrar puertas y esta se ha abierto de par en par. La palabra Consejo ha conseguido que me escolten entre las tiendas y los almacenes para entrevistarme con alguien al que no conozco y del que no sé si obtendré las respuestas que necesito.

Dejamos atrás el caravasar y desde allí accedemos a los antiguos establos, un pasadizo alargado con bóveda de cañón y habitáculos anexos. Nos detenemos en el primero de ellos, aparto la cortina que hace de improvisada puerta y un olor nauseabundo me golpea. Una mezcla de sudor, orina, estiércol, humedad y serrín.

Veo a Arad Tasman, postrado en un improvisado camastro, y ordeno a los guardias que salgan para poder tomar declaración al detenido. Estos obedecen sin decir nada. Intento mantener delante de ellos una actitud fría e indiferente, cuando en realidad querría correr a ayudar a un buen amigo que se desangra delante de mí. Salgo a la puerta y les ordeno que avisen a un doctor y traigan agua fresca, trapos y toda la paja, serrín o heno suelto que encuentren en los otros establos y lo esparzan por el habitáculo, es necesario mitigar el olor y rebajar la humedad del ambiente de aquella pocilga. A los pocos minutos han cumplido mis mandatos y me dejan a solas con Arad. Aunque el hedor sigue siendo insoportable, decididamente el aire va recuperando su equilibrio poco a poco.

Incorporo a mi amigo para que pueda beber un agua fresca que parece revivirle.

Limpio como puedo su herida y trato de contener la hemorragia con un improvisado vendaje. Intenta hablarme, pero se encuentra demasiado débil. Acaricio su frente, la de un hombre bueno que ama a su familia y jamás haría nada semejante a lo relatado por Iaakov.

—¡Abel, Abel...! Mi hijo, ¡búscalo! —escucho de sus labios un susurro desesperado y trato de calmarlo.

—No te preocupes, le encontraré y lo pondré a salvo. Ahora lo importante eres tú, el médico no tardará en llegar.

—Mi querido Bastian. Mi amigo, para mí es demasiado tarde... —Rompe a toser y yo intento que deje de hablar y descanse, pero él rehúsa—. No me queda mucho tiempo, cuídate de Iaakov, él ha sido el que ha... —Se detiene consciente de que sus fuerzas flaquean y llegan a su fin, se arranca la

cadena que lleva al cuello y me la entrega.

En ese momento entra el doctor, pero ya es demasiado tarde, Arad ha muerto.

Salgo del establo con el doctor y caminamos hacia el caravasar. Le agradezco los servicios prestados y mantengo con él una animada charla intentando disimular mi tristeza infinita por la pérdida de un hombre intachable, generoso y gentil. Un buen padre, un gran hombre de negocios y, sobre todo, un buen amigo. Presto atención a la conversación de dos soldados que se cruzan con nosotros. Han dado orden de incendiar los establos y el ala sur del mercado al anochecer. Supongo que Iaakov no quiere dejar ningún cabo suelto. Pero hay algo más, eso significa que no ha encontrado aún a Eben y ahora estoy seguro de que piensa que se esconde en el *bazaar*. El fuego le hará abandonar su escondite, un pensamiento natural para una rata como Iaakov.

Siento el tacto de la cadena de Arad en mi bolsillo y recuerdo mi promesa, debo encontrar a Abel. Me despido del doctor y sin saber por qué busco un lugar resguardado donde analizar con detalle el colgante. Lo saco de mi bolsillo y compruebo que es demasiado pesado y desproporcionado en tamaño. Voy a darle la vuelta y se me escurre de la cadena cayendo al suelo. Lo recojo y contemplo apesadumbrado que la parte central de cristal se ha roto. Un escalofrío recorre mi espalda, porque en su interior asoma algo que no debería estar ahí.

7. El río fugitivo

Ab uno disce omne

O lo que es lo mismo, por un individuo se conoce a toda la especie. Sentencia injusta pero que muchos, amparados en su ignorancia, intransigencia o en su provecho propio, dan por cierta.

Yo, Pétrola, en la casa de Kosmo, reconozco el sonido de la puerta al cerrarse y me levanto corriendo de la cama. No puedo explicarlo pero necesito salir fuera y respirar aire fresco. Me doy una ducha rápida y casi sin secarme me visto para salir al jardín. Cojo precipitadamente todas mis cosas y las meto en la mochila, también algo de comida, y salgo. Escucho un leve ruido tras de mí pero no me giro, simplemente abandono la casa. Alejo así el peligro de Kosmo, es lo mejor para los dos. El pensamiento de tenerlo lejos me hace sentir desgastada como un trasto viejo, dominada por el temor, la frustración y la inactividad.

Tengo sed. La sequedad de mi boca la vuelve pastosa y mi garganta se agrieta. Trago saliva pero es inútil, una ansia desbocada me domina. A esta sensación se unen la tensión que mis músculos soportan y las palpitaciones de mi corazón que aumentan en ritmo e intensidad. Esta aprensión, esta inquietud, esta frustración, en definitiva este sufrimiento es nuevo para mí, y

lo que me asusta es que parezco recrearme en él como si fuese un sentimiento más real que todo lo que he experimentado hasta llegar aquí, como si mi vida anterior no fuese más que un mero entrenamiento o espejismo irreal.

Tengo sed, mucha sed. Algo se ha roto algo dentro de mí, entre lo esperado y lo obtenido, y mi cuerpo reacciona. ¡Ojalá pudiese desconectar también mi cerebro ante la alarma que me invade y evitar más daños! Pero, hasta ahora, he demostrado ser un agente ineficaz e incapaz de adaptarse a su nueva realidad. ¿Cómo se explica si no que haya acudido a Kosmo en busca de cobijo en lugar de afrontar mi nuevo destino? No dejaré que el impacto de todo lo que estoy viviendo le destruya.

—¡Soy Pétrola, la escriba! —digo en voz alta intentando infundirme valor.

Tengo sed, mucha sed. Me ahogo. Me detengo en la fuente a beber antes de dirigirme al cobertizo. La sensación de agobio aumenta mientras el agua cristalina y fría recorre mi garganta.

Divago. Supongo que mi mundo anterior, estático y cronometrado con precisión, actuaba como un escudo protector que ahora se ha hecho añicos. Qué ilusa he sido pensando que podía suplantar al titán del tiempo, al gran Cronos, y medir la existencia a mi antojo. No debo evitar el dolor, sino enfrentarlo, aprender a vivir con él y adaptarme. No he de continuar saboteándome a mí misma, el amor que siento por Kosmo me ha enseñado que lo material que nos rodea es transitorio y su pérdida no debe paralizarnos. Un objeto, una posesión, se degrada, se descapitaliza e incluso desaparece, no así los vínculos de apego que mi corazón ha creado asegurándome que él siempre estará ahí. Visto así mi sufrimiento se muestra como una pura ecuación matemática entre los problemas que enfrento y los recursos que empleo para solucionarlos. El resultado es este desgaste que me arranca un dolor difícil de medir pero que no me dominará violando así mi naturaleza y condenándome a desaparecer. He invertido demasiada energía huyendo y retrasando lo inevitable, al fin y al cabo un cronómetro no es más que reloj que mide el tiempo independientemente de nuestro marcador natural, lo activa y detiene con solo apretar un pulsador. ¿Podré poner el mío a cero y comenzar otra vez?

Tomo una determinación y camino hacia el cobertizo. Puedo hacerlo. Ya en su interior vuelvo a cerrar la puerta por dentro para no dejar ningún rastro de mi paso por este lugar. Mi corazón se paraliza mientras escucho fuertes ruidos en el exterior.

La escena que viví en mi escritorio se repite una vez más, solo que esta vez no puedo acceder a un teletransportador y escapar lejos. El más cercano y discreto que podría servirme se encuentra junto a la casa azul del mercado. Trataré de llegar hasta él. No tengo tiempo de reaccionar, alguien me agarra por detrás tapándome la boca, mientras tira de mí en dirección a la puerta. Me arrastra. Soy consciente de que yo misma me he metido dentro de una ratonera en la que no hay salida. No puedo ver a mi captor, pero no hace falta porque reconozco sus ropas, los hombres de Iaakov me han encontrado. Mi aventura termina antes de comenzar, supongo que como reza el dicho, la rueda siempre sigue la pezuña del buey.

Yo, Anne, estoy en el *scriptorium*. Sufro al pensar en Pétrola. He de encontrarla y asegurarme de que se encuentra a salvo, pero la angustia que siento no me deja ni pensar. ¿Por dónde comenzar? Soy su única familia y le he fallado al no poder protegerla de mi padre, el omnipresente Iaakov. Ese ser cruel e imbuido por la sed de venganza y el rencor que domina cada uno de sus pasos. Disfruta con sus actos de tiranía y no se deprime ante las amenazas. Al contrario, se desquita con los que osan oponerse a él.

Son muchos los abusos que le hemos visto cometer con subordinados a sus órdenes, sobre todo con los más débiles y derrotistas, con los que se ensañaba convirtiéndolos en foco de sus severos castigos. Además, esa exhibición de fuerza no ha dejado de crecer, es la misma cercanía al poder la que activa la ponzoña que corre por sus venas retroalimentándola. Sus ataques de furia en el Consejo son cada vez más frecuentes y él se muestra incapaz de frenarlos, inquieto por algo que intuyo está relacionado con la orden de detención contra Pétrola, pero que se resiste a salir a la luz. Al menos, gracias a que el Maestro ha accedido a proporcionarme una coartada, dispongo de más de tres horas para tratar de averiguarlo. Se ha llevado a Solomón con él al *asclepio* porque hace muchos años fue escriba de confianza de Farab, el ahora director del mismo. No había mejor candidato para evaluar el trabajo que estaba realizando Pétrola y completarlo. Argumentos utilizados por el Maestro, en los que Solomón, lejos de percibir una amenaza, cual pavo real que despliega su impresionante y emplumada cola, henchido de arrogancia y debilidad, únicamente ha visto un reconocimiento.

¡Anne, tú puedes!, me digo puesto que he de ser cuidadosa y llegar sin ser vista a la antigua Torre de la Biblioteca. Lo que será sencillo ya que llevo

años accediendo a ella a través los pasajes del viejo recinto que conozco como la palma de mi mano. Un sinfín de escaleras, recovecos, criptas y salas que desembocan en el *scriptorium* y, lo que pocos conocen, también a esta torre cerrada a todos salvo al *armarius* y al Maestro.

Las pesadas llaves que abren la puerta de acceso a la primera galería giran con dificultad pero al fin consigo entrar. Me siento como Hécate, la guardiana de las llaves, plena de poder y sabiduría que acaba de abrir una puerta que no sabe dónde podrá conducirlo. Sonrío mientras recuerdo al Maestro, el día en el que me encontró siendo aún una niña fisgando entre sus cosas y jugando con el gran manajo de llaves:

—¡Querida Anne! Tienes entre tus manos un fuerte amuleto de poder. Si lo agitas con fuerza y cierras los ojos te transportará a lugares increíbles. —Dicho lo cual, extrajo tres llaves de la anilla, las más pequeñas, y las unió con un lazo que luego puso en mi mano—. Mantén estas tres llaves unidas y te permitirán abrir las puertas que llevan al amor, la salud y el éxito.

Acaricio el colgante que hice con aquellas llaves y que llevo siempre conmigo, infundiéndome valor. Siempre me acompaña como un precioso recordatorio de que Bastian es mi único y verdadero padre. Me dio un pasado, un presente y dejó ante mí entreabierta la puerta de un futuro que no quería vivir lejos de su lado. Él, Pétrola y Bella lo son todo para mí. Frunzo el ceño, al recordar de nuevo aquella tarde, porque también me dijo que...

—¡Nunca olvides que si alguna vez tienes dificultades al hacer girar una llave en su cerradura, encontrarás obstáculos para hacer realidad tus deseos!

Supongo que era una broma fácil de hacer a una niña crédula que daba por cierta cualquier cosa que saliese de sus labios, pero reconozco que sus palabras siguen surtiendo en mí el mismo efecto que entonces.

Comienzo a descender por el trazado de galerías que forman un auténtico laberinto. Se distribuyen en varios pisos y, aunque en principio contaban con entradas independientes en cada planta, fueron selladas y reducidas a la que se ubica en el nivel superior. Las criptas y sus corredores son oscuros y tan estrechos en algunos puntos que difícilmente podrían cruzarse dos personas dentro de ellos. En otros, sin embargo, se ensanchan formando cámaras espaciales con paredes decoradas con toscas pinturas murales al fresco y nichos dispuestos horizontalmente por niveles que guardan libros y documentación. La verdad es que la ornamentación es escasa y tan solo se encuentran, marcando el recorrido, monedas y camafeos

fijados en la pared a modo de rudimentarias señales. El principal problema es que hay niveles intermedios y como las galerías se cortan unas a otras es muy fácil desorientarse. No sería la primera vez que me pierdo entre estas paredes, aunque debo reconocer que aún era muy niña cuando sucedió y acabé en la Torre Derruida.

Cojo la escalera que lleva a la cripta principal, el lugar donde Solomón hizo instalar el archivo general. Supongo que necesita revestir todo lo que hace de suntuosidad, o tal vez sea exclusivamente morbo y oscuridad lo que le llevó a hacerlo, ya que se dice que los cubículos de este espacio, conocido como la Plazoleta, fueron construidos como enterramientos. Algunos de ellos por su tamaño y profusas pinturas, bien parecen grandes mausoleos.

Todos los escritorios están desplegados, me dirijo al de la derecha y con mi *penna* voy abriendo los diferentes niveles de información. Por fin llego al entorno donde se registran cada uno de los trabajos realizados. Comienzo a escribir el nombre de Pétrola y en la pantalla aparece un aviso que me sobresalta.

«¿Quiere acceder a la última consulta relacionada?» —reza el mensaje de la ventana emergente abierta.

El nerviosismo empieza a hacer mella en mí, debo reaccionar pronto o la orden se bloqueará. El color rojo de fondo comienza a oscurecerse, el efecto de fundido no durará más de unos segundos y después desaparecerá. Finalmente acepto. Es arriesgado, pero a estas alturas nada puedo perder. A continuación se despliega en el escritorio principal una barra flotante con iconos que representan gráficamente cálamos, cada uno de ellos tiene un año asignado. Van desfilando hasta que el carrusel se detiene y aparece un nuevo mensaje: «Consulta completada». De toda esa relación solo permanecen activos dos cálamos, los correspondientes a los dos últimos años. Activo mi propio archivo y hago una copia de los mismos antes de abrirlos. Los despliego. Con tanta información, no podré revisarlo todo con detenimiento. ¡Ya lo haré después!, me digo. Sin embargo, continúo mirando ansiosa, buscando alguna pista con desesperación, algún patrón que me ayude a entender qué es lo que está sucediendo y salvar con ello a Pétrola. Hay un par de manchas oscuras en el historial, trato de abrir el expediente relacionado y mi sorpresa es enorme cuando aparece una nueva alarma, «No se puede acceder al archivo solicitado, dicho elemento ha sido eliminado».

Presas de una gran excitación reviso mes a mes la información, trabajos, nombres de los *dominus*, etc. Lo que encuentro me confirma que he

dado con algo importante.

Una idea me ronda la cabeza y apresuradamente abro la ventana flotante con los datos personales de Pétrola. Otro intento baldío, porque es imposible acceder a su bitácora personal. Me sobresalto y el corazón se acelera, la alarma del dispositivo se ha activado, el Maestro me avisa de que se me acaba el tiempo, regresan al *scriptorium*. Borro con mi *heike* la huella digital de mi paso por el archivo general y accedo por un vano a un espacio superior, una vieja capilla a través de la cual atajaré para llegar rápidamente a la biblioteca situada en el último nivel, en los pies de la torre. Desde allí saldré por la puerta que da al jardín y que está oculta tras la hiedra de los muros. Mientras voy descendiendo hacia las dos estancias que me separan de la salida, una idea va cobrando forma en mi cabeza. Debo enviar toda la información a Bella, si hay alguien que pueda encontrar la pieza del puzle que nos falta, sin duda es ella.

Siete son en total los archivos que contenían escritos de Pétrola que han sido borrados a lo largo de estos dos últimos años. Alguien no quiere que quede rastro de ellos y se ha tomado muchas molestias para hacerlos desaparecer. ¿Alguien? ¿O quizás debo decir Iaakov? ¿Qué oscuros secretos guardas esta vez, papá?

Son apenas cinco trazos los que forman ese grafismo que llevo grabado en mi alma. Uno horizontal de derecha a izquierda, el segundo que nace desde el primer tercio del anterior y describe una ligera curva hacia la izquierda. A mitad del mismo un tercer trazo vertical, después desde el punto de origen del mismo, uno horizontal y paralelo al primero que luego desciende formando una *ele*. Por último, uno que une los dos anteriores formando la letra «a». Es el *kanji* de la piedra y representa todo aquello por lo que luchamos, por lo que murió mi padre, Arad Tasman, «el que descendió». Nada puede alterar el significado que guarda, por eso me inquieta lo que acabo de ver. De hecho, no he sabido reaccionar cuando lo he reconocido en el colgante de la mujer que acompaña a Bruno, Pétrola la llaman. Ella no es como nosotros, es una de ellos y sin embargo lo llevaba colgado al cuello.

Nosotros somos como la piedra bruta e imperfecta, estamos llenos de vicios y nos forjamos en la ignorancia, pero crecemos firmes. Nuestro nombre avergüenza a los eruditos que prefieren llamarnos roca, pero no es verdad porque somos la piedra angular de cualquier edificio, la base que lo sostiene. Una piedra tosca rescatada de las entrañas de la tierra que se torna

en una pieza hermosa y pulida con trabajo, con esfuerzo, pero sobre todo con conocimiento, el verdadero martillo y cincel que nos moldea.

Somos los aprendices, los obreros en el taller. Bella, Penélope y después de ellas muchos otros maestros han trabajado esta piedra bruta que somos, demostrándonos que no nacemos para estar solos y aislados. En sociedad, funcionamos como piezas de un puzle que se integran perfectamente sin fricción en una obra mayor. Gracias a ellas ahora sé que nadie es prescindible, todos somos necesarios y libres para elegir si ser una obra inconclusa, una piedra tosca sin labrar o caminar hacia la luz y la sabiduría.

Yo, Abel Tasman, era un hombre primitivo, un lienzo en blanco, un neófito. Hoy entiendo el mundo en el que vivo. Mi horizonte se extiende mucho más allá de lo que ven mis ojos. Sé leer, sé escribir y puedo elegir. Hace muchos años que lo hice, consagrando mi vida a limpiar el nombre de mi padre y a luchar por la libertad del pueblo. El hombre embrutecido es material imperfecto, rudo y viciado, fácilmente maleable como esas piedras perdidas que se arrojan a los cimientos de las construcciones sin trabazón que les de consistencia. La ignorancia es lo que nos ata a ese estado de devastación en el que nuestros instintos nos dominan sin remisión.

Ser ignorantes nos degrada social e individualmente y nos priva de la herramienta básica para construir nuestra vida, el conocimiento. Nescientes damos por válido un modelo de vida que nos anula como personas, porque somos estúpidos, somos conservadores. Nos refugiamos en esa acumulación previa que nubla nuestro corazón y en esa comodidad que nos mece y nos protege de enfrentarnos a lo diferente, a lo nuevo, a lo que no hemos hecho ni pensado nunca. Vivimos en un mundo en el que nacemos viejos, puesto que ni siquiera somos como ese animal joven que descubre la vida por sí mismo, estamos sepultados por lo familiar, por las mentiras almacenadas en nuestro ADN, especializados por la tradición y por la imperiosa necesidad de unos pocos de facilitar su gobierno sobre nosotros manteniéndonos en esta falsa armonía que se perpetúa.

Mi padre, como muchos de nosotros, murió a manos de Iakov, tratando de poner un contrapunto a esta cárcel sin barrotes en la que vivimos. Otros pagaron con el destierro como Bella y algunos con el olvido como Penélope. Más la lucha está más activa que nunca y la llegada de Bruno es una señal.

Perdido entre mis recuerdos y reflexiones no me he dado cuenta de que

he llegado caminando hasta la entrada del caravasar. Entro en el comercio de Miguel, lo saludo y me parapeto a esperar tras la cortina recogida en uno de los laterales del gran ventanal. Observo la calle, en la que el bullicio, el movimiento, las llamadas de los comerciantes y la férrea resistencia de los compradores en eternos regateos no consiguen distraerme de mi propio dilema interior que soy incapaz de frenar. No confío en ella pero sí en Bruno, él es el Señor de la Tormenta. No sé qué hacer y elija la opción que sea, todas son malas premisas. Si no les ayudo a salir de esta ratonera están perdidos y si lo hago no puedo anticipar cuál será la reacción de Nezer cuando la tenga delante, podría suponer su final. Me debato dentro de un argumento cornuto en el que como si estuviese en un bucle, cualquier cosa que haga puede tener el mismo irremediable y sombrío final. Solo tienen una salida y no sé si esta será al mismo tiempo una pajarera, una trampa sin escapatoria. La respuesta a mis dudas no parece tener réplica. Ya están aquí, los veo atravesar el gran arco que lleva hacia el patio central del albergue. Lo único que puedo hacer es buscar el mal menor. Siempre será mejor someterse al juicio de Nezer, que al de nuestro ilustre y cobarde presidente, Iaakov.

Pétrola y yo, Bruno, traspasamos el portal del caravasar para dirigirnos a la habitación. Detenemos el paso para no evidenciar nuestra urgencia, hemos de pasar desapercibidos. Observo como ella se recrea contemplando la entrada principal, profusamente decorada, sobre todo el estrecho tímpano entre el dintel y el arco de la puerta que muestra motivos geométricos, florales y una figura que desentona con los motivos anteriores, un hombre que trabaja con un martillo y un cincel. Sin duda contrasta con el sencillo y funcional espacio interior rectangular con un portal único y dos patios, el más grande abierto y otro más pequeño cubierto. Las tiendas y dependencias se distribuyen bajo el techado y las habitaciones alrededor del patio general en unidades verticales con habitáculos superpuestos conectados por escaleras interiores. El acceso a los mismos es presidido por un gran arco revestido por rudos cortinajes que por la noche se cierran dando intimidad a cada unidad. El cuarto que me reservó Abel está en el primer nivel. Doy indicaciones a Pétrola para que me siga y entramos en la habitación.

Me preocupa. La observo sentada a los pies de la cama mirando perdida por la ventana hacia ningún sitio. Está en la morada de los espíritus muertos, como diría mi Bella, porque su alma se ha apagado y parece despreciar cualquier preocupación terrenal, vagando rota en el *hades*. Está

destruida y se hunde en la indiferencia más absoluta. No es el estado ideal para acometer nuestra huida, mas no puedo esperar a que salga de esa apatía. Localizaré a Abel y le pediré ayuda, es la única persona de la ciudad en la que confío. Ella se gira y sostiene mi mirada unos segundos, sus ojos claudican y se inundan de lágrimas. No hace falta preguntarle, sé qué es lo que le mortifica.

—Tranquila, he venido a ayudarte. Me envían Bella y Anne. Tu amigo Kosmo acaba de entregarte a un tal Iaakov, he escuchado como hablaba con él tras la puerta del cobertizo. Sus hombres están ahí fuera —esas son las únicas palabras que he cruzado con ella.

Tras escucharlas, abandonó su resistencia inicial y me siguió por toda la ciudad como si levitase. Suspendida en el espacio, como si su integridad física o el final que pudiese correr no le importasen. Tengo que hacer que reaccione, porque si no encuentro un motivo, un acicate que actúe como una fuerza de gravedad que la ate a este mundo, no lo conseguiremos. ¡Ya lo pensaré más tarde, ahora debo concentrarme en localizar a Abel! Necesitamos su ayuda.

Antes de salir de nuevo, hablo con Pétrola y le expongo la situación, incidiendo sobre todo en explicarle de dónde vengo. Necesito que confíe en mí. Le prometo que la sacaré de la ciudad y la pondré a salvo. No me responde y no es la confusión la que nubla su corazón y su capacidad de reaccionar, es el dolor que la traspasa. Me arrodillo delante ella, retiro el pelo de su rostro, seco sus lágrimas, cojo sus manos y le susurro... “No permitiré que te ocurra nada. Soy Bruno, un amigo y voy a sacarte de aquí”.

Pétrola, por fin, me mira. Su contacto visual es más intenso y corrobora lo que ya intuía, está aterrada. No dice nada, pero sus ojos asienten.

Salgo de la habitación y paso por delante de las dependencias principales y de la recepción. Me detengo en seco. Noto ese olor floral de nuevo. Ella está aquí. Nunca he creído en el azar, ni siquiera en esa pueril creencia de que a veces nos pueda sonreír, confluyendo lo que deseamos con lo que obtenemos. Siempre son nuestros actos los que nos llevan en una u otra dirección y los de Ofelia parecen ir inexorablemente unidos a los de Pétrola. Compruebo el terreno, visito la recepción y las tiendas cercanas pero no hay ni rastro de la que llaman la Serpiente. ¡Quizás me esté autosugestionando por las palabras de Bella! ¡Quizás el valor emocional que otorgó a todas sus predicciones me confunde y hace ver como significativo algo que no lo es! Sea como sea, estaré alerta. Alguien golpea mi hombro, lo

que me hace girarme e instintivamente adoptar una actitud defensiva.

—¡Relájate un poco o empezaremos a llamar la atención!

Es Abel, que muestra una sonrisa abierta y franca mientras me invita a seguirle en dirección a la habitación. Tal vez el azar sí sea objetivo y me haya provisto exactamente de lo que necesito.

—¡Perdóname! La verdad es que iba a...

—Aquí no, hablemos mejor en la habitación. El viento es traicionero y no siempre lleva nuestras palabras dónde nosotros queremos.

Asiento y camino junto a él en silencio. En cierto modo tiene razón, el viento es uno de los mejores agentes de transporte conocidos, pero también de erosión. Podría provocar la denudación completa de una forma o incluso su desaparición. El aire puede encerrar un hálito de vida, un suspiro de amor, pero cuando amenaza tormenta, siempre lo hace bajo la forma del viento. Desde luego Abel es mucho más de lo que parece o dice ser, creemos que por un individuo se conoce a toda la especie y nos equivocamos sin remedio. Mi prepotencia no me ha dejado ver lo que se esconde bajo su sencilla y discreta fachada.

—¡Pétrola, no te asustes! Te presento a Abel, un amigo, nos va a ayudar a salir de aquí —afirmo, cuando en realidad aún no he cerrado nada con él, pero sé que nos auxiliará porque hay veces que las verdades se convierten en certezas sin necesidad de acto o prueba alguna.

—No me puedo imaginar en qué líos andáis metidos, pero os buscan los hombres del propio Iaakov. Sé cómo sacaros de aquí pero debéis hacer todo lo que os diga.

—Solo has de indicarnos, estamos en tus manos —respondo, invitando a Pétrola a hablar.

—¡Abel, Bruno! Los dos estáis arriesgando mucho por ponerme a salvo, no seré yo quien ponga pega alguna. Haré lo que pidáis.

Escucho su voz que tantas veces me ha acompañado en estos años, dando forma a recuerdos que se difuminan dentro de mí como pensamientos frágiles, dado que con el paso del tiempo hubiera sido inevitable olvidarlos. Es imposible reproducir exactamente aquello que escuchamos, un timbre, un tono, un sonido perfecto y nuestra mente crea un reflejo de esos recuerdos almacenados en nuestra memoria, a veces incluso distorsionándolos. Pero aquí, junto a ella, no hay interpretación ni tergiversación alguna, su voz es un código que me envuelve y me transporta.

—Está bien, se hará esta misma noche entonces. Dentro de unas horas

saldréis en un barco mercante hacia el Yulia. Vuestro destino es el poblado flotante, ya os esperan allí. Os darán cobijo y estaréis a salvo de Iaakov mientras todo se calma. —La actitud de Abel me tranquiliza con su aplomo y férrea determinación, pero a la vez no puedo evitar experimentar una desazón al darme cuenta de que va tres pasos por delante de nosotros. Está claro que sabe quiénes somos y se reserva más información de la que nos da. Aun así confío en él—. ¿Estás de acuerdo Pétrola? —se dirige a ella y percibo cómo en su barrido ocular esperando un gesto, una confirmación, se detiene demasiado en el colgante que ella acaricia casi compulsivamente desde que empezamos a hablar. Mi piel se eriza al comprobar que lo que identifiqué en el dintel de la puerta del caravasar como símbolos geométricos es algún tipo de letra o de grafía que se corresponde exactamente con la de ese camafeo.

Un fuerte ruido me sobresalta. Me giro y veo cómo la puerta se abre de golpe. Nuestros planes se van al traste, nos han encontrado. Dos metros diez por lo menos, con cara de pocos amigos y una espalda casi tan ancha como el umbral de la puerta se interpone entre nosotros y la salida.

—¡Ttcha-tcha-tcha-tcha-tcha! —el gigante repite un sonido, un matraqueo áspero y machacón.

Estoy confundido. Incapaz de descifrar lo que está ocurriendo miro a Abel, que mantiene la calma con demasiada entereza. En ese momento me doy cuenta de que aquel titán no está solo, gira su cuerpo para conseguir un poco de espacio y tira de algo hacia él. Lo arroja como un peso muerto que cae a mis pies en el centro de la habitación.

—¿Qué ocurre, Miguel? —pregunta Abel contrariado.

—Teníais una pequeña urraca espionando bajo la ventana. Estas aves tienen la fea costumbre de ser demasiado curiosas y la que he cazado lo es. Yo diría que... —sin concluir la frase, Miguel suelta la maroma y tira de la tela en la que traía envuelta a nuestra fisgona como si de un fardo se tratase. De nuevo contemplo esos ojos.

Ofelia es nuestra picaza.

El puerto de la ciudad es conocido como Aguas Profundas por los casi 70 pies de calado que tiene. Un gran hervidero de gente y actividad pese a lo avanzado de la hora que es, en la que la noche tamiza todas las transacciones de un halo de solemnidad y misterio que perderían a plena luz del día. Contemplo el ágora secundaria en la que se ubica el complejo y me doy cuenta de que es una gran desconocida para mí.

Nos encontramos en el muelle principal, en el que los operarios del puerto y tripulantes de las distintas embarcaciones se afanan por completar la carga de combustible, ultimar el acopio de provisiones y la estiba y descarga de las mercancías que deben salir o permanecer en los almacenes. ¿Cuáles de las personas que me rodean son realmente comerciantes y pescadores? ¿Cuántos esconden o enmudecen bajo su rostro, huidas, engaños y faltas como nosotros? Supongo que todos portamos exceso de equipaje que nos esforzamos para que nunca salga a la luz.

Dejamos atrás la consigna y burlamos con facilidad la vigilancia gracias a los hombres de Abel. Dos caminan unos metros por delante de nosotros y tres más marchan a la misma distancia pero cubriendo nuestra retaguardia. No hay que ser muy observador para saber que van abriendo paso entre la multitud con gestos y señales apenas imperceptibles pero que disuaden a los posibles curiosos. Por las indicaciones que nuestro amigo les da intuyo que nos dirigimos a la antigua Casa de la Fábrica, situada en el muelle secundario. Antiguamente allí se construían y reparaban barcos, pero ahora es una zona tranquila y resguardada donde acceden embarcaciones de recreo para el embarque y desembarco de pasajeros.

Ya en la dársena nuestro objetivo parece desdibujarse engullido por el oscuro horizonte y muestra una discreta silueta debido al escaso y deficiente alumbrado de esa parte del muelle. Según nos acercamos, me doy cuenta de que mi primera impresión sobre la embarcación no ha podido estar más errada, porque es de todo menos usual, moderada o velada. Para empezar su puerto de matrícula, que exhibe pintado sobre relieve en la popa es Yulia, el nombre de nuestro río. Además, su diseño se aleja mucho de lo común, ya que el salón de popa está totalmente acristalado, salvo por unas sujeciones que cual esqueleto sostienen los enormes ventanales y le dan al barco un aspecto diferente y dinámico. También cuenta con una espectacular, redondeada y muy llamativa proa.

Fijo mi atención en tres construcciones adosadas al barco con forma ovalada.

—Son cápsulas de emergencia, con una eslora de 24 pies e ideales para la navegación costera —me informa Abel que ha reparado en mi interés—. Puede operarse sobre ellas de forma remota, sin tripulación. Ni te imaginas los usos que le hemos llegado a dar —concluye jocoso y sonriente.

—Desde luego a mí se me ocurren unos cuantos que podrían sernos de utilidad —le respondo mientras reparo en cómo me observa Ofelia, su mirada

me traspasa.

No puedo augurar si ha sido una buena idea o no traerla con nosotros, pero tampoco podíamos dejarla retenida en el caravasar y, de haberla puesto en libertad, lo primero que hubiese hecho es entregar a Pétrola. Su desprecio y rencor hacia ella son profundos, aún puedo escuchar sus reproches escupidos en la habitación del albergue...

—¡No sabéis a quién estáis ayudando! Esa mosquita muerta ha vuelto loco a Kosmo. Lo ha puesto en peligro frente a Iaakov, igual que hará con todos vosotros.

—¿Te refieres al mismo que la entregó a los guardianes y se escabulló por la entrada principal como si nada? ¿Ese es el gran Kosmo del que hablas?

Noto como Ofelia cambia de actitud ante mis palabras, supongo que desconocía ese pequeño pero importante matiz. Sus ojos brillan al escucharlo.

—Quizás no sea demasiado tarde para Kosmo, pero sí para todos vosotros. No sé qué cuentas pendientes tenéis con nuestro presidente — enfatiza el adjetivo, esa posesión que ninguno de los que estamos frente a ella en esta habitación compartimos—, pero no cejará hasta dar con Pétrola. La destruirá.

—¿Cómo nos has encontrado? ¿Has venido sola? —interviene Abel, sin duda el único que tiene los pies en el suelo en medio de todo este embrollo.

—Para mi desgracia, sí. Y aunque me haya topado con esta gran mole de músculos y poco seso que me ha secuestrado, no me arrepiento de haberlos seguido.

—¿Cómo has dado con ellos? —insiste Abel, mientras Miguel se aproxima a Ofelia intimidándola. Consciente de la situación y de la fuerza e intenciones de su captor comienza a hablar.

—Ayer no supe nada de Kosmo. No respondía a mis comunicaciones, así que esta mañana me dirigí a su casa. Estaba muy preocupada. Guardo la llave de la puerta de acceso exterior del cobertizo del jardín, y hacia allí me dirigía cuando les vi salir.

Bruno, si es que ese es su nombre —Ofelia hace una pausa y me mira con intensidad para cortar después el flujo de comunicación y dirigirse otra vez a Abel—, arrastraba literalmente a Pétrola fuera de la casa, lo que me llamó la atención.

Después se detuvieron a hablar un momento y emprendieron la marcha hacia el zoco.

Únicamente he tenido que seguirles y esperar pacientemente.

El ruido de una sirena me devuelve a la realidad, al puerto. Todo se está desarrollando con normalidad y en unos minutos estaremos navegando rumbo al poblado flotante del Yulia. Este es uno de los pocos sitios al que no se puede acceder mediante teletransportadores, lo que nos permitirá ponernos a salvo de nuestro perro de presa. El lugar es un territorio pobre e inhóspito que ha crecido ajeno a la vida de la ciudad, prácticamente no mantiene ningún contacto con ella y ni siquiera cuenta con representantes en el Consejo como las otras *khoras*. Sus moradores son poco más que una sombra. Viven exiliados en el olvido en su río maldito condenados a seguir el curso caprichoso del agua. De hecho, una de las primeras medidas que tomó el Consejo tras acceder Iaakov al poder fue declarar esa *khora* fuera del régimen de gobierno de la ciudad. Además a sus habitantes, les otorgó la condición de *dalit*, como siempre se les ha llamado despectivamente en la ciudad, lo que en la práctica les convirtió en poco menos que parias sin ningún derecho civil reconocido, por lo que deben permanecer aislados en su comunidad sin posibilidad de salir de ella, convivir con la violencia y abusos por parte de los otros territorios de los que suelen ser víctimas y renunciar a la pretensión de acceder a servicios de educación o sanidad.

Esta marginación les ha forjado un carácter duro, huraño y poco receptivo con los extranjeros. Son gente ruda pero justa, un pueblo desconocido para la gran mayoría, mas en la misma medida temido, un territorio ajeno y distante pero cuna de valientes y generosos hombres y mujeres.

Los he visitado en numerosas ocasiones con Otto, uno de los pocos médicos que se aventura a desafiar al Consejo prestándoles asistencia médica. Siendo un imberbe adolescente, en la primera visita que hicimos al poblado, para prevenirme me contó una vieja historia que ilustra muy bien su personalidad. En ella un patricio y respetable hombre de la ciudad se enamoró perdidamente de una muchacha del poblado llamada Yulia. El pretendiente era treinta y cinco años mayor que la joven, que se burló de él cuando le propuso matrimonio. Despechado, la secuestró y confinó en su casa de la ciudad. Ante la negativa de Yulia a entregarse, mandó que fuese torturada y violada durante varios días por sus hombres. La resistencia de la joven a morir hizo que fuese trasladada a un burdel y ofrecida gratis a cualquier cliente que quisiera satisfacer sus bajos instintos con ella. Noche tras noche durante dos semanas fue ultrajada y golpeada con el único objetivo

de doblegar su cuerpo y espíritu. Pasado este tiempo su captor la visitó y Yulia, lejos de mostrarse sumisa, le escupió a la cara y amenazó:

—Puedes arrancarme la piel, puedes intentar apagar mi alma, puedes matarme... Pero volveré, volveré para que jamás encuentres la paz, ni tú ni tus descendientes varones. ¡A todos ellos los maldigo!

Herido de nuevo en su orgullo ordenó desnudarla y pasearla por el ágora como escarmiento para todo el poblado. Una humillación de la que se habló durante mucho tiempo. Su historia a partir de ese punto se pierde en la memoria a veces un tanto novelada del pueblo. Esos relatos aparentemente reales, pero que siempre son exagerados, distorsionados y que muchas veces esconden tras de sí elementos bastante inverosímiles e incluso sobrenaturales. Porque si una mentira ha de parecer real, qué mejor forma de hacerlo que mezclar información veraz y fácilmente contrastable, con gazapos, datos falsos y otros añadidos. Es la credibilidad la que convierte una historia en un suceso verosímil. Así, viajando en este terreno de leyendas y fábulas, muchos afirmarían que Yulia se casó con su antiguo prometido y dio a luz a una niña a la que llamaron Phoolan. Después regresó a la ciudad para ajusticiar a todos y cada uno de los hombres que participaron en su violación. Más tarde se convirtió en la líder de su pueblo y terminó entregándose para evitar una matanza en el poblado mientras era vitoreada por más de diez mil personas. A partir de ese día, el río fue bautizado con su nombre como un sincero y espontáneo homenaje, un acuerdo que se integró dentro del ideario popular de tal manera que ninguna de las leyes que posteriormente dictó en contra el Consejo consiguieron borrarlo.

Bella nunca supo o quiso contarme cuál fue realmente el final de Yulia, pero sí recuerdo que se habló de un indulto parcial de las autoridades concedido por el abuelo de Penélope. Así, tras once años en la cárcel, Yulia se retiró al poblado y allí acabó sus días.

Regreso de mis tribulaciones y observo a Abel que ultima los detalles, inmerso en una actividad frenética por el muelle. Pétrola, más hundida si cabe tras la irrupción en escena de nuestra fisgona, vaga como un alma en pena. Este mundo le resulta ajeno y en lugar de actuar sobre ella la gravedad, parece que una fuerza contraria la repele y aleja de nosotros. ¡Tengo que hacerla volver!

El polo opuesto a ella es Ofelia, una mujer terrenal y tejida de gravedad. Pese a la situación en la que se encuentra exhibe una actitud demasiado tranquila, incluso diría que en exceso resignada y mansa. Algo

trama. Sin duda es inteligente y parece desenvolverse con facilidad en cualquier hábitat, mas cual urraca prefiere la proximidad del hombre, en este caso la de ese traidor de Kosmo, un individuo capaz de yacer con una mujer y entregarla a los perros al día siguiente sin despeinarse, un cobarde.

Ofelia es seductora, astuta y capaz de sobrevivir hasta en los ambientes más degradados, es una superviviente. Se comunica con fluidez y podría llegar a ser muy peligrosa porque al igual que ese ave con la que nuestro titán Miguel la ha emparentado, ella respondería ante las amenazas tratando de avisar a los suyos para dificultar el ataque. No huiría. La observo mientras sube al barco, ella se gira y me sonrío. La celaré o mucho me temo que sus graznidos pueden llegar muy lejos y atraer a depredadores de mayor tamaño como Iakov. Los pajarracos abren la piel dura del animal muerto, tarea que una simple urraca como ella no podría acometer, pero si es paciente tan solo tendrá que esperar a que estos se cobren su premio para quedarse con los restos, con Pétrola.

Mientras, en la Torre Derruida

Despierto con un dolor de cabeza insoportable. Una bruma espesa me envuelve y apenas si tengo conciencia de dónde me encuentro. Trato de incorporarme, pero una súbita sensación de mareo me obliga a tumbarme de nuevo. Cierro los ojos intentando recuperar la normalidad y, pasados unos minutos, extendiendo el brazo derecho buscando un punto de apoyo para levantarme. Me sobresalto cuando mi mano roza la áspera piedra. Ahora sí recorro con la mirada todo lo que me rodea despacio, muy despacio, y lo que veo me desconcierta.

Me encuentro en una especie de mazmorra o calabozo. La puerta de entrada, de quicio rebajado, tiene apenas un metro ochenta de altura, la planta del habitáculo es bastante irregular asemejándose a un trapecio que en su parte más ancha podría tener perfectamente diez metros de lado y la cubierta es una bóveda vaída sobre arcos resaltados. La luz se cuelga por un estrecho ventanuco de hueco circular protegido por un enrejado en cuadrícula. Los recios muros de mampostería tienen un primer zócalo más tosco y esquinas reforzadas con cantería que dibujan un perfecto almohadillado.

El desconcierto inicial da paso al miedo que se abre paso dentro de mí con rapidez. Automática y casi compulsivamente intentó localizar una salida, pero es inútil. Siento la boca seca y comienza a faltarme el aire, sudo profusamente y las palpitations de mi corazón se aceleran. Todo ello no

hace sino aumentar mi preocupación, un malestar vago que me aturde. Necesito escapar de este lugar, siento miedo y comienzo a perder el control de la situación.

Golpeo la puerta y grito pidiendo auxilio, pero al escuchar mi lenguaje incoherente y cómo el vacío me devuelve el eco de mi propia voz, desisto. Miro a mi alrededor y por primera vez soy consciente de que estoy encerrado y, en mi caso, esto no es un sentimiento, sino un hecho. Las reglas del juego se han roto en mi ordenada vida y todo ha saltado por los aires. Trato de ordenar la secuencia de todo lo vivido en las últimas horas para entender cómo he llegado hasta aquí pero no recuerdo nada. Camino por el ágora como cada mañana y después de eso nada, solo oscuridad. Debo encontrar alguna forma de rescatar las experiencias vividas que me han traído a este lugar, eso es lo único que me permitirá mantener el control sobre mí mismo. Pero mis pensamientos están desordenados y no sé qué respuestas busco, ni qué preguntas debo hacer.

Los últimos rayos de sol se consumen a través de la ventana, por lo que tan solo cuento para orientarme con un brillante destello que proviene del exterior, aunque a través del vano solo se contemple la nada. Pasan las horas, la debilidad y la terrible sensación de sed se dejan notar, aun así no puedo dejar de recorrer la estancia de un lado al otro.

Tropiezo y caigo al suelo. Magullado y dolorido me siento cerca de la ventana y trato de pensar. Mas hacerlo me aterra, porque no sé cuál es mi realidad. Simplemente ya no estoy, he desaparecido y aquí encerrado recreo esa sensación de desconcierto una y otra vez. Como si la pena, el trauma que me ahoga, fuese un bucle que se repite sin cesar e incapaz de escapar tuviese que revivirlo una y mil veces. La acción es inútil, resistirse también y la única palabra que puede asociarse a lo que siento es la de sufrimiento. En ese momento un pensamiento me golpea de lleno.

«¿Soy víctima o victimario? ¿Un reo que cumple su justa condena o un hombre indefenso? ¿Soy culpable?» Pero cómo saberlo si este olvido inusual que me corroe no me da pista alguna. Quizás deba hacer caso a ese otro órgano que rige realmente nuestros destinos, el corazón. ¡No! Me niego a escucharlo porque me asusta reconocer que así es cómo me siento, ¿acaso soy un criminal? No recuerdo nada.

Una punzada en mi cabeza me devuelve a la realidad. Me toco la nuca y una película reseca cubre mi pelo, es sangre. Sin duda aquí tenemos al agente acusante de esta amnesia y desorientación. Desconozco cuánto tiempo

ha transcurrido desde que se produjo la lesión, pero lo que es evidente es que soy capaz de almacenar y evocar nueva información porque recuerdo perfectamente mi despertar en este lugar. Mas mi euforia inicial por esta constatación desaparece cuando trato de recrear los momentos anteriores al trauma y un gran agujero negro parece succionar todos esos recuerdos.

Una nueva punzada restituye parte de mi historia, el *asclepio*, la medicina, mi casa. Soy médico, soy Kosmo, y salgo como cualquier otro día a trabajar. También me veo corriendo por el ágora, pero no podría establecer una cronología clara entre todos esos fogonazos.

Desisto al escuchar unos pasos que se acercan. Me levanto y me parapeto detrás de la puerta, que se abre haciendo un chirrido sordo y agudo que taladra mis oídos. Sin pensármelo, me abalanzo sobre mi captor, rodeo su cuello con mi antebrazo y aprieto con fuerza. Un fuerte golpe en la espalda me hace aflojar la tensión que ejerzo. Me agarran con violencia y acabo en el suelo, reducido y con las manos atadas a la espalda. Uno de los guardias me pisa la cabeza para inmovilizarme del todo, mientras escucho cómo un tercer hombre da órdenes sobre cómo deben actuar.

—¡Procede! —Noto como una gran aguja me perfora la piel y descarga en mi interior su tóxica dosis—. ¡Debéis mantenerlo sedado, así no dará problemas!

—¡Señor! —escucho una segunda voz que se dirige a alguien que acaba de unirse al grupo.

Me han inyectado un depresor muy fuerte porque la sensación de calma y bienestar es inmediata. Lucho por continuar despierto pero no puedo mantener los ojos abiertos. Dejo de notar la presión del carcelero sobre mi cabeza y apenas sí logro asistir como mero espectador a mi traslado al catre, donde he pasado mis últimas horas.

—¡Colocadlo junto a la ventana! Hace mucho calor y su temperatura corporal está subiendo, mandaré a alguien a que le haga unas curas. Que beba agua —es lo último que escucho antes de quedarme de nuevo a oscuras en la celda.

—¡Amigo! La rata escapó pero la lombriz ya está bajo tierra —me llegan los ecos confusos de una conversación a través de la puerta.

—¡Buen trabajo! Kosmo jamás verá la luz del día si no es a través de esos barrotes. Mantenlo vivo, aún lo necesitamos.

Esa voz, esa voz es la de mi tío Iaakov. No entiendo nada y las fuerzas me abandonan por momentos. Morfeo me llama a su lado. Impotente trato de

gritar sin conseguirlo. Si no hay salida y cualquier forma de resistencia es inútil, qué me queda más que el abandono o la indiferencia, es lo único que puede protegerme de este dolor insoportable. En un último intento abro los ojos y observo la dura piedra del muro, una pequeña muesca se dibuja en ella. No consigo distinguir bien lo que es pero termina en una especie de «a», alguien antes que yo estuvo preso en este lugar compartiendo mi lúgubre destino.

«*Felicibus brevis, miseris hora longa*». Viene a mi maltrecha memoria el recuerdo del latinajo que reza en el arco de entrada al *asclepio*, «la hora es corta para los felices y larga para los afligidos». Quizás sea así pero habría que añadir un tercer estadio en el que uno ni si quiera tiene conciencia ni patrón del tiempo que transcurre. Ese momento en el que todo se detiene y puedes recrear una y otra vez el dolor, la traición y tu mala suerte.

8. Los dos hermanos

Nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres

Famosa frase del poeta Horacio, que nos habla de cómo el buen traductor debe cuidarse de no traducir palabra a palabra. Pues muchas veces cometemos el error de juzgar las cosas de forma aislada, olvidando que solo el contexto nos dará la medida, la pista certera para interpretar la vida. Aunque paradójicamente algunos estudiosos afirman que sus palabras fueron sacadas de contexto y afirman exactamente lo que la frase expone.

Veinticinco años antes

Soy Bastian, el Maestro, testigo involuntario del incendio del zoco. Contemplo cómo el rastro es devorado por el fuego y una mezcla de abatimiento y pavor me paralizan. Aprieto el paso mientras acaricio la llave del depósito que extraje del medallón que me entregó Arad. Si la corazonada de Anne es cierta... ¡Mi dulce e inteligente Anne! La valiosa mercancía que guarda ese almacén corre serio peligro. Sé que tomamos decisiones obligados muchas veces por la premura o incluso la desesperación tratando de anticipar el posible final que puedan tener, pero aun así pienso que fue una temeridad por parte de Arad dejar encerrado bajo llave ese gran tesoro. Tengo que ponerlo a salvo.

Trato de mantener la calma y evitar que el miedo se apodere de mí mientras recorro las calles, pero apenas puedo dominar mi nerviosismo. Unos quinientos metros me separan de las consignas, mi objetivo.

Pero no puedo avanzar, la muchedumbre que huye despavorida me impide el paso. Los rostros que desfilan ante mí son retratos del pánico y la desesperación desatados por la ira de Iaakov.

Miles de partículas incandescentes y restos de ceniza revolotean en el ambiente. Miro mis ropas, que se tiñen de una fina capa grisácea. La reacción violenta de las llamas y explosiones que se escuchan han hecho subir la temperatura hasta convertir el apacible y vital mercado en un infierno. El humo y el olor a quemado manchan el horizonte. Resulta paradójico que el hombre que durante tantos siglos luchó por conseguir encender el fuego y después por aprender a dominar este agente de transformación, perezca con tanta facilidad bajo su furia. Incontables civilizaciones le han otorgado un carácter purificador, un honor divino capaz de limpiarlo todo. Mil caras ha mostrado en hogueras, sacrificios, ofrendas, altares o danzas de celebración alrededor de una gran pira. Un elemento poderoso, hipnótico, hermoso y también terrible porque crea y destruye. El más noble de los cuatro elementos, reflejo del astro rey y en el que el fénix muere y renace al mismo tiempo. Sin embargo, verlo tan cerca es aterrador puesto que consume todo lo que encuentra a su paso con rapidez, con saña.

Según me adentro en el *bazaar*, las calles se despejan. No me extraña, ¿qué incauto o imprudente sería capaz de aventurarse por aquí, directo a la boca del lobo? Afortunadamente, el depósito al que me dirijo, de momento, está alejado de las llamas pero es cuestión de tiempo que lo reduzcan a cenizas. ¡Corro, corro, corro! Al fin, a poca distancia, veo la entrada a los domos o almacenes generales, junto a los servicios de custodia. Todo está vacío, abandonado con prisas por unos más que aterrados trabajadores que a estas alturas ya habrán traspasado los límites del mercado para ponerse a salvo. Localizo con facilidad, en el casillero que se encuentra ubicado en la pequeña oficina del pasillo, las llaves del almacén general.

Nervioso, abro la puerta y quedo desolado ante lo que contemplo. Una superficie inmensa en la que se suceden largos y anchos pasillos repletos de contenedores, estanterías para el depósito de paletas y carretillas. Cierro los ojos y respiro hondo, necesito pensar. El humo ya ha llegado al almacén y aunque no tengo forma de saber si el fuego también, por el calor y la sequedad del ambiente mucho me temo que estoy rodeado. Trato de identificar las áreas de trabajo básicas de descarga y recepción, control de entrada, manipulación, almacenamiento y expedición de mercancías. Arad era un hombre inteligente y nada temerario, tuvo que elegir un lugar seguro.

«¡Seguridad, conservación, condiciones especiales!», repito mentalmente. ¡Eso es! Me dirijo hacia la zona de locales autorizados, dependencias independientes unas de otras en las que tienen depósito temporal las mercancías recibidas de otras ciudades que esperan hasta que no se hayan liquidado los derechos generados por su importación. Dejo atrás el *slot*, la zona preparada para descargar contenedores, y al fondo alcanzo mi objetivo.

Estoy delante, el número coincide con el de la llave que mi amigo me entregó. La puerta no desprende calor y tampoco sale humo por debajo de la misma. Toco el pomo y siento un gran alivio al comprobar que está frío. Meto la llave y me aventuro a abrir lentamente, con mucho cuidado. Noto resistencia y tengo que empujar con fuerza, está atrancada. Ninguna oleada de calor, ni fuego, ni humo. He llegado a tiempo.

—¡Eben! Soy Bastian, me envía Arad —pronuncio estas palabras expectante, realmente no sé lo que me voy a encontrar.

Las voces que escucho confirman mis sospechas. Son las de Eben, Abel, el hijo de Arad, y una mujer, la preciada mercancía por la que mi amigo perdió la vida a manos de Iaakov. Me fijo en que encerrados, confinados en este habitáculo sin posibilidad de salir, para impedir que el calor y el humo entrasen por la puerta habían tapado las rendijas utilizando sábanas y mantas, por eso me costó abrir la puerta. No obtengo respuesta pero traspaso el umbral con seguridad, debo ganarme su confianza porque no hay tiempo que perder.

—¡Eben! Sé que no me conoces, pero te aseguro que puedes confiar en mí. Me envía Arad, tengo que ponerlos a salvo de Iaakov. Esa fue la última promesa que le hice a mi amigo y no me iré de aquí sin honrar su memoria. Era un buen hombre y lo arriesgó todo por protegerlos.

Pendiente de la reacción de Eben, leo claramente en su rostro ira y dolor. Me ofrece su mano y yo le devuelvo el gesto con un fuerte apretón. En ese saludo siento la fuerza y determinación de un hombre herido pero con el coraje suficiente como para sobreponerse a la pérdida. El pueblo lo venera y lo llama la Roca, realmente es duro e indestructible.

—¡Pongámonos a salvo! Abel y Ruth vienen conmigo, no iré a ninguna parte sin ellos.

—Por supuesto —contesto ansioso—, no podemos esperar más. Solo tenemos una oportunidad, si conseguimos llegar al teletransportador de la Casa Azul podremos escapar al *scriptorium*. Allí os esconderé mientras buscamos una solución definitiva. Iaakov ha corrido la voz de que tú y tus

hombres asaltasteis su casa y agredisteis a su mujer, si te encuentran te matarán.

—¿Cómo conoces ese transportador? No es un punto autorizado — responde a mi ruego con una pregunta.

—Tenemos más amigos en común de los que crees. Si conseguimos salir de esta, no te preocupes, continuaré guardando vuestro secreto. —Esta vez sí contesta a mi intervención con un gesto de aprobación. Confía en mí.

—De acuerdo. ¡Os guiaré hasta la Casa Azul! Conozco el camino. Una vez allí quedaremos en tus manos. Bastian, siempre te he admirado. Para mí es un honor contar con la ayuda del Maestro.

Eben sabe perfectamente quién soy y, con toda seguridad, también conoce los tejemanejes de Iaakov. Además de resistente es listo y agudo, un superviviente.

Abandonamos el lugar y cierro la puerta, pero por alguna razón no giro la llave. ¿Quién sabe si tendremos que volver a entrar? Caminamos juntos por las estrechas calles hacia nuestro destino, la Casa Azul. Conservo la esperanza de que el teletransportador se encuentre intacto, porque de no ser así moriríamos como ratas atrapadas en el fuego.

He perdido la noción del tiempo que ha transcurrido desde que abandonamos el almacén y centro mi atención únicamente en avanzar. Nuestro paso es lento pero seguro, vamos siempre pegados a las paredes y lo más agachados posible. Nos tapamos la boca con trozos de tela mojados, que el previsor Eben había dispuesto, para no respirar el humo. Cuando ya atisbamos el final, a unos cincuenta metros de la Casa Azul, nos sorprende una gran llamarada, por lo que volvemos hacía atrás y buscamos otro camino alternativo.

—¡Agachaos! —nos grita Eben mientras una gran cortina de humo nos envuelve—. Respiraremos mejor si nos mantenemos cerca del suelo porque tiende a elevarse de manera natural, así que avanzaremos a gatas por debajo de él hasta llegar a la puerta.

De repente, la camisa de Ruth prende. Su primer impulso es salir corriendo, pero Eben la detiene en seco. Le grita que se tire al suelo, le dice que se cubra la cara con las manos y se revuelque.

—¡Rueda, rueda! —vocea desesperado.

Pasados unos segundos, el peligro parece haber pasado y con delicadeza la ayuda a levantarse. Ella, ajena a las quemaduras que sufre por todo el brazo, instintivamente rodea con las manos su bajo vientre. Está

embarazada. Eben, que nota cómo observo la escena, se dirige hacia mí.

—Ruth es mi esposa. —Sonríe mirándola con ternura—. Como creo que ya supones, estamos esperando un hijo. Ese niño será un descendiente directo de la gran Yulia y perpetuará su lucha y resistencia, nuestra memoria como pueblo. —Su sonrisa es franca, abierta y auténtica.

Por primera vez reparo en el impresionante físico de un hombre que respira carisma y liderazgo en cada uno de sus movimientos y gestos. Frente ancha y marcada, ojos profundos y oscuros, pelo negro y ondulado, mentón definido y estilizado, labios carnosos y fuertes, todo en él está revestido de un halo de integridad y certeza que contagia, que ilusiona. ¡Qué distinto sería nuestro pequeño mundo si una persona como él rigiese nuestros destinos!

Una palmada suya en el brazo me rescata de mis cavilaciones. Hay que continuar. Mas, ¿hacia dónde? El zoco se ha convertido en una ratonera, un triángulo de fuego perfecto. Combustible, comburente y energía de activación, repartidos en estos miles de metros cuadrados repletos de mercancías, viviendas y almacenes. Imposible eliminar ninguno de ellos en esta trampa certera. El calor es sofocante, el poderoso agente encuentra más y más combustible a cada paso que da y el oxígeno lo retroalimenta. Iakov ha desatado sobre nosotros, cual Vulcano rodeado de cíclopes, el fuego sagrado.

Continuamos avanzando y por fin puedo distinguir dónde nos encontramos. Eben se detiene, no sé cómo lo ha conseguido, pero la Casa Azul esta delante de nosotros. Sin pausa, tanteando el terreno, entramos en ella. Descorro la gran cortina añil que cubre una de las esquinas y respiro hondo, nuestro transporte será posible.

—Lo hemos logrado, la gran piedra seguirá en pie —digo eufórico abrazando a Abel, que por un momento ha abandonado el regazo de Eben, que lo ha portado en brazos durante todo el camino, para acercarse a curiosear tras la cortina.

—No, mi querido Bastian. Abel es un niño fuerte y valiente como su padre. Sobrevivirá. Pero Ruth, única descendiente viva de la gran Yulia y Eben, la Roca, han muerto sepultados bajo este infierno. ¡Cuéntalo así! —me dice entregándome su colgante con el *kanji* de la piedra, el símbolo de su *oiko*—. Iakov piensa que este fuego se apagará y que con él se perderá el recuerdo de los que luchamos por una vida más justa y libre para todos. Pero se equivoca, la vida me ha enseñado que cuando un buen líder agoniza, el fuego se apaga como signo de veneración, pero tan seguro estoy de eso como de que siempre se vuelve a encender para la coronación de su sucesor. Él

mismo está alimentando su caída y a nosotros por ahora nos toca avivar las llamas desde el olvido y la clandestinidad—. ¡Gracias por todo amigo! Yo... —No ha terminado de hablar cuando veo cómo su rostro pierde energía y cierra los ojos.

Corro hacia él. Eben se desploma, lo sujeto como puedo y mis manos se bañan con su sangre. Está malherido. He de actuar rápido. ¡No, no voy a perderlo, como me sucedió con Arad! Doy indicaciones a Ruth, que palidece por momentos y a Abel para que se coloquen en los puntos de transporte y arrastro a Eben como puedo.

Busco las nuevas coordenadas del Centro de Salud, nuestra visita al *scriptorium* debe esperar. Salvar su vida es más urgente y el único que puede ayudarnos en este momento es Otto. Acciono el mecanismo con urgencia. La noche se presenta muy larga.

Presente

Tocamos tierra acompañados de un tronar impresionante. El cielo amenaza tormenta y la noche cerrada nos envuelve mientras el viento comienza a remover la superficie del agua. Nuestro traslado coincide con las primeras lluvias y aunque el caudal del río todavía no llega a su máximo, sin duda ha crecido en estos últimos días. La razón hay que buscarla en las bravas aguas de nuestro Yulia que son rechazadas por el mar y en la búsqueda de un espacio natural de retiro, regresan al interior, elevando el nivel del agua y aumentando la superficie del lago.

Para llegar a la aldea flotante es necesario pasar primero por el muelle de Khnang, nuestra primera parada. Allí los hombres de Abel nos indican que iniciemos el camino con premura, el tiempo corre en nuestra contra y debemos llegar antes que la tormenta. Caminamos durante unos veinte minutos más o menos, alumbrados por nuestros dispositivos de emergencia. Atravesamos un gran cementerio de barcos encallados en los altos terraplenes alrededor del cauce seco sobre el que avanzamos. Por las voces y mensajes que nuestros guías intercambian entre sí parece que nos acercamos a nuestro destino.

«¿Cuántas veces he soñado con visitar este lugar?» —me digo a mí misma y, sin embargo, ahora que casi acaricio su contorno solo siento indiferencia. Además, he de reconocer que el poblado tiene muy poco de flotante en esta época del año. De hecho, muchas casas se elevan casi tres

metros sobre el nivel de suelo, sostenidas precariamente sobre largos palos de bambú esperando las grandes crecidas, lo que da una idea de las inmensas proporciones que llega a alcanzar el río.

Un resplandor ilumina el camino y parece devolver el día a la noche. Transcurridos unos segundos, la onda de choque de un impresionante trueno retumba detrás de nosotros como si las nubes colisionasen entre sí relleno un gran vacío.

—¡Acelerad el paso! —escucho a mi derecha—. La tormenta se nos echa encima. ¡Acelerad!

—¡Pétrola! —escucho mi nombre. Bruno me llama mientras se despide de nuestros guías, mucho me temo que nuestra aventura terrestre concluye y de nuevo regresamos al líquido elemento.

Me pide que me acerque. Me ofrece su fuerte brazo y asida a él monto en una destartalada canoa intentando mantener el equilibrio lo mejor que puedo. Empezamos la travesía que, según nos anuncia nuestro barquero, será un camino muy breve hacia los canales. Realmente hace un alarde muy personal y relativo del concepto de tiempo porque el trayecto por este río moribundo resulta sufrido y lento, absoluta y desesperadamente lento. Ha pasado casi una hora desde que tomamos la canoa y cada pocos metros encalla, pues no hay suficiente agua para conducir la pesada carga curso abajo. Los hombres se levantan y con largos palos que clavan en el lecho del río empujan con fuerza para que podamos movernos.

Teniendo en cuenta que navegamos en contra del viento y que el atoramiento del barco es constante, realmente es un milagro que logremos avanzar. El viejo barquero habla familiarmente con Bruno, algo los une más allá de lo que debería suponer una mera transacción económica. Observo cómo palmea con frecuencia su espalda con un gesto a la vez protector y cariñoso.

Llegamos al lago y el viaje se hace más sencillo y placentero. Una auténtica ciudad sobre el agua se va abriendo lentamente ante nuestros ojos. Las casas y barcazas se alinean formando canales y el agua serpentea entre las construcciones que en ocasiones se levantan sobre plataformas de bambú y en otros casos sobre grandes embarcaciones que se transforman en modestos hogares.

La noche cerrada me impide observar con detalle todo lo que me rodea, pero los fogonazos intermitentes de los que me proveen los iracundos rayos sí me dejan adivinar vistosos colores e incluso una original decoración

de las fachadas. Un azul aguamarina reparador y casi mágico que lo envuelve todo en un efecto calmante. Un naranja optimista, cálido, acogedor y con un toque dramático que llama la atención lo suficiente como para destacar por sí mismo y que también actúa como fuerte contraste. También destacan los paneles y puertas pintadas de un verde azulado que salpica las construcciones de fresca. Al margen de las cuestiones estéticas y dada la carencia de cualquier concepto mínimo de urbanismo y planificación en la distribución de las casas, con frecuencia nos resulta difícil navegar. Los canales son pasajes tan estrechos que para evitar que choquemos, Miguel, Bruno y el barquero sacan los brazos y empujan las maderas para poder continuar. El viento mece a su antojo los toldos, cortinas y remates de las casas que parecen danzar acompasados mientras los relámpagos los iluminan intermitentemente dándoles volumen y profundidad. Tiemblo. Me estremezco y como si hubiese presentido mi desazón, Bruno se sienta a mi lado.

—¿Estás bien? —me pregunta inquieto.

—No te preocupes por mí. El agua no es que sea mi elemento preferido que díganos, pero estoy bien —respondo sonriéndole con gratitud.

—En unos minutos llegaremos. Te voy a pedir que me dejes hablar en solitario con el jefe de la *khora*. Lo conocí siendo aún un niño. Es un hombre impresionante y nos ayudará. Estoy seguro. —Me enternece la forma en la que me cuida y protege. Nada en Bruno me resulta familiar, pero podría decir que cuando estoy con él regreso a mi casa, a mi hogar. No sé prácticamente nada sobre su vida pero lo que intuyo me basta para confiar en él. Continúa hablándome—. Somos los primeros extranjeros que ven desde hace años, la mayoría de los habitantes del poblado apenas pisan o han pisado tierra firme en su vida.

—¿Y a mí? ¿Me lo presentarás también? —interrumpe Ofelia con descaro.

—Más vale que estés calladita o le ordenaré a Miguel que te envuelva de nuevo dentro de esa alfombra vieja —le contesta Bruno haciéndole un gesto cómplice a nuestro titán, que nos acompañará mientras dure la estancia en el poblado. Este le devuelve su complicidad con un contundente...

—¡Ttcha-tcha-tcha-tcha-tcha! —El gigante repite el característico graznar de la urraca mientras zarandea a Ofelia por los hombros.

—¿Puedes decirle al orangután que deje de hacer eso? Como siga así acabaré en el fondo del río —responde ella enfadada y altiva.

—¡No tendremos esa suerte! —contesta Miguel bromeando, a lo que

Bruno y el barquero responden con fuertes carcajadas.

Ofelia, humillada, agacha la cabeza y se gira dándonos la espalda. Durante unos segundos sus ojos coinciden con los míos y siento su rencor arañándome la piel. Me odia, me detesta, me compadece. ¡Qué equivocada estaba con ella! Si hasta llegué a considerarla mi amiga. Aunque, por otra parte, esa errada valoración no debería sorprenderme si al hombre al que le entregué todo, incluido lo que no tengo, me traicionó sin pensárselo.

Kosmo se deshizo de mí como lo haría de un desecho. Supongo que ante sus ojos no ostento utilidad alguna, una vez extraído lo único que le interesaba de mí. Mi inocencia, esa imagen casta de mi alma que él ha hecho pedazos. ¡Pobre idiota!

Los resplandores que se van sucediendo en el cielo son cada vez más vivos y los relámpagos sobrevienen a nuestra espalda y a ambos lados rodeándonos. Es impresionante ver cómo descienden de las nubes con largas ramificaciones sin tocar la tierra. La lucha sin cuartel que se sucede sobre nuestras cabezas es atronadora y, en cualquier otra circunstancia, me hubiese aterrado, pero mi estado actual de desapego por todo me permite disfrutar de este espectáculo fascinante. Dentro de mi cabeza la información comienza a fluir de nuevo...

«Rayo: descarga natural de electricidad estática que tiene lugar en una tormenta eléctrica. Velocidad de 200.000 km/h y longitud promedio de unos 1500 metros. Mil millones de voltios en una poderosa descarga».

Me sobresalto y, obligada, abandono mis cavilaciones. La canoa se ha detenido. Desembarcamos en una de las casas más grandes del poblado con ayuda de un hombre que parecía esperar nuestra llegada, que sigue las instrucciones de un segundo individuo que de pie en el lado opuesto del porche nos observa. Su mirada es profunda, abundante, derrocha autoridad y acorta la distancia que le separa de nosotros. Me siento incómoda al prolongar esa presión sobre mí. Me mira tan fijamente que me hace sentir amenazada. Me agrade.

El desconocido nos saluda, abraza a Bruno y ambos desaparecen hacia el fondo de la casa. Escucho la animada conversación de mi protector y nuestro misterioso anfitrión. Charlan amigablemente y puedo oír claramente algo que sacude mi interior. ¡Estoy confundida! Trato de pensar con calma pero es inútil, mi pulso se acelera. ¡No puede ser! ¡Ese nombre! Lo ha llamado... Una pulsión perturbadora se abre paso dentro de mí, pero lucho por controlarme y evitar que mis pensamientos me desborden. Al igual que

en una tormenta los trazos de retorno del rayo se producen en su mayoría dentro de la nube, por lo que tan solo es visible una pequeña parte del mismo, yo debo aparentar normalidad y encerrar todo lo que ruge dentro de mí. Así he de mostrarme ante ellos, porque de ser cierto lo que intuyo, esa verdad representaría una gran amenaza para todos nosotros, como esos rayos que el cielo descarga con fuerza e impactan contra la tierra.

Un ligero mareo me hace cerrar los ojos, trato de recuperar la normalidad pero apenas me mantengo en pie. No puedo controlar mi respiración y de nuevo mi horizonte se tiñe de amarillo. Visualizo el número 7.

Ofelia me observa, al parecer es la única que se ha dado cuenta de que me ocurre algo. Me traspasa con esas verdes esmeraldas cristalinas, esas piedras de Venus con las que logra confundirlos a todos. Miguel me indica la habitación a la que debo dirigirme y se lleva a mi observadora con él. Dócil, obedezco. Nada importa, yo ya estoy en otra parte. Mi cerebro, sin interferencia alguna, me muestra claramente el mensaje y las palabras regresan solas.

Creo haber encontrado la forma de comunicarme con Dana, necesito con urgencia saber si Kosmo está bien. He de ser cuidadosa porque Bruno, el confiado caballero andante de Pétrola, me cela con dedicación. Además, el gigante no me quita el ojo de encima, pero hay límites que no traspasarán y, tarde o temprano, su anticuado concepto del honor y de la justicia les acabará traicionando. Intento relajarme pero es un esfuerzo baldío. Además, cierro los ojos y solo puedo ver el rostro de esa mosquita muerta que parece languidecer por momentos. Algo le ocurre y debo averiguar de qué se trata. Me muerdo los labios. ¡La odio, la detesto! Nunca me había medido con una mujer como Pétrola, que parece atrapar entre sus redes a cualquier hombre que se acerca a ella. Una dama bien servida que es protegida cual alma desfavorecida, pero que en el fondo es dañina para todos aquellos que la rodean.

—Puedes pasar a asearte, recuerda que tienes cinco minutos. ¡Ttcha-tcha-tcha-tcha!

De nuevo el orangután se burla de mí, Ofelia. Me contengo y no contesto, no caeré en sus provocaciones pero juro que le haré pagar todos estos desplantes. ¡Lo juro! Aun así aplaco mis deseos y le agradezco el gesto con una sonrisa forzada. A solas en la habitación aprovecho la tinaja de agua

tibia y la ropa limpia que una mujer poblado me ofrece para cambiarme. De repente, mi dispositivo se acciona. Dudo si visualizarlo porque podrían escucharme, así que espero a que la intrusa abandone la habitación e impaciente abro la comunicación.

“Malas noticias. Kosmo ha desaparecido. Esta mañana nos dijeron en el *asclepio* que se ausentaría unos días para tratar un caso importante, pero he escuchado algunas conversaciones de tu padre con Solomón que me hacen pensar que le ha ocurrido algo. Esta madrugada hubo una detención en el ágora, de la que todo el mundo habla y mucho me temo que fue a él al que se llevaron. ¿Dónde estás? Necesito...”

No puedo terminar de escuchar el mensaje porque recibo un fuerte golpe en la cabeza. Caigo al suelo. Todo sucede muy rápido, la mujer ha regresado a la habitación con un iracundo lugareño que me pateo en el suelo. No hay ni rastro de mi hercúleo guardián para una vez que sus músculos y poco seso podrían servirme de algo, el muy cretino desaparece. Siento un dolor ciego en el estómago y tengo ganas de vomitar. Me golpea con tanta fuerza que parezco un fardo roto y destartalado, una bala de paja que ya solo sirve para dar de comer a los animales, en mi caso a los buitres. No se detiene y cuando su pierna va impactar contra mi cabeza algo lo frena.

Bruno se interpone entre mi cuerpo y el pendenciero púgil que al intentar golpearme de nuevo recibe la peor parte. Me sorprende la fiereza de la pelea que inician los dos. Un cuerpo a cuerpo en el que ni existe un entorno seguro en el que guarecerse ni las acciones del contrario son previsibles. El enfurecido *dalit* golpea a Bruno en el estómago con sus robustas manos y él le responde acometiendo con todo su cuerpo. Lo derriba y entrelaza sus fornidos brazos alrededor de su cuello. Como puedo me arrastro y apoyo en la pared, trato de localizar algún enser o utensilio con el que ayudarlo, pero es inútil, en esta miserable habitación no hay nada.

En ese mismo momento, Bruno recibe un fuerte golpe en la mejilla que se abre como fruta madura, escucho su mandíbula crujir mientras la sangre corre por su rostro. Da un salto hacia atrás para ponerse a salvo de los envites de la mala bestia que lanza sus puños con ferocidad. Podría aventurarse que está perdiendo el asalto pero yo confío en su fuerza. El *dalit* no podrá hacer nada contra mi defensor, un buen luchador no necesita ser espectacular, sino fuerte y pesado como una montaña y Bruno lo es.

Escucho gritos que vienen del exterior, la mujer se lamenta espantada pidiendo ayuda mientras los asaltos de la pelea se suceden con rapidez y

suciedad. Golpes en la cabeza, de cintura para abajo, patadas, arañazos, todo sin tiempo alguno de recogimiento para reponer fuerzas. Por fin llega el impacto decisivo, lo suficientemente fuerte como para derribar al *dalit* y dejarlo fuera de combate. Bruno, extenuado, cae también hincando las rodillas en el suelo.

Como una exhalación varios hombres entran en la habitación con la llorona y Miguel. Alcanzo a levantarme y me coloco delante de Bruno, que permanece arrodillado.

—Nadie le pondrá una mano encima —grito desesperada intentando defenderle de las posibles represalias, pero las fuerzas me fallan y me desplomo en medio de la habitación.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —pregunta el orangután que por fin se une al grupo mientras me tumba en un camastro y ayuda a Bruno a incorporarse.

Mi salvador rechaza su auxilio y le pide que se ocupe de mí. Está pálido y extenuado, pero sus ojos brillan con una fuerza especial. Es un guerrero.

—La fulera, la fulera tiene la culpa. Hablaba con alguien. Yo la he escuchado —responde la llorona escupiéndole su rencor y desprecio hacia mí.

—Ofelia, dime a qué se refiere Paula. Por tu bien espero que no hayas hecho ninguna tontería. Recuerda que tu situación es muy delicada —me interroga Bruno visiblemente preocupado.

No le contesto. Estoy bloqueada y confusa. Siempre he pensado que el honor puede llevar a un hombre hasta el ridículo porque concede ventaja a su enemigo sobre él y se convierte en su punto débil, pero la actitud de Bruno me desconcierta. Con su gesto no ha buscado la fama, la gloria o la sanción, tan solo me defendía. Sí, a una desconocida, a una mujer que lo hubiese traicionado sin dudar. Nadie había hecho nada parecido por mí, no entiendo nada. En mi imaginario no logro encontrar ninguna experiencia similar y sé que de alguna forma acaba de restituir mi honor. Subjetivamente, porque me ha hecho digna ante los demás pero sobre todo ante mí misma y, objetivamente, porque me ha tratado como a una persona sin dejarse guiar por envenenados prejuicios. Estoy acostumbrada a pelear, a luchar contra el descredito e incluso la difamación, como si lo que se esperase de una mujer como yo fuese precisamente eso, como si el estatus que me ha sido asignado y la línea de conducta que debo llevar no tuviese otra salida que la supervivencia a cualquier precio. Pero esto...

Respiro hondo y exhalo mi orgullo que él ha hecho añicos. Relato lo que Dana me ha explicado. Kosmo ha desaparecido y todo hace pensar que ha sido detenido por Iaakov. Introduzco el código de desbloqueo en mi dispositivo y el cierre se abre con un sonoro clic. Se lo entrego, un gesto que encierra un sincero sometimiento hacia él. Ofrenda que Bruno rechaza volviendo a colocar el dispositivo en mi muñeca. Tiemblo mientras sus manos rozan mi piel y me ayuda a incorporarme a su lado. Me coge de la mano y habla con autoridad.

—¡Ofelia está bajo mi protección, el que le ponga una mano encima o la dañe cobrará de mi puño el mismo dolor que le haya infringido! — amenaza Bruno.

Mis ojos claudican mientras le escucho, los aprieto con fuerza para no llorar. Fuera, la tormenta se recrudece, los rayos iluminan la habitación y los truenos les dan la réplica con furia. El viento golpea las ventanas del pequeño habitáculo y se abren de par en par.

El silencio unánime de la habitación se rompe por un silbido muy molesto. Todos nos giramos para localizar su origen. Contengo el aliento mientras observo junto a Bruno como una centella zigzagueante desciende de una nube hacia el lago, una esfera luminosa y brillante suspendida en el aire cuya trayectoria errática parece querer acercarse atraída por el poblado. Muchos han oído hablar de esas esferas blancas, pocos las han visto y nadie conoce su origen. Me veo como una de ellas que viaja por el aire adaptándose a todo lo que se encuentra a su paso. Ahora me doy cuenta de que he sorteado una vida llena de obstáculos pero sin llegar a tocar realmente a nada ni a nadie, sin comprometerme nunca. Mucho me temo que, como esa centella que después de unos segundos se extingue, yo podría desaparecer sin dejar rastro ni sombra en corazón alguno.

Un nuevo sonido nos sobresalta, pero esta vez proviene del interior de la estancia. Una voz grave se escucha a nuestra espalda.

—Vemos el relámpago y escuchamos el trueno, los dos son la misma cara de la tormenta. Una visión luminosa de una belleza peligrosa en la que a veces despiertan pequeñas centellas. Un misterio del que prácticamente no sabemos nada pero que nos habla del despertar de la conciencia.

Un hombre alto se apoya en la jamba de la puerta de entrada. Es de complexión fuerte y atlética, pero lo que más llama la atención en él es precisamente lo que no se ve. Si es cierto que la ley del karma se cumple en

cada uno de nosotros y que nuestras acciones determinan los pasos que marcan nuestro destino, el del hombre que nos habla es el de inspirar, servir de guía y liderar. Mi padre siempre me ha repetido, desde que era una mocosa, que en el arte de la guerra un líder debe mostrar inteligencia, honradez, humanidad, coraje y disciplina. El hombre que se dirige a nosotros lleva estas cinco virtudes tatuadas en su rostro. ¡Un momento, lo reconozco! Es el mismo que nos recibió a nuestra llegada. Veo cómo da unos pasos y se detiene a poca distancia de Bruno.

—¡Nezer, amigo! —Miguel lo saluda con respeto y admiración cuando pasa a su lado.

—Nadie tocará a Ofelia. Si Bruno confía en ella todos los demás lo haréis —son las únicas palabras que necesita pronunciar para que el ambiente se transforme por completo. Sé que no volverán a hacerme daño.

—¿Me acompañas, Bruno? Tenemos mucho de qué hablar —él asiente pero antes se gira hacia mí y toma mis manos.

Me pide que no me preocupe, me promete que estaré bien y me avisa de que enviará a Pétrola para que me ayude a curar mis heridas. No sabe que mi preocupación es ahora mayor que nunca, que jamás podré sentirme bien y que Pétrola ya no puede sanar mis heridas porque él acaba de hacerlo. Por primera vez en mi vida lo que antes eran vanas alegrías que guiaron mi existencia se tornan ahora en amargura ante los nuevos sentimientos que pueblan mi corazón. Como si los rayos testigos de esta reveladora noche hubiesen servido de mensajeros, advirtiéndome con esta llamada de atención para que por fin despierte.

No creo en designios y mucho menos en las casualidades, pero sé que este anuncio me muestra claramente que llevo demasiado tiempo navegando entre fuerzas creadoras y destructoras. Debo averiguar cuáles de estas son las que están construyendo o destruyendo mi vida antes de que sea demasiado tarde.

No dejo de estudiar una y otra vez la información que me ha enviado Anne, pero sigo sin encontrar nada que pueda ayudarnos. Son demasiadas ya las horas que llevo sentada y decido incorporarme para dar un breve paseo. ¡Quizás caminando vea lo que permanece oculto! Mi erosionado esqueleto me da un aviso al tratar de incorporarme de la silla, el dolor es agudo y siento las rodillas entumecidas. Venzo la rigidez apretando los dientes y comenzando a andar, dentro de un rato el dolor se aplacará como siempre.

Parece como si todas mis articulaciones crujiesen al mismo tiempo y mi desgastado envoltorio entonase una desafinada canción. Desoyendo por completo el pesado recordatorio de mi enfermedad, enfilo la ladera y comienzo a relajarme. Camino. Mi cabeza se despeja. Estoy lista.

«Veamos, siete son los archivos borrados en los dos últimos años — repaso mentalmente—. No hay un denominador común que aclare por qué fueron eliminados».

Realmente es desesperante, porque prácticamente no tengo información relevante. De todas formas, para buscar un código, una regla correspondencia o incluso una serie de variables lógicas que interpreten un texto se estudian letras, números, símbolos o caracteres de control. Pero yo no dispongo de nada de eso, porque precisamente lo que me falta es el mensaje en sí. Nadie ha ideado un complicado método para ocultarme el significado de lo escrito. No hay elementos que procesar o ejecutar, no hay nada.

«¡Bella, Bella, piensa! Tiene que haber algo que se te escapa» —me recrimino a mí misma intentando motivarme.

En ese momento escucho voces que vienen del complejo, distingo ese timbre inconfundible. Es Fedor. Me busca.

—¿Pero es que no sabes qué hora es? Se va a hacer tarde —me pregunta al alcanzarme sin resuello, agotado por la carrera que acaba de darse montaña arriba.

Se ha detenido a menos de un metro de mí y se agacha apoyando las manos en las rodillas como si las piernas no le respondiesen por el esfuerzo.

—Muchacho, respira despacio. A ver, ¿qué es eso tan urgente que no puede esperar?

—Pero Bella, ¿de verdad que no sabes de que te hablo? Mi iniciación...

—¡Dios mío, Fedor! —interrumpo—. Tendrás que perdonar a esta vieja tonta. Lo olvidé por completo. La verdad es que últimamente no sé ni en qué día vivo —le contesto mientras él sonríe abiertamente.

Está feliz. Me ayuda a desandar el camino para llegar a tiempo. Sus brazos me sostienen, pero yo ya no estoy allí, descendiendo por esa montaña pero mi cabeza viaja lejos. Comienzo a sustituir las unidades textuales que antes estaban veladas y ocultaban un mensaje muy claro. No sé cómo no lo he visto antes, el código se hace legible ante mí con facilidad. Alguien ha tratado de alterar el mensaje para que no llegase hasta nosotros, pero esta

intrusa acaba de romper su confidencialidad.

Quién me iba a decir a mí, Pétrola, que iba a estar anclada en el poblado flotante. Cansada después de asistir a Ofelia de sus golpes y heridas, doy vueltas en la cama tratando de dormir. Estéril propósito porque no logro vaciar mi mente, un anuncio persistente quiere salir a la luz aunque yo trate por todos los medios de impedirselo. Mi frente palpita y el dolor de cabeza se hace más intenso. Finalmente me rindo a la brillante luminiscencia que abre una puerta en mis recuerdos que quizás no debiera cruzar. Como en un mapa mental, las reglas automáticas de mi caprichosa memoria comienzan a funcionar rescatando uno de mis escritos de forma ordenada y literal. Lo reconozco: «Kosmo, Cosme, Damián, hermanos, médico, madre, carta, abril, domingo lluvioso...»

Todo se tiñe de amarillo pero no tengo miedo. No tengo miedo. La visualización del número 7 es diferente porque por primera vez en estos meses comprendo su significado. La asociación está clara y la imagen que representa, lo que buscaba sin saberlo, también. Rememoro y un recuerdo me lleva a otro: «Remiel el mensajero... Para los dos hermanos».

9. Algún engaño se oculta

Aliquis latet error

Virgilio escribía esta frase en *La Eneida* y nos avisaba de que «algún engaño se oculta». Y es que incluso bajo las verdades que damos por irrefutables en nuestras vidas, reverdecen las pequeñas mentiras y los engaños.

Veinticinco años antes

Tras la huida del incendio del zoco... desesperanza es la palabra que mejor describe cómo me encuentro. Eben saldrá adelante, su mujer y su futuro hijo también. Abel no ha sufrido lesión alguna y en unos días regresará conmigo a la ciudad. Y yo... No puedo dejar de pensar en ella, en Penélope. Pensé que la encontraría aquí, en el Centro de Salud, junto a su hermana Sara, pero no hay ni rastro de ninguna de las dos. Otto da fe de que el embarazo de Sara va perfectamente y dice que su hermano Farab le ha confirmado que mi amor evoluciona favorablemente de sus heridas. No quiero desconfiar de él, mas cuando somos capaces de ver la realidad a veces surge un sentimiento que es difícil sofocar.

Porque nos muestra que algo no cuadra impidiéndonos avanzar en la dirección correcta, así que ahora mismo estoy en un punto muerto. He de tranquilizarme aunque eso no significa que abandone la cautela para confirmar si mis sospechas iniciales son ciertas.

Bella sale de la habitación de Eben, la cura ha terminado.

—Es un hombre muy fuerte, ha perdido mucha sangre pero todo está bajo control. Debe agradecer que lo trajeras tan pronto, unas horas más y lo habríamos perdido —me aclara Bella abrazándome con fuerza—. Te llega a pasar algo a ti y no sé qué hubiera hecho. ¡Ni se te ocurra darme otro susto así! —añade regañándome, como cuando tan solo éramos unos críos.

—Veo que, con los años, sigues sin recordar que yo soy el mayor y tú la pequeña asustadiza. —La rodeo con mis brazos y siento como si no hubiese pasado el tiempo—. ¿Cómo estás, vieja amiga?

—No te puedo mentir, a ti no. Bastian, estoy muy preocupada. ¿Cuándo va a acabar todo esto? Iakov no se detendrá hasta dar conmigo. Debo huir de aquí, no puedo comprometer por más tiempo a Otto y Anicka. Debo desaparecer —me confiesa angustiada.

—Si estás decidida, yo te ayudaré y saldremos de esto juntos como siempre lo hemos hecho. Todo saldrá bien —le miento porque no tengo otra manera de protegerla—. Iakov me ha prometido que no la tocará, pero no me fio de él. Es muy peligroso y, además, Bella no puede conocer cuál ha sido el precio de su libertad.

—Necesito preguntarte por...

—¿Por Penélope? —Me agarra del brazo y acaricia mi mano—. Debes

darle espacio, las lesiones que ha sufrido son severas y necesita tiempo. Otto te ha asegurado que se pondrá bien. Sé paciente.

—Pero, ¿dónde está? ¿Y ese ataque? Eben y sus hombres no lo ordenaron, por lo que el culpable está ahí fuera. ¿Quién ha podido hacer algo así?

—Demasiados interrogantes, Bastian. Concédele tiempo, cuando ella esté preparada nos lo contará todo.

—A propósito, ¿qué vas a hacer con Abel? —me pregunta buscando un tema con el que cambiar de conversación, la siento nerviosa, inquieta—. ¿Lo llevarás contigo?

—Aunque te cueste creerlo por lo pequeño que es, se ha negado rotundamente. Insiste en vivir en el zoco, incluso me ha propuesto convertir el establo en el que murió Arad en su hogar. La verdad es que ese muchacho me desconcierta, su fuerza de voluntad es tan solo comparable con su testarudez —contínuamos charlando como viejos amigos—. Bella, ¿me harás un favor? —le pregunto cogiéndole las manos y depositando en ellas el colgante que me dio Eben—. No es a mí a quien corresponde guardar esto. Entrégaselo a Ruth, ella lo entenderá. —Asiente y vuelvo a abrazarla.

En mi interior crece una extraña sensación de despedida, de vacío. Algo me dice que mi mundo nunca más girará en la misma dirección. Mis puntos cardinales no volverán a ser los mismos. Penélope, ¿dónde estás?, ¿por qué te escondes de mí?

Podría responder a esta pregunta para decir que yo, Penélope, estoy en el Centro de Salud. Escucho el revuelo que se ha organizado en él. Es impresionante ver cómo se han movilizado los trabajadores de la clínica, incluidos Anicka, Otto y Bella. Sin embargo, todo se hace con la más absoluta discreción puesto que solo los más leales pueden saber del visitante inesperado que ha traído el ocaso. Las heridas de Eben no revisten gravedad y, gracias a la premura con la que ha actuado el Maestro, se salvará. ¡Bastian! Tiemblo con solo saberlo cerca, pero he de evitar a toda costa que me vea.

No puedo... volver a sonreír, la vida y mis elecciones me han jugado una mala pasada y si no fuese por el niño que llevo dentro incluso me preguntaría por qué he de seguir viviendo. Mi médula seccionada y rota me impide recuperar el uso de mis piernas y con ello mi mundo. Aun así, Bella insiste en que me alimente, siga el tratamiento y la rehabilitación que me ha prescrito Otto. También quiere que vea a Bastian, pero no lo haré. Desoyendo

mis deseos, me hace pasar por una tortura diaria de terapias sin sentido. ¡Es inútil!

No puedo, no quiero... el apoyo de nadie, ¿para qué si ya no hay marcha atrás? Mi cuerpo se ha quebrado y no soporto ver en lo que me he convertido. He dejado de sentir una parte importante de mí. ¡Estoy desconectada, sí! Pero lo peor es percibir la compasión de todos los que me rodean. Al igual que yo, todos ellos me sienten distinta, rara, extraña, aunque quieran fingir que no es así.

No puedo, no quiero, no lo haré. Porque aunque el futuro es incierto ya no busco respuestas. Los primeros días todos esos interrogantes iban y venían en mi cabeza. ¿Me recuperaré? ¿Volveré a ser la de antes? ¿Podré caminar? ¿Seré capaz de valerme por mí misma, vestirme o comer?, ¿seguiré siendo una mujer? ¿Me convertiré en una carga para los que me rodean?

La letanía de secuelas que me acompañarán de por vida me condena a la amargura; a la depresión y a la soledad. Sé que lo importante es caminar y no importa cómo, al igual que lo que deja huella es la caricia y no la mano. Ya no hay tiempo para mí, el tipo de existencia al que puedo aspirar no es un lugar hacia el que pueda arrastrar a nadie. Estoy harta de falsas promesas, tanta incertidumbre reclama una respuesta contundente y esa será el olvido.

¡Dios mío! Escucho su voz en el pasillo junto a mi habitación. Trato de empujar la silla hacia la puerta para que el sonido de esa voz que me llena de fuerza sea más nítido, pero el hombro, mis manos desechas y el dolor de las costillas laceran mi determinación. Eso sin contar con que la pérdida de visión del ojo derecho me ha sumido en una media oscuridad caprichosa. Aprieto los dientes e ignoro el sufrimiento que me consume, necesito verlo una vez más antes de decirle adiós para siempre. Mi hermana criará a esta criatura que llevo dentro como si fuese su hijo y él podrá disfrutar de una vida normal que yo no podría darle.

A través del breve espacio que me ofrece la puerta entreabierta veo a Bastian hablando con Bella. Mis ojos se rompen en un llanto ahogado que arrastra a su paso lo poco que queda de la cándida y soñadora Penélope. Una mujer que hoy desaparecerá para todos. Muero aquí, pero juro que dedicaré mi último halito a acabar con el leviatán que ha fagocitado demasiadas vidas ya, retorciéndolas y destruyéndolas sin compasión. Hoy anuncio un mal futuro que no será impuesto sin delito o falta sino con justicia sobre ti, Iaakov.

Soy Ofelia y, obtenido el permiso de Nezer, por fin han accedido a que haga una visita al poblado. Me acompaña el gigante Miguel, pero eso ya me da igual, cualquier cosa es mejor que permanecer encerrada por más tiempo. Me ahogo, me falta el aire encerrada entre esas cuatro paredes.

Necesitaba salir.

Montamos en una canoa que nos permitirá recorrer el lugar de cerca. El calor del sol me reconforta. Sin duda la visión del poblado por la mañana cambia la impresión que me había producido la noche en la que llegamos.

Navegamos entre los canales comprobando la manera de vivir de estas gentes, una vida humilde pero adaptada a pequeñas comodidades de la vida moderna como los comunicadores y la electricidad en las casas. Me sorprende que los pasajeros de las barcas con las que nos vamos cruzando durante todo el recorrido nos saluden con afecto. En otras ocasiones, las muestras de cariño vienen de las mismas barcas, que alineadas forman los canales. Todo ello como si fuésemos los invitados de honor de una gran celebración. Pese a mi situación, es difícil no contagiarse de esa sincera alegría y amabilidad.

Respiro hondo y disfruto del paseo por el río que parece serpentear entre las casas. Es difícil explicar lo que experimento porque en medio de esa pobreza, viendo a los niños rodeados de basura en algunos tramos, a sus padres faenar sin descanso transportando enormes fardos de pescado de un lado a otro o trabajando en el mantenimiento de los barcos, siento dicha. Respiro paz y una tranquilidad sublime me invade arropada por sus abiertas sonrisas cuando salen de sus casas para homenajearnos.

—¡*Ya su, ya su!* —repiten a coro los niños a nuestro paso, expectantes por la novedad. Miguel me explica que significa algo así como «buena dicha». Así llegamos a un punto en el que el paso se estrecha tanto que debemos sacar los brazos y empujar las maderas podridas de los botes varados para poder avanzar. El agua teñida de un marrón intenso y espeso culebrea entre las casas y nos anuncia que nos encontramos cerca de la desembocadura del lago. Allí el horizonte se confunde y adopta un aspecto fantasmal porque la superficie oscura del agua se puebla de una bruma difusa que lo cubre todo, excepto por los rayos de sol que logran atravesar las densas nubes y llegan a la superficie donde flotan casas y barcos por igual. Nos detenemos en una de las construcciones más grandes, que parece ser un restaurante.

Comparto almuerzo con mi guardián, un sabroso arroz frito y el

pescado más fresco que recuerdo haber probado. Unos niños ríen animados, sentados sobre una jaula que flota adosada a la entrada lateral derecha. Pido permiso a Miguel y camino hacia ellos. No salgo de mi asombroso cuando contemplo que en la jaula que está bajo nuestros pies, hay pequeños cocodrilos. Hasta siete puedo contar, aunque es imposible precisarlo porque se mueven a una velocidad furiosa. Me resulta extraño ya que estos animales suelen ser bastante inactivos y yacen inmóviles la mayor parte del día. El más grande de ellos, sin embargo, permanece inmóvil clavando sus amarillos ojos en mí lo que me produce un gran escalofrío que recorre todo mi cuerpo. Siento miedo reflejada en ese fiero animal enjaulado que bufa amenazantemente.

Observo con más detenimiento y enseguida advierto la causa de la frenética actividad de los cocodrilos. Veo al imponente ejemplar girar la cabeza bruscamente y abrir su descomunal boca para atrapar al vuelo las ranas y peces que los despreocupados infantes arrojan desde arriba. Calculo la probabilidad real que existe de que la jaula ceda y mis piernas puedan formar parte de ese comedor improvisado como carnaza fresca. Finalmente me retiro a la seguridad de la plataforma elevada sobre los pilotes.

Noto cómo me miran las mujeres. Entiendo perfectamente la curiosidad que provocamos y el cotilleo que se forma a nuestra costa en cada uno de los rincones del poblado por los que pasamos. Les sonrío y me siento de nuevo con Miguel, que habla animadamente con el dueño del restaurante, que le explica que la vida en el Yulia es dura, ya que dependiendo de las crecidas y fluctuaciones del caprichoso río ellos deben reubicar sus casas continuamente. Aunque nos advierte que no nos llevemos a engaño, en realidad el ecosistema es muy rico y describe un ciclo natural que marca la vida de hombres y animales. Los sedimentos aportan nutrientes que los peces vienen buscando para desovar, después con la inversión del río estos son arrastrados con la corriente y las casas acaban desplazándose también tras la pesca.

Mientras, algunos aprovechan las fértiles tierras que quedan despejadas para cultivar antes de que llegue la crecida y las aguas lo aneguen todo de nuevo. Esta abundancia lo convierte en un apacible hogar, uno en el que en lugar de caminos o calles hay agua, pero en el que en sus casas al igual que en cualquier otro poblado, se juega, se cocina, se trabaja, se aprende, se ríe, se vive.

Escuchamos unos gritos que provienen de la entrada, la fatalidad se ha

cochado una nueva víctima y uno de los osados muchachos ha recibido un aviso del poderoso y traicionero reptil. Lloro desconsolado mientras la sangre empieza a brotar escandalosamente de su pierna. Desde luego no es muy inteligente jugársela con un animal que al no poder masticar, primero se aferra con sus poderosas mandíbulas a su presa, después la arrastra bajo el agua para ahogarla y luego la despedaza con sus dientes.

Uno de los hombres abandona el restaurante para ir a pedir ayuda pero no hay tiempo. Hay que actuar.

—¡Miguel! Necesito agua fría y limpia, jabón neutro, vinagre blanco, miel, zumo de limón y vendas. ¡Rápido! —Pido que coloquen al niño sobre la bancada del comedor y rasgo la tela del pantalón dejando la herida al descubierto.

Esta vez, la mordedura más poderosa del reino animal, en la que nuevos dientes sustituyen a los que se pierden o rompen en los ataques, no pasará de una anécdota que contar, pero para ello primero tengo que detener el sangrado. Lavo bien la herida con agua fría y aplico el vinagre blanco que me ayuda a coagular el corte. Después preparo el zumo y la mezcla con miel. Le pido a Miguel que sujete bien al muchacho para que no se mueva. El zumo de limón le hará arder la herida, pero aunque doloroso es un tratamiento muy efectivo.

—Ahora, valiente, necesito que aguantes esto. Te escocerá un poco, no te voy a mentir, pero te aseguro que te curará.

Asiente con la cabeza, medio mareado por la visión de la sangre y el gran susto que se ha llevado. Embebido en un paño aplico el limón y mi paciente responde con un alarido que es sofocado por el arrullo y los mimos de una mujer que se acerca corriendo y abraza al accidentado. La reconozco enseguida, es Paula, la pertinaz llorona que hace unos días me acusaba delante de Bruno. Me saluda moviendo su cabeza con un gesto de aprobación, asiente y su mirada me sobrecoge. Pone en mis manos lo que más quiere, confía en mí. Unto sobre la piel la miel y le vendo la pierna para evitar posibles infecciones—. No te preocupes, la miel es un poderoso antiséptico natural, usada desde la antigüedad. La herida se cerrará rápidamente. Si quieres mañana volveré a curarlo.

Ella toma mis manos y me da las gracias, mientras el pequeño se agarra a mi cuello y me pide que le cuente más cosas de las medicinas. “De mayor quiero ser doctor”, repite.

Me siento observada y un impulso me hace girarme hacia la entrada del restaurante. Bruno está allí, ha estado todo el tiempo observando la improvisada cura. Me mira de una forma que me hace sonrojar. Cortés me ofrece su canoa para regresar a la casa del jefe del poblado en la que nos alojamos. En el trayecto apenas hablamos, Miguel le relata lo ocurrido y en su atropellada narración noto cómo habla de mí con admiración. Bruno me observa mientras que yo soy incapaz de mantenerle la mirada. Me sonrío y la brisa me trae su aroma. Empiezo a notar algo que me asusta.

No sé si creo quererlo o ya es demasiado tarde para mí y rendida tengo celos hasta del aire que lo envuelve. ¿A quién quiero engañar? Soy prisionera, pero no de sus cadenas sino de su voz, de su recuerdo. ¡Pobre tonta!

Le doy la espalda y trato de serenar mi corazón que late con fuerza. Esta vez no entregaré mi alma en un trato baldío y aunque sé que ni el miedo me hará renunciar a soñar con sus besos, no voy a decirlo. Ahogaré todos estos sentimientos en un silencio mudo, no podría soportar escuchar de sus labios que no siente lo mismo por mí. No pasaré por esto de nuevo. ¡Qué estoy diciendo! No quiero, no puedo renunciar a lo que su sola presencia o su cercanía me hacen sentir. ¡Qué más da!

De todas formas, tengo que concentrarme en cosas menos mundanas y averiguar qué ha sido de Kosmo. De alguna forma estoy en deuda con él, porque fui tejiendo mi engaño utilizando a una inocente, Dana, para separarlo de Pétrola y acabé entregándole al mismo diablo. ¿O cómo se puede llamar a alguien que encierra en una mazmorra a su propio sobrino? Debo protegerlo, debo encontrarlo aunque eso me lleve lejos de Bruno.

«Estoy en medio del ágora y el murmullo crece a mi alrededor.

Sé que todos esperan como animales carroñeros a su presa, pero esta noche no la conseguirán. No podrán tenerme. Necios que pretenden consumir su trofeo sin haber participado en la caza. Cobardes que se instalan sobre el cadáver y que tras saciarse abrirán paso a los descomponedores. Ignorantes que solo se alimentan de los restos de animales muertos que otros dejan.

Me empujan, doy un traspié y estoy a punto de caerme al suelo pero logro recuperar el equilibrio. Jamás verán caer al gran Iakov, acabaré con todos ellos antes de que puedan darse cuenta de a quien tienen realmente frente a ellos. No saben que el hombre es el gran necrófago del reino animal

y yo soy el mayor de todos ellos. Puedo cambiar de forma, pero no soy ningún monstruo deforme con un único ojo, ni ese viajero solitario que te empuja hacia el precipicio o la sensual y traicionera concubina que te seduce y engaña. No necesito nada de eso para llamar su atención, porque moro dentro de sus corazones cual espíritu maligno y me aprovecho de sus debilidades y de su miedo. ¡Son tan fáciles de manipular, borregos!

Noto como escupen su rencor hacia mí, pero no tendrán ninguna oportunidad. Solo hay un rasgo que puede delatarme y que no puedo disimular, más no podrán darse cuenta a no ser que estén lo suficientemente cerca como para verlo y eso los convertiría en presas fáciles.

Seguimos caminando y ya divisó el Palacio de Justicia. Tropezó de nuevo. Miro mis pies y un escalofrío me sube por la espalda, son pezuñas grandes como los cascos de un animal».

Me despierto sobresaltado y empapado en sudor. Me levanto de la cama y lo primero que hago en un acto reflejo es mirarme los pies, ese único rasgo que un necrófago no puede camuflar. Lo mismo de siempre, un sueño recurrente que me persigue desde que supe de los escritos que le fueron encargados a esa necia y escurridiza escriba. El primer plazo de entrega de los escritos se acerca, lo que por otra parte ya no supone un problema, pronto desaparecerá y, con ella, los secretos que guarda. Siendo exactos, estos no se desvanecerán, más bien cambiarán de dueño y seré solo yo el que los custodie. Pétrola, esta vez me encuentro muy cerca de ti, no tienes donde esconderte.

Percibo la luz cada vez más tenue. ¡Maldita sea, este cacharro tiene que estropearse justo ahora! Si apenas hubiese descendido uno o dos niveles me resultaría fácil regresar, aunque fuese a oscuras, pero me encuentro próxima al Archivo General, ya no hay vuelta atrás. Solomón no tardará en regresar, tengo que pensar algo pronto o de lo contrario...

El dispositivo de mi muñeca se apaga, dejándome definitivamente sin luz. Me sobresalto al percibir que me rodea la penumbra total y en un acto reflejo coloco mi mano derecha sobre la pared. Fue el mismo Bastian quien me enseñó de pequeña este truco para encontrar la salida cuando jugábamos en el laberinto del jardín. Parecía mentira que pudiese ser tan sencillo.

«¡Atenta, Anne! Voy a compartir contigo la regla de la mano derecha. Dame tu mano, únicamente tienes que colocarla en la pared diestra al entrar

en el laberinto. Así, ¿ves? Después caminarás manteniendo el contacto con el muro. A veces tendrás la sensación de que avanzas, otras de que retrocedes, pero estate tranquila el laberinto en un espacio cerrado y tarde o temprano llegarás a la salida».

—¡Vamos, Anne, tú puedes! —me digo en voz alta tratando de mantener la calma.

El problema es que no sé si mi mano toca la pared interior de este trazado laberintico de galerías, o sea la de la derecha, o si por el contrario lo hace en la izquierda. De todas formas, ya es demasiado tarde para averiguarlo, así que continúo.

Las criptas y los corredores se suceden y en cada tramo identifico las monedas y camafeos fijados en la pared que señalan el camino. Pero, ¿hacia dónde? Comienzo a impacientarme y me siento desorientada. Tiemblo y mi pulso salta por los aires, supongo que Fobos, el dios del miedo, y Nix, la diosa de la noche, se mofan de mí.

Una mujer hecha y derecha que teme la oscuridad, o más bien la idea distorsionada que tengo de ella. Porque cuando me rodea, me convierto en una acérrima enemiga de la razón y percibo peligros en cualquier sonido o rincón.

No sé dónde estoy ni el tiempo que va transcurriendo en este desagradable paseo, mi única certeza es la angustia que siento, que cada vez es mayor. Un sudor frío recorre mi espalda y estoy ligeramente mareada, pero algo me hace sonreír. A veces sucede y de la oscuridad surge la luz, presto atención al halo luminoso que inunda el final del pasadizo. Llego hasta allí y reconozco al instante donde me encuentro. De nuevo, como cuando años atrás me perdí en estos pasadizos, llego hasta la Torre Derruida.

Esta vez es rodeada de claridad cuando la alarma regresa. Lo he escuchado, es casi imperceptible pero estoy segura de haberlo oído.

—¡Ayuda, ayuda! —Toco la puerta y su frío tacto me hace temblar. Pego la oreja a la madera y de nuevo se repite el mismo mensaje—. ¡Ayuda! —No me muevo y permanezco en silencio.

Como hago siempre que me pongo nerviosa acaricio mi viejo colgante con las tres llaves que me regaló Bastian. En ese momento, desoyendo la lógica y siguiendo un impulso, intento abrir la cerradura con ellas. Con gran asombro veo cómo la más grande de las tres abre perfectamente.

—Mantén estas tres llaves unidas y te permitirán abrir las puertas que llevan al amor, la salud y el éxito —me dijo al entregármelas.

«¿Cuál de esas puertas habré abierto?», me pregunto.

Mi corazón vuelve a acelerarse mientras empujo la puerta. Entro despacio y lo que contemplo me hace temblar de miedo, pero no me detengo y me dirijo directa hacia él. Tumbado en posición supina sobre un camastro destartado hay un hombre joven. Me acerco más y fijo mi atención en su rostro, esas facciones que reconozco y que me hacen darme cuenta de que la sombra de Iaakov comienza a ser demasiado alargada. Pétrola está huida y Kosmo es retenido en secreto en el *scriptorium*.

—¿Puedes ponerte en pie? —Kosmo no me responde. Está confuso, apenas si exhibe alguna coordinación motora y su respuesta a los estímulos visuales y auditivos es lenta. Está drogado—. Kosmo, voy a sacarte de aquí. Si entiendes lo que te digo pestañea dos veces.

Dócil sigue mis instrucciones, sin duda parece querer luchar contra la somnolencia y el deterioro general del que es presa. Le ayudo a incorporarse y, sin pensármelo dos veces, caminamos hacia la entrada.

Un ligero parpadeo de mi dispositivo me hace tener esperanzas, si se ilumina de nuevo lograremos encontrar la salida de este laberinto a tiempo. Un espacio cerrado, estrecho, cóncavo, limitado, complicado y con encrucijadas. Los antiguos decían que fue Dédalo quien ideó el primero para encerrar en él a un monstruo mitad toro, mitad hombre. Algunos los dibujaban en la entrada de sus casas para evitar los malos espíritus, mientras que para otros suponían un camino tortuoso y enredado, como un peregrinaje obligado por el que debían pasar. En el caso de Iaakov, no representa nada de eso. Como diría Bella, «algún engaño se oculta», pues completar el suyo, llegar a su centro, encerrará hallazgos increíbles. El que he descubierto hoy quedará fuera del alcance de sus garras, porque sé dónde poner a salvo a Kosmo.

¡Querido papá! Parece que tus secretos comienzan a salir a la luz y debes saber que eso siempre supone una fuente de problemas, sobre todo para aquel que no puede permitirse que esa información sensible sea compartida por todos.

SEGUNDA PARTE: MI ALMA TE RODEA



10. Siete, el número perfecto

Consummatum est

Que traducido como «todo está cumplido» forma parte de Las Siete Palabras atribuidas a Jesucristo antes de morir. Siete frases que nos hablan de perdón, de recuerdo, de amor, de abandono, de sed física y espiritual, de cumplimiento perfecto y de confianza. Siete son también los sacramentos, los pecados capitales, los colores del arco iris, las virtudes... ¿Será cierto entonces eso de que el siete está en todo?

A mí, Pétrola, me vienen los recuerdos. Una vez leí que la bestia del *Libro de las revelaciones* tenía siete cabezas, como siete eran los cielos o los ángeles de los antiguos.

Cielo y Tierra quedan encerrados en este número, el 7. En las viejas escrituras que ya nadie conoce se nos hablaba de redención materializada en las siete grandes virtudes pero también de dolo y culpa revistiendo los siete pecados capitales. La soberbia del Sol, la avaricia de Saturno, la lujuria de Venus y así hasta completar el septenario. Cuentan que ciudades de leyenda como Roma, que nosotros ya nunca sabremos si fueron reales o inventadas, se levantaron sobre siete columnas, o que siete fueron las artes primigenias. Siete también fueron las estrellas que llamaron la atención de los primeros astrónomos al cambiar de posición. Siete metales, siete colores del arco que roba el gris de la tormenta, siete mares antiguos, siete días de la semana, siete los brazos de Menorá o siete esferas del dragón. Siete, siete, setenta veces siete perdonaremos. ¿Acaso este número lo impregna todo? ¿Está en todo? Podría continuar ampliando este septenario a muchas otras disciplinas y elementos pero en todas ellas llegaría a la misma conclusión, el siete es el número perfecto.

Posee en sí mismo poder, es mágico. Hay un vetusto principio que reza «como es abajo, es arriba» y bajo este número cobra fuerza de una forma

asombrosa, ya que lo sagrado y lo terrenal se dan la mano en él. Había escuchado de su carácter transformador, casi iniciático, pero hasta este día no he comprendido realmente lo que podía significar.

Ese es el número que me ha traído hasta aquí y ahora mi mente me muestra un escrito que moraba arrinconado en mi memoria. Mas temo rescatarlo por lo que su contenido podría desencadenar. El nombre del *dominus* que me lo encargó también se embebe de este poderoso dígito, que ahora dentro de mis pensamientos representa la totalidad del universo en movimiento. Remiel se llamaba. Siempre me llamó la atención y ahora reconozco el porqué.

¡Remiel es el séptimo Arcángel! , uno de los mensajeros de las antorchas de fuego. Siete ojos que con su penetrante visión destaparán la verdad y liderarán en mi mundo un cambio que nadie podrá detener. Remiel, Jeremiel o Yeremiel es un trueno que nos desconcertará, se encargará de los resucitados y fijará hasta cuándo deben los justos esperar su recompensa, su perdón. Parece que la fecha está fijada, pues es dentro de siete días cuando este escrito debería llegar a sus destinatarios, rescatando viejas mentiras con grandes verdades. Las aguas blancas y las aguas negras se unirán en estas palabras que se tornan en una poderosa visión.

¡Quizás esté aquí la razón de mi destierro, mi verdadera culpa! Ser testigo de revelaciones como esta, que muy a mi pesar no ha sido la única. Mi mente me avisaba, la alarma saltaba, el color amarillo vibraba y este número perfecto me susurraba. Me levanto de la cama y voy corriendo a por la mochila. Vuelco todo su contenido encima de las sábanas, los cálamos, la *penna*, el *cultellum* , el *atramentum* y la ropa. Todo está, mas no queda nada porque mi bitácora ha desaparecido. Mi libro personal, del que nunca me he separado, que recoge mi historial, libros, todos los escritos que he realizado, los envíos y las comunicaciones en los puntos de encuentro con los *dominus*. Todo lo que he hecho, todo lo que he sido se ha esfumado. Solo hay un sitio donde he podido dejarla y es al único al que no puedo volver, a casa de Kosmo. Una punzada se clava en mi cuello y me obliga a masajear la zona para recuperar el movimiento y la normalidad.

—¡Lo tienen, ellos lo tienen! —grito desesperada, los hombres de Iaakov habrán dado con ella.

Respiro, respiro más suavemente expulsando el aire por la boca y cerrando los ojos. Los números comienzan a desfilar delante de mí y las palabras regresan con facilidad. Mi memoria se activa y por fin puedo

visionar el papel. Estoy dispuesta, puesto que si hasta la Luna cambia su ser cada siete días, el hasta ahora escurridizo número 7, podrá convertirse ante mí en un dispensador de vida como sostenía el filósofo.

Suspiro. Pienso. Sonrío. Es curioso, pero en la astrología un ciclo de siete es hostil ya que los ángulos de inclinación entre los astros y su posición generan días críticos que describen la finalización de un ciclo y el inicio del siguiente, su renovación. Quizás estas palabras tengan el mismo efecto en él y en todos nosotros. Únicamente debo decidir si confesárselo a Bruno. ¿O debería decir...?

“¡Para los dos hermanos! Soy Remiel, el mensajero. Os traigo una carta, una misiva que nunca os fue enviada pero que con sus letras escribe vuestra historia, la real, la que os ocultaron. Me vais a permitir dos cosas. La primera es que os la envíe sin remitente, no por olvido sino por consciente omisión. La segunda, que para verbalizarla la deje fluir como lo haría alguien muy cercano a vosotros, una mujer que hubiese soñado con poder deciros todo esto. Vuestra madre Penélope.

La manga de lluvia golpea la ventana mientras pongo en orden mis pensamientos para comenzar a escribir esta carta. Es curioso que sea en un día lluvioso cuando me siento ante vosotros para contaros mi historia, la vuestra. Desde que tengo memoria todos los acontecimientos importantes de mi vida han tenido lugar en días grises y teñidos de lluvia. De pequeña, cuando mi madre falleció, yo contemplaba la tormenta desde la ventana de mi cuarto intentando comprobar si como me habían dicho en la Casa Azul, las gotas de lluvia tenían forma de esfera y no de lágrima como yo pensaba. Llovía también el día en el que, despechada, me uní a un hombre al que no amaba sellando así mi destino y el vuestro. Y grandes cumulonimbos teñían el cielo de un gris plomizo desatando una gran tormenta cuando llegasteis a este mundo.

Habéis vivido una vida que no es la vuestra, privados de pasado e identidad. Quizás esa fuese la decisión más difícil que haya tomado nunca, aunque debéis saber que era la única que podía ponerlos a salvo. Os preguntareis, ¿por qué ponerme en contacto con vosotros ahora?, ¿qué me lleva a hacerlo?, ¿quién soy yo? La realidad es que la respuesta para todas esas preguntas es la misma, ¿quiénes sois vosotros? No puedo aspirar a vuestro perdón, sería insuficiente pedirlo, sino inútil, pero no puedo negaros por más tiempo la verdad.

Nacisteis de un gran amor que el odio más acérrimo e irracional quiso destruir y que yo puse a salvo de aquel que nos gobierna con crueldad. Para ello tuve que separaros, negaros y enterraros en el olvido.

¡Sí, sois hermanos!, nacidos de los mismos padres, y si la vida se rigiese siempre por la costumbre hubieseis crecidos juntos, compartido juegos en la niñez y sorteado vuestra juventud unidos. Pero los usos se rompieron y la fatalidad alteró vuestras vidas. No habéis tenido confianza alguna, ni vivencias, espacios o experiencias en común, aunque lo que os une es más fuerte que todo eso. Sois hermanos de sangre, de linaje.

La palabra hermano, para los antiguos, significaba germen pero su raíz también nos habla de algo verdadero y pleno. Porque vosotros sois los «nacidos al mismo tiempo», cuyo destino se marcó antes incluso de haber llegado a este mundo. Hay pueblos para los que el nacimiento de mellizos o gemelos convertía a los recién venidos en superhombres, los mudaba en amuletos de la buena suerte o traía la bendición del dragón sobre la familia que los alumbraba. Pero en este caso no fue así, pendía sobre vosotros una condena de muerte que yo no estuve dispuesta a cumplir. No podía sacrificaros y preferí perderos para siempre.

Kosmo, mi dulce niño. Hermoso, gentil y risueño. En tu corazón reside tu fuerza, pero tendrás que perderte primero para poder encontrar el camino después.

Damián, mi vida. Fuerte y recio, un alma de guerrero envuelta en el cuerpo de un hombre de paz. Has de saber que tendrás que convivir con tu oscuridad, esa es la única senda que te llevará hasta la luz.

Os oculté al ojo público para daros una oportunidad y ya es tiempo de que escribáis vuestra historia de nuevo, como los hijos de un hombre que es ejemplo para todos, al que protegiéndole nunca le revelé nada. Augusto le llamaban siendo un niño, porque ya entonces estaba destinado a brillar, a ser honrado, venerado. También Penélope, la mujer que os amó por encima de todo, incluso del tiempo y del olvido.

Esta es la primera carta que os escribo en un lluvioso domingo de abril, una pequeña pieza de un gran puzle que solo vosotros podréis ir completando.

Remiel, el mensajero, para los dos hermanos”

Abro los ojos. Visualizo nítidamente los rostros de Kosmo y... me

resisto a llamarlo Damián, para mí siempre será Bruno. ¡Los dos hermanos! He que hacer que de algún modo se acerquen, se encuentren. La confidencialidad ya no importa, esto es solo el principio de algo mucho mayor que nosotros. Mi búsqueda no ha hecho más que comenzar. Ahora lo sé, ahora lo entiendo. El camino que emprendí hace apenas unas semanas, cuando abandoné el *scriptorium*, me llevará a conectarme, a avanzar a otro estado de conciencia hacia un cambio de vida. El modelo de las siete esferas que sigue este escrito me hará conocer, me hará saber, me hará pensar...

¿Estoy preparada para ello? Supongo que no tengo más remedio que averiguarlo, cada uno arrastra una herencia a nuestra espalda y negarla sería tanto como pensar que todo lo bueno está en el siete y lo malo en el ocho.

Veinticinco años antes, Iaakov en el *arges*, semanas después del incendio del zoco

Se ha demorado mucho este momento, pero ya no esperaré más, mi destino comienza a cumplirse. Algunos me acusan de cinismo pero no saben lo que dicen, no hay obscenidad en la mentira si con esta logramos defender acciones necesarias, aunque esos ignorantes las tachen de condenables. No conocen su verdadero significado y, al igual que esos primeros cínicos que desdeñaban la riqueza y lo material, renegando del progreso que separaba al hombre de su naturaleza, todos ellos continúan siendo unos necios. Sabiduría y libertad de pensamiento como un camino hacia la felicidad.

¡Ilusos! ¿Cómo pueden creer en la bondad del hombre? La sinceridad no existe, no así la ironía o la burla que manchan nuestras palabras. Hasta un perro podría verlo, percibirlo; nuestro mundo respira maldad y es cuestión de tiempo que ellos lo entiendan también.

Mientras recorro los pasillos del *arges*, noto su nerviosismo, huelo su miedo, mastico su mediocridad y eso me reconforta. Su tiempo se agota y comienza el mío.

¡Escurridizo tiempo! Unos lo elevaron a la categoría de cualidad del alma, otros a una dimensión o pura intuición. Y todos, absolutamente todos trataron de desmenuzarlo. ¡Nuevamente ilusos! La imagen de la eternidad que hoy dejaré sobre ellos marcará su tiempo y sus movimientos.

Yo, Iaakov, conseguiré reunir los tres tiempos del hombre, pasado, presente y futuro, en uno solo. El reloj comenzará a funcionar por primera vez.

Yo seré su memoria, el presente de su vida y su espera, su soñado

futuro. El pueblo no vive, solo espera vivir y desperdicia así su presente hipotecándolo por lo que ha de venir.

Yo les libraré de esa muerte en vida y mutaré la nada en ser.

Toman asiento y me miran, me observan, me envidian. Solomón comienza a hablar ante el Consejo y el silencio se apodera de la gran esfera que hoy se abre para mí. Las señales exteriores comienzan a materializarse, la posesión y la propiedad están a punto de cambiar de dueño.

—*Per festucam seu per baculum*^[6] —escuchar esas palabras lleva a mi mente a un estado superior. Me levanto, ha llegado el momento. Extiendo las manos y el frío tacto del acero despierta mis sentidos. Mi fiel servidor me hace entrega del *festuca*, el bastón que tantas veces vi levantar a seres indignos.

—*Aut concilio, aut ense*^[7] —continúa hablando y mi corazón se acelera cuando me ofrece la *gladuis*.

«Por la razón o por la espada», reza este antiguo lema de nuestra ley, pues la espada destruye y corta, pero también cambia y restituye el orden normal de las cosas.

—*Per vexillum*^[8] —Solomón deshace el nudo que envuelve la nueva bandera mientras que su asistente procede a arriar el viejo estandarte que arroja al fuego purificador. La vela que cubre verticalmente el travesaño comienza a ondear. Solo queda una cosa por hacer. Me arrodillo para recibirlo, esta será la primera y última vez que sus ojos vean al gran Iaakov hincar sus rodillas en el suelo.

El máximo sacerdote sube al fin al estrado portando el anillo que introduce en mi dedo anular. Su brillo es solemne, preceptivo, legitimador... Cierro los ojos y pronuncio mi juramento:

—De nombre Iaakov, juro solemnemente que ejerceré con fidelidad el cargo de presidente del Consejo y hasta el límite de mi capacidad preservaré, protegeré y defenderé nuestra ley. —Respiro hondo y la última parte del juramento se desliza por mi boca sin pensar, sin resistencia—. *A cuspile corona*^[9].

Se produce una gran ovación que me envuelve. Soy consciente de que la mayoría de esos vítores no son sinceros, pero eso ya no es importante. Nunca lo fue. La investidura ha terminado, soy el nuevo presidente del Consejo. El pasado jamás volverá a roer las puertas de mi futuro, que se muestra activo e indisoluble. Al pueblo le cuesta entender que el tiempo es lo que cada uno de nosotros llevamos en nuestro interior, no es un objetivo sino

un estado. Por eso debo borrar su memoria, hacerla difusa y sumirla en las tinieblas. Su tiempo comienza hoy, día en el que por fin tienen ante sí a un líder que vive para ellos, con un sentido de la moral que escapa a su alcance. Si sus oídos estuviesen preparados para ello, les diría:

“No degeneraré, sino que perduraré y mi descendencia me vigorizará.
Detendré la eterna lucha entre enemigos internos y externos.

Traeré la paz a esa masa indolente, desorganizada, analfabeta y sumisa que debe ser dirigida para y por su bien.

Haré progresar la ciencia y regiré los destinos de la sociedad, más antiguos de lo que creemos, de lo que sabemos.

Me rodearé de meros niveles de comando. Destacados miembros del campo militar, administrativo, religioso y económico que aunque se creen superiores en el fondo no representan sino categorías residuales desposeídos de poder real. Un remanente prescindible.

Y castigaré al que escoja romper el orden natural y legal de las cosas. Su destino será la persecución, el exilio, el aislamiento, la degeneración y la muerte.

Yo Iaakov, lo juro.”

Presente

Siento cómo cada palabra me adentra más y más en un viaje sin retorno hacia la nostalgia. Bruno me ha hecho evocar lo que tuve y perdí yo, Nezer, una época que se fue y el sufrimiento que deja el inevitable devenir de las cosas.

Trato de resistirme pero es un sentimiento de pérdida muy fuerte. ¡Necio! Creí haberlo olvidado, pero desde que vi a esa mujer en la canoa, me desborda el alma. Esa desconocida me recuerda tanto a mi amor, me trae tanto dolor, que me hace revivir esa sensación de seguir incompleto.

Quisiera estar en otro lugar, haber vivido otra vida y asumir otra condición. Pero para ello hubiera necesitado superar el tiempo que ha transcurrido y regresar al principio de todo, como un viejo soldado que después de luchar en mil batallas solo anhela regresar a su hogar con su familia. Una vinculación puramente espacial que, en mi caso, se une también a un tiempo pasado y a una presencia que cada vez se hace más difusa pero a la vez tenazmente persistente y dolorosa. Inútil añoranza porque es incurable. No puedo viajar en el tiempo.

—Bruno, sabes que podéis contar con mi ayuda —le abordo y me

detengo para observar su expresión. Continúo—. No obstante, me gustaría preguntarte un par de cosas que necesito conocer.

—Pregúntame lo que necesites saber, Nezer. Estamos bajo tu protección y es justo que colmemos tu curiosidad —me responde con amabilidad y seguridad.

Es un líder impresionante y nato. Un gran soldado aunque él reniegue de esa condición.

—¿Qué sabes de la mujer que te acompaña? —pregunto sin rodeos, ¿para qué divagar si es eso lo que busco?

—Es doctora, se llama Ofelia. La conocí en el hospital, fue ella misma quien me llevó hasta la sala de curas después de que me dieran una pedrada. —Noto cómo al hablar de ella, contesta atropelladamente, diría que incluso nervioso.

—Ofelia es la única hija de Farab, director del *asclepio* y hermano de nuestro querido Otto. Estudió medicina a escondidas de su padre, que se lo prohibió, él no podía concebir que una mujer fuese a perpetuar la estirpe de ilustres médicos de su familia. Ella le desobedeció graduándose la primera de su promoción.

—¡Vaya, veo que sabes bastante más que yo! Lo que no me extraña nada, siempre se ha dicho de ti que tenías ojos en todas partes.

Su mirada afable y su sonrisa abierta me reconfortan, tengo delante a un gran hombre. El Señor de la Tormenta late en él aunque aún no pueda verlo. Es nuestra esperanza.

—¡Siempre son un poco exageradas las cosas que se cuentan de uno! ¿No? —continúo hablando—. Pero no me refería a ella, sino a Pétrola. —Percibo cómo su inquietud aumenta, está claro que la pregunta le incomoda.

—Nezer, no puedo mentirte. Realmente sé muy poco de ella. Te he pedido que des cobijo a una persona de la que desconozco prácticamente todo.

—¿Y qué te dice tu instinto?

—Que confíe en ella, alguien muy querido por mí me pidió que la pusiese a salvo. Me dijo que “hay una mujer que necesita nuestra ayuda y nosotros necesitamos la suya. Debes protegerla porque ella es nuestra memoria y la expresión de que el hombre ha aprendido”. —Hace una pausa y se acerca más a mí, a una distancia en la que se defienden muy bien las confianzas y los secretos—. Es sobrina del Maestro.

—No te preocupes, si para ti es tan importante que velemos por ella,

así se hará. Aun así, si no tienes inconveniente, trataré de averiguar algo más sobre Pétrola. Por supuesto, te mantendré al tanto de mis progresos.

No sé qué es lo que esperaba, escuchar o descubrir sobre ella. Supongo que me vuelve a arrastrar esta irracional nostalgia que me hace buscar mi pérdida en cada mujer que me recuerda los ojos de río de mi amor perdido. Me despido de Bruno hasta el almuerzo, necesito comunicarme con Abel y pedirle que comience a recoger información.

Suspiro. ¡Esta maldita nostalgia! No sé hacia dónde regresar, pero lo más primitivo que hay dentro de mí me dice que debo iniciar esta búsqueda. Sé que mis recuerdos no son claros y que corro el riesgo de recrearme una vez más en la felicidad que un día conocí. Un vano alivio porque cada vez que lo hago la ausencia y el saberla inasequible me rompen por dentro. Me duele el dolor que mi corazón destila, intentando siempre romper la frontera que separa el ayer del mañana. Todo para recuperar un tiempo que ya debería haber abolido, olvidado y repudiado.

Emociones como el desconcierto y la extrañeza podrían definir cómo siento mi nueva y forzada existencia, mas esa no sería una justa evaluación. Soy un nuevo Kosmo y nada me hará volver la vista al pasado.

Dejé atrás el caos que salpicó mi vida cuando Iaakov me confinó en la Torre Derruida, como la llama Anne. Como también la negación de saber que mi tío es mi enemigo. Luego adopté como defensa el hermetismo, el silencio, las sospechas y la desconfianza hacia Anne y Otto, que sin pedir nada a cambio me ayudaron sin reserva alguna. La tercera etapa me llevó hacia esta dureza que ahora recubre mi corazón. Porque el tiempo se detiene para alguien como yo, cuyos recuerdos se han perdido y, pese a que parezco adaptarme a la nueva situación, por dentro sufro en tensión como un secuestrado en cautiverio. En cuarto lugar, los abnegados cuidados de Anicka y de Otto me llevaron a establecer un pacto conmigo mismo y movilizar todos mis recursos intactos. Tenía que reaccionar o perecería de simple hastío, de tristeza. Ahora que estoy en el desenlace, cada día me voy reencontrando más y más conmigo mismo. Asisto a Otto en el Centro de Salud y disfruto de su pericia y conocimientos médicos. Quizás esta sea la única parte de mi memoria que permanece entera e inalterada, la medicina.

Disfruto de su ejercicio como nunca antes creo haberlo hecho. ¿Qué por qué lo sé? Muy sencillo, porque en esta faceta no siento duelo por lo perdido, por lo que haya dejado atrás. No presento síntoma alguno del

llamado «síndrome del superviviente» que puede aquejar a las víctimas de cautiverio o secuestro. Todo lo contrario, estoy eufórico y con unas ganas intensas de vivir, aprovechar el momento es la máxima que dirige cada uno de mis movimientos. Sin embargo, esta mañana el cielo teñido de un gris plomizo y pesado me inquieta. Lo contemplo mientras paseo por esta recia y fría montaña sin poder evitar que mis pensamientos vayan y vengan.

El caso es que salí muy temprano a hacerles una visita a Antón y Nastya, un viejo matrimonio conocido de Anicka y Otto. Últimamente hago esas curas a domicilio para evitarle a mi mentor las largas caminatas, su cuerpo no se libra de los achaques de la vejez y, además, disfruto mucho recorriendo y perdiéndome por estos lugares.

Menos hoy, un cosquilleo aletea en mi estómago y mucho me temo que es un mal presagio. «Cierro los ojos y ese recuerdo me envuelve de nuevo. Me veo atravesando un jardín en dirección a la puerta de salida. A medio camino me detengo. Me giro y miro hacia una ventana, desde allí una mujer me observa». Mi pulso acelerado me saca de esa ensoñación, en la que todo es nítido y diáfano, incluso luminoso, menos el rostro de esa desconocida que me es imposible reconocer a través del cristal.

—¡Regresa, Kosmo! —digo en voz alta intentando que el sonido de mi voz me acompañe y logre confundir a mis otros cuatro sentidos retenidos aún en la visión.

No deseo recordar, no quiero enfrentarme a la vida que dejé y no permitiré que el miedo me impida disfrutar de mi trabajo junto a Otto. Me he convertido en todo un experto alterando el sentido de mi tiempo, dejando fuera de mis pensamientos todo lo que tenga que ver con el futuro y el pasado. Ambos representan anhelos y esperanzas vanas que no me puedo permitir. Por el contrario, lo que sí que alimento es el rencor y la ira hacia Iaakov. Nunca olvidaré. Nunca olvidaré lo que ha hecho. Nunca. Sonrío. No deja de ser irónico que sea yo quien diga eso, que apenas sé quién soy.

Me parece adivinar el comienzo de la escalera improvisada que Antón, el amigo de Otto, construyó para salvar la gran pendiente del inicio del camino. Bajo cada escalón tratando de no pisar la carcomida madera con suavidad y acelero la marcha, aún tengo por delante una larga caminata de tres kilómetros siguiendo las viejas vías del tren.

La ruta conecta la ciudad con los diez territorios, en este caso con la *khora* de la montaña. Pero el camino que debo tomar es el de la sección de vía ferroviaria que llega hasta las instalaciones de una vieja fundición, a la

que tres veces al día un viejo tren de mercancías transporta materiales.

Llevo unos veinte minutos caminando pero no consigo entrar en calor. El aire es frío por lo que saco el pañuelo de la mochila y me lo pongo con varias vueltas alrededor del cuello. El invierno va a ser muy duro y aunque la nieve no ha llegado todavía, dando tregua a la naturaleza que se muestra resplandeciente, el ambiente es gélido. La vegetación se tiñe de un verde brillante e imponente y es imposible no disfrutar del paseo. Cierro los ojos y respiro profundamente. Distingo cómo las ramas comienzan a espesarse y las copas de los árboles de ambos lados de la vereda se buscan como amantes impacientes. De hecho, el suelo parece desdibujarse y convertirse en un inmenso tapiz verde brillante.

A unos doscientos metros, la espesura se cierra dejando a la vista la entrada de un imponente túnel natural. Contemplo aquel pasadizo improvisado y no puedo sino entender al fin las palabras de Otto al describirlo:

“Es un espacio casi irreal que se extiende a lo largo de una sección de tres kilómetros de ferrocarril privado. A priori, un túnel es una obra subterránea que comunica dos puntos para posibilitar el transporte de personas o mercancías entre ambos, pero en ese espacio perdido en el tiempo nada es lo que parece. La bóveda no es tal, sino un continuo de ramas y hojas entrelazadas caprichosamente. El ancho de la calzada, exactamente el hueco que deja el tren al pasar por allí. No ha hecho falta ningún método de excavación, ni sortear masas de rocas, hacer voladuras o salvar terreno blando y arcilloso. La naturaleza y la acción del hombre en perfecta comunión han creado un paisaje único e irrepetible con puntos de luz que dibujan un ambiente mágico en los claros por los que los rayos del sol se cuelan. Caminar por allí es como atravesar las paredes de un sueño y abandonar la realidad”.

No le falta razón, porque en ese túnel verde, el suelo, los árboles y sus copas entrelazadas se unen de tal manera que es imposible saber dónde acaban unos y empiezan el resto. Un espectáculo digno de contemplar.

Siguiendo un impulso me subo a uno de los raíles y como un funambulista camino tratando de mantener el equilibrio. Suspiro y noto cómo el frío toma mi piel, ya casi insensible por el viento helado. Me adentro más y más en el túnel y mi corazón corre acelerándose a medida que mis pasos parecen querer devolverme a algún lugar alojado en mi memoria.

De repente, una ráfaga de viento me envuelve, sube por mi espalda,

caracolea por mi pelo y me susurra al oído. Puedo notar una presencia junto a mí, puedo sentirla. ¿Me estaré volviendo loco? No sé si mis sentidos me confunden o si esta sensación ha sido real. El viento se recrudece y, como si contestasen a mi dilema interior, las ramas de los árboles se mecen con violencia. Instintivamente cierro los ojos y de nuevo el rostro de esa mujer que me mira desde la ventana se me niega.

Comienzo a correr para salir de allí. No puedo, no quiero seguir recordando, duele demasiado hacerlo. Prefiero seguir aferrándome al olvido y despedirme de mi pasado.

Por fin abandono el túnel y, a unos trescientos metros, distingo la casa de Antón y Nastya. Me dirijo hacia allí, debo realizar la cura y emprender enseguida el camino de vuelta sino la noche se me echará encima.

A pocos metros de la cabaña me doy cuenta de la singularidad de la construcción, con un altillo bajo su tejado y un acabado rústico que se acentúa por los gruesos troncos y tablones. Pero, sin duda, lo más llamativo es el gran vuelo de la cubierta que crea un original porche en la entrada. Nastya me recibe con una taza de chocolate bien caliente que me hace entrar en calor al instante.

—Bueno, ¿cómo se encuentra hoy el enfermo? —pregunto, guiñándole el ojo a Nastya.

—Más cascarrabias que de costumbre, se queja de dolor y de pesadez en la pierna, pero el muy cabezota se niega a ponerla en alto. Así que dime tú cómo se le va a quitar el dolor —me responde molesta.

—Antón, tengo que decirte que Nastya tiene razón. Cuando notes un poco de dolor, desaparecerá con solo elevar la pierna.

—Sí, tú encima ánimala y ya no me dejará en paz. —La intervención de Antón genera una discusión que aprovecho para comenzar con la cura entre uno y otro reproche, una y otra ironía.

La úlcera de la pierna de Antón evoluciona bien, la temperatura y color de la piel se normaliza, no hay tejido necrótico y la inflamación ha desaparecido. Limpio bien el lecho de la herida, lo desinfecto y aplico el apósito antes de colocar la venda compresiva. Siento cómo mi paciente me observa con demasiada atención, mientras ya ha desistido de pleitear con Nastya, que continúa recriminándole una y otra vez lo indisciplinado que es.

—Esto ya está listo, debes evitar los golpes en la zona, controlar el peso, caminar o hacer algo de ejercicio al menos media hora al día y... —hago una pausa mirando a Nastya—, dejar las discusiones por un rato. Antón,

hazle caso, Nastya solo busca tu bien.

—¡Mira, el doctorcito que hace labores de enfermera! ¿Sabes, muchacho? Tienes agallas, te pareces mucho a él. Sus mismos ojos y esa expresión curiosa que tenía cuando era pequeño. Eres igual que tu padre.

—¿Conoces a mi padre, Andrea, el arquitecto responsable de la reforma del Consejo? —me sorprendo al escucharme, sin más he recuperado parte de mí pasado.

El nombre de mi padre ha salido sin forzarlo, sin pensarlo, sin más. ¿Será acaso una señal de que mi memoria comienza a sanar?

—No. Yo no conozco a ningún Andrea. Yo hablo de...

—¡Antón! No marees al joven. Y tú, no hagas caso de este viejo loco, cada vez desvaría más con los años —añade Nas-tya, cerrando cualquier posibilidad de continuar aquella extraña conversación mientras fulmina a Antón con la mirada.

—Niña, no tienes razón, es igual que mi viejo amigo...

—Se acabó la cháchara, Kosmo tiene que marcharse y no le vamos a entretener más con tus tonterías. ¡Ve, muchacho! ¡Dale un abrazo a Otto de mi parte y a la buena de Anicka también! No sé qué haríamos sin ellos.

Me despido y dejo la casa confundido, tengo la impresión de que ni las palabras de Antón son desvaríos ni la amabilidad de Nastya una preocupación sincera por mí, ni mis nuevos recuerdos son garantía de nada. Algo me dice que solo allí donde todo comenzó podré recuperar mi vida, pero por ahora no pienso regresar a la ciudad.

Reanudo la marcha y el rencor mece cada uno de los pasos que doy, emponzoñando mis pensamientos. Camino de la mano de mis recuerdos y no puedo evitar sentir que el mal se acerca. Ya está aquí junto a nosotros. Corro hacia el Centro de Salud, no puedo explicarlo, pero sé que algo está sucediendo allí.

11. Ocho, lo malo

Commodum ex iniuria sua nemo habere debet

O lo que es lo mismo, ninguna persona debería obtener ventaja de su propio mal. Sin embargo, cuando la ponzoña entra en el corazón del hombre y lo corrompe no hay marcha atrás. Pues no hay nada más nocivo que una persona embriagada al tener en sus manos el poder de dañar a otros.

A mí, Miguel, siempre me ocurre lo mismo, llega la noche y en lugar de buscar el arrullo del sueño y entrar en ese estado de somnolencia que me lleva al letargo más absoluto, me siento enérgico y lleno de actividad. La mayoría de las noches, sino todas, me quedo levantado hasta altas horas de la madrugada, incluso acaricio las estrellas y el amanecer. Aunque bien es cierto que, cuando cojo el sueño, puedo dormir profundamente hasta mediodía sin despertarme por nada. Cierro los ojos y recuerdo a mi madre, con los brazos en jarras sobre la cintura, decirle burlona a mi padre mientras yo fingía seguir dormido.

—No despiertes al chico y déjalo dormir. No ha nacido para ser alondra, es un alma nocturna como el búho.

Sonríó al recordarlo y trato de encontrar la postura adecuada en la cama. ¡Nada! Es inútil intentar dormir. Un ruido llama mi atención y me levanto. En una casa flotante como en la que me encuentro es fácil escuchar cómo la madera cruje o el choque de las barcas varadas contra la plataforma, pero lo que acabo de oír no se parece en nada a esa sinfonía nocturna que me acompaña todas las noches.

Como el búho, ese noctámbulo y gran astrónomo de la madre naturaleza, decido investigar un poco y disfrutar de la oscuridad. Hoy, mi guardia perpetua, promete ser muy movida. Salgo de la habitación y siento como la humedad cala mis huesos. Camino hacia el porche y contemplo el poblado en calma. Nada anormal, nada fuera de lugar, pero todo por desconfiar. Algo no cuadra y debo resolver este rompecabezas antes de que sea demasiado tarde. Combinar las piezas planas que tengo delante de mí y formar la figura que estoy buscando.

Pasan los minutos y el frío de la noche me hace declinar, así que doy media vuelta y dirijo mis pasos de nuevo hacia el interior. ¡Un momento, ya lo tengo! Hay una barcaza que no debería estar ahí y eso solo...

Un dolor profundo y ciego me rompe por dentro. El frío acero penetra

en mi piel que se abre a él sin resistencia. Un cuchillo lacera mi cuerpo con saña. Estoy confundido y respiro con dificultad. Todo ha sido tan rápido que apenas puedo reaccionar, solo acierto a gritar desesperado.

—¡Pétrola! ¡Vienen a por Pétrola! ¡Bru...! —No puedo acabar de pronunciar el nombre de mi amigo, porque una segunda puñalada consigue llevarme a la agonía.

Mi piel húmeda y fría me avisa de un mareo inminente. Caigo al suelo y es tal la ansiedad que siento que no soy capaz de hablar. No puedo moverme. Horrorizado, veo cómo un manto bermejo cubre el suelo, es mi sangre que fluye fuera de mi cuerpo y me debilita a cada segundo que pasa. Sudo profusamente y apenas puedo mantener los ojos abiertos. No sé qué parte es realidad o cual se tornó en sueño, ese que ahora sí me acoge con los brazos abiertos. Trato de no dormirme, pero es inútil, las fuerzas me abandonan. Distingo borrosas siluetas que se mueven a mí alrededor y escucho ruidos amortiguados, lejanos. Cierro los ojos.

La visión de Miguel tirado en el suelo y rodeado de un gran charco de sangre a mí, Bruno, me enfurece. Llevado por la furia ciega, reduzco a su atacante, que se revuelve con fiereza. Consigue zafarse de mí, pero no le servirá de nada. Forcejamos y retrocede mostrándome un cuchillo de caza manchado con la sangre de mi amigo. Gesto que me hace perder la poca cordura que aún conservo y, sin valorar el peligro, me abalanzo sobre él como un iracundo salvaje.

Esquivo el afilado acero y castigo su cabeza con mis puños que buscan con rabia el golpe certero que lo deje inconsciente. Lo consigo y cae al suelo sin sentido. Escucho como los hombres de Nezer se acercan y aprovecho para dirigirme a la habitación de Ofelia, mi amigo necesita su ayuda. Por el camino me topo con Pétrola, los gritos de Miguel le han alertado. Le advierto de lo ocurrido y en ese momento siento el aroma que me envuelve desde el día en el que la conocí grabándose como un registro imborrable en mi memoria. Ofelia se une a nosotros. Le explico lo sucedido y, sin mediar palabra, corre a la entrada de la casa para auxiliar a mi amigo. Pétrola y yo la seguimos.

Su rostro, cuando ve a Miguel, es una pista segura, un libro abierto que me advierte de que las lesiones son graves. El entrecejo contraído y la nariz apretada denotan su evaluación negativa de la situación. Pero lo que más me intranquiliza es su mandíbula cerrada y cómo tensa el cuello. Me mira y las

órbitas de sus ojos se estrechan mientras baja la barbilla, la ansiedad la devora y mucho me temo que Miguel se nos va. Actúa rápidamente, dando instrucciones a todos.

—Miguel pierde sangre rápidamente. Si no hacemos algo pronto, entrará en shock. —Ofelia cubre la herida con un trozo de tela limpia y humedecida aplicando presión directa sobre ella con sus manos—. ¡Necesito más tela, el sangrado continúa! ¡Necesito más tela! —grita impaciente.

La sangre rezuma a través del material, pero ella no lo retira y coloca otro pedazo de tela limpio encima. Veo cómo lo cubren con mantas, lo inmovilizan y con una camilla improvisada se llevan a Miguel al interior.

Nezer nos reclama a Pétrola y a mí, el prisionero acaba de despertarse. Pregunto a Ofelia si necesita nuestra ayuda, ella la rechaza.

—Tranquilo. Paula me ayudará en todo lo que necesite. No te voy a mentir, pero o mucho me equivoco o la cuchillada ha lacerado el bazo. Si alguno de los vasos sanguíneos principales ha sido dañado o si no logro detener el sangrado, morirá. —me contesta visiblemente afectada.

Cojo sus manos tratando de infundirle seguridad, si hay alguien que puede salvar a Miguel esa es Ofelia.

—Miguel tiene suerte de contar contigo —respondo a la vez que me acerco a ella y beso su mejilla—. Puedes hacerlo —le susurro separándome muy despacio.

En ese momento, el tiempo parece detenerse y quedo atrapado de nuevo dentro de sus ojos verdes de hechicera.

Nos dirigimos a la sala principal, donde Nezer interroga al prisionero. Es un gran espacio diáfano que contrasta por la madera machihembrada de las paredes, más clara que en la estructura exterior, un gran hogar como centro de la estancia y el techo bajo para guardar el calor en la larga temporada fría. Una imponente mesa para las reuniones y comidas, junto a una zona de despacho próxima al ventanal de doble acristalamiento. El reo está sentado en una silla con toda la ropa mojada y atado de pies y manos. El agua sin duda ha actuado como activador natural, rescatándolo de su ensueño. Tiene la cara golpeada y sangra. Mantiene una actitud altiva y desafiante, demasiado diría yo teniendo en cuenta cuál es su situación.

Intuyo que algo no va bien.

—Podéis hacer conmigo lo que queráis, jamás hablaré —grita retando a Nezer.

—Soy una persona muy paciente y te aseguro que tengo todo el tiempo

del mundo para hacerte cambiar de opinión —responde él, acercándose al prisionero.

—En eso te equivocas, vuestro tiempo se ha acabado —replica el prisionero escupiéndole a la cara.

Se gira hacia mí y su sonrisa triunfante me trae la visión de Miguel en el suelo. Camino hacia él y, sin detenerme, lo empujo, cae al suelo y me coloco sobre él inmovilizándolo y sometiendo su orgullo con duros golpes. Su cara destila terror, está preparado para hablar. Lo levanto y lo dejo de nuevo en la silla.

—Conmigo ya has agotado la poca paciencia que me quedaba, vas a contarle a Nezer lo que quiera saber o acabarás muerto sobre el lecho del río. ¡Entiendes!

No puedo controlarme, podría haberle matado con mis propias manos. De nuevo camino sobre el filo de la navaja, acariciando la oscuridad que temo se desate en mi interior. Nezer se coloca a mi lado y coloca una mano sobre mi pecho y otra sobre la fontanela de mi cabeza. El calor fluye de sus manos y me reconforta. Se acerca más, susurrándome al oído y me da instrucciones para que abandonemos el poblado. Los hombres de Iaakov no tardarán en presentarse y no pueden encontrarnos allí. El prisionero reacciona y comienza hablar.

—Os hemos localizado gracias a una trasmisión. La doctora Ofelia ha sido la persona que nos ha guiado hasta vosotros.

Escucho su nombre y mil puñales se clavan a la vez en mi corazón. Nos ha traicionado, me ha traicionado. Lágrimas de rabia amenazan mis ojos que yo aprieto con fuerza para no permitirles doblegarse ante lo que siento por ella. Regresan a mi cabeza las palabras de Bella, “¡Cuídate de Ofelia! La serpiente te busca”. ¡Qué estúpido he sido! Aviso a Pétrola y, tras recoger nuestras cosas, nos disponemos a abandonar el poblado. Nuestro camino continúa lejos de aquí y la suerte que pueda correr Ofelia deja de ser responsabilidad mía. Nunca volverá a serlo, no traspasará de nuevo este corazón que he de blindar ante su poderoso veneno.

Despido con disimulo a Bruno y Pétrola, la contemplo y me detengo en esos ojos de río que no sé si volveré a ver, aunque de alguna manera que desconozco intuyo que su historia ha de cruzarse con la mía de nuevo. Retomo rápidamente el interrogatorio, el pájaro tiene aún mucho que cantar.

—¿Cómo se puso en contacto con vosotros? —pregunto tratando de

ocultar mi impaciencia y desazón.

—No fue ella, Nezer. El día en el que Pétrola desapareció de la ciudad, Ofelia fue vista en los alrededores de la casa donde la fugitiva se escondía. A partir de ese momento, se convirtió en nuestro objetivo. Monitorizamos su dispositivo y la suerte quiso que una tal Dana se pusiese en contacto con ella. El resto ya lo conocéis.

¡Dios mío, Ofelia es inocente, no les ha traicionado! Trato de comunicarme con Bruno para sacarle de su error, pero es un intento baldío. Una de las instrucciones que acabo de darle es que destruyan sus dispositivos. Dejo a mis hombres al cuidado de la rata y corro hacia la habitación donde está Miguel. Compruebo con satisfacción que Ofelia ha detenido la hemorragia. Hablo con ella, quizás llegue a tiempo y pueda abandonar el poblado con Bruno. Trato de convencerle de que aquí se encuentra en peligro.

—Nezer, no abandonaré a Miguel. Es pronto para saber si sobrevivirá, pero si muere no será por falta de asistencia médica. Me quedaré junto a él pase lo que pase. Bruno y Pétrola han de continuar solos y bien está que yo no sepa hacia dónde dirigen sus pasos.

Contemplo su bello rostro, percibo en él fuerza y determinación pero también una tristeza infinita. Ofelia no solo renuncia a ponerse a salvo, también parece haber perdido algo más en este adiós. Temo por ella, es una mujer valiente pero sé que no entregará voluntariamente aquello que se le exija por la fuerza, peleará ya que rendirse no forma parte de su naturaleza. Ha elegido un camino que puede ser muy arriesgado. Dice el dicho que para corregir a la mayoría se acostumbra a castigar a uno, he de hacer algo para que Iakov no pose sus ojos sobre ella. Debo protegerla.

Quizás el sol salga para todos por igual, pero no puedo sino sentir que a nosotros se nos ha vedado su luz, sumergiéndonos de lleno en tiempos de oscuridad. Me siento culpable por el final que ha tenido Miguel y no podría soportar que a Bruno le sucediese lo mismo.

¡Pétrola, la escriba!, yo, eso es lo que Iakov quiere tener y, ¿por qué no dárselo? Me escucho y no puedo sino sobresaltarme. ¡Qué estoy diciendo! No puedo permitir que el esfuerzo de gente buena y leal como Miguel sea vano, inútil, falto de recompensa. ¡No será así! Hoy tomo una determinación que me hará recorrer un camino que no deseo, pero que es necesario.

Dentro de mí está la clave, esta cabeza mía junto a mi caprichosa

memoria encierran lo que tanto anhela nuestro demonio y yo no se lo daré. El primer mensaje está claro y habla del verdadero origen de Bruno y Kosmo, pero muy a mi pesar debe seguir guardado bajo llave. Mi protector y amigo no soportaría conocer algo así en este momento, en el que le invaden la impotencia y la rabia. Si incluso es impactante para mí, porque una vez que se ha disipado la niebla que me impedía descifrar lo que este texto escondía, veo claramente que ese «niño al que llamaban Augusto» al que alude el escrito no es otro que mi querido Bastian, el Maestro. El padre de Kosmo y Bruno, cuyo premonitorio nombre ya nos hablaba de reverenciar y honrar, de su grandeza. Un origen que lo liga al adjetivo de *sevastiás*, que en la Era de los Antiguos era utilizado por algunos pueblos como el equivalente de Augusto. ¿Cómo no fui capaz de darme cuenta antes, si yo misma lo escribí? Cierro los ojos y trato de relajarme, el viaje en deslizador está siendo muy movido.

Jamás pensé que estas extrañas construcciones adosadas a la embarcación que nos trajo al poblado y que tanto llamaron la atención de Bruno, nos fuesen a salvar la vida. Cápsulas de emergencia con cabinas, que él mismo opera por control remoto siguiendo un rumbo que no ha querido revelarme para seguridad de todos. Aunque, por lo que ha tratado de esconderme, sé que es un lugar muy querido para él. De repente, su rostro desaparece de mis pensamientos y el color rosa lo invade todo, ese tono ingenuo va cogiendo fuerza y se oscurece de tal manera que se torna en un rojo oscuro intenso. Visualizo claramente el número 8 y un nombre. El mío, Pétrola.

Aprieto los puños con fuerza y trato de respirar con normalidad, no debo dejarme llevar por el miedo, necesito ver más, necesito entender.

En algunas creencias, el siete encierra el número de la perfección, mientras que el ocho encarna todo lo malo, pero sé que en este anuncio el número ocho nos traerá una nueva vida, el renacer que nuestro mundo necesita. Ocho fueron los elegidos que se salvaron del diluvio, ocho las estrellas fijas de nuestro cielo, ocho las resurrecciones menores de los Antiguos, como ocho es el número del oxígeno que respiramos. Dos serpientes entrelazadas que ponen en equilibrio los contrarios, la involución y el movimiento. Es el infinito. Y, como tal, me encuentro ante el número de la vida y de la muerte, quizás el más agresivo de todos. Mas esta vez no tengo miedo. ¿Por qué tenerlo? Solo soy una mujer, flotando en el infinito, inmersa en algo mucho más grande que mi propia existencia y cada vez percibo con

mayor claridad cuál es mi papel en esta loca empresa. Mi vibración interna por fin me señala el camino.

Remiel, el *dominus* que me encargó la carta que revela quienes son en realidad Kosmo y Bruno, es el séptimo de los mensajeros que traerán la luz y liberación a nuestras vidas. Debo bucear entre mis recuerdos y escritos para encontrar a los otros seis. ¡Yo, Pétrola, la escriba, soy la octava! La que puede hacer que el equilibrio se rompa, únicamente tengo que sacarlo todo a la luz y rescatar la verdad. Eso sí debo hacerlo antes de que Iaakov borre las huellas de aquellos secretos que se esfuerza tanto por ocultar, destruyéndonos a todos nosotros con ellos. Pero, ¿por dónde comenzar?

Mi paciencia, la del grande e insigne Iaakov, se ha agotado. De nuevo Pétrola se escapa en el último momento, ¡la teníamos tan cerca! Ahora lo único que nos queda es esa tal Dana, la última persona que ha mantenido contacto con los fugitivos. Pobre idiota, si no me dice lo que quiero oír, le arrancaré la piel a tiras si fuese necesario. Lo haré sin dudarlo para averiguar todo lo que sabe. Está en juego demasiado.

Tal y como he pedido, no hay guardias en la puerta. No deseo testigos incómodos, esta vez seré yo mismo el que haga el interrogatorio, ni siquiera estará presente Solomón. El tiempo me ha enseñado que las lealtades compradas son las menos duraderas. No me fío de nadie. No necesito a nadie.

La celda es fría y sin ninguna comodidad, salvo por un viejo camastro con un colchón deshilachado y un par de mantas. Es perfecta. Además, el hecho de que esté ubicada en la antigua torre medio derruida a la que no se le da ningún uso, le da el anonimato necesario que preciso. No obstante, la huida de Kosmo, que no logramos explicar, nos ha hecho reforzar las medidas de seguridad, tapando la única ventana y entrada de luz y cambiando la cerradura.

Estoy expectante. Me siento vivo como en los viejos tiempos. Introduzco la llave y al ruido metálico que produce la misma al girar en la cerradura le siguen el de unos pasos que se alejan hacia el interior de la celda. Entro en el habitáculo ignorándola.

Pasados unos segundos que saboreo, le ofrezco mi mano y, siguiendo un impulso dócil y de sumisión, ella se acerca.

—No te haré ningún daño si no me obligas a ello. ¡Siéntate, por favor!
—le digo señalándole el camastro. Dana me obedece y camina hacia allí. Me siento junto a ella. Retiro el pelo enredado y sucio que le cubre la cara y mi

corazón se detiene. ¡Es tan parecida a ella! Esas facciones dulces, esos ojos grandes y expresivos e incluso su particular diastema, que muestran sus dientes delanteros ligeramente separados y que tanto avergonzaba a Bella.

Dejo que se confíe. Mientras, ella me pregunta por qué la han encerrado y responde sin resistencia a todas y cada una de mis preguntas. Muy a mi pesar me doy cuenta de que no sabe nada de nada, ha sido el caprichoso destino el que la ha traído hasta mí. La consuelo y le explico que todo ha debido ser un error, alimento su alma con vanas esperanzas que le arrebató de golpe—. Me temo que no puedo sacarte de aquí, aún no.

Ella se desespera, ruega, suplica, se arrodilla ante mí. De una patada la aparto de mi camino y salgo de allí mientras escucho sus sollozos. ¡Preciosa Dana, es pronto para dejarte libre! Aún hay una cosa más que debes hacer por mí, el gran e insigne Iaakov.

Veinticinco años antes

Todo el mundo se mueve por puro interés, en algún momento de su vida, pero la diferencia está muy clara, una cosa es luchar por mis aspiraciones y otra muy distinta doblegarme ante el egoísmo dañando a aquellos que tengo más cerca, a esos que sé que nunca me devolverían el golpe. Los hombres de Iaakov han tomado el centro de Salud y aunque Otto los ha escondido bien, es cuestión de tiempo que den con Penélope y Eben. No puedo permitir que eso ocurra.

Mi abuela Yulia nos mostró el camino. Nos enseñó que doblegarse no sirve de nada cuando hemos rendido nuestra propia dignidad como seres humanos ante los tiranos en esa renuncia. Mi madre Phoolan me transmitió su legado y fuerza, dedicando toda su vida a hacer el bien a costa de su propia integridad. Yo soy Ruth, la única descendiente viva de la gran Yulia y no permitiré que Eben perezca a manos de la locura e injusticia de Iaakov. Él es el único que puede salvarnos, nuestra esperanza, junto a la bella Penélope, que escribe en su cuerpo la crueldad de ese miserable ser, la prueba de sus engaños y faltas. Debo entregarme a cambio de sus vidas, de su olvido.

Ellos desaparecerán esta noche para todos, amigos y enemigos. Yo les daré el tiempo que necesitan.

No tengo miedo, camino hacia mi destino con la cabeza muy alta como todas las mujeres de mi familia. Pero, por dentro, el dolor me desgarró porque en esta entrega pongo en peligro a este bello ser que llevo dentro. Lucharé por mi vida para que pueda llegar a nacer, después cuando esté a

salvo pueden arrebatar me lo que quieran, ya no necesitaré nada.

—¡Perdóname, perdóname, mi bien, si algo saliese mal y te arrastro al vacío conmigo! ¡Perdóname! —susurro mientras recorro el pasillo. Al fondo distingo al pobre Otto tratando de contener a esa jauría. El equipo de perros de Iaakov que, bien adiestrado, no cejará hasta haber dado con la presa. Sus perros seguirán el rastro, olisquearán el dolor, nuestra debilidad y darán con el lugar donde se encuentran para hacerlos salir.

Su tarea es la de perseguirnos, acorralarnos y permitir que el cazador, su señor Iaakov, nos abata. No hace falta que Eben y Penélope huyan extenuados, esta noche yo seré la presa, el premio de caza.

Otto gira la cabeza al darse cuenta de mi presencia y sus ojos se tiñen de horror y duelo. Corre hacia mí pero es inútil, ya me han visto. La representación comienza...

—¡No hagáis daño a esta buena gente! Ya tenéis lo que estabais buscando —les digo altiva y segura.

—¿Qué has hecho? —masculla Otto desesperado.

Lo miro y me entenece, ¡qué alma más generosa la de este bendito doctor! También debo pensar en él y en Anicka, he de protegerlos. Saco de mi bolsillo el colgante de Eben, el símbolo de nuestro *oiko* y de nuestra lucha.

—La sangre que mancha este colgante es la de mi marido Eben. —El soldado al mando me quita el medallón de las manos y lo estudia con detenimiento. Asiente, ha identificado con claridad el *kanji* de la piedra. Es hora de rematar esta farsa—. Vuestro amo me lo arrebató, le dio muerte como a una rata en el incendio del zoco. Ha acabado con la vida de grandes hombres y mujeres, pero hoy no se derramará más sangre. Esta buena gente no sabe nada, vine a este centro bajo un nombre falso. Necesitaba alejarme de la ciudad. Este pobre hombre no es vuestro objetivo y no permitiré que pague por mí. Yo soy Ruth, descendiente de la gran Yulia y mujer del fallecido Eben. —Noto cómo el oficial al mando sonríe, no tiene intención de comprobar nada, presentarse ante Iaakov con la mujer de su mayor enemigo y llevarle la prueba de que él ha muerto es una oportunidad demasiado suculenta como para desaprovecharla.

—¡Apresadla! Viejo, por hoy te has librado pero te tendremos bajo vigilancia. No me fío de ti, eres un perro demasiado insolente y molesto.

Ya está hecho, han picado el anzuelo. La caza en jauría es efectiva pero de vez en cuando da oportunidad a la presa de zafarse con pequeños

trucos que despistan a los perros. Escucho cómo se felicitan entre ellos por la caza, los halagos y palmadas en la espalda se suceden mientras yo adopto mi papel de prisionera sumisa y resignada. ¡Qué más da! No me importa que ladren embriagados por el triunfo, al fin de al cabo eso es lo que se espera de ellos mientras dura la cacería. Es el olor de la presa muerta de miedo lo que les guía, pero esta vez es la ambición la que ha nublado sus sentidos.

—¡Perdóname, mi bien! ¡Perdóname!

Presente

Es la hora perfecta para la breve visita nocturna a Dana del más grande, yo, Iaakov. De nuevo reina el silencio más absoluto y no hay ningún testigo que pueda refrendar esta pequeña cortesía con la que regalaré a la prisionera.

Abro la puerta de golpe, causando un gran estruendo y enciendo la luz. Me complace contemplar cómo trata de adaptarse a la nueva situación, en la que su rostro asustado me suplica piedad. Pero no voy a tenerla, me cobraré en su piel una de las tantas ofensas que he tenido que soportar. Se refugia en un rincón, ¡pobre ilusa, de nada le servirá!

Camino hacia ella y su desesperación me envuelve, me acaricia. La levanto agarrándole del pelo y la desnudo completamente, despojándola de su orgullo. Se siente vulnerable y expuesta como un animal abandonado. Puerilmente, trata de cubrirse, lo que me excita y enfurece aún más. ¡No sabe que está en mis manos! ¡Acaso no se da cuenta de que puedo hacer con ella lo que quiera!

La empujo contra el camastro y la abofeteo repetidamente hasta que de puro dolor cesa de moverse. En ese momento penetro su cuerpo con violencia, humillándola, arrebatándole su dignidad como mujer y como persona. Ella trata de resistirse, lo que me provoca mayor placer.

Lloriquea y grita, pero le tapo la boca con mis manos. Con gusto apretaría con ellas su esbelto cuello hasta hacerlo quebrar, pero quiero dejar en Dana la huella indeleble del terror en su mente y en su corazón. Quiero que no me olvide mientras viva y que cuando cierre sus ojos en la oscuridad solo vea mi rostro. Quiero estar en sus recuerdos, quedarme muy dentro. Vivir en los suyos y en los de todos los que me rodean. Todos ellos me pertenecen.

Mientras la embisto con furia acude a mi cabeza una visión, el rostro de Bella. Un recuerdo que me atormenta. ¡La odio! Ella es la prueba de mi

debilidad, da igual los años que hayan pasado, continúa socavando la voluntad de un ser superior como yo. Si no puedo luchar contra esa ponzoña, la solución será acabar con ella. Mi deuda con el Maestro está saldada. ¡Bella, voy a por ti! Sonrío y miro a Dana.

—¡Preciosa niña, es pronto para dejarte libre! El destino te ha traído hasta mí y no soportaría verte marchar, de ti dependerá continuar en esta fría y sucia celda o ver la luz del sol de nuevo junto al gran Iaakov.

Dejo a mi nuevo divertimento sollozando y camino por el pasillo renovado y libre. Tengo la certeza de que, uno a uno, veré caer a todos mis enemigos. Es hora de dejarse de remilgos y actuar.

12. La que socorre a los demás

¡*O praeclarum custodem ovium lupum!*

O lo que es lo mismo, «¡Oh, lobo, excelente protector de ovejas!». Sabio Cicerón que entendió que muchas veces es precisamente aquella persona que parecía ser una amenaza para nosotros, la que puede salvarnos y socorrernos. Tememos lo que no conocemos y esa distancia que imprimimos frente a los demás es la que nos separa aun estando sujetos a las mismas coordenadas.

Yo, Bella, estoy pendiente de una cosa y desazonada por otra. Desde que el tiempo escribe la memoria del hombre, ha buscado propósitos y razones para explicar los hechos y fenómenos que no era capaz de entender. Hemos personalizado las fuerzas de la naturaleza dándoles nombre, otorgándoles alma, hemos atribuido nuestro destino al discurrir de los astros y no contentos con todo ello tratamos de imbuir muchos de nuestros actos cotidianos de un ritual y ceremonia que les confiera solemnidad, que los convierta en algo especial. Quizás eso es lo que todos buscamos, algo tan sencillo como respeto y alicientes en nuestra vida.

Suspiro y me concentro, bien saben todos que nunca he sido partidaria de estos ritos de iniciación, pero he de reconocer que a los muchachos les encantan y haría cualquier cosa por ellos.

Fedor está especialmente nervioso, pero en unos minutos todo pasará y se convertirá en un miembro adulto de la comunidad. Los actos ceremoniales son realmente sencillos, un baño ritual en el que el aprendiz purifica sus

manos, la aceptación de las normas y obligaciones de su nueva condición, la oración en torno a la peana azul que cierra el compromiso de los iniciados y la entrega del medallón, que tiene grabado el *kanji* de la piedra que representa nuestra lucha, ese material bruto e imperfecto que mora dentro de cada hombre y mujer, ese que la educación nos permite modelar y perfeccionar.

La gran sala diáfana se abre ante los presentes con fuerza, inundada por la luz del sol que se cuele por los grandes ventanales horizontales superiores que recorren el crucero. Ese punto de encuentro entre la gran nave central, coronada a ambos lados por dos hileras de columnas, y la transversal, sobre el que se erige la gran cúpula azul.

Observo cómo Fedor transita despacio por el pasillo central y se coloca detrás de nosotros, en la pared norte de la sala. Desde allí recorrerá el camino hasta llegar a la gran pila, ubicada en el punto cardinal opuesto. Cien pasos que marcan una línea recta que simboliza su desarrollo y el cambio de conducta que inicia, puesto que a partir de este momento se adentra en un periodo de prueba que durará algunos años.

Muchos eligen formarse en oficios y profesiones de grado; en esos casos, gracias a Otto y a un colaborador con el que cuenta en la ciudad y cuya identidad continúa siendo un gran misterio para mí, conseguimos regularizar sus permisos e integrarlos en la ciudad. Podríamos decir que llevamos décadas formando un ejército de topes infiltrados en un sistema, pero que sirven a otro, algo así como vigilar el crimen desde el interior de la propia organización criminal. No buscamos la confrontación, porque al igual que el sabio filósofo Sun Tzu y su legendario *Arte de la Guerra* que tuve el privilegio de leer en el *scriptorium*, nuestra estrategia es la de someter al enemigo sin llegar a darle batalla, socavándolo lentamente y sin descanso. Fedor, en cambio, no tomará ese camino, tampoco regresará a su casa como hacen otros, él ha decidido quedarse para instruir a los más pequeños conmigo, quiere ser escriba.

Centro de nuevo mi atención en la ceremonia, abandonando mis cavilaciones y veo cómo levanta el martillo y el cincel que porta, presentándolos. Golpea con ellos la superficie de la peana que hay junto a la pila, simbolizando con ese gesto cómo hasta la dura e incorruptible piedra puede ser devastada. Deposita allí los útiles, repite tres veces su nombre y sumerge sus manos en el agua. La ceremonia, el rito de paso, ha comenzado.

—¡Fedor! ¡Fedor! ¡Fedor! ¡Diego! ¡Diego! ¡Diego!

Lo miro emocionada. Viendo cómo Fedor se convierte en Diego, «el

maestro, el que instruye», me siento plena. Me siento feliz. ¡Cuánto les debo a estos muchachos! No ya las ganas de vivir, de eso no tengo la menor duda, sino también el mero privilegio de formar parte de sus vidas y verlos crecer, ese es mi aliciente de cada día. Sin embargo, hoy estoy distraída y no puedo apagar la desazón que me turba desde que esta mañana intenté contactar con Bruno y me ha sido imposible.

“El dispositivo al que llama ya no se encuentra disponible”, ha sido la mecánica respuesta que he recibido al iniciar la comunicación con él. Decidimos no contactar salvo que la razón fuese de extrema urgencia y este aviso que guardo dentro de mi pecho, lo es. Bruno está en peligro.

No creo en las casualidades, nunca lo he hecho y lo que he descubierto me habla de certezas y no de suposiciones de una neurótica mujer con demasiado tiempo para pensar. Los siete documentos borrados de la bitácora de Pétrola tienen una fecha de entrega que aún no se ha ejecutado, están programados para que en los próximos meses lleguen a su destino. Esa era la clave, el hilo conductor entre todos ellos, ninguno ha sido entregado a su destinatario y mucho me temo que eso precisamente es lo que trata de evitar Iaakov. Ambos están en peligro, Pétrola porque, sin saberlo y gracias a esa prodigiosa memoria que atesora, es la guardiana de confidencias que podrían destruir a Iaakov cambiando así nuestro pequeño mundo. Bruno porque es parte implicada en esta oscura trama, de hecho la primera entrega debería efectuarse pasado mañana, el día de su cumpleaños.

En ese momento un eco se apodera de mis pensamientos. ¡Cómo he podido estar tan ciega! Debo repararlo una vez más para asegurarme, pero podría atestiguar si esta cabeza mía no me falla que todas las fechas salvo una coinciden con episodios de la vida de Bruno y de Penélope, su madre. ¡Cuántos recuerdos te llevaste a la tumba, amiga mía! Si al menos estuvieses aquí para ayudarme a desenmarañar este rompecabezas todo sería distinto.

Siento malestar y mis manos involuntariamente comienzan a temblar. Han pasado muchos años de aquello, pero no puedo evitarlo, pensar en Penélope me turba. Su destino fue cruel y su final espantoso, no merecía nada de lo que le ocurrió, ninguno lo merecimos. Tengo que pensar, tengo que idear algo. Necesito dar con la forma de hacerme con esos escritos y avisar a Bruno.

Además, realmente no sé qué me inquieta más, si saber a Iaakov tras su pista o la certeza de que hay un tercer actor implicado en esta trama.

Ninguno de nosotros lo conoce, pero él sí parece conocernos muy bien a todos. No sé qué intenciones trae este oportuno mensajero, ni quién es realmente su objetivo. Realmente sigo sin saber nada.

Caminamos por la montaña como dos almas errantes. Bruno está taciturno y parece enfadado con todo y con todos, de forma que el silencio se ha apoderado de lo que antes eran largas y amigables conversaciones. Sin embargo, yo disfruto de cada uno de los pasos que doy inmersa en esta naturaleza salvaje. Me siento como una niña pequeña descubriendo un nuevo mundo.

—¡Descansaremos un rato, Pétrola! Has de reponer fuerzas si queremos encontrar refugio antes de que anochezca —me ordena sin mirarme a los ojos.

—¡Bruno, mírame! —le digo sentándome a su lado—. ¿Estás bien?

—No sé cómo podría estarlo, he visto morir a un buen hombre sin poder hacer nada para remediarlo. Y lo peor de todo es que no puedo evitar sentirme responsable —me responde con rabia clavando sus ojos en mí. Leo culpa y reproche en ellos. Me hiere y me hace sentir tan mal que sin pensarlo me levanto y camino rápidamente dejándole atrás. Aprieto los dientes mientras lo hago pero es un gesto inútil porque mi rostro se baña con lágrimas de dolor y duelo—. ¡Pétrola, qué haces, vuelve aquí! —escucho a mi espalda, pero no es un ruego sino una orden brusca, seca y distante.

—¡Déjame sola! No cargaré con una muerte más a mi espalda. ¡Déjame en paz! —Oigo cómo corre tras de mí y acelero el paso, quizás sea la primera vez que piso una montaña pero desde luego soy más veloz que él. No podrá cogerme. Corro, corro, corro ladera arriba desoyendo sus llamadas. La ventaja es cada vez mayor, pero me siento perdida, no sé qué dirección debo tomar. Vacilo y un descuido hace que uno de mis pies se enganche con la raíz aérea de un matorral. En décimas de segundo mis dos puntos de apoyo se reducen a uno y caigo violentamente al suelo.

La fuerza de la caída hace que ruede sin parar hasta que me detengo en seco contra un árbol. El dolor del choque me traspasa pero sé que no puedo perder tiempo. Me levanto tratando de continuar mi camino y las piernas me fallan, a punto estoy de tocar de nuevo el suelo si no es porque Bruno me sujeta con fuerza.

—Deberías tener más cuidado, caminar por la montaña puede ser

peligroso si no se está un poco más atento. ¡Hasta una niña pequeña habría visto la rama partida con la que has tropezado! —me recrimina jocosamente sentándose en el suelo.

—¡No sé qué te hace tanta gracia y, para tu información, es la primera vez que camino por un bosque! De hecho, jamás había salido de la ciudad, prácticamente he pasado toda mi vida encerrada en el *scriptorium*. Pero claro, cómo ibas tú a saber todo eso de mí si no me conoces. No tienes ni idea de quién soy —respondo enfadada, casi no puedo hablar pues mi respiración agitada y el llanto me lo impiden. Lucho por continuar—. Has aparecido en mi vida de repente, sin que yo lo haya pedido y te he seguido dócil, sin decir nada, pero ya estoy harta. No te necesito, no necesito a nadie.

—¡Pétrola, perdóname! Tú no eres responsable de lo que le ha pasado a Miguel, ni yo tampoco. Pero sé quiénes son los culpables y te juro que se lo haré pagar. —Se sienta junto a mí y me sonrío abiertamente, con esa expresión que me reconforta y me hace sentir en casa—. Y tienes razón —continúa—, es cierto que no soy una compañía muy agradable, pero si aceptas continuar a mi lado intentaré que eso cambie.

—¿Continuar? ¿Hacia dónde? ¿Para qué? Hace unas semanas mi vida era perfecta y ahora me refugio como una proscrita en la montaña. Quizás debería volver para que todo esto acabe.

—Sabes, te equivocas en una cosa. Te conozco mucho más de lo que crees. La primera vez que vi tu rostro tendría apenas quince años, fue en uno de los cálamos que Anne le enviaba regularmente a Bella, la mujer que me ha criado como si fuese mi madre. Recuerdo cómo en ese en concreto le hablaba de vuestra vida allí junto al Maestro. Más tarde empezaron a llegar otros en los que tú misma escribías y ponías voz a los textos. De hecho, la tarde que te encontré en el zoco y te seguí hasta la casa donde te localizaron los hombres de Iaakov, fue tu voz lo que reconocí. La misma que durante mucho tiempo ha sido mi único vínculo con el exterior del poblado.

Mis manos tiemblan, sus palabras me confunden y en mi interior se desata una gran tormenta.

—¡Eso es imposible! Nunca he escrito para ningún *dominus* que se llamase Bella y los únicos escritos a que los que pongo voz suele ser a los personales. ¿Por qué iba a enviaros Anne mis trabajos? Eso no está permitido, no tiene sentido.

¿O si lo tiene? Porque el nombre de Bella sí aparece en uno de mis escritos, estoy segura de ello. De repente, todo comienza de nuevo. Trato de

seguir junto a Bruno pero mi mente se adentra en ese laberinto de fechas y palabras que pueblan mi memoria.

Estoy mareada. Cierro los ojos.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Bruno, su voz suena lejana.

No puedo contestarle, cojo su mano y me sumerjo de lleno en mis recuerdos. Un color enigmático, mágico y cautivador lo inunda todo, tan poco frecuente en la naturaleza como asiduo en los sueños, el púrpura, que une la estabilidad del azul y la energía del rojo en una nueva visión que me muestra el número 2. Dígitos que de nuevo activa mi memoria para que rescate de algún lugar perdido de mi mente un nombre, el del tercer mensajero... “Rafael guía de médicos y de viajeros... Tú les adviertes su engaño.”

Regresar a mi rutina en el *asclepio* no está resultando como esperaba. Aparentemente he recuperado mi vida y casi mi mundo, pero no puedo arrancar de mi interior la sensación de haberlo perdido todo. Gracias a la operación que le realicé, Miguel se recupera de sus heridas y muy pronto volverá a dar guerra con sus pesadas e irritantes bromas. En estos días, incluso las echo de menos. He conseguido el permiso de mi padre para que Karla, su hermana pequeña, lo visite en el hospital y su sola cercanía está obrando milagros. Es una niña increíble y, cuando no está con el convaleciente protestón, me acompaña en mis visitas por el hospital, una ardilla astuta y lista como pocas he conocido.

Ayer pude comunicarme con Nezer, siguiendo sus instrucciones, y a través de Abel me confirmó que las aguas vuelven a su cauce en el poblado. Los hombres de Iaakov se han retirado definitivamente, convencidos de que los fugitivos no se encuentran en ese lugar y nuestra coartada improvisada de pobres víctimas de esos desalmados ha funcionado a la perfección. Solo había un cabo suelto en nuestra historia, el atacante de Miguel que podía desmontar nuestra ficción. Nezer me ha asegurado que ya no es un problema. No he querido preguntar, a veces no es necesario hacerlo, puedo imaginar la suerte que ha corrido.

Contemplo el ágora desde mi despacho y suspiro angustiada, dos ausencias me atormentan y no sé cómo comenzar mi búsqueda. Si Dana tenía razón, Kosmo estará retenido contra su voluntad en algún lugar de la ciudad. De hecho, ella misma ha desaparecido. Farab, mi padre, me ha dicho que no me preocupe pero no puedo evitar sentirme culpable, fui yo quien la

involucró en esta historia. La explicación es muy sencilla, quizás demasiado, pidió unos días de permiso y pronto estará de vuelta junto a nosotros. No lo creo, no lo creo.

Ya no sé qué creer. Mi mundo se desmorona ante mis ojos, lo que ayer eran certezas y pilares de mi vida ahora se deshacen como si yo fuese arcilla endurecida al calor de mentiras, traiciones y abusos que ahora recupera la plasticidad sumergida en el conocimiento de otra realidad y otras historias que antes no era capaz ni de imaginar.

Me llamo Ofelia como la serpiente que muda mil veces de piel, pero siento que esta vez es diferente. He encontrado mi verdadera forma. Bruno, Miguel, Nezer e incluso Pétrola me hicieron verla y no daré un paso atrás. Quizás mi forma sinuosa de hacer las cosas, igual que ese réptil sin extremidades, cuerpo alargado y mordedura venenosa, pueda ser discutida e incluso repudiada por muchos, pero esta vez no utilizaré mi fuerza en la dirección equivocada. Sé de qué parte estoy y aunque no soy tan poderosa como la gran boa que mata a sus presas por constricción, ahogándolas, yo lo haré con mis pequeños dientes que inocularán el veneno necesario para dar con la verdad.

Escucho cómo Solomón se despide de mi padre, ha finalizado el trabajo que comenzó Pétrola y regresa al *scriptorium*. Espero a que se cierre la puerta y me coloco a pocos metros de él. Siguiendo sus pasos recorreremos el largo pasillo de la planta de despachos, bajamos las escaleras y llegamos al espacio central del *asclepio*, una gran plaza cubierta con un estanque en la zona central que aquí todos conocemos como el zoco menor. Para mi sorpresa, no lo atraviesa sino que gira hacia el *abaton* donde se interna a los enfermos. Mi pulso ruge y me avisa de que algo está a punto de suceder, en ese momento veo cómo se detiene en la sala de descanso donde los médicos se reúnen entre turno y turno.

Solomón está parado en la puerta y habla con alguien al que no puedo ver. Mas como a ese réptil al que mi nombre me une, quizás mi visión no sea la más certera y falsamente se nos ha dado por sordas, pero puedo detectar el movimiento y el que estoy presenciando es de todo menos normal. Porque la voz que escucho es la de Marcos, hermano de Dana, y por si me quedase alguna duda de mi hallazgo, el reflejo del misterioso confidente descubierto en la pared de cristal exterior me muestra un perfil que no puedo explicar. Marcos, aunque parece querer reprimirse, separa los pies en perfecta simetría, aprieta los puños con fuerza, saca el pecho y resopla con furia. Siente ira ante

las palabras de Solomón y conociendo su carácter combativo, cual hijo de Marte, y lo protector que es con todos, me sorprende esa actitud en él.

Tengo una idea y abandono mi escondite dirigiéndome hacia ellos, necesito comprobar cuál es su reacción ante mis palabras. Los interrumpo y me coloco junto a Solomón, frente a Marcos.

—¡Buenos días, caballeros! —espero los protocolarios segundos que suceden a mi saludo y las fórmulas de cortesía que se me hacen eternas para poder continuar—. Marcos, mi padre me ha dicho que Dana pidió unos días de permiso en mi ausencia. ¿Sabes cuándo piensa regresar? No estoy muy bien desde que me rescataron y volver a la rutina diaria me está costando un poco más de lo que pensaba. Necesito verla. ¿Conoces dónde la puedo localizar?

—No creo que tarde en volver, sabes lo suya que es para sus cosas y no me dijo dónde iba —responde él, apartando su mirada que desvía a la izquierda, no reproduce recuerdos verdaderos sino que los construye. Observo cómo levanta las cejas y se rasca la nariz. Se siente visiblemente incómodo y pese a que ha tardado en contestar, habla más rápido de lo normal. Me está mintiendo.

—¡Yo tengo que dejaros! —le escucho e, inquieta, tomo conciencia de la presencia de Solomón. Temo haber sido demasiado transparente en mis reacciones.

Su conducta visual hacia mí es dura e intensa. Me evalúa. Me busca. Le sonrío abiertamente para relajar mi rostro y él me devuelve el gesto con una sonrisa impostada, profesional, falsa.

—Por cierto, Ofelia, ¿cómo se encuentra Miguel? Uno de estos días me pasaré a ver a ese héroe que nos ha devuelto sana y salva a la hija de mi gran amigo Farab.

¡Dios mío! Tiemblo y mi pulso se dispara, lo ha llamado Miguel. La cabeza me va a estallar, pero debo serenarme y responder.

—Me temo, Solomón, que estás en un error. El hombre que me salvó la vida y que está ingresado se llama Agustín, debes haberlo confundido con alguien —respondo tratando de aparentar indiferencia cuando en realidad le cosería a preguntas.

—Supongo que sí, tu padre me habrá dado mal el nombre. Sea como sea, tenemos mucho que agradecerle —contesta rápidamente mientras ladea un poco el cuerpo y adelanta un pie como si fuese a echar a andar.

Por primera vez atisbo un ligero nerviosismo en esa hierática

expresión que siempre mantiene. Nos despedimos de Solomón y Marcos aprovecha un aviso para escapar a mi más que probable interrogatorio. Salgo a la calle y camino sin rumbo, aunque a mis pasos les guía la costumbre y me llevan ante la casa de Kosmo. Compruebo que nadie me ha visto y accedo a ella a través del cobertizo. Me siento en un banco del jardín y medito sobre lo que acaba de ocurrir.

Miguel, o Gus como cariñosamente lo llama su hermana Karla, en realidad en todos los registros oficiales aparece como Agustín. Su madre lo llamó así en honor a su bisabuelo, Miguel Agustín. Un hombre justo de su *khora* de agricultores que murió sin juicio, sin descargo de pruebas y sin tan siquiera haber sido encontrado culpable de nada, salvo de ganarse la enemistad de un alto cargo militar.

Es imposible que Solomón conozca su apodo de guerra, como lo llama él, a no ser que también forme parte de nuestra lucha encubierta.

—¡Serpiente de lengua venenosa! —digo en voz alta para desahogarme.

Su lengua bífida me ha puesto a prueba, me ha escupido el veneno que guarda en esos largos colmillos que mantiene ocultos y despliega al abrir la boca. Los dos somos sibilinos y silenciosos, pero a diferencia de Solomón, mis atributos van unidos como una serpiente enrollada alrededor de un bastón, el báculo de Asclepio, un dios que perseguía la curación de enfermos y honraba la medicina. Como yo, que busco librar a este mundo del mal que lo devasta y que como un cáncer lacera nuestro cuerpo. Solomón, y no creo equivocarme, lo siembra de dolor y engaño.

Sin poder evitarlo, mi mente me traslada muchos años atrás, cuando siendo una niña mi tío Otto nos visitó en la ciudad, algo que no hacía con demasiada frecuencia; de hecho esa fue la última vez que lo vi. Fue él quien me contó una historia que me llenó de convicción para ser médico. Yo lloraba desconsolada porque en la Casa Azul los niños se habían reído de mí, todos ellos se burlaban continuamente porque mi nombre significaba serpiente y siempre siseaban a mi paso. Él se acercó a mí, secó mis lágrimas y me habló.

—Ofelia significa serpiente sí, pero no describe a un ser rastrero y vil que se arrastra por la tierra castigado por su codicia como algunos afirman. Nos habla de sanación y resurrección. ¿Conoces la historia del gran Quirón y de su aprendiz Asclepio? —Yo le contesté que no sollozando y él retiro el pelo que me cubría la cara y me sonrió—. Cuentan que el sabio Quirón

instruyó a su sagaz aprendiz Asclepio en la ciencia de la medicina, hombre listo y hábil que estaba seducido por el poder de las serpientes. Las consideraba un animal inteligente y maltratado por sus semejantes. Las honraba de tal manera que ellas, conmovidas, le confiaron un gran secreto, mucho mayor aún que el de la sanación, el de la resurrección. Podían reintegrar la salud a los enfermos desahuciados e incluso devolverles la vida a los muertos. Asclepio hizo mucho bien con sus nuevas aliadas y así recorrió los pueblos con un gran bastón y una serpiente enrollada alrededor de él, su símbolo. Pero también atrajo la ira del Rey de los Muertos que, ofendido, consiguió que el Dios de Dioses le retirase ese sobrehumano poder a la serpiente y limitase sus atributos a las de la sanación. Tú llevas ese conocimiento dentro de ti y algún día serás una doctora excepcional. Nunca lo olvides.

Esa fue la despedida de mi tío, nunca más supe de él. El poco tiempo que estuvo conmigo me hizo el mayor regalo que jamás me ha hecho nadie, ni siquiera mi padre, que siempre me ha menospreciado y me obvió más de lo preciso, me enseñó a creer en mí misma.

Mis recuerdos me llenan de determinación. Voy a encontrar a Kosmo y a Dana, ayudaré a Bruno, al que mi corazón y razón añoran por igual, e incluso a Pétrola, que ahora sé que nunca llegó a ser una enemiga. Los mantendré lejos de Iaakov, aunque para eso tenga que mentir y engañar. Ahora sé de qué hilo tengo que tirar, de Solomón. Porque yo no amo la verdad, la justicia o la medicina porque sean grandes atribuciones o elevadas pretensiones, sino porque son mías y lucharé contra todo aquel que quiera arrebatarme cualquiera de ellas.

No sé por qué, yo, Pétrola, tengo un don. Ahora veo que Rafael es el nombre del tercer arcángel, el último de los ángeles con nombre y uno de los siete mensajeros. Su nombre habla de sanación, de medicina y fue enviado para acompañar en un largo y peligroso viaje al joven Tobías, hijo de Tobit, que le ayudó a alejar al demonio e incluso a curar la ceguera de su padre. Un redentor llamado a limpiar todas las heridas de los hijos de los hombres.

Recuerdo el escrito que me encargó ese *dominus* porque se salía de toda regla de normalidad que antes hubiese seguido. Primero, su fecha de entrega debía realizarse exactamente un año después de la recepción del encargo, dentro de dos semanas. Segundo, más que una carta o mensaje el escrito, era un rompecabezas, parecía un inocente juego que ahora, tras los

últimos acontecimientos que he vivido, ha perdido su cándida apariencia. Además, su destinataria no es otra que Bella, Anabella, la mujer que crío a Bruno. Cada vez estoy más convencida de que el azar es un mero agente anecdótico en todo lo que está pasando. Hay un porqué, una razón que marca el devenir de todo lo que estamos viviendo, y no puedo demorar lo inevitable. Mañana le confiaré a Bruno su origen, su legado. Haré entrega del primer mensaje y por mi boca hablará Remiel, el mensajero.

La sensación de mareo aumenta y ya no puedo mantener los ojos abiertos. Siento cómo Bruno toma mi mano, el tacto de su piel me reconforta, pero no logra sacarme de mi visión. El texto del segundo mensaje se muestra ante mí, nítido y claro como si de una fotografía se tratase.

“¡Tú les adviertes su engaño! Soy Rafael, guía de médicos y viajeros. Esta es la segunda carta que envió bajo este nuevo nombre, antes lo hice como Remiel y ahora adopto otra forma para acompañarte en un viaje que comenzaste siendo demasiado joven. Sí, va dirigida a ti, que iniciaste el cambio, que con tu valor abriste el camino para todos nosotros.

Anabella, así te llamaban de niña y así te recuerdo yo. Hace mucho tiempo que salí de tu vida, de la de todos pero siempre he estado ahí, velando en la sombra por vosotros.

Hoy regreso para hacerte entrega de mi legado, que te permitirá cobrarte las ofensas que te fueron infringidas. Sin embargo, siendo consciente del poder que tiene el conocimiento, necesito preservarlo con el que yo te regalo. Así pues, llegará a ti como un acertijo, un sencillo juego de palabras que tú rescatarás. Al fin y al cabo, un enigma tan solo es un enunciado que aunque pueda parecer una paradoja debe plantearse con imaginación.

Puede parecer injusto, porque te niego la posibilidad de hacer preguntas, pero debes confiar en mí porque el mensaje alterado ha tomado forma bajo una representación lingüística que solo tú serás capaz de reconocer. No en vano eres una escritora y sabes que no hay nada más importante que salvaguardar la permanencia del conocimiento, del saber... ¿Para qué? Créeme, no me guía otra razón que asegurarme de que llegue así a sus verdaderos destinatarios.

“Envuelve al mundo extenso triste noche;
ronco huracán y borrascosas nubes
confunden y tinieblas impalpables,
el cielo, el mar, la tierra:

y tú invisible, te alzas, en tu frente
ostentando de fuego una corona,
cual rey del caos, que refleja y arde
con luz de paz y vida...

Tiende, apacible noche, el manto rico
que céfiro amoroso desenrolla;
recamado de estrellas y luceros,
por él rueda la luna;

y entonces tú, de niebla vaporosa
vestido, dejas ver en formas vagas
tu cuerpo colosal y tu diadema
arde al par de los astros...
Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
tú, cuya inmóvil posición indica
el trono de un monarca, eres su norte;
TÚ les adviertes su engaño.

%2# ↑ 8/

Aquí acaba esta carta y como habrás podido comprobar la escritura cifrada que aquí se muestra no revierte valor mágico alguno. Mas puedes confiar en mí de nuevo cuando te digo que te llevará donde jamás pudiste imaginar. ¡Adiós Anabella!

Rafael, guía de médicos y viajeros. Tú les adviertes su engaño”.

Veinticuatro años antes, meses después del incendio del zoco

Es curioso presenciar cómo el tiempo maltrata los recuerdos, retorciéndolos hasta hacerlos desaparecer. Han pasado muchos meses desde aquella mañana en la que todo se detuvo, parece toda una vida. Ya no recuerdo como era aquella Penélope que soñaba con ser feliz. No recuerdo nada. ¡Qué más da! Hoy acabará todo, acabará todo. Miro por la ventana y observo la lluvia que golpea furiosa los cristales. ¡Ojalá fuese como esa tormenta que ruge situándose entre la demencia y la pasión! Eso al menos significaría que estoy viva, un lujo que ya no me puedo permitir, hace

demasiado tiempo que abandoné este mundo.

¡Cómo los echo de menos! Hasta su olor se disipa en la habitación desapareciendo como una vívida evocación que no es más que eso un engañoso espejismo. Sara ya está en la ciudad con Kosmo, lo criará como a su hijo. No, no hay otra salida para él.

Sin embargo, mi pobre Bruno debe ser sacrificado, debe alejarse con Bella de toda esta oscuridad. Es el más fuerte de los dos, un guerrero de gran corazón pero de sonrisa abierta. Tan parecido a su padre, Bastian. ¡Me quema su ausencia! Esta vida me lo ha arrebatado todo, mi profesión, mi amor e incluso mi cuerpo, pero hasta hoy no había sido consciente de lo que significa realmente la pérdida.

Aún me cuesta comprender cómo he reunido el valor suficiente para infringirme este duro castigo y alejarlos de mi lado. No espero que nadie me comprenda pero hacia donde camino eso ya da igual. Hoy nada cobra importancia alguna, pues el amor más grande nunca puede ser egoísta, nunca debe ir acompañado de frustración, coraje o culpa. No permitiré que pasen por ello porque aunque decirles adiós será devastador para mí, no...

Me cuesta respirar, tiemblo y siento calor, que me sube desde las manos hasta la cabeza dándome sacudidas, el compuesto empieza a hacer efecto. Empujo la silla y con dificultad abro la puerta de la terraza. En cuestión de segundos mi cuerpo es anegado, bañado en esta lluvia que sabe a despedida. Levanto la cabeza y con los ojos cerrados dejo que la cortina de agua arrastre mis dudas, mis anclajes, y me libere antes de marchar.

Un último impulso se apodera de mí, aunque ya es demasiado tarde para eso. No me importa el mundo, no recuerdo a nadie, no los echaré de menos. Perdida, juzgada y encontrada culpable me hallaran, pero así debe ser pues no merezco su amor, ni siquiera su perdón o sus pensamientos.

Noto cómo la hora se acerca. Estoy preparada porque ya no soy Penélope, quizás nunca llegué a serlo, y mi único papel real en toda esta historia haya sido el de convertirme en una de las Furias, esas tres hermanas vengadoras que no podían ser nombradas por su propio nombre para no despertar su ira. Es paradójico que para poderlos proteger a todos deba morir, para poder perseguir al que me arrancó la vida debo desaparecer.

Mis ojos se desbordan, pero mis lágrimas apenas son de ese mágico compuesto natural que purifica y protege nuestras ventanas al mundo exterior. Hoy son de sangre y me devuelven a la tierra, el único medio al que

he pertenecido y al que elijo regresar. No soy una mujer, no soy una deidad celestial, soy hija del inframundo y para sobrevivir debo perecer. Vida y muerte para mí son ya lo mismo, la última de mis preocupaciones. Como espíritu primitivo no me someto a tu autoridad, Iaakov.

De tus ojos manarán gotas de sangre, la misma que tú derramaste de muchos inocentes. Pertenece a la tierra como yo y hasta allí te arrastraré conmigo. Te digo hoy adiós para poder encontrarme de nuevo un día contigo y escupirte a la cara, quizás ya no en este mundo pero sí en uno más justo y no hecho a tu medida.

Doy marcha atrás y a duras penas logro entrar en la habitación porque el sueño se apodera de cada uno de mis movimientos. Llego hasta la mesa y con la mano ya casi inerte tiro la vela encendida al suelo. La llama prende la moqueta y esa luz cálida e hipnótica me atrapa. El triángulo de fuego va tragándose la habitación, pero yo no puedo moverme, apenas si soy consciente ya de nada. Mis ojos se cierran y mi rostro sonrío. El sonido de la lluvia me arroja y me despide, como ella yo fui el origen de la vida alimentando los campos, ahora encarno la pena de amor y las lágrimas de dolor por la ausencia de los que un día amé.

Vuelvo a ser la Penélope que soñaba con ser feliz.

¡Adiós!

Presente

Estoy decidida a contarle todo, ahora veo claro que solo la verdad nos permitirá salir del pozo de podredumbre en el que este mundo nos entierra a cada paso que damos. Yo nunca supe cuál era mi verdadero origen y aunque por mucho tiempo eso constituyó una fuente de angustia para mí, la resignación y paciencia de Anne y la comprensión del Maestro aplacaron esa sed interior. Sin embargo, si me ofrecieran la posibilidad de saber quiénes fueron mis padres, no lo dudaría. Y no voy a negarle esa oportunidad a Bruno. Merece saberlo.

—¡Bruno! —pronuncio su nombre casi de puntillas, sin rozarlo, como si quisiera envolverlo con una caricia y con mi apoyo—. Tengo que pedirte algo.

—¿Qué sucede? No me digas que... —le interrumpo ante su gesto y tono de alarma.

—No te alarmes. No sucede nada malo, bueno en realidad sí. ¿O no?

—No te lo tomes a mal, pero tendrás que ser un poco más clara conmigo —contesta sonriéndome, realmente me hace sentir bien. En casa.

—¿Sabes lo que es un círculo de confianza? —le pregunto ansiosa, ya sé cómo plantearle todo para que no resulte tan amenazante lo que tengo que decirle.

—No, pero intuyo que en poco tiempo sabré de qué se trata. ¿No es así?

Ahora soy yo la que le sonrío y le invito a levantarse tendiéndole la mano. Cojo una rama de buen tamaño y trazo un amplio círculo alrededor de la hoguera que nos protege de la fría noche.

—Nuestro círculo de confianza es el espacio que marca esta línea en el suelo, en su interior está todo aquello que nos sostiene, nuestros apoyos y lo que es verdadero en nuestra vida. —Me mira con una intensidad que me hace temblar. Mi voz refleja mi inseguridad, lo que me obliga a respirar hondo para poder continuar. No puedo fallarle—. Este es un ejercicio que hacemos en los primeros años de aprendizaje en el *scriptorium* para conocernos mejor y, como compañeros de viaje, creo que puede venirnos muy bien. ¿Te apuntas?

—Sí, aunque algo me dice que me voy a arrepentir, pero estoy en tus manos. Confío en ti.

—¡Bueno, pues adelante! Cada uno de nosotros representamos hoy aquí a nuestro «Maestro interior», que tiene acceso a nuestra verdad, conoce nuestro corazón y nos guía en el camino a través de los desafíos que la vida nos marca. Recuerda que este círculo es un espacio seguro e incondicional, nada que tú no quieras entrará o saldrá de él, pero has de saber que también te pondrá a prueba. Te desafiará. No hay intrusos, ni juicios. ¿Entendido?

—¡Entendido!

—Voy a nombrar una serie de aspectos de nuestra vida, serán invitaciones que cada uno tendremos que aceptar o rechazar. En el primer caso, permanecerás dentro del círculo, pero si lo rechazas deberás salir de él, decir en voz alta ¡fuera! y a continuación volver a entrar, dejando fuera lo que no quieres compartir o piensas que no forma parte de este espacio. Lo que sientes que no está en tu verdadera naturaleza. —Tomo su mano y entramos en el círculo. Estoy nerviosa. Sufro por él y sobre todo temo su reacción—. ¡Ciudad! —pronuncio alto y claro e inmediatamente veo cómo Bruno sale del círculo—. Veo que lo has entendido perfectamente.

Sonríó nerviosa. Respiro profundamente y continúo.

—¡Fuera! —Bruno da su veredicto y vuelve a entrar—. ¿Puedo proponerte algo? —pregunta—. Creo que para hacerlo más interesante deberíamos hacer las invitaciones por turnos. ¿Estás de acuerdo?

—¡Totalmente! Te toca a ti entonces —le respondo expectante. Además no puedo estar más de acuerdo con él, un círculo de confianza es un espacio acogedor, respetuoso y qué mejor prueba de ello que ponernos uno en manos del otro.

—¡Kosmo! —Demasiado directo o quizás es que me está poniendo a prueba.

Salgo del círculo y con seguridad digo en voz alta:

—¡Fuera!

Entro de nuevo.

—¡Bella! —es mi turno y ambos permanecemos dentro.

—¡Pétrola! —pronuncia mi nombre y veo cómo mueve uno de los pies haciendo ademán de salir fuera del círculo. Me sonrío pícaro.

—¡Tómalo en serio o no funcionará! —le regaño y hago mi invitación—. ¡Madre! —Los dos salimos fuera del círculo y noto cómo clava su mirada en mí. Gritamos el salvoconducto y volvemos a entrar.

—¡Familia! —es su turno y percibo que me observa con detenimiento, como si esperase a ver cuál es mi reacción.

Finalmente salgo del círculo y él sigue mis pasos.

—¡Abandono! —hablo alto y claro y le miro a los ojos, me sostiene la mirada y permanece dentro del círculo, quieto frente de mí.

Toma mi mano y su silencio dice más que mil palabras mal dichas. Salimos y retornamos de nuevo. Siento que está preparado para escuchar lo que tengo que decirle.

—¡Oscuridad! —añade él.

Doy un paso atrás y ante mi sorpresa Bruno no retrocede, permanece dentro del círculo.

—¡Hermano! —Me observa, me estudia, parece querer saber.

—¿A qué estamos jugando, Pétrola? ¿Qué es lo que quieres decirme en realidad?

Salgo del círculo y le pido que se siente a mi lado junto al fuego. Miro su rostro anguloso y recio que alumbran tibiamente las llamas de la hoguera y sus ojos se tiñen de tristeza. Comienzo a hablar.

Son ya demasiadas las cicatrices que arrastra este pobre corazón. La última de ellas la dejó una tramposa mujer. Una herida sangrante que cada día se hace más honda y supura despecho y venganza. Pero aquí sentado, al calor del fuego junto a Pétrola, tras la confidencia que acaba de hacerme, se ha abierto la que siempre he tratado de ocultar incluso a mí mismo.

—¡Bruno, mírame! —me pide arrodillándose frente a mí de espaldas al fuego—. ¿Estás bien?

—Es la segunda vez que me preguntas eso hoy y la respuesta sigue siendo la misma. No estoy bien, de hecho nunca recuerdo haberlo estado —le respondo. Sé que estoy a punto de abrir una puerta que lleva toda mi vida cerrada pero necesito compartir esto con alguien, sacarlo a la luz—. Desde que era un niño ha pesado sobre mí, un gran vacío. Necesitaba poner nombre a mis recuerdos, mis vivencias y a mi origen, como si hubiese un gran agujero negro en mi historia y desconocerlo me hiciese dudar sobre cuál era en realidad mi identidad. ¿Quién era ese niño llamado Damián? ¿De dónde venía? Son preguntas que me hacía cada mañana al levantarme. Por eso, iniciarme y convertirme en Bruno me permitió comenzar una nueva vida y enterrar el pasado. Pero el sentimiento de abandono que siento es tan fuerte que aún rebosa cada día al ponerme en pie.

—¡Bruno, perdóname! No pretendía reabrir viejas heridas, pero debía decírtelo. Yo misma daría lo que fuese por saber quién soy. Pétrola no es mi verdadero nombre y me temo que nunca sabré cuál es en realidad. Por no saber hasta desconozco el día en el que nací. Como ves, mi origen es aún más incierto que el tuyo, por eso debes saber que te entiendo perfectamente —me responde con ternura y resignación.

—Tú no tienes la culpa de nada. Por muy dolorosa que sea la verdad, siempre será mejor conocerla, asumirla y construir mi vida sobre ella. De hecho, lo que todos estos años me ha atormentado es tener que hacerlo sobre el vacío, sobre un gran espacio oscuro en el que mi vida se rompió para empezar en otro lugar lejos de mi verdadera familia. Tú sabes lo que es tratar de colocar dentro de tu historia ese sentimiento de abandono que lo llena todo, sin marcapasos, sin referencias, sin apego por nada.

—Lo sé, como también entiendo que el mayor dolor que uno arrastra no es crecer sintiéndote solo, sino saberse abandonado. La vida así se sostiene por frágiles vínculos con la nada. He pasado por lo mismo, soledad, rabia y desconfianza, como no poderme quitar de encima la sensación de que

volvería a ocurrir, de que de nuevo sería abandonada. Pero debes tratar de distanciarte y verlo con otros ojos. No somos *abandonables*, en esa carta tu madre habla de sacrificio, de salvaros la vida a ti y a tu hermano, de entrega infinita y de amor. Bruno, tu madre no te abandonó, te puso a salvo de la única persona que es culpable de todo lo que nos ocurre, Iaakov. Tienes un padre que nunca supo de tu existencia, Bastian, el Maestro, la mejor persona que conozco. Y un hermano, Kosmo, que se ha criado como tú bajo una gran mentira. Debes protegerlo, debes alejarlo de Iaakov. No estás solo en todo esto, yo te ayudaré. Tu madre te amaba por encima de su propia vida, no lo olvides nunca.

Su voz me acaricia y sus palabras llegan tan hondo, tan dentro de mí, que la rabia contenida me hace levantarme y darle la espalda. No quiero que me vea llorar. Me siento vulnerable pero a la vez completo, quizás las paradojas de la vida sean las que finalmente dan sentido a nuestra existencia. Debemos acostumbrarnos a vivir entre polos opuestos, sabiendo que el espectro que se sitúa entre ellos se teje con los espacios que nuestro «Maestro interior» va rellenando con su voz.

Hoy, una mujer increíble me ha mostrado que en mi vida también hay un sitio reservado para el amor y para la familia. Me ha hecho ver que necesito aceptarme tal y como soy, puesto que mis contradicciones, mis rupturas o mis dudas forman parte de mí. Bruno, luminoso cual amanecer y oscuro como la noche. A partir de este momento no habrá brecha alguna en el discurrir de mis días.

Pétrola me sonrío y con su pañuelo seca mis lágrimas. Me abraza y siento su calidez. Su cuerpo. Me retiro un poco hacía atrás y contemplo su bello rostro, creo que por primera vez veo a través de sus ojos y lo que estos me devuelven me embriaga, me arrolla. Estoy aturdido y, sin poder detenerme, mi boca busca la suya.

13. Con mano de siervo

A manu servi

Significa «con mano de siervo», un uso despectivo que nos trae a colación mercenarios vendidos al poderoso, la labor corrompida por la debilidad y la ambición

Me han acusado de mostrar a mí, Solomón, una actitud exageradamente humilde y servicial ante el poder, como de ser un ser rastrero y ambicioso que solo busca su propio beneficio. Pero no siempre fue así, aunque eso ya poco puede importar cuando los demás solo ven en mí la labor corrompida de un mercenario vencido por la debilidad y la codicia.

Un esclavo pasa a ser propiedad de su amo por muchas razones, los antiguos solventaban así el dilema de qué hacer con los cautivos en guerra. Otros lo son por nacimiento, por casta, por estirpe, pero en mi caso fue por deudas, por apremio individual.

La familia de mi madre cayó en desgracia cuando mi abuelo dilapidó toda su fortuna en mujeres, apuestas y alcohol y ella fue entregada a un benefactor como pago por antiguos débitos de juego. Una mujer patricia, miembro de una familia respetable de la ciudad, pero sierva denostada y esclava de un hombre ruin cuya sola presencia me hacía temblar de miedo. Sher, el padre de Iaakov y el mío. Porque aunque nadie lo sepa, Solomón, el hijo de la ramera, como así llamaba a mi madre, se crio junto a nuestro líder como un bastardo.

Sher nunca me reconoció como su hijo; sin embargo, la insistencia de mi hermano Iaakov consiguió que sí me tratase como tal. Así, cada vez me fui separando más y más de mi madre, a la que la soberbia de la juventud me hizo incluso despreciar. Además, me di cuenta demasiado tarde de que aquel no fue un gesto desinteresado por parte de Iaakov, porque de alguna manera a partir de ese momento me convertí en su propiedad.

Bajo su yugo aprendí muy pronto a sobrevivir, a esconderme y pasar desapercibido. Conocí cuál sería el precio de la traición a mi señor. Sí, soy hermano de nuestro presidente, pero también su siervo de gleba, anclado a él como a la tierra que nos ve nacer y sin más garantías de existencia de las que él quiera darme.

Nuestra relación amo-esclavo no ha sido fácil, pero ya no recuerdo con claridad la violencia que durante tiempo ejerció sobre mí. Tan solo llegó un momento en el que, como obra acabada, ocupé el lugar al que siempre estuve destinado. Soy el «Gran Ojo» que todo lo ve. Controlo las comunicaciones, espío a los altos cargos y a los disidentes y tengo informadores repartidos por toda la ciudad y los territorios de las *khoras*. Mis tentáculos llegan más lejos de lo que el mismo Iaakov puede imaginar y esa dimensión me restituye el poder que mi origen me negó incluso sobre mi hermano.

Nadie me conoce, únicamente saben de mí que soy el director del

scriptorium, el que provee a los dóciles escribas de todo lo que necesitan para realizar su trabajo. Pero en realidad me apropio de sus escritos y de los secretos que custodian, tesoros que en mis manos son arcilla moldeable según mis deseos. Formo parte de la vida de cada uno de los habitantes de esta ciudad, invado su intimidad y los vigilo a todos. No exijo reverencias, ni un miedo devoto, pero me cobro cada una de mis batallas y hoy voy a saldar una de ellas.

Hace días que Ofelia me está siguiendo. Es sutil, lista y silenciosa pero no lo suficiente para mí. Sé qué es lo que busca y aun sabiendo que se arrepentirá, voy a dárselo. Me dirijo al *asclepio*, ella se encuentra allí y si todo sale como he planeado, el señuelo será lo suficientemente explícito como para conseguir que me siga y logre su premio.

¡Se parece tanto a ella! Esa fuerza, esa determinación y ese corazón que no había visto en ninguna otra mujer. Parece que la historia de Carlota se repite y, antes de que Iaakov me la arrebatase de nuevo, yo mismo se la serviré en bandeja.

Me adentro en el interior del hospital y enseguida veo a Marcos, el hermano de Dana. Torpe y sin autocontrol alguno, al verme llegar tropieza y cae al suelo. Todos se giran y él se levanta corriendo dirigiéndose hacia la gran sala de reuniones bajo la cascada. Allí, hecho un manojo de nervios, me entrega la ropa y pertenencias de Dana.

Cojo las dos mochilas y salgo por la puerta. Al hacerlo, detecto un leve movimiento detrás de mí. Alguien se esconde en la intersección de los dos pasillos que rodean la sala. Sonrío al comprobar que Ofelia ha picado el anzuelo, solo tengo que tirar del hilo y será mía. Cargo las mochilas a la espalda y marchó por la salida de emergencias del hospital, la que se utiliza para la carga y descarga de material. Es increíble, pero esta tosca puesta en escena está funcionando, un *burlesque* que parodia y ridiculiza el trabajo que hago todos los días pero que al fin y al cabo está obteniendo los resultados esperados, atraparla entre mis redes.

Caminamos por las calles y, de vez en cuando, me detengo para observar cuál es su reacción; realmente es buena. Es una lástima que eso no le vaya a servir de mucho.

En unos minutos llegamos ante la casa de Iaakov. Es un edificio moderno, lleno de aristas, desniveles y trampantojos en los que nada parece lo que es, como en mi enigmático hermano. Blanco inmaculado y construido con materiales tan contrarios como el hormigón, el cristal y maderas nobles

que contrastan unos con otros. Abro la recia puerta exterior y accedo al recibidor. Atravieso la puerta principal y, al girar la cabeza, veo a Dana sentada como una muñeca rota contemplando el jardín. Dejo sus cosas junto a ella y le pido que se asee, Iaakov quiere que esté lista para cuando regrese por la tarde. Sumisa y sin mirarme a los ojos se levanta, toma la ropa y desaparece escaleras arriba, hacia el baño. No puedo sino tener lástima de ella, un cruel destino es el que la puso en el camino de Iaakov. No puedo entretenerme más.

No he venido a eso. Salgo con cuidado sin girar la llave y en un lamentable descuido dejo el acceso exterior a la vivienda mal cerrado. Este es sin duda el punto crítico de mi plan. ¿Será tan incauta Ofelia como para entrar en la casa?

Camino despacio, doblo la esquina y desaparezco para dirigirme a la puerta trasera de emergencia. Iaakov mandó instalarla tras el ataque a Penélope y a mí me ha resultado muy útil para salir y entrar de la casa sin ser visto. Espero unos minutos y accedo al piso superior. Escucho el agua de la ducha en cascada y la voz de Ofelia. Está perdida.

La puerta está entreabierta y puedo ver a Dana desnuda bajo el agua. Ofelia la asiste y ayuda a ducharse. Después, seca con delicadeza su piel mojada y la viste. Podría entrar y acabar con esto de una vez, pero hay algo que me lo impide. La forma en la que le habla, sus movimientos. Me traslada a muchos años atrás y acude a mi corazón el recuerdo de Carlota. La furia me invade y cuando pienso en su final, me doy cuenta de que tan solo mi rabia por perderla ha sido mayor en todo este tiempo que el miedo que le tengo a mi hermano. No, no se la entregaré a Iaakov. No cegaré de nuevo la única luz que hubo en mi vida. No traicionaré otra vez a mi amor.

Con sigilo bajo las escaleras y abandono la casa, llamo a los guardias para que hagan un control de chequeo dos calles más abajo de la casa, hay dos individuos sospechosos que deben ser neutralizados. La salida de la ratonera está despejada y si Ofelia es lista, cosa que no dudo, podrá poner a Dana a salvo de mi querido hermano.

Vago por la ciudad, perdido entre la gente que recorre el ágora. Mis recuerdos me llevan ante un niño regordete e inocente que en su décimo cumpleaños tan solo soñaba con abrir sus anhelados regalos.

—¡Solomón, Solomón abre primero el mío, el de tu hermano! Me ha costado mucho conseguirlo, pero papá ha hecho que lo trajeran especialmente para ti.

Excitado y feliz abro el paquete, es una gran caja que a su vez encierra otra, y dentro de la siguiente una más, como esas muñecas que tanto le gustaban a mi madre, las *matrioshkas*. Al ser huecas, albergan en su interior una nueva muñeca y así hasta veinte que conté la última vez que jugué con ellas. Llego por fin al ansiado trofeo y, tras quitar el papel de colores, mi ilusión se torna en desconcierto y dolor.

—¿Te gusta verdad? —me pregunta burlándose cruelmente de mí—. Ese que ves ahí eres tú, para que siempre recuerdes quién eres. Cuídalo porque es un verdadero tesoro de la era de los Antiguos.

Es cruel, descarnado y sin poder contenerme, rompo a llorar y salgo corriendo de allí con mi regalo envenenado. En un rincón del jardín abro el papel y compruebo que es la cédula de identificación personal original de un niño esclavo que existió de verdad. Leo.

“Partido de 1859

Cédula de identificación personal de seguridad del esclavo Benito Criollo.

Su señor, don Melo Diéguez, vecino de Mante Beyz, responde de la identidad del expresado esclavo y de la exactitud de sus circunstancias distintivas.

Sexo Varón.
Edad 10 años.
Color Blanco.
Oficio Siervo.
Vale dos reales fuertes.
Válido hasta 1 de Enero de 1860.”

Nunca me he separado de ese viejo y amarillento trozo de papel con letras de tinta verde, que guardo a buen recaudo como un recordatorio de lo que soy, de quién soy. Solomón, un esclavo, un siervo.

Pero también he aprendido mucho de él, porque sé que en nuestro mundo las cosas podrían llegar a cambiar y mostrarnos cómo los humillados y desfavorecidos se sublevan contra el poder. No sería la primera Guerra Servil que azote el orden establecido, ni la última. Muchos lo buscan y otros tanto trabajan para ello, pero de momento no tienen un líder que a la vez sea mago y profeta, avanzando mientras echa fuego por la boca para hacer retroceder a sus enemigos, como el gran esclavo Euno, que conquistó Enna.

La muerte de Eben acabó con esas aspiraciones y no hay nadie que pueda aglutinar a esta gran masa bruta y analfabeta de nuevo. Y aunque lo tuviesen no podría permitírsele, desgraciadamente mi destino va unido al de Iaakov, lo que no quita para que de vez en cuando me permita arrebatarme pequeñas batallas como la que mantiene con Dana. ¡Hermano, no la tendrás!

Veinticuatro años atrás

No para de llover, ¡dichoso cambio de estación! Camino todo lo rápido que puedo para que el bebé no se moje pues a mí, Carlota, me han encargado su custodia.

Saber que de momento este precioso *roro* está lejos de Iaakov es mi único consuelo.

Si al menos hubiese podido salvar también a Ruth, mi amiga. En estos meses de cautiverio en los que la he asistido, he encontrado en ella a una hermana, a la familia que nunca tuve. Sé que fue una temeridad sacarla de su celda para llevarla al hospital, pero de otro modo las hubiésemos perdido a las dos y eso es algo que Ruth me hizo jurar que no permitiría. Un alma valiente, libre y fuerte que habría dado su vida mil veces por este bebé si hubiese hecho falta. Para ella la única razón que la ataba a este mundo. Decía que su hora había llegado, que debía regresar al río que la vio nacer y en sus aguas eternas y fugitivas encontrar de nuevo la dicha. No puedo evitar llorar al recordar su rostro, al respirar su ausencia.

—¡No te preocupes, Carlota! Estoy preparada para partir. El cuerpo tan solo es un centro de poder, el primero que conoce el ser humano, pero tarde o temprano debemos abandonarlo. Yo lo haré para traer a este mundo una vida y no puedo pedir mayor honor —sus palabras y entereza golpean mi corazón porque no soy como ella.

No soy fuerte. Tengo miedo, mucho miedo. Solomón fue quien finalmente autorizó el traslado de Ruth y temo por él, porque la ira de Iaakov será rabiosa e iracunda al comprobar que no va a tener a ninguno de los dos.

—¡Prométeme que no se quedará con mi bebé, que lo alejarás de él! No podemos consentir que la sangre de Eben crezca bajo el yugo de nuestro verdugo. Sería tanto como robarnos la esperanza a todos. Aniquilaría la débil esperanza de que todo pueda cambiar algún día. Dime que lo harás, Carlota. ¡Prométemelo, hermana! —esas fueron las últimas palabras que Ruth pronunció, firme y orgullosa, con esa seguridad que muestran aquellos que no se esconden ante nadie.

Después perdió la consciencia en el parto. ¡He cumplido, amiga, hermana! He sido minuciosa y no hay testigos de esta gran farsa, de esta muerte simulada en la que un neonato pretérmino, con sus pulmones demasiado débiles como para sobrevivir, sustituyera a tu sangre, Ruth. Puedes sonreír y respirar tu último aliento tranquila, porque sobrevivirá. Te lo prometo.

Mi dispositivo arranca un sonido estridente que despierta al bebé. Busco un lugar resguardado y lo arrullo, debo evitar que lllore o me delatará sin remedio. Nadie puede saber lo que porta esta cesta, el gran tesoro que encierra, al menos hasta que estemos lejos de aquí. Me tranquilizo al comprobar que el mensaje es de Solomón, está preocupado por mí. Iakov ha regresado y ha montado en cólera en el hospital.

El todopoderoso no puede aceptar que la muerte, la parca que a nadie sirve ni hace distinciones entre humildes y poderosos, le haya arrebatado su trofeo. Mi huida, como ya me temía, no ha hecho sino confirmarle mi responsabilidad sobre lo ocurrido. Soy su cabeza de turco, alguien a quien culpar y castigar. No me importa, haré lo que sea necesario para mantener con vida a esta criatura y se la entregaré a la única persona en la que Ruth confiaba, Bastian el Maestro. Aunque hoy por hoy esté tan fuera de mi alcance que no sé ni por dónde comenzar.

—Regresa, mi amor, lo solucionaremos juntos. Te juro que no te tocará, no lo consentiré.

Las palabras de Solomón taladran mi corazón, pero mi determinación es más fuerte. Sé que estoy tomando un camino sin retorno, que soy injusta con él porque el viaje que inicio nos separará definitivamente. Cada paso que doy me aleja más y más de Solomón. Renuncio a una vida juntos sin haberle dejado siquiera pronunciarse, pero no puedo hacerlo de otra manera, no comprometeré la vida de nadie, solo la mía.

El bebé se ha dormido, lo dejo con cuidado en este improvisado moisés y reanudo mi marcha. Veo cómo el dispositivo se tiñe de nuevo de rojo. Antes de que suene la alarma, abro la comunicación. La temperatura de mi cuerpo sube mientras mi pulso se dispara, superando cualquier umbral deseable. Como doctora sé que la percepción del dolor es tan desagradable como subjetiva, pero como si todos los receptores de dolor que posee mi cuerpo se activasen al mismo tiempo, piel, articulaciones, huesos y órganos más terrenales que mi maltrecho corazón, todos, me avisan en una sorda llamada que yo no quiero escuchar. Me duele hasta respirar, pero no he de

volver atrás. Esta vez el mensaje no es de Solomón, sino de Iaakov, no ha hecho falta juicio, ni proceso probatorio alguno. Mi sentencia está lista. El sudor frío toma mi cuerpo que se estremece con la evocación de ese reclamo de rencor.

«¡Perra inútil! No podrás esconderte de mí por mucho tiempo. Tú que me has negado lo que más deseo. Tú me darás lo que Ruth no quiso entregarme. Tú ocuparás su lugar».

El escalofrío que me recorre de arriba a abajo como un latigazo casi me hace perder el equilibrio. La noche se cierne sobre mí, pero no me engullirá al menos hasta que no estemos a salvo de él. Mi bien. ¡Te lo juro, Ruth! ¡Te lo prometo, amiga! ¡Hermana!

Presente

Mis piernas fallan. Las noto cargadas por la carrera atropellada que inicié en el bosque y que me lleva a mí, Kosmo, hasta el Centro de Salud. El impacto que sufren mis músculos y articulaciones es duro, no controlo la velocidad cuesta abajo y así las piernas deben parar las violentas zancadas, que por otra parte son tan amplias que obligo a mis pobres porteadoras a soportar una fuerza de choque mayor. Todo el esfuerzo se concentra en ellas y el dolor es insoportable, incluso diría que mi corazón se niega a bombear sangre a mis extremidades para obligarme a parar, a detenerme. No voy a hacerlo.

Llegaré cuanto antes aunque tenga que arrastrarme para conseguirlo. Otto y Anicka pueden estar en peligro y no los dejaré solos. ¡No me he vuelto loco! Tengo el convencimiento de que algo ocurre y no es una premonición, presagio, intuición o una alocada corazonada.

Puedo ponerle mil nombres a lo que siento pero daría lo mismo, lo que me empuja son mis entrañas, ese lugar en el que las emociones de cualquier hombre se hacen más profundas e intensas. Cargadas de miseria humana, dolor y muerte. Solo espero llegar a tiempo y que encuentre la palabra o el gesto oportuno para protegerlos.

Lo que escucho al entrar en el Centro de Salud, me hiela la sangre. Un sonido agudo e inarticulado preso de una reacción espontánea. Un arrebató de alarma y miedo que en la voz de Anicka no puede presagiar más que muerte y desolación. Aprieto el paso y corriendo traspaso la puerta principal hasta que algo me detiene en seco. Otto se interpone en mi camino, acompañado por una mujer que usa un bastón de madera para caminar. La expresión de su

rostro es reveladora. Cejas levantadas y juntas, dientes apretados y ojos feroces. La ira y el miedo guían sus pasos, sus palabras.

—¡No hay tiempo, Bella, debes sacarlo de aquí de inmediato! — escucho sus mandatos pero no estoy dispuesto a detenerme. Otto se da cuenta y me corta el paso de nuevo—. El agresor, el mal no vacila, nunca lo hace. No habrá otra oportunidad para escapar. No permitas que el sacrificio de Anicka sea en balde. Esta guerra tendrás que librarla en otro lugar. Hoy aquí no hay nada para ti.

—Pero Otto, no puedo... —Mi mentor me da la espalda, no me deja terminar y corre a auxiliar a Anicka.

Me siento rastrero y cobarde. ¿Cómo permitir que otros libren mis batallas? De una forma o de todas las que puedo imaginar los traiciono, los entrego. Bella tira de mí y me lleva por uno de los pasillos secundarios.

Descendemos por unas escaleras que nos llevan directos a la biblioteca virtual del centro. El *studiolo* de Otto, una especie de despacho personal y sala de estudios. Se detiene delante de uno de los armarios, profusamente decorado como el resto de la sala. Alarga su mano para coger uno de los cálamos, pero para mi sorpresa lo que hace es empujar la superficie dejando al descubierto una puerta falsa. Es increíble como la simple perspectiva que uno tiene de las cosas puede llevarnos a dar credibilidad a engaños tan burdos. Me encuentro ante una pintura mural muy objetiva que como crédulo espectador me hace ver que el fondo se proyecta más allá de la pared, una realidad intensificada que ha conseguido burlarme por completo. Un gran trampantojo que me hace ver lo que no existe, que juega con mi vista, con las sombras y el volumen.

Pasamos y Bella sella la entrada, adentrándonos en un estrecho pasillo que nos lleva hasta una pequeña sala con un *heike*. Allí introduce un código en el transportador y me pide que accione mi dispositivo. De nuevo inicio un viaje hacia lo desconocido, pero esta vez es diferente. El fingimiento, la sustitución de mi realidad que he estado tratando de mantener, esta ilusión en la que estaba atrapado, desaparece.

La certeza de haber abandonado a Otto y Anicka se hace cada vez más nítida, podría masticarla. Siento cómo la hiel toma mi saliva. Puedo oler mi cobardía. Cierro los ojos y me veo caminando por el jardín de mi casa. Me giro para despedirme de ella y veo por fin el rostro de esa mujer que me contempla desde la ventana. Su gesto suave, dulce, confiado y sonriente, su fe intacta en mí, sin saber que acabo de traicionarla para entregársela a las

sombras que toman ese jardín. Yo soy el monstruo, yo soy el farsante. Vivo una existencia casi anecdótica y contemplativa, sin preocuparme por nadie aparte de mí mismo. Un ser egoísta y vanidoso, ese es el verdadero Kosmo.

Intento atraparla, pero su imagen se diluye, se hace líquida escapando de mis recuerdos.

¡Si pudiera recuperar mi patrón del tiempo y esos huecos recónditos de mi cerebro que esconden la información que necesito! Pero como médico sé que de momento no está en mi mano conseguirlo. Mal que pese tendré que esperar porque no solo tengo una gran laguna negra entre lo ocurrido entre la lesión y mi despertar en la celda del *scriptorium*, que me provoca una sensación de vulnerabilidad difícil de digerir, sino que además soy incapaz de recordar lo sucedido justo antes de la contusión, lo que tendría sentido al no haberlo podido fijar en mi memoria a corto plazo.

Por si mi desorientación y estado de confusión no fueran ya suficientes, pierdo también retazos de mi pasado, o los recupero en un orden temporal tan confuso que no sé dónde ubicarlos, como la visión de esta misteriosa mujer. Si tuviera que enfrentar este diagnóstico ante un paciente, le pediría calma, le diría que la amnesia retrógrada que le impide acceder a sus recuerdos pasados puede oscilar desde unos pocos minutos a años anteriores al trauma. Que esté tranquilo, tarde o temprano incluso podrá recuperar lo vivido en ese periodo de confusión que siguió al traumatismo, que la amnesia que sufrió en ese caso no se extendió más allá de unos días. Le repetiría que es normal todo lo que está experimentando y le aconsejaría paciencia, la que hoy por hoy sería su única aliada fiable. Pero ¿cómo tenerla? Yo no tengo tiempo, no puedo esperar y aunque este breve destello que acabo de tener puede ser indicativo de recuperación, da igual lo que haya visto, lo que haya oído, lo que haya fingido... Tan solo tengo dos cosas claras, ayudar a Otto y Anicka y encontrar a esa misteriosa mujer de mis visiones para ponerla a salvo. Corre peligro.

No importa lo que me pueda suceder o si me cuesta la vida, porque en esta mentira en la que se ha convertido mi realidad todo se intensifica con vanos triunfos pero sin sustancia alguna. ¡Solo respiro vacío pero al menos sueño su rostro!

14. Yo era lo que tú eres, tú serás lo que yo soy

Eram quod es, eris quod sum

O lo que es lo mismo, «yo era lo que tú eres, tú serás lo que yo soy». Frase que nos habla de las vueltas que da la vida y de la constante evolución en la que nos encontramos. El mundo gira, la vida sigue y nada permanece inmóvil por mucho tiempo.

Ya ha pasado más de un mes desde que yo, Pétrola, abandoné mi celda del *scriptorium*, tiempo que ha discurrido espeso y renqueante, pero en el que a la vez todo se ha acelerado con furia. Las vivencias se multiplican a cada segundo que respiro, los recuerdos azuzan mi corazón con dulce voz y agrio sabor y los lugares que voy conociendo han dinamitado mi pobre horizonte. De hecho, puedo asegurar que he recorrido más paisajes y conocido más personas en estos días que en mis discretos otoños. Mi forzado asilo en el zoco de la ciudad, mi paso por la casa de Kosmo, las dos semanas que pasé en el poblado, nuestra atropellada huida de allí y mi experiencia montañera con Bruno, que amenaza con finalizar en una pura pesadilla. Avanzamos muy lentamente para evitar los núcleos poblados, pero sobre todo limitados por la mala suerte y mi malogrado tobillo. Una tonta caída ha conseguido ralentizar nuestro paso hasta la desesperación.

Los días se han tornado en semanas y el cansancio, el frío y el hambre hacen mella en mí. Bruno no protesta, no se queja y no me recrimina nada. Es cariñoso, dulce y un gran compañero de viaje, pero desde aquella noche en la que me besó mantiene las distancias conmigo. Hay un muro invisible que nos impide acercarnos, como si al haber llegado a estar tan juntos, al habernos sentido tan unidos, tocados, pegados... hubiésemos rebotado cada uno en distinta dirección buscando el refugio y la seguridad que proporciona la soledad. Un seguro de vida, un aislamiento en el que nadie ni nada te puede dañar, o al menos la instalación de un potente filtro que te ayuda a mantener esa vana ilusión de la felicidad.

De repente, nos detenemos. Bruno me pide que me siente, descanse un poco y le espere. Quiere hacer una pequeña comprobación, me dice. Sin darme tiempo a reaccionar sale corriendo montaña abajo, mientras yo me acomodo como puedo sobre un tronco caído y cierro los ojos.

El silencio me envuelve haciéndose profundo y unánime a mi alrededor, pero a la vez atrapa dentro de él miles de sonidos casi imperceptibles. El olor a las hojas caídas, el aire frío y la más absoluta soledad activan mi sentido auditivo. Puedo escuchar las notas de la quebrada por la que acabamos de pasar que como una herida profunda divide la montaña, la cadencia del agua del riachuelo, el cuco entre las ramas de los árboles que me dan cobijo, el canto y vuelo de los pájaros e incluso el sonido de los insectos. Apoyo mi espalda sobre el tronco recio y puedo oír cómo cruje, gime, rechina con una vibración tan clara que me hace estremecer.

La vida me rodea en este espacio aparentemente inerte, un sutil ajetreo de la naturaleza que me relaja y adormece. Sonrío al darme cuenta de que la curiosa acústica de este espacio es totalmente diferente a la que me ha acompañado casi toda mi vida, una fría sinfonía de piedra y un mal simulado jardín en el que he vivido encerrada desde que recuerdo. Me siento plena con estos nuevos matices que incorporo y con la atmósfera que me rodea. Incluso la luz tiene ahora una coloración que yo desconocía. Todo lo que me envuelve crea un coro que viaja por el viento, por la tierra. Me acoge. No puedo imaginar música más bella. pondría celoso a cualquier autor, todos deberían pararse a escuchar el sonido del bosque, del agua, del viento, del eco y del mismo horizonte.

Algo interrumpe mi relajante repertorio y recuerdo las palabras de Anne. “Siempre hará más ruido un solo árbol al caer que el bosque entero mientras crece”. No tengo dudas, el sonido que he escuchado es un grito de

Bruno.

Alertada me pongo en pie y avanzo ladera abajo a trompicones y resintiéndome de mi lesión. A lo lejos veo un gran claro e identifico sin problemas el hogar del que tantas veces me ha hablado. Sin duda hemos llegado y yo me detengo. No puedo continuar. Mis piernas no me obedecen. Mi corazón se acelera. Lo que nos esperaba frente a esa robusta casa de madera ha anulado la poca determinación y energía que quedaba dentro de mí.

Tengo que comunicarme enseguida con Nezer, este tiempo de espera me está matando. Además pareciera que corra en mi contra y no a mi favor. Sea como fuera, ¿de qué me extraño? La vida nunca ha caminado al ritmo de Abel, que soy yo, y las cosas nunca han sucedido cuando debían, por lo que a estas alturas ya debería saber que esta impaciencia que me devora es inútil.

Lo aprendí muy pequeño, cuando siendo un niño asesinaron a mi padre, Arad. Me enfadé, me lamenté y me quejé, pero nada fue más rápido o más fácil. El dolor nunca desapareció, aún lo respiro porque ocupa su lugar dentro de mí, arañando mi alma y ennegreciéndolo todo. Lo siento cada día al levantarme y se graba en mi piel con un sentimiento de abandono difícil de arrancar.

Por mucho que lo desee, las cosas cambian muy despacio, no he de rendirme al veneno de la prisa, la urgencia y la desazón. Además y pese a todo, no puedo decir que en este viaje camine solo, al revés, encontré el amor y gracias a Bastian, el Maestro, tuve una educación y un hogar todos estos años. Un hombre admirable del que he aprendido que no debería querer estar en otro tiempo que no sea el que vivo. Eso es lo único que tengo, lo que soy. Ni recuerdos, ni promesas que han de llegar, mi presente y mi felicidad son la misma cosa, imposible hallarla en ningún otro momento ni en ninguna otra parte. Mucho más desde que Nezer, el protector del poblado del río, llegó a mi vida, que ha cobrado sentido y ahora puedo decir que vivo realmente despierto, trabajando para recuperar el sueño que un día inspiró a mi padre.

No tengo prisa por terminar nada, la lucha y el esfuerzo me fortalecen, pero por eso mismo no quiero olvidar nada que deba recordar, ni vivir de momentos pasados. Cada cosa ocupa su lugar y mi momento siempre será ahora.

He de apresurarme, no quiero fallarle. Le debo mucho. Nezer me pidió que buscase información sobre Pétrola y aunque laborioso, lo que he

descubierto sobre ella me quema entre las manos. Debe saberlo cuanto antes.

Sorprendentemente, no ha sido un cabo muy difícil de atar, más bien ha cobrado forma como uno de esos secretos que permanece oculto a la vista de todos. Mi buen amigo siempre me dijo que tenía instinto de rastreador por mis virtudes de observación, atención y deducción. Tiene razón porque, en este caso, únicamente he tenido que seguir pistas naturales más o menos visibles y sutiles que me han llevado directamente hasta ella.

Quizás para otros hubiesen pasado desapercibidas, confundidas con lo que las rodeaba, pero para mí brillaban con claridad, no estaban tan escondidas como para no seguirlas. Eso sí, a punto estuve de perderme, porque el hombre es tramposo y suprime o desplaza huellas a su antojo, pero no tuve más que pensar lo que habría hecho aquel a quien seguía y la delantera que me llevaba. Retroceder para reencontrar el rastro y llegar a ese punto desconocido donde nadie me esperaba. Precisamente eso es lo que me preocupa ahora, no puedo quitarme de encima la sensación de que estamos a punto de destapar algo que no debería abandonar su anonimato, sino continuar oculto y reverdecer en la oscuridad.

Los gritos de Fedor, debería decir Diego, es muy difícil acostumbrarse, me alarman. A duras penas me puedo levantar sin la ayuda de mi bastón, pero es más fuerte el miedo que siento que el dolor con el que estas torpes piernas me regalan cada día. Pronto pasará como siempre. Llego hasta la puerta exterior sin aliento y contemplo a Diego en el suelo junto a la escalera. Me ve y se levanta corriendo.

—¡Bella! ¡Corre! —me grita con la cara desencajada—. No he podido separarlos. Yo... Tienes que hacer que paren, Bruno está como loco. ¡Corre!

¡Bruno! ¡El Señor de la Tormenta, mi bien, ha regresado! Rodeo todo lo deprisa que puedo el porche y según me acerco los veo. Asidos el uno al otro, enganchados en un cuerpo a cuerpo violento y descarnado. Y aunque me duela reconocerlo, más parece un combate entre ellos, en el que Bruno arremete unilateralmente contra Kosmo, que adopta una actitud defensiva. No hay ningún arte en la agresión que contemplo, ni reglas, ni técnicas medidas, solo respiro furia y saboreo mi culpa mientras los observo paralizada. Mis ojos se humedecen, me duele mirarlos.

Les grito pero ninguno parece oírme, están solos en medio de la nada. ¡Pobre vieja tonta! Ni siquiera sé cómo parar el castigo al que Bruno está sometiendo a Kosmo. Consigue derribarlo y, ayudado por la inercia y su

peso, lo manipula a su antojo. Es evidente que es más fuerte que él, pero ahora mismo lo espolea algo mucho más temible que la fuerza y más dañino que la rivalidad, el resentimiento.

Su posición dominante en el suelo somete a Kosmo, que sufre en una situación de sumisión total, como si hubiese recibido un jaque mate del que no poder escapar. Una desventaja difícil de superar si no fuese por un aliado inesperado que acude en su ayuda. Absorta en la terrible visión de dos hermanos peleándose y tras perderlos de vista por unos segundos mientras vuelvo sobre mis pasos y desciendo la escalera, no la he visto llegar.

Ella se transforma en una visión que alimenta mi esperanza. ¡Pétrola está a salvo! La tengo delante a pocos centímetros de mí, el Señor de la Tormenta ha cumplido su misión y ha conseguido alejarla de Iaakov. Rápida y con decisión se dirige hacia ellos gritándole a Bruno que se detenga. Segundos de desconcierto que Kosmo aprovecha para zafarse de su férreo control, empujar a Bruno y ponerse en pie.

—¡Parad! ¡Deteneos o alguien saldrá herido! —vocifero con fuerza y desesperación.

Como si solo en ese instante fueran conscientes de lo que estaba sucediendo, los tres se quedan de pie mirándose. Todo se detiene, ni el viento se atreve a mecer las ramas de los árboles que aguardan silenciosos el resultado de la contienda. El mismo bosque muta al silencio y contempla el triángulo perfecto que forman los tres, erguidos en medio de la tierra frente a frente.

Diego se coloca a mi lado y me ofrece su brazo, yo apoyo en él mi pesar y la certeza de que el momento que llevo temiendo toda mi vida ha llegado. Debo enfrentarlos, les he de confiar la verdad, su verdad.

Antes de empezar a hablar les contemplo con detenimiento y la lectura que recibo me confunde. Parece como si dentro de la corona triangular que forman, algo quedase atrapado, encerrado entre ellos. Un centro de gravedad, que desconozco, en el que concurren los tres lados que forman Bruno, Kosmo y Pétrola convirtiéndose en una frontera con el exterior. O mucho me engañan estos ojos o la vieja historia del hombre, el árbol de la vida se materializa dentro de esta figura. Una triangulación que hacia arriba representa el elemento de fuego, de sol, de vida y del hombre. Y, hacia abajo, el símbolo lunar, el de la mujer. La única nota discordante en esta teoría es Kosmo, que más bien parecer mirar sin ver, aunque no pueda apartar la vista de Pétrola, ignorando por completo la amenaza real que supone Bruno para

él.

—Si ya habéis terminado de golpearos como salvajes, podíamos pasar dentro de la casa y hablar como personas civilizadas.

Miro a Bruno tratando de aparentar toda la autoridad que las emociones que me desbordan me permiten mantener, pero no recibo de él aprobación sino rechazo.

—Creo que es demasiado tarde para eso, Bella. Tú lo sabías, lo sabías todo. Y lo ocultaste todo este tiempo. —Leo en sus ojos un dolor tan profundo y oscuro que me hace temblar. No soportaría perderle. Me deshago del incondicional apoyo de Diego y camino hacia él manteniendo su mirada, su sufrimiento y su desprecio—. Tú fuiste capaz de enviarme indefenso y vulnerable a buscarla. Tuviste mucho tiempo para hablar conmigo entonces. Ahora ya no necesito escucharte.

Bruno me da la espalda y se pierde entre los barracones de los niños. Mis manos le siguen, mi corazón se va con él, pero yo permanezco inmóvil y callada viendo cómo se aleja de mi lado. De repente, el tacto de sus manos me rescata de la nada, Pétrola seca mis lágrimas y recoloca mi flequillo que el viento que ahora sí mece mi pérdida ha alborotado por completo.

—No se preocupe, yo le haré volver. Necesita tiempo, todos lo necesitamos.

Se gira y marcha tras Bruno. No se me escapa la forma en la que Kosmo la sigue con la mirada y cómo ella lo evita. Él la guarda con demasiada curiosidad, como si con ella se alejase su propia vida. Creo que está aún más perdido que yo, le sonrío y le hago un gesto para me siga a la casa, debo curarle las heridas y ponerle un poco de hielo antes de que se le hinche la cara sin remedio.

Entramos y, con la ayuda de Diego, le curo mientras él permanece ausente. Estoy confusa y aturdida y no dejo de pensar en Bruno. No he sido justa con él y ahora sé que valoré erróneamente el daño que podría causarle reencontrarse con su pasado. Mas en la vida el riesgo es inevitable y siempre nos exige asumir que somos vulnerables al peligro. Sigo confiando en su capacidad para enfrentar la pérdida, el sufrimiento e incluso la muerte. Puede hacerlo, mi error de cálculo ha sido ignorar que él no parece saberlo, no quiere creerlo.

Todo lo que estamos viviendo es una gran contradicción, una falsa rivalidad en la que no hay héroes ni villanos. Lo más triste es que no hace falta que los haya, la realidad de nuevo hace añicos la gran ilusión de control

en la que vivimos golpeándonos con fuerza. Además, en el caso de Bruno y Kosmo, algo como un bumerán arrastra historias desde el pasado hasta el presente.

Me siento cansada. Soy como ese luchador al que su oponente ha inmovilizado en el suelo y ya no tiene otra salida que rendirse. Estoy derrotada por años de mentiras, si Bruno no regresa no tendré fuerzas para continuar luchando, para detener la caída de mi brazo que golpeará tres veces el suelo dejándome en *K.O.* absoluto. ¡Tierra en desamparo es aquella en la tú reinarás de nuevo y por siempre, Iaakov!

—Gracias, Ofelia —susurra ella, casi mecánicamente.

Contemplo el rostro de Dana y esa expresión perdida e inerte me enfurece. Ese animal ha anulado su alegría, ha destrozada su alma y ha aniquilado su razón. ¡Iaakov! Juro que te lo haré pagar aunque empeñe en ello toda mi energía y todo mi tiempo. No volverás a tocarla, ni respirarás el mismo aire que ella. Jamás volverás a lastimarla. Lo juro.

Está tan débil que apenas puede caminar, por lo que tuve que pedir ayuda a Miguel para poder traerla hasta aquí. Mi amigo y guardián la llevó a casa en brazos con una delicadeza que me sobrecogió y no se ha separado de ella desde entonces. Vela su sueño y vigila la casa con un celo que me hacen pensar que este gigante de gran corazón ya tiene dueña. Mi frío y solitario piso se ha convertido en un cálido hogar de refugiados, en el que Miguel, Karla, Dana y yo misma, la más apátrida de los cuatro, formamos un extraño grupo muy bien avenido.

No sé qué hacer, ya que se niega a comer y no habla, no llora, no grita... no vive. Trato de entender qué es lo que discurre por su cabeza para poder ayudarla, pero es difícil imaginar por lo que ha pasado, una situación de indefensión en la que su instinto de resistencia se ha visto tan sobrepasado que la ha llevado a un estado de abandono total. Dana está ahí, detrás de esa pasividad e indiferencia, pero no sé cómo llegar hasta ella. Supongo que en cierto modo se protege contra un dolor tan insoportable que incluso su consciencia ha desertado.

El frío de la mañana me despierta y un escalofrío recorre mi espalda. Cierro los ojos y malogro mi razón en la sonrisa de Bruno, que ya se desdibuja en mis recuerdos.

Siento su calor y noto cómo sus labios rozan mis mejillas. El recuerdo de ese único beso que me ha dado, casto e inocente, consigue turbarme tanto

que hasta creo sonrojarme.

Sin embargo, apenas tengo tiempo de recrearme en mis fantasías porque Karla irrumpe en la terraza como una exhalación, me agarra de la mano y tira de mí con una fuerza que nada tiene que ver con ese grácil y menudo cuerpo. Me lleva al comedor y antes de entrar se detiene, pone el dedo índice sobre sus labios y me pide silencio. Entramos sigilosas y cuando apenas hemos dado unos pasos entiendo el motivo de su alboroto.

Miguel ha conseguido que Dana desayune, él mismo le da de comer alternando la fruta con una rebanada de pan tostado con aceite. Le acerca un gran vaso de leche que ella, por su debilidad, es incapaz de coger, por lo que derrama parte de líquido sobre Miguel. Al hacerlo se asusta e instintivamente se levanta, pero él no parece preocuparse y sereno le pide que se siente.

Tengo que sujetar a Karla para que no entre en escena y ella responde agarrándome la mano, puedo sentir cómo tiembla de emoción. Y es que toda la fuerza bruta de Miguel se transforma cuando está cerca de Dana, miro cómo seca con delicadeza sus manos, limpia todo el líquido derramado y, con una paciencia y ternura infinitas, consigue que acabe de desayunar.

Observo su sufrimiento, que se me atraviesa en la garganta, mezclándose con una espesa y amarga culpa. Utilizar su escrito contra Pétrola fue una temeridad, ahora lo sé, ahora lo entiendo. Verla me lacera el corazón. Ha roto cualquier vínculo con el mundo que la rodea. Su mirada está vacía, su cuerpo respira aislamiento y su rostro rezuma miedo, como si se hubiese visto obligada a renunciar a su propio yo, al vínculo básico de cordura e integridad. Parece una muñeca rota de porcelana. Fina, ligera y hecha añicos. Me doy cuenta de que, por mucho que trate de ordenar las piezas que se han roto y las coloque correctamente, jamás volverá a ser la misma.

Las lágrimas amenazan mis ojos. Karla se da cuenta y aprieta con más fuerza mi mano como si de alguna manera nos sostuviésemos la una a la otra para no claudicar, para no derrumbarnos. Le sonrío, porque aunque es cierto que nada será igual y que Dana ha perdido trozos, piezas que jamás se podrán reconstruir, restaurar la grieta que se ha creado entre ella y el mundo quizás sí pueda cubrirse con una buena masilla, con buenas personas como Miguel, que nos permiten a los demás albergar esperanzas.

Me sobresalto cuando veo que Dana se levanta de la silla y sale corriendo del comedor. En un acto reflejo aparto a Karla para no arrollarla y corro tras ella.

Llego al baño poco después que mi amiga, pero lo que veo no necesita

chequeo alguno. Sus náuseas van acompañadas de vómitos, un síntoma habitual y nada alarmante al principio de un embarazo. Como si pudiese leer lo que estoy pensando, me mira a los ojos y solo entonces vuelvo a ver ese brillo tan especial en ellos. Me acerco a ella y la abrazo. Sin previo aviso, llora, grita y se rompe desde dentro hacia fuera, desde el miedo al dolor, desde la locura hasta la razón.

—¡Ofelia estoy...! —No puede acabar la frase porque el llanto la arrasa.

—No digas nada, Dana, pasaremos esto juntas. Todo va a salir bien, saldrá bien.

Noto cómo se quiebra como una rama seca y pierde las fuerzas. Miguel, que nos observa desde la puerta, interviene rápidamente y entra en el baño. Con cuidado la coge en brazos y la lleva al dormitorio. Acuesta y arroja a Dana como si fuese una niña. Se sienta a su lado y le acaricia el pelo.

Cierro la puerta y el odio comienza a recorrer mis venas. Me quema la piel. Mis dos largos colmillos con un canal hueco se llenan de veneno que solo tiene un destinatario. Por mucho tiempo que me lleve, lo descargaré sobre ti, Iakov. No pondré la otra mejilla porque si yo era lo que tú eres, tú serás lo que yo soy.

No puedo dejar de pensar que los recuerdos más importantes de mi vida, deberían acompañarme, acariciarme como una brisa que dibuja en mi retina lo que he sido, el Maestro Bastian, para prepararme así para lo que ha de venir.

Pero, en mi caso, duelen, arañan y me golpean con una fiereza que hoy se hace especialmente nítida. La conversación que he tenido con Anne sobre el cautiverio de Kosmo, el sobrino de Iakov, y cómo lo puso a salvo, liberándolo y llevándolo junto a Otto, ha despertado dentro de mí viejos fantasmas. Pero no es solo eso lo que me inquieta, no puedo dejar de pensar en Pétrola, que lleva desaparecida más de un mes y en la reunión a la que Solomón me ha convocado.

Estamos citados en el *asclepio* con Farab y mucho me temo que las nuevas no tengan nada de bondadosas y mucho menos de novedad. La crueldad y locura de Iakov de nuevo lo impregnan todo como un negro y pegajoso alquitrán, imposible de despegar de nuestra existencia.

Camino mecánicamente hacia el despacho de dirección y me cruzo en la puerta con Ofelia, la hija de Farab. Me saluda cortésmente y parece que va

a decirme algo cuando la sombra de Solomón aparece por el pasillo, zanjando cualquier confidencia.

—¡Un honor tenerle por aquí, Maestro! Me voy, no puedo entretenerme más que tengo pacientes por visitar. ¡Buenos días! —Adopta una actitud rígida y fría conmigo que contrasta con el saludo inicial con el que acaba de obsequiarme, sin duda hay una conversación pendiente entre los dos—. ¡Buenos días, Solomón! —añade atropelladamente y enfila el pasillo con rapidez.

El fiel secuaz la observa alejarse y muestra una leve sonrisa en su rostro, casi una mueca, que soy incapaz de descifrar.

Turbado ante mi presencia y escrutinio, con su brazo me hace un gesto para que pase al despacho. Me da la espalda para cerrar la puerta, liberándose de mí.

Tomamos los tres asiento en la gran y pesada mesa de reuniones, que resulta bastante inoperativa dado el reducido número de público de la reunión. Solomón comienza a hablar:

—Señores, les he citado hoy aquí porque la situación que vivimos es de extrema gravedad. Los dos formáis parte de la trama, como familia de los implicados, y por referencia a vosotros quería informaros antes de hacer nada. —Un escalofrío recorre mi espalda y noto cómo mi viejo motor acelera sus pulsaciones. La sola mención de la palabra familia en los labios de este perro cancerbero, tan oscuro como su amo, me alerta—. Maestro, su sobrina ha sido vista en el poblado del río. No fue apresada porque cuenta con la ayuda de un sujeto que aún no hemos identificado y consiguió escapar. Pero, al menos, pudimos liberar a la hija de nuestro amigo Farab, que fue secuestrada y retenida allí con ellos. —Sonríe al mencionar su nombre, pero la frialdad de su mirada inquieta a Farab, que comienza a revolverse en el sillón como un niño pequeño.

Ansioso y presa de su irrefrenable instinto de réplica le interrumpe.

—¡Solomón! Estás comenzando a preocuparme, no hay nada de lo que has dicho que no conozcamos ya. Déjate de rodeos y dinos para que nos has citado —le recrimina.

—No te impacientes, ahora entenderás el motivo de esta pequeña introducción. Hace días recibimos información sobre el posible paradero de los fugitivos que nos llevó hasta el Centro de Salud que dirige tu hermano Otto. Allí, cuando mis guardias quisieron realizar una inspección del lugar, se encontraron con resistencia e incluso fueron atacados por el personal. No

puedo decirlos que la operación se haya saldado con un buen resultado, ya que nuestro objetivo consiguió escapar de nuevo y además hemos tenido algunas bajas.

—¿De qué bajas estás hablando? —le increpo poniéndome de pie.

La furia me invade y no sé si seré capaz de controlarme. Porque sé que miente, miente, miente. Temo por mi buen amigo Otto. Avanzo hacia Solomón, que permanece en silencio, pétreo e hierático como una estatua, pero que al percibir mi movimiento comienza a hablar dirigiéndose a Farab e ignorando mi pregunta.

—Amigo, es difícil para mí decirte esto, pero tu cuñada Anicka ha fallecido en el altercado. Tu hermano ha sido apresado por traición, y ahora mismo se encuentra en los calabozos del Palacio de Justicia a la espera del juicio del Consejo.

Todo sucede muy rápido. Intuyendo mi reacción y como movido por un resorte, Solomón se pone de pie. Sin detenerme, hago que retroceda para evitar que lo arrolle, lo agarro de su túnica blanca y lo empujo contra la pared.

—No voy a permitir que hagáis nada en contra de Otto, quiero verle libre cuanto antes. Escúchame bien, porque no lo repetiré. Voy a averiguar la verdad de lo que ha pasado con Anicka y si es lo que me temo, tú y tu presidente Iaakov no podréis esconderos de mí.

Siento cómo los brazos de Farab tiran de mi para que libere a Solomón de mi presión, pero no es su fuerza lo que me hace claudicar sino sus palabras de traidor.

—Bastian, nadie está por encima de nuestras leyes, ni siquiera tú. Si mi hermano ha decidido dar cobijo a fugitivos, tendrá que responder por ello.

—¡Cobarde! —le respondo—. Esto no quedará así.

Salgo del despacho con prisas y al hacerlo vuelvo a tropezar con Ofelia. Estoy seguro de que ha escuchado toda la conversación. La agarro del brazo empujándola hacia atrás. Doblamos la esquina del despacho para desaparecer del horizonte de Solomón y Farab, que salen tras de mí y se despiden en la puerta. Ofelia me mira en silencio. No dice nada, pero tampoco hace falta que lo haga, sé que está de nuestra parte.

Rodeo el gran palacio y dejo atrás su marmoleada e imponente estructura para dirigirme a sus entrañas.

Atravieso un precioso jardín repleto de puentes, pasadizos y pequeñas

grutas, pero no me detengo a admirar esas maravillas. Mi destino es otro y las instrucciones de Bastian fueron muy precisas...

—Anne, debes presentarte ante el prisionero y tomarle declaración antes del juicio. Te he designado como escriba responsable del mismo, eso es algo a lo que ni el poderoso Iaakov ha podido negarse. Me reuniré allí contigo. Debemos actuar rápido.

Evocando sus palabras y respirando la congoja y angustia que de ellas emanaba, acelero mis pasos. En cierta forma, me siento responsable de lo sucedido, ¡quizás si no hubiese llevado a Kosmo al Centro de Salud!

Martilleada por la culpa, me dirijo a la galería subterránea por una gran escalera de caracol que sostienen columnas y arcos de piedra esculpidos y coronados por un musgo espeso y verde brillante. Un lugar casi mágico que, sin embargo, es el preludio del horror que se esconde en sus vísceras, en su centro.

Desciendo por ella como si caminase hacia el fondo de un pozo y, para ello, atravieso nueve rellanos con quince peldaños cada uno, como los círculos del infierno de los antiguos. Un recordatorio de que allí moran seres viles que han cedido a las faltas más graves que nadie puede cometer. Aunque, para ser precisos, más que las puertas del infierno representa las del purgatorio, puesto que todos los que moran aquí esperan en este lugar de tránsito su castigo o condena. Puede ser que, en otro tiempo, un pozo negro como este fuese necesario para impartir justicia, pero en la actualidad mucho me temo que se ha convertido en el foso de los horrores de mi padre. Una verdad que por más que lo intento no puedo olvidar y que cada día pesa más en mi alma.

El Pozo, como lo llamamos, siempre ha sido foco de leyendas y viejas historias, de rituales de iniciación y oscuros secretos. Yo no veo nada esotérico en este lugar que la naturaleza ha tomado prisionero y que el hombre ha abandonado a su suerte.

Aunque algunos ven en las veintitrés celdas o nichos que guarda un misterio relacionado con la madre tierra, cuello de vida y sepultura para todos los vivos. Además, se van distribuyendo conforme se desciende por el pozo; primero cinco, luego siete y finalmente once más en la galería principal. Nunca los he visitado, pero cuentan que este lugar se comunica con la ciudad por galerías.

Distraída, no me he dado cuenta de que por fin he llegado al último nivel. Jamás me acostumbraré a este lugar, mi piel reacciona nada más

traspasar la puerta y se eriza asqueada.

Camino por el pasadizo central embovedado que se encuentra en el sótano, que parece un dibujo encerrado en una perspectiva interminable. Aquí los prisioneros esperan su juicio y condena, porque nadie que haya entrado en El Pozo sale de él libre.

Once celdas de tres por tres metros en las que se suelen encerrar dos prisioneros a la vez. Identifico claramente el gallo rojo pintado en la puerta del calabozo número 1, reservado para criminales responsables de incendios o delitos relacionados con la destrucción de propiedades y edificios.

Camino unos metros más y atravieso la Gran Capilla, utilizada para los interrogatorios. Veo la celda número 8, con un gato negro pintado en la puerta que marca los delitos de difamación. Casi al final de este túnel del horror, en la celda número 11, dónde la oscuridad absoluta comienza a apoderarse de todo, se interrumpe la numeración y en su lugar en la puerta, aparece el símbolo de la k. la onceava letra de nuestro alfabeto y cuyo sonido en la lengua vernácula cobra el significado de mentira. Allí se encuentra Otto.

No hace falta que le pida al guardia que abra la puerta, pues está entornada. Bastian ha llegado antes que yo. Le agradezco que me haya querido acompañar, pero le pido que espere fuera. Traspaso el umbral y un desagradable olor a humedad me golpea, aunque en realidad no huele a nada, solo es el aire que interactúa con lo que le rodea y en este reducido espacio todo es podredumbre y suciedad. Saludo a Bastian distante al comprobar que no está solo.

—¿Qué hace ella aquí? —le pregunto malhumorada.

—¡Hola, Anne! Tranquila, todo está bien, Ofelia es sobrina de Otto. Puedes confiar en ella.

Por un momento, Ofelia abandona los cuidados con los que regala a Otto y me mira a los ojos. Pese a la penumbra, puedo comprobar que su expresión es diferente, ha mudado de la altivez y soberbia que siempre se leía en ella. Realmente, parece otra mujer la que tengo frente a mí. Me arrodillo y le doy un abrazo a Otto, le cuento que dentro de unos días se celebrará una vista y que gracias al Maestro yo estaré presente a su lado. Le ruego que tenga fuerzas, lograremos sacarlo de aquí -porque de ser culpable sería ejecutado-. Le pido perdón por ponerle en peligro. Le ofrezco consuelo por la pérdida de Anicka y sin darme cuenta nombro a Kosmo.

Ofelia clava sus ojos esmeraldas en mí y me traspasa, ladea la cabeza hacia la puerta. He sido demasiado indiscreta, el guardia ha podido oírme. En

ese mismo momento escuchamos ruidos en el pasadizo, Bastian sale de la celda para ver qué ocurre. Otto le pide ayuda a Ofelia para levantarse y coge mis manos con fuerza.

—Mi niña está perfectamente, a salvo con una vieja amiga. No nos queda mucho tiempo, debéis buscar en otra dirección. Iakov no está intentando localizar al doctor, su intención es destruir a Bella y a Pétrola. Ellas son las que corren peligro. Tenéis que avisarlas —me susurra con una tristeza que me sobrecoge—. Tengo delante de mí a uno de los hombres más generosos y buenos que conozco, todo en él es luz.

Los sonidos metálicos de cadenas se mezclan con pisadas que se acercan. Bastian entra de nuevo a la celda con la cara desencajada y la expresión de la impotencia escrita en sus ojos. Jamás lo he visto así, sé que no es un hombre temeroso, y el escalofrío que siento me dice que el horror traspasará esa puerta en unos segundos.

Los guardias trasladan a un nuevo prisionero, está desfallecido y su estado evidencia las malas artes de nuestro carcelero mayor. Golpeado y con las heridas aún sangrando, lo sueltan como un fardo inerte en el camastro libre. No lo reconozco, pero está claro que Ofelia y el Maestro sí. Ella corre hacía él para auxiliarlo y el guardia la detiene.

—Apártate de mi camino. Soy médico y este hombre necesita mi ayuda. ¡Aparta! —grita con tanta determinación que la gran mole de músculos se bate en retirada.

Ofelia toma agua y se arrodilla para dar de beber al prisionero, le habla y sus palabras le acarician al igual que sus manos.

—¡Abel, dios mío! ¿Qué te han hecho?

Mientras, Bastian se coloca junto al camastro y aprieta los puños con fuerza. Leo su alma y lo que veo me asusta, respira rabia y exhala odio por todos los poros de su piel.

—¡Acabaré con él! —masculla acariciando su frente.

¡Qué duro es escuchar la verdad cuando no estás preparado para hacerle frente! ¿De qué me sirve ahora recuperar mis recuerdos si son tan falsos como yo? Los que me criaron como mis padres resultan ser mis tíos y al que tomé como tal ahora lo reconozco como mi enemigo. Tengo un hermano, Bruno, del que desconozco todo salvo sus puños. Y a la mujer que debía proteger, resulta que fui yo mismo quien la puso en peligro. ¡Qué locura de vida es esta!

“Sois hermanos. Nacidos de los mismos padres y si la vida se rigiese siempre por la costumbre, hubieseis crecidos juntos, compartido juegos en la niñez y sorteado vuestra juventud unidos, pero los usos se rompieron y la fatalidad alteró vuestras vidas... Sois hermanos de sangre, de linaje.” Escuchar las palabras de Pétrola que dan forma a mi pasado me desconcierta, cada una de ellas encierra una singularidad. Son certeras vigilantes, custodios de una historia que es la mía. Son grandes desconocidas para mí, pero su sonoridad y significado las hace realmente irrepetibles. A partir de este momento ocuparán en mi vida un lugar prominente, escritas en mi memoria junto a nuevos rostros, lugares y momentos.

Bella añade más detalles a la carta que nos ha transcrito Pétrola, una hechicera que me confunde con su mirada, su voz y su sola presencia. Pero no puedo asimilar toda esta información, nombres que no reconozco, fechas que no pertenecen a mi tiempo. Y una madre, Penélope, de la que se niega a confesarnos cuál fue su final. Estoy confundido, perdido ahora que por fin me he encontrado.

Bruno y yo somos tan distintos. Ambos evolucionamos en direcciones opuestas, pero a partir de la misma historia que un día nos unió. Nuestras semejanzas muestran carencias comunes impuestas por la propia vida, que nos ha alimentado de soledad, mentira y engaño. Nuestras diferencias demuestran cómo el mismo camino ofrece un recorrido distinto a cada hombre. Y, sin embargo, aunque por diferentes motivos los dos hemos avanzado en paralelo hacia este momento como si el hecho de que hayamos sido durante todos estos años ramas separadas del mismo árbol no hubiese podido impedir que suframos los mismos males y pérdidas. Bella tiene razón, debemos unir nuestras fuerzas y no será por mi parte que el barco haga aguas.

Acataré con humildad mi papel en esta historia y ayudaré a Bruno y a Pétrola. Quizás haya muchas cosas que nos separan pero hay una que nos soldará como la argamasa que al secarse endurece su constitución y es capaz de unir hasta las piedras de la muralla más débil y quebradiza. La necesidad de mantener la vida, la justicia y la esperanza frente los que respiran amparados en el miedo y el horror. Eso y acabar con todo lo que representa Iaakov.

15. Siete mensajeros

A cohortes fratres viventem in aeternum

Este latinajo que reza «los hermanos viven para siempre», nos habla de la unión. Y si ya sabemos que esta hace la fuerza, en muchas ocasiones olvidamos que también alimenta nuestro corazón, haciéndonos perdurar por encima de nosotros mismos.

Tú les adviertes su engaño: %2# ↑ 8 /

Nadie es lo suficientemente fuerte como para no caer en el desánimo, ni lo bastante ignorante como para no saber cuándo roza su límite, y yo me encuentro ahora mismo en esa posición de tablas, de empate... No dejo de repasar el texto que ha conseguido rescatar Pétrola de sus recuerdos, realmente todos lo hacemos, pero el avance es nulo.

“...regreso para hacerte entrega de mi legado, que te permitirá cobrarte las ofensas que fueron infringidas... Llegará a ti como un acertijo, un sencillo juego de palabras que tú rescatarás... El mensaje alterado ha tomado forma bajo una representación lingüística que solo tú serás capaz de reconocer.” Releer el texto que ha transcrito para nosotros es inútil y el dolor que siento no me deja casi pensar. Intento levantarme pero me cuesta encontrar un apoyo seguro en estas piernas, mis traicioneras compañeras. De repente, noto cómo su fuerza me sostiene, Bruno me rodea con sus brazos y por fin vuelve a sonreírme. Le abrazo, le sonrío, acaricio su rostro y con mis ojos encharcados le suplico perdón.

—¡Bella, no digas nada! Damos demasiado peso a las palabras, cuando muchas veces no esconden a la verdad, sino que son falsas apariencias. No voy a olvidar todo lo que hemos vivido juntos, esa carta podría contener mil palabras y escribirse en mil lenguas, pero daría lo mismo, la única madre que yo reconozco eres tú.

No puedo contener el llanto, que me consume sin desesperación, sin dolor, pleno de agradecimiento y esperanza. Pétrola también se levanta, se une a nosotros y sonrío abiertamente.

—Aunque vaya de tipo duro, el Señor de la Tormenta es todo corazón —añade mientras clava sus ojos en Bruno, que le sostiene la mirada acariciando sus palabras con dulce gesto.

Kosmo, que parece ajeno a toda la escena, toma el cálamo y lo despliega de nuevo. Absorto, masculla palabras sin sentido que captan nuestra atención.

—«No esconden la verdad sino falsas apariencias» ¡Eso es! ¿Cómo no lo hemos visto antes? —dice, excitado.

—¡Kosmo! ¿Qué quieres decir? ¿Has descubierto algo? —pregunta Bruno intrigado acercándose a él.

Me entenece verlos juntos, porque es la primera vez que le dirige la palabra desde su rudo encuentro.

—«Envuelve al mundo extenso triste noche», «corona de fuego», «mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca», «tu cuerpo colosal», «tu diadema»... ¡Claro! El texto no es un acertijo sino un poema y nos habla de un faro.

—¿Un faro? Entonces la rúbrica que cierra el poema, ¿podría representar unas coordenadas? —interroga de nuevo Bruno, sentándose junto a él—. Noto cómo Pétrola pierde las fuerzas, me alarma su lánguido brazo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto preocupada.

—No te preocupes, Bella, en unos minutos pasará —me advierte—. Solo necesito sentarme un momento.

Al escucharla, Kosmo abandona su sitio y, galante, le ofrece el sillón. Le agarra del brazo para ayudarle a sentarse, un inocente movimiento al que Bruno responde tensando todo su cuerpo. Sin ritmo y casi de forma mecánica comienza a hablar, los tres somos testigos de esa prodigiosa memoria que atesora.

—El poema se llama *Al faro de Malta*. Fue escrito por Ángel María de Saavedra y Ramírez de Baquedano. Escritor, dramaturgo, poeta, pintor, político e incluso presidente por dos días son solo algunos de sus méritos. Autor catalogado dentro de la literatura romántica y conocido como el Duque de Rivas. —Toma aire y continúa hablando. Ahora entiendo el porqué Iakov necesita destruirla, ella representa la luz, el pasado y la verdad, todo lo que él quiere borrar—. La rúbrica del poema no pertenece al autor y se corresponde con unas coordenadas, pero el código que ha utilizado nuestro mensajero lo enmascaraba. Son caracteres ASCII, una antigua clave simétrica estándar muy utilizada en informática, entre otras disciplinas. Consiste en asignar un

número o signo de puntuación a cada letra, así que si lo transcribimos en su forma decimal tendríamos que... %2# ↑ 8/ se convierte en... 37°50'35" Septentrión / 24°56'47" Orto

—«La escritura cifrada que aquí se muestra no revierte valor mágico alguno. Mas puedes confiar en mí de nuevo cuando te digo que te llevaré donde jamás pudiste imaginar. ¡Adiós Anabella!» —leo el último párrafo de la carta en voz alta y me dirijo a los tres—. Mis piernas son ya demasiado viejas para este último viaje que el mensajero me ha confiado, pero vosotros podéis hacerlo por mí. Bruno, Kosmo, creo que es momento de que unáis vuestros destinos y juntos destapéis el engaño. Intuyo que lo que se oculta en ese faro hará temblar los cimientos del gobierno de terror en el que está sumido nuestro mundo. Sé que así se dará el final de Iaakov.

—¿Y Pétrola? —interviene Bruno suplicante, está claro que no quiere o no puede separarse de ella.

—Si no te opones... —añado dirigiéndome a Pétrola—. Permanecerás aquí conmigo. Siete son los escritos que te fueron confiados y que Iaakov busca con tal desesperación que ha sido incluso capaz de encarcelar al que creía su sobrino y matar por ellos. Siete son los mensajeros que han de hablarnos y regalarnos sus secretos. Pero de momento solo hemos podido rescatar dos de estos textos. Tengo fechas y datos que te podrán ayudar a llegar hasta ellos, tenemos mucho trabajo por delante que hacer.

Los minutos se expanden dentro de mi cabeza de escriba cuando buceo entre mis recuerdos. Sin embargo, el marcador natural de mi tiempo es bien distinto. Dos días han transcurrido desde que Bruno y Kosmo abandonaron la montaña y mi corazón sigue confuso, dividido en esta separación forzada. Bella me instruye y trata de animarme, pero mi herida es tan honda que no sella, es imposible cerrarla. Quizás el tiempo algún día logre sepultarla pero, hoy por hoy, está tan fresca como la sangre que se está derramando a nuestro alrededor. Tenerle cerca ha sido una cruel tortura, puesto que aunque ya no forme parte ni siquiera de los recuerdos de Kosmo, que el caprichoso destino ha borrado, me duele su nombre, me ahoga su ausencia, me derrota su traición.

Trato de trabajar para que esta tristeza no pueble mis pensamientos, pero estoy distraída y ausente. He comenzado por el primero de los escritos desaparecidos, fechado un cuatro de abril. La única fecha que Bella no ha podido relacionar con Bruno o Penélope, lo que nos dice que puede ser el

origen, el punto donde todo se inició.

Escucho risas fuera de la casa y me acerco a la ventana para ver qué sucede. Los niños juegan y corretean alrededor de Bella, que regresa de su paseo como todas las mañanas. Diego me descubre y abandona el grupo, entrando corriendo en la casa.

No dice nada aunque sé que quiere contarme algo. Las claves están claras, se sienta al borde de la silla justo enfrente de mí, golpea con suavidad en cascada sus dedos contra la mesa y se balancea en la silla de atrás hacia delante. El culebrilla se muere por hacerme una confesión y no voy a ponérselo difícil. Cierro el cálamo y, en silencio, le observo. Me aguanta la mirada con una seguridad que impresiona, finalmente le sonrío e invito a hablar.

—¡Bueno, cuéntame! ¿Hay algo que debería saber?

—¿Es cierto lo que nos ha contado Bella, Pétrola? —me pregunta sin dejar de frotarse las manos.

—Supongo que sí, ¿crees que ella os mentiría? —le respondo sin saber a qué se refiere, con la esperanza de que mi silencio le haga descubrirse por fin.

—Dice que tu memoria es especial, que puedes recordar palabras, fechas, textos, incluso libros enteros. Yo quiero hacer lo mismo, ¿cómo lo consigues? —me pregunta dejándome sin palabras.

—¿Me guardarías un secreto?

—Claro.

—Después de tantos años, sigo sin poder controlarlo. Todos los días me entreno, pero no siempre rescato la información que necesito cuando yo quiero. Ahora mismo estoy bloqueada y no sé cómo encontrar lo que busco, pero he de seguir trabajando.

—No te preocupes, yo te ayudaré. —Su determinación es casi tan grande como su corazón, me regala una sonrisa y nos ponemos a trabajar juntos.

—¿Quieres que hagamos una prueba? —Asiente y se inclina hacia delante, he conseguido captar su atención—. ¡Vamos a ver qué consigo recordar! Pregúntame lo que tú quieras, pero recuerda que luego me tocará a mí preguntarte.

—¡De acuerdo! —No tiene que pensarlo demasiado, más bien parece que ya lo tuviese preparado—. ¿De cuántas maneras sabes decir tu nombre?

La expresión pícaro de su rostro me dice que tiene algún as en la

manga guardado. Vuelve a impacientarse, pero no por mi respuesta sino por la que él tiene que darme a mí.

—¡Vamos a ver, esta es fácil! Petra, Petronila, Petruta, Petrona, Petrica, Petranka, Petri, Petronella, Petrana, Petrina, Petia y Petria. ¿No está mal, eh? Ahora te toca a ti

Le invito a hablar y observo cómo hace una pausa antes de comenzar, pese a que se revuelve en la silla nervioso e impaciente. ¡Menudo comediante está hecho!

—Diego, Diago, Diaz, Diag, Didaz, Dieg, Die y Du... Durga.

—Creo que me has salido demasiado listo, ¡tunante! Repite lo último que has dicho.

Se sonroja avergonzado y claudica.

—Está bien, ese último me lo he inventado, si ni siquiera sé lo que significa —responde digno y sincero, mientras yo ya he dejado de escucharle.

Mi mente hace y deshace a su antojo y de nuevo se abre ante mí limpia y clara.

—¡Diego, eres un genio! —le digo abrazándolo—. Tú solito has solucionado este rompecabezas.

Anoto con rapidez todas las palabras que fluyen con facilidad... “4 de abril, Madre Durga, Sher, de cabello suave, llena de juventud, invencible, final”.

Me detengo alarmada y le pido que corra a avisar a Bella. La confianza que he de hacerle no le gustará nada, el texto que ahora contemplo con nitidez es uno de los más oscuros que he escrito. No puedo entender cómo va a ayudarnos. ¡Quizás ella si tenga las claves para interpretarlo!

“He aquí Uriel, el cuarto mensajero, El cuatro es un número peculiar. Completo. Un cuadrado perfecto, que debería indicaros la dirección a tomar, la referencia a seguir entre los cuatro puntos cardinales. Vuestra brújula.

Así me presento yo ante vosotros, como la luz, la verdad que os instruirá, con la que podréis destruir ejércitos o marcar las puertas de aquellos a los que queráis proteger del ángel de la muerte. Porque lo que me trae aquí, lo que he de relataros es oscuro, vil y mezquino...”

Recorro con dificultad el zoco y no son mis castigadas piernas las que ralentizan mi paso, sino el peso que arrastra mi corazón, el del confuso Kosmo. El momento ha llegado. Lo sé, lo intuyo, hasta lo puedo masticar.

Abandonar el anonimato que tanto me ha servido de coartada no será fácil, aunque no hay marcha atrás. Los emisarios harán llegar sus mensajes a tiempo, Pétrola lo conseguirá. Todo ha empezado y la rueda de la venganza no dejará de girar hasta que aplaste a los que quebrantaron la ley de los hombres y de la vida.

Tengo que darme prisa, debo dar aviso. Mañana comienza el juicio contra Otto y mucho me temo que Abel no tendrá ni esa opción, aunque de tenerla sin duda sería una tupida trampa. A pesar de ello, hay un hecho que juega a nuestro favor, el lobo Iaakov nos subestima y lo que no se espera es que seamos capaces de comernos un peón envenenado y aun así ganar después la partida.

Siento ahogo y no puedo respirar. No me gusta el zoco, un lugar en el que cual espectro me escondo en la sombra. Las razones son muchas y ninguna, la gran afluencia de gente, los puestos, las mercancías que parecen plantas rastreadoras que lo tapizan todo y una especie de *horror vacui* en que todo el espacio debe estar relleno. No sé, si como dijo el filósofo, la naturaleza siente horror ante el vacío, pero para mí desde luego este ambiente le confiere al *bazaar* una personalidad algo claustrofóbica.

Yo necesito sentir en mi rostro el aire libre, por eso aprovecho para pasear por las calles adyacentes al recinto techado, por las que parece haberse derramado el zoco creando un continuo de puestos, mercancías y regateos bajo las arcadas de piedra. Conozco mejor que mi propio rostro este lugar y aun así todos los días me sorprende con algún nuevo recoveco o puesto. Su trazado urbano se ha perdido dentro de esta disposición caótica e irregular, donde cada calle parece ser el resultado de la yuxtaposición de puestos y comercios. Aunque los años me han enseñado que bajo esta desordenada apariencia subyace una disposición radial, que al seguirla permite atravesarlo con mayor rapidez.

Por fin veo la puerta de entrada, con ese impresionante arco tímido cuyo interior está profusamente decorado por una placa de mármol labrada con motivos de ataurique como revestimiento. Nunca me canso de admirarlo, pero esta vez mi atención se centra en la figura que se aprecia en medio de la luz del vano y que marca su gran anchura. Distingo esa silueta pétrea, ese perfil fuerte y seguro. Me aproximo a unos pasos de él, cuando se gira y me hace una señal para que nos adentremos por el pasillo abovedado camuflándonos entre la gente. Lo que tenemos que decirnos no debería compartirlo ni el propio aire, es hora de despertar viejos fantasmas y de

honrar nombres malditos como los de Eben, Penélope, Arad, Anicka y otros muchos que ese viejo demonio que vive entre nosotros se llevó lejos.

Yo soy el ángel mensajero. Jeremiel, Rafael, Uriel, Miguel... Los siete mensajeros me acompañan, pero da igual el nombre que me den, vengo desde el más allá traicionando a la propia muerte para impartir justicia y entregar a Iaakov mi regalo envenenado.

Bella se sienta junto a mí y espera paciente mientras transcribo la carta, quiere dejar por escrito toda la información que consigamos recuperar. Es meticulosa y concienzuda, pero a la vez osada y creativa, una combinación que hace de ella una de las mejores escritoras que conozco. ¡Cuánto podría haberme enseñado si nuestros caminos se hubiesen encontrado en otras circunstancias! Cierro la *penna*, el trabajo está concluido. Le entrego el papel que ella toma con cuidado entre sus manos. Comienza a leer en voz alta. Mi corazón sigue sobrecogido tras esta nueva confianza e intuyo que muy pronto el de Bella lo estará también.

“He aquí Uriel, el cuarto mensajero, El cuatro es un número peculiar. Completo. Un cuadrado perfecto, que debería indicaros la dirección a tomar, la referencia a seguir entre los cuatro puntos cardinales. Vuestra brújula.

Así me presento yo ante vosotros como la luz, la verdad que os instruirá, con la que podréis destruir ejércitos o marcar las puertas de aquellos a los que queráis proteger del ángel de la muerte. Porque lo que me trae aquí, lo que he de relataros, es oscuro, vil y mezquino.

He de revelaros un gran secreto, la muerte de la Madre Durga, que dejó huérfanos a sus hijos, a su pueblo. No le sirvió de nada su montura salvaje, ni su flor de loto, ni esa sonrisa llena de juventud, ni su cabello suave. Ella, la Invencible, pereció a manos de cobardes que necesitaron cobijarse en la oscuridad para acabar con su luz.

Pero no es esta la forma en la que este secreto debe ser contado, no. Será el mismo Sher, su verdugo, el que lo haga, el que ponga voz a este relato.

Es cuatro de abril, día en el que por fin se equilibrará la balanza. Errarán todos aquellos que tachen esta muerte de injuriosa, porque en realidad es reparadora y viene a poner las cosas en su sitio. Hombres justos, sin culpa alguna cometida, cayeron a manos de esta bruja. Pues no existía dolo en tomar por la fuerza a una *dalit*, ellos cogieron lo que era suyo, lo que siempre fue y lo que debe seguir siendo.

Pero estas ratas se permitieron el derecho de creerse iguales a nosotros y deben pagar por ello.

Yo, Sher, les haré sufrir el mismo daño que ellos infringieron acabando con ella. Un ser infame que convirtió a mi padre en una sombra, en un payaso asustadizo y temeroso de la maldición que Durga lanzó sobre él.

Puedes arrancarme la piel, puedes intentar apagar mi alma, puedes matarme... Pero volveré, volveré para que jamás encuentres la paz, ni tú ni tus descendientes varones. ¡A todos ellos los maldigo!

El veneno atravesó la piel de mi padre, infectando cada uno de sus órganos y convirtiéndolo en un pelele, un demente. Yo no corrí mejor suerte porque durante toda mi infancia y juventud fui foco de mofas, burlas y del desprecio más ruin. Pero ahora regreso para impartir justicia. He renunciado a mi nombre, incluso a mi origen, para burlar ese estigma y comenzar de nuevo, pero no he desistido de su sangre que hoy me cobraré. Nunca te olvidé.

Además, no vengo solo, dos amigos secundan mi causa, hijos también de hombres deshonorados que encontraron la muerte a manos de la justicia que amparó a Durga.

Apenas faltan unos minutos para que ella regrese a su casa, a su hogar; ese lugar en el que todos nos sentimos seguros y en el que Durga encontrará la muerte. La espera me impacienta, pero enseguida me cobraré los frutos maduros que el estoicismo ofrece.

Escucho la voz de una niña que corretea por el jardín. ¡Mejor! La deuda de sangre será mayor si la incluimos a ella también. Hago un gesto a mis hombres para que esperen a que se acerque a la vivienda, pero uno de ellos, consumido por la impaciencia, se delata abandonando su posición. Ella grita para alertar a la niña, que huye corriendo en dirección al poblado, hemos de ser rápidos porque este lugar se llenará de iracundos *dalits* en poco tiempo.

Mi impetuoso soldado consigue derribarla y corro hacia ellos, sin mediar palabra saco mi arma y gritando el nombre de mi padre, para que sepa quién es en realidad su verdugo, le disparo tres veces, todas en la cabeza. Mis acompañantes también descargan su rabia sobre ella, que queda tendida en el suelo rodeada de un gran charco de sangre.

La lluvia golpea con fuerza las paredes de esta celda oscura donde el recuerdo de ese momento, en el que puede honrar mi memoria y limpiar mi honor, me llena de orgullo.

Pero también rememoro con asco, cómo las calles se llenaron de ignorantes que lloraban su pérdida y repudiaban mi acción, o cómo el gran zoco permaneció cerrado tres días como muestra de luto. ¡Detesto ese lugar! La ciudad se declaró en estado de alerta y nosotros, que deberíamos haber sido tratados como héroes, fuimos apresados.

El juicio se realizó sin público, sin testigos y la causa se escondió a la luz pública para evitar altercados entre los territorios de la *khora* y la ciudad.

He pasado largos años en la cárcel consumido por una justicia que apesta, puesto que es capaz de condenar a hombres rectos por salvaguardar el orden de nuestro mundo. Pero no me importa. Ya no. Reniego de todos ellos y volvería a hacerlo, no una, sino cien veces.

Hoy regresa de nuevo la luz y a través de mis descendientes les pagaré a todos con la misma moneda con la que ellos me recompensaron a mí. Conocerán el miedo, respirarán dolor y suplicarán perdón a la muerte por todos sus pecados.

Yo, Sher, lo juro.”

—No sé cómo puede ayudarnos, pero quizás tú... —Me detengo al observar la expresión que tiene Bella.

—¡Dios mío, Pétrola! Ahora lo entiendo todo. —Se detiene ella también y coge mis manos. Un escalofrío recorre mi espalda, sé que está a punto de hacerme una gran revelación—. Durga es el nombre con el que se conocía a la gran Yulia, la Madre Durga montada a lomos de su fiero león y luchando con sus ocho brazos por su pueblo. Y Sher es... —El dispositivo de Bella se ilumina antes de que concluya su confesión, Bruno y Kosmo se encuentran en el lugar señalado por las coordenadas.

Mi presión sanguínea se dispara y mi confuso corazón late con fuerza. En apenas unos segundos noto cómo me lleno de energía y mis músculos se tensan. Kosmo, desde el suelo, me sujeta del brazo derecho como puede e intenta desesperadamente alcanzar el izquierdo para poder tirar de mí. Finalmente lo consigue y por fin puedo apoyar los pies en la roca para ayudarle a elevar mi cuerpo. Son segundos que se hacen eternos y en los que la hormona de la lucha toma mis sentidos, haciéndome apreciar la emoción de estar volando. Pero, al final, el tacto frío y húmedo de la tierra me hace volver a la realidad.

—¡Ten más cuidado, Bruno, otro resbalón como este y no lo

contaremos ninguno de los dos! —me recrimina Kosmo asustado.

—Supongo que a unos nos echarían más en falta que a otros, ¿no crees? —le respondo con acritud.

—¡Pero a ti qué demonios te ocurre! —contesta poniéndose en pie—. Acabo de salvarte la vida, hubiese bastado con un simple gracias, ¿no crees? No sé qué es lo que he podido hacerte, es más, ni siquiera recuerdo las semanas anteriores a mi despertar en la torre. pero si tienes algo contra mí dímelo ahora mismo o no seguiremos camino juntos.

—No preguntes lo que no estás preparado para escuchar, quizás no te guste lo que tengo que decirte —le respondo reanudando la marcha y dándole la espalda.

—¡Ya está bien! Dime lo que sea ya o... —grita asiéndome del brazo.

—Tú lo has querido, mi querido hermano. Tú fuiste quien entregó a Pétrola a los hombres de Iaakov. Pasaste la noche con ella y después la abandonaste a su suerte engañado por la falsa promesa de tu tío Iaakov de ponerte a salvo —le respondo con rencor.

—¡Mientes! ¿Cómo puedes saber tú eso?

—Escuché toda la conversación que tuviste con él en el cobertizo de tu casa, pude oír cómo te vendías como una rata. —Me espolea un deseo irracional de hacerle daño, pero me detengo al observar su rostro.

Está avergonzado y la culpa lo envuelve como una fina película que cubre cada uno de los poros de su piel pegándose con tal saña que le será imposible despegar. Me impresiona su mirada, es la misma que tenía Pétrola cuando la encontré. Sin decir nada más comienzo a subir la peligrosa escalera y él sigue mis pasos en silencio.

Nos encontramos en el Faro de Violanda. El *heike* nos dejó a pocos metros de él, sin embargo, hemos tardado casi dos días en poder acceder al mismo. El problema se encuentra en su ubicación, porque esta imponente atalaya está construida sobre un islote rocoso de la bahía del puerto de la ciudad de Violanda, que recibió su nombre en honor a la hija fallecida del primer presidente de su Consejo. Se trata de una roca de unos veinte metros que emerge del mar y que apenas es más grande que la torre del faro, un gran cilindro la mitad de alto que el atolón en la que su luz focal queda situada a unos veinticinco metros y cuyas lentes giran trescientos sesenta grados. Es accesible por una escalera tallada en la misma piedra, empinada y traicionera, la misma en la que un traspié casi da al traste con todo.

Este imponente guardián tiene una cúpula blanca y un sencillo balcón

que rodea la linterna, franqueada a su vez por una vidriera octogonal. Se encuentra deshabitado, pero el jefe de la *khora* de las islas que salpican esta parte de la costa nos ha dado permiso para visitarlo.

Sin embargo, el Mar de Andros, impetuoso y fiero, embiste con su fuerte oleaje a este bello centinela, por lo que hemos tenido que esperar dos jornadas para poder visitarlo. Dos noches nos ha acompañado esta brújula de capitanes, como a otros tantos clientes en tierra que cada anochecer acuden a admirar sus siete destellos cada veinte segundos, santo y seña inequívoco de que el viajero se acerca a Violanda. Ha sido impresionante ver este trono rocoso y su nocturna mirada refulgente sobre la noche del Andros, un haz de luz guía de marineros para que lleguen a su destino o sirena segura para los barcos en noches de niebla densa.

Entramos en la torre y me sorprende la luminosidad de su interior, que se tiñe de un blanco inmaculado, solo roto por el marrón oscuro del escaso mobiliario, una sencilla mesa de madera con cuatro sillas y una pequeña lámpara de mano. Estoy confundido porque aquí no hay nada más. Nada. Ignorando a Kosmo, que estudia con cuidado la vieja vivienda del farero, subo por la escalera de caracol de la torre hasta la linterna.

Allí contemplo el mar, que exhibe un triste tono grisáceo y se funde con el horizonte.

Además, la bruma anuncia una noche húmeda y sin estrellas. Esas diminutas partículas de agua suspendidas sobre el mar, le confieren un aspecto casi mágico al paisaje, lo que consigue engañar al ojo humano al rodear los pequeños islotes cercanos. El silencio del mar me arropa y me susurra un nombre que con amargura me arranca un suspiro, un halo de nostalgia. Ofelia sigue dentro de mí, su veneno es demasiado potente como para poder inocularme el olvido que tanto preciso.

—¡Bruno, Bruno! —escucho la voz de Kosmo que me llama alarmado y desciendo por la escalera sin guardar la más mínima precaución.

Temo por él. Sin embargo, lo veo sentado con las piernas cruzadas en el suelo, como un niño pequeño que juega con sus juguetes. Se dispone a abrir una caja metálica. En la pared aprecio un oscuro agujero que ha servido de seguro escondite para el pequeño tesoro que tiene entre las manos.

—Pero... ¿cómo lo has encontrado?

—Supongo que no hace mucho tiempo que reformaron la torre, pero la piedra que emplearon es demasiado porosa. Acumula gran cantidad de salitre, sales en la superficie y agua en el interior de sus muros, sobre todo en la parte

baja. Las manchas son fáciles de localizar y me llamó la atención que fuesen más claras en esta zona. Únicamente he tenido que hacer palanca y *voilà*. Espero que sea esto lo que hemos venido a buscar.

Le hago un gesto para que se acerque a la mesa para así estudiar con cuidado el contenido y le sonrío con admiración. Es rápido, listo y muy intuitivo. Me aparto de la caja para que sea él quien saque el paquete envuelto en tela que hay en el interior. Desata el cordón con facilidad y al apartar la tela vemos una vieja libreta negra de piel.

—Es igual a la que Bella me entregó —comparto con él.

—Iaakov también tenía una, es una bitácora personal —añade Kosmo mientras ojea las primeras páginas—. Esta no pertenece a ningún escriba —afirma señalándome parte del texto—. Bueno, eso si le damos crédito al nombre que firma el primer escrito. «Soy el arcángel Miguel, el mensajero de los ejércitos, el abogado del pueblo».

Resuena en mi cabeza la última confesión de Bella sobre el final de la madre Durga y la identidad de Sher, nuestro cruento testigo. Es un eco sordo que me envuelve y me hace cuestionarme lo que ha sido mi trabajo, incluso mi vida hasta este momento. ¿Cómo he podido escribir textos como este y distanciarme, sin más, de semejante contenido aunque fuera Pétrola, la escriba? Mantenerme al margen siempre ha sido mi escudo y en esta huida hacia adelante incluso me apoyaba en no concederle ninguna credibilidad a la fuente. Tan solo eran palabras vacías y huecas a las que, pese a que afirmo amar, despreciaba sin remedio.

“Sher es el nombre del padre de Iaakov. Nunca hablaba de él, ni de su abuelo. Pero fue precisamente esa ocultación la que me hizo indagar sobre su origen. Su abuelo se llamaba Casio, cuyo significado es el de «vacío» y, por lo poco que pude averiguar sobre él, hacía gala a ese nombre. Un ser engreído, déspota y frío cual acero. Un corazón tan negro como el pedernal que enloqueció por despecho. Un hombre cobarde y débil que acabó suicidándose, circunstancia que marcó al padre de Iaakov, que más tarde al huir de esa vergüenza cambiaría su apellido. Casio, el abuelo de Iaakov, es el hombre patricio del que habla la leyenda, que cedió su voluntad al deseo de posesión de la bella joven del río. Él raptó y torturó a la gran Yulia y su hijo Sher, que más tarde pasó a llamarse Joan, le dio muerte. Desde luego los hombres de esa familia, más que estar malditos como vaticinó la Madre Durga, son en sí mismos la encarnación del diablo”.

La reverberación de este secreto es aún muy intensa en mi ánimo, pero no puedo detenerme. No hay tiempo para eso. De hecho, ahora me encuentro de nuevo frente al papel para escribir, para rescatar de mi escurridiza memoria otro pedazo de historia. El que la información que nos han transmitido Bruno y Kosmo, desde el faro de Violanda, ha activado. Echando la mirada atrás, me doy cuenta de que la ponzoña nos rodea, la respiramos todos los días y poco a poco está engulléndolo todo.

Primero, llegó Remiel, el Mensajero, que nos reveló el triste origen de Kosmo y Bruno. En segundo lugar, Rafael, guía de médicos y viajeros, nos llevó hasta una misteriosa bitácora personal. Uriel destapó la vergüenza y el escarnio familiar de Iaakov. Y ahora Miguel, nuestro protector, aquel que inclinará la balanza, que es liberado en un texto fechado un 16 de noviembre. Solo recordarlo me hace temblar, porque a través del mismo una vez más la muerte nos rodea con su fuerte hedor.

Despliego el cálamo sobre la mesa, abro la *penna* y bajo la atenta mirada de Bella, comienzo a escribir.

“¡Heme aquí, vuestro protector, aquel que inclinará la balanza! Mi nombre es Miguel, al que otorgan el título de ser el primero de los mensajeros.

Llego hasta vosotros blandiendo mi espada cual jefe del ejército que liberará al pueblo. La agitación trémula de mi mano no vacilará porque lo que os he de relatar tiñe una vez más vuestra historia de sangre, la de doce inocentes cuya voz fue así silenciada para siempre. No me ha sido fácil recuperar sus nombres (en la libreta negra encontraréis todo lo que necesitáis acerca de su identidad) porque estos fueron borrados de vuestras vidas con extrema ocultación por ese oscuro dragón que devora almas inocentes desde hace ya demasiados años. Desentrañado el misterio, os hago entrega de la verdad con la que haréis sonar la trompeta y conquistaréis la luz de un nuevo día.

La noche cae en el ágora como cada día, pero es una falsa ilusión porque no hay nada de familiar en lo que acontecerá amparado en esta oscuridad. Doce inocentes caerán, no importa cuál sea su condición, agregados, comerciantes o altos cargos del Consejo. De hecho, su único punto en común es el haber descubierto la verdadera cara de nuestro guía, aquel que debería trabajar por y para el pueblo y que, sin embargo, lo ahoga y somete con crueldad.

Una matanza que no tiene otro fin que perpetrar el poder y

salvaguardar una posición de ventaja que nace de un miedo atroz a perderla y que solo puede generar más terror. La vida se convierte así en una moneda de cambio, un objeto de trabajo para el libre uso de unos pocos sobre la masa.

Los rostros que hoy perderán la luz perseguirán nuestra memoria hasta que sean descubiertos. Porque una purga es la que se está llevando a cabo en este 16 de noviembre. Una criba en la que los críticos y antiguos enemigos perecerán asesinados o acabarán dando con sus huesos y languideciendo en oscuras cárceles.

En cuestión de minutos, la guardia secreta recorrerá las calles de la ciudad en esta «Noche de los doce justos» en busca de sus desprevenidas víctimas. “Doce perecerán por cada túnica blanca que caiga muerta”, se vanagloria, arengando a sus hombres, el responsable de la ejecución de esta masacre. Incluso con un toque teatral arranca los galones de la chaqueta a un soldado que cuestiona algunos de los detalles de la operación. Él no lo sabe pero será ejecutado junto con los doce objetivos, su insubordinación se cobrará un alto precio esta noche.

Miro el reloj de mi dispositivo, son aproximadamente las cuatro y media de la mañana, la reunión ha finalizado y las instrucciones son muy claras. Todo debe comenzar. Uno de ellos parece esperarnos, otro es sorprendido durmiendo y no en acertada compañía, por lo que es eliminado allí mismo en la habitación. Tres de ellos acuden a una reunión que no es sino una trampa encubierta, cuatro más son conducidos al pabellón principal del Pozo para ser interrogados. Tres que han conseguido escapar de las detenciones tendrán escuadrones de ejecución pisándoles los talones hasta darles muerte.

Triste relato el que me trae hoy aquí y que he compartido como testigo sin poder hacer nada para detenerlo, ya que estoy igual de atrapado que ellos, Iaakov me necesita para borrar las huellas de lo que ha pasado esta noche y dar apariencia de normalidad a esta purga de sangre. No hay documentos que quemar porque no se dejará constancia alguna por escrito y nada llegará al pueblo como comidilla del día.

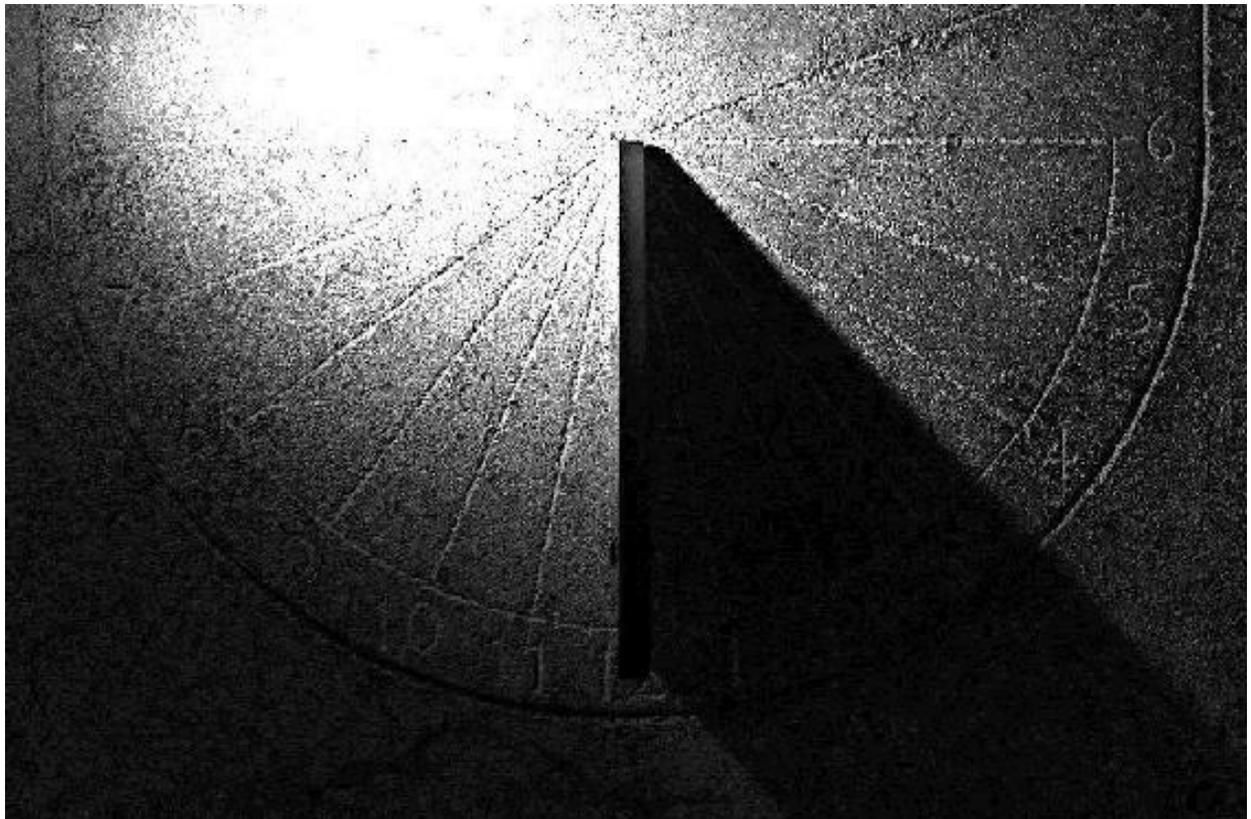
El ejército ha entendido la medida como algo necesario e incluso ha sido aplaudida por muchos. Las familias han sido coaccionadas y chantajeadas, cuando no exiliadas de la vida pública. Esta noche celebra su gran victoria, pero todo lo acontecido no hace sino confirmarme que el orgullo desmedido y la vanidad de aquel que nos gobierna se convertirán en su perdición. Para mi sorpresa, nuestro presidente, del que solo os diré su

inicial porque lo conocéis de sobra y habéis sufrido como yo, «I», me ha pedido que redacte un decreto declarando las medidas tomadas en esta operación como justas, como actos de defensa del gobierno de la ciudad. Quiere que esta infamia, al menos en lo que respecta a los tres altos cargos del Consejo, los demás no importan son escoria para él, parezca legal. No le basta con arrebatarnos la vida, también les pretende robar su honor, manchando su nombre y marcándonos para siempre como traidores. Y lo peor de todo es que sé que lo conseguirá, mancillará de nuevo la verdad con la sangre de doce inocentes, de doce justos.

Así fue cómo sucedió y así os lo he contado. Mas... ¿quién ha de creerme a mí? No soy nadie, ni siquiera existo. Tan solo una voz que os muestra cómo se cauteriza la carne podrida para que la enfermedad no se transmita al corazón.

¡Mentiras y falsas justificaciones son estas cuando el verdadero pozo envenenado está en el centro de nuestra vida, en el corazón de la ciudad! ¡Miguel, vuestro protector, aquel que inclinará la balanza!”

**TERCERA PARTE: HACES
TUYOS MIS
PENSAMIENTOS**



16. La clavija, el arco de guerra, la piedra angular

*De él saldrá la piedra angular, de él la clavija, de él
el arco de guerra, de él también todo apremiador*

Zacarías 10:4

Camino de regreso a la casa de Abel, junto a mi vieja amiga.

Nos dirigimos a la zona donde antes se ubicaban los antiguos establos y que fue pasto de las llamas en el gran incendio. ¿Cuántas veces he caminado bajo esta bóveda de cañón en la que aún se dibujan las cicatrices de aquella devastación? Viejos amigos y angostas heridas son las que supuran estas cuatro paredes.

Entramos en uno de los primeros nichos, un pequeño habitáculo en el que su ausencia lo marca todo. Su mujer, Violeta, me saluda afectuosamente. Tiene esa expresión lánguida y triste que siempre me ha sobrecogido y que hoy se hace especialmente evidente.

—Nezer, te agradezco que hayas venido. No nos queda mucho tiempo —me dice cogiéndome las manos. Sus ojos rezuman angustia, sin duda teme por la vida de Abel.

—¡Déjate de formalismos, mujer! Hoy hemos desenterrado demasiados fantasmas y ya es hora de que llamemos a las cosas por su nombre —la reprende mi malhumorada compañera.

—No lo pagues con Violeta, mujer. Todos estamos muy nerviosos y no puedes pretender romper la costumbre de tantos años. Ni siquiera yo mismo soy capaz de pronunciar ese nombre sin sentir un amargo escalofrío al hacerlo.

—Como tú quieras, pero eso es algo que ya no depende de nosotros.

Todo ha comenzado y la verdad saldrá a la luz —me responde firme y contundente.

Sé que tiene razón, los juegos de espejos han concluido.

Pensativo observo como las partículas de polvo dispersan la luz que entra por la claraboya principal y el rayo describe una línea recta que marca un punto en el suelo junto a un viejo y ajado espejo.

Una explosión rápida e intensa capta mi atención, un destello que me hace acercarme para hacer una pequeña comprobación.

Violeta se da cuenta y, como si leyese mis pensamientos, coge del suelo el diminuto objeto. Sus ojos se desbordan y, anegados, le arrancan un sollozo desgarrador. Se acerca a mí y me entrega el amargo hallazgo. Lo reconozco enseguida, es el colgante que regalé a Abel. Lleva escrito el símbolo de nuestra lucha y de nuestro *oiko*, el *kanji* de la piedra. Cierro los ojos y abro de par en par las ventanas de mis recuerdos para adentrarme hacia un lugar al que temo regresar...

—Mi bien, serás un gran hombre y como tal has de llevar un nombre acorde a ese cometido. De ti saldrá la piedra angular, la clavija, el arco de guerra, el todo apremiador. Serás ayuda de muchos, ¡hijo mío! Has de ser fuerte como una roca, como la piedra eterna, el lugar al que todos regresan. He aquí cómo se te conocerá a partir de hoy. «Eben», la piedra, y «nezer», lugar. Ebenezer, ese será tu nombre, la «piedra de ayuda» que marcará una línea recta y amparará la ley por y para todos. — El rostro de mi madre se diluye pero su voz, su olor a vainilla y su tacto continúa impresos en mí.

Me veo de niño, frente a ella, nervioso, tratando de desabrocharme el molesto cuello de la camisa, mientras espero mi turno en la iniciación. Solo ruego que allá donde esté se sienta orgullosa de su hijo y me haya perdonado todos estos años de obligada ausencia. Un tiempo que ahora parece un mero paréntesis que toca a su fin.

¡Ebenezer! Un viejo fantasma, el que acabo de mentar, que partió en dos mi vida.

Eben, aquel al que el pueblo llamaba la Roca y que pereció en el incendio del Zoco. Y Nezer, el líder de un pueblo de *dalits*, de hombres y mujeres que un día fueron olvidados y repudiados por todos.

Hoy las caras de mi moneda se juntan, se funden en una sola, configurando así un antipatrón que me guiará para evitar que elija el camino equivocado, que repita los mismos errores. El mío fue no acabar con Iakov cuando tuve la oportunidad, ahora no vacilaré. El engranaje está en marcha y

no permitiré que Otto y Abel sean dos peones más, sacrificados en este juego de poder.

¡Iaakov! Yo traeré a tu presente espectros que han burlado la muerte para mostrarles a todos quien eres en realidad.

Semanas antes de la huida de Pétrola del *scriptorium*.

Mi sobrino Kosmo se retrasa y bien sabe que no me gusta esperar porque soy Iaakov y no hay nadie más importante que yo. Es un inconsciente e inmaduro, pero por ahora no es imperativo que cambie. Le permitiré disfrutar un poco más de la vida sin sustancia alguna que lleva hasta que sea llamado a ocupar el lugar que le corresponde junto a mí. Porque el aciago y bufón destino me ha privado de la única cosa por la que valdría la pena arriesgarlo todo, un hijo. Descendencia, sangre de mi sangre que me permita perpetuar la gloria de esta sociedad nueva que estoy creando. Un mundo que mantendrá al hombre a salvo de sí mismo, protegido de su inocente y obcecada inclinación a dañarse, envuelto en anhelos imposibles y nada prácticos.

Kosmo no es mi hijo, pero es lo más cercano a esa prolongación de mi persona que jamás conoceré. Y tarde o temprano tendrá que asumir su papel en este teatro en el que se han convertido nuestros días.

—Al fin te dignas a aparecer, no está bien que hagas esperar a tu pobre tío.

—No seas gruñón, que tan solo he llegado diez minutos tarde —me responde sonriente y ajeno al hedor que nos rodea, a lo que somos pese a nosotros mismos.

Mirándole tan de cerca, su juventud me resulta insultante pero a la vez seductora. Un lujo que yo ya no me puedo permitir.

—Estás exultante, ¿algún otro lío de faldas que compartir con este viejo aburrido? —le interrogo sin mucho interés, realmente ni me sobra tiempo para dedicarlo a estas banalidades ni me falta curiosidad para zafarme de ellas.

—Esta vez no, ella es diferente. Mucho me temo que mis días de díscolo doctor tocan a su fin —añade con una expresión de impaciencia que evidencia las ganas que tiene de hablarme de ella.

Aunque con desgana le concedo su pequeño triunfo.

—Está bien. Sé que me voy a arrepentir pero... ¡adelante! Háblame de

ella —respondo viendo cómo despliega su sonrisa de joven enamorado. ¡Pérdida de tiempo!

—Se llama Pétrola, es la sobrina de Bastian y pertenece a la orden de los escribas como tú. —Sin poder evitarlo frunzo el ceño, no podía haber elegido a otra—. No pongas esa cara, ya sé que no os lleváis muy bien, pero tienes que verla. Es preciosa, inteligente y muy especial.

—A riesgo de parecerme un cascarrabias, te diré que no la conozco mucho pero no sé qué puede tener de especial aparte de la juventud que sin duda desaprovecha como tú holgazaneando. —Todo eso y estar emparentada con el hombre que más detesto en este mundo, pienso mientras le sonrío.

—Alto ahí, que te equivocas por completo. Es seria, trabajadora y capaz de hacer cosas que ni tú ni yo haremos jamás.

—Ya será menos, sobrino, comienzas a preocuparme. Realmente sueñas como un hombre enamorado.

Aprecio en él ese olor nauseabundo que embriaga el corazón de los hombres y que anula su razón y les retuerce el alma. Tengo que parar esto como sea.

—Fíjate, el otro día fue capaz de repetir de memoria los nombres de todos los médicos que hemos incluido como referencia de los tratamientos que estamos documentando, y son más de cincuenta. Su mente es un prodigio y su memoria un milagro de la naturaleza.

Ahora sí que ha conseguido llamar mi atención, únicamente supe de una persona capaz de hacer algo similar y realizar semejante proeza. Tengo que averiguar algo más sobre esa tal Pétrola, pues la palabra milagro tienes raíces muy débiles en mi mundo. Aunque los antiguos olvidasen su verdadero significado, que es el de mirar, contemplar todo aquello que se escapa a lo que somos capaces de entender, de explicar o de replicar.

No creo en la intervención divina y mucho menos en el azar.

No contemplo con admiración o asombro lo impronunciable.

¡No! Lo maravilloso, lo genial, lo sublime, despiertan en mí una curiosidad lo suficientemente medida como para saber que algo ocurre fuera de lo normal y es lo acertadamente molesta como para entender que debo desconfiar de todo aquel que esté implicado.

Me ha sorprendido sobremanera el encargo de Iaakov. Aunque todo hay que decirlo, lo celebro de la misma manera que temo que me anuncie que estoy ante un prometedor hallazgo, de esos que respiran nuevas afrentas y

sufrimiento.

—¡Solomón! Milagro llamo a lo que, siendo arduo e insólito, parece rebasar las esperanzas posibles y la capacidad del que lo contempla —fue la frase que utilizó cuando le puse a prueba trasmitiéndole lo estéril que iba a resultar la búsqueda.

Se trata de una cita de Agustín de Hipona, que no hace sino afianzarme en lo contradictorio de su conducta. Primero, desdeñando la confesión hecha por Kosmo, que describe a una mujer como poco singular, para después augurar que acontecimientos futuros y muy peligrosos pueden ser producto de esa genialidad. Iaakov me pide, aunque lo calle, la carga de prueba de la no existencia de ese prodigio. Y bien sé yo que aquel que lo dice es el que debe probarlo. No me queda más remedio que ponerme a trabajar. ¡Al fin algo de misterio que me saque de esta asfixiante rutina!

Desciendo por las galerías y la oscuridad me envuelve, por lo que enciendo la luz del dispositivo de mi muñeca, aunque bien podría recorrer este camino con los ojos cerrados. Me siento cómodo en este laberinto de criptas, corredores, galerías, cámaras y nichos que forman mi pequeño mundo particular.

A los pocos minutos ya estoy ante las puertas de la cripta principal, la Plazoleta. Sus cubículos dieron cobijo como enterramiento a grandes hombres que consagraron su vida a preservar el conocimiento y a difundir la verdad. Sonrío, porque fue precisamente por eso por lo que quise instalar aquí el archivo general del *scriptorium*. Una mofa a estos inocentes hidalgos y sus fastuosos mausoleos, que no entendieron que el verdadero poder está en la ocultación, en el control, en atesorar lo que nadie conoce y no compartirlo jamás.

Dejo atrás los escritorios que siempre están desplegados y me dirijo a mi pequeño reino privado, oculto a los ojos de todos, incluso a los de Iaakov. La puerta se abre con facilidad y entro en la sala supletoria, cuya entrada está camuflada astutamente por una falsa estantería repleta de libros y documentos. Ayudado por mi *penna* abro los diferentes niveles de información e introduzco el nombre de Pétrola y algunas palabras clave para iniciar la búsqueda. Doy la espalda a la pantalla para acercar el sillón y acomodarme en él mientras dure la ingrata espera, más el reflejo de la pantalla de un rojo encendido tiñe las paredes como si de un potente filtro se tratase. Me sobresalto, se acaba de activar el protocolo de emergencia que programé para detectar posibles amenazas.

«Incidencias detectadas, se ruega comprobación» —reza el mensaje de la ventana emergente abierta.

El color rojo de fondo comienza a oscurecerse, y antes de que el efecto de fundido desaparezca, doy la autorización. Son apenas unos segundos los que tardan en desplegarse en el escritorio principal los iconos con los cálamos relacionados, pero a mí se me hacen eternos. El carrusel se detiene y aparece un segundo mensaje:

«Seis incidencias procesadas. Esperando mandato».

Miro la pantalla y una sacudida en mi espalda me hace darme cuenta de la dimensión que cobra lo que contemplo. Intento localizar el origen de los escritos, pero el *dominus* que los encargó no está registrado en la base de datos. Me tomo mi tiempo y los leo con detenimiento.

Si lo que me ha relatado Iaakov sobre esa escriba es cierto, alguien le ha hecho un regalo envenenado. Dudo mucho que ella conozca el valor de la información que atesora, pero si es capaz de reproducir estos escritos íntegramente, se ha convertido en un peligro en sí misma. O poco conozco a mi hermano, o no parará hasta destruirla.

Repaso sus últimos encargos y descubro material que podría servirnos para ese fin, nada mejor que el despecho para tejer una fría venganza. Además, la relación que Kosmo, el sobrino de Iaakov, y Ofelia, la hija de Farab, mantuvieron nos servirá. Únicamente tenemos que poner en sus manos, información útil con la que tejer una fina y delicada trampa.

Guardo toda la información y se la envío a Iaakov. Su lectura removerá en su interior viejos fantasmas. Lo sé. Vuelvo a sonreír, pero esta vez destilando bilis y resentimiento. Hoy me cobraré parte de la deuda que tiene conmigo, al acabar con su enfermiza ilusión de perpetrar su legado en Kosmo, que mudará de legítimo heredero hasta convertirse en hijo de su peor enemigo. Descarnado y directo como a él tanto le gusta.

Estoy a punto de abandonar la sala cuando un pensamiento me asalta apoderándose de mis pensamientos y tensando mis miedos. La persona que encargó los escritos, el misterioso *dominus*, acaba de asestar un ataque frontal a Iaakov. Un golpe directo y hostil con el que trata de abatirlo. Una estrategia que no deja de ser algo suicida, puesto que nos ha servido en bandeja a Pétrola. Una táctica fallida que puede convertir esta contienda en un enfrentamiento sangriento, pero que también pone de manifiesto la desesperación que la motiva. Debe protegerse y mucho me temo que la mejor manera que encontrará será destruir al mensajero y desenmascarar al emisor.

Ese misterioso *dominus* es una silueta nebulosa, una sombra sin rostro, un espectro que aunque difuminado se manifiesta con claridad. Pero como buen fantasma estará ligado a un lugar, como oscuro aparecido tendrá encomendada una misión y como abstracta presencia traspasará los muros sólidos de nuestra segura existencia, convirtiéndose a partir de ahora en una amenaza real. ¿Quién eres? Hasta ahora solo me muestras el numen, el poder que hay en ti y que autónomo mueve los hilos.

Una existencia tan miserable que apenas podría hacer latir un corazón y darle aliento, pero mucho me temo que tu fuerza crecerá manifestándose en muchos otros. A mí pesar, he de buscarte. ¡Te encontraré! Sí, lo haré, pero antes solucionaré esta primera prueba que me mandas. Algo tan vil como convertir un milagro en una auténtica maldición, en un prodigio que se autodestruye. ¡Lo siento Pétrola, pero tu momento ha llegado!

17. ¡Esto no puede estar pasando!

Dies fugit sicut umbra

No hace falta el latín para saber comprender que «el día huye como una sombra», como también lo es comprender que cuando la noche es más profunda, cuando más nos sentimos rodeados de oscuridad, es en ese preciso momento cuando el sol cambia de plano alcanzando de nuevo su orto. Es entonces cuando un nuevo día corona nuestro horizonte.

Presente

Aún puedo saborear el aire fresco de la calle, es la primera vez que contemplo el ágora en esta bella terraza desde que Ofelia me trajo a su casa. Escucho a Miguel tropezar al entrar en ella, que hace un movimiento oscilatorio del eje de su cuerpo hacia la derecha y para equilibrarse, vuelve a la izquierda. Parece un bailarín marcando pasos de baile con algún que otro traspié. Su milonga cesa y me mira sonriendo, me enternece ese grandullón.

Me acerco a ayudarle con los vasos y su mano roza la mía al traspasarme la carga. Llama a Karla para que se una a nosotros, pero es inútil, esa cabecilla revolotea a nuestro alrededor sin posarse en ningún sitio y finalmente se gira para marcharse.

—Eres una libélula muy traviesa —le dice Miguel, acariciándole el pelo.

—Una libélula, no. Yo prefiero ser una mariposa —responde ella indignada.

—Pues te equivocas, pequeñaja, no hay nada mejor que ser una de ellas. Verás, las libélulas son las guardianas de los sueños y como pequeñas hadas que son, conceden deseos a los que tienen la buena fortuna de cruzarse con ellas. Simbolizan la buena suerte. Su aura es brillante como la tuya —

Miguel consigue que ella sonría, aunque con una picardía que anuncia alguna nueva ocurrencia.

Le coge de la mano y se acercan hasta donde estoy yo.

—¡Dana, Dana! Miguel dice que soy como una pequeña libélula, con cuerpo pequeño de insecto y alma de hada. Así que te voy a conceder a ti mi primer deseo. —La miro con ternura mientras me hace sentarme y toma sitio a mi lado—. Espera aquí —añade—. Aquí lo tienes, este es tu regalo —me dice cogiendo a Miguel de la mano y sentándolo junto a mí. Él se sonroja y Karla me guiña un ojo—. ¡Adiós! —Y sin más desaparece.

Contemplo el rostro rudo de Miguel y su fuerza me envuelve. Es curioso, pero desde que abandoné la casa de Iaakov, solo en su presencia me siento segura.

Confío en él y aunque sea de forma temporal consigue alejar de mí la zozobra que me desborda. Porque tengo miedo, respiro miedo, exhalo miedo. Estoy rota, consumida, sin otro anhelo que alejar a esta criatura que llevo dentro del monstruo que la engendró. Quizás sea este pequeño destello de esperanza lo que me permita regresar de la muerte en vida en la que habito y renacer como una bella e irisada libélula que espera paciente en la naturaleza para adoptar otra forma, otra oportunidad.

—¿Estás bien? —pregunta mi protector.

Arropada por su calor, apoyo mi cabeza sobre su hombro y él me rodea colocando su brazo por mi espalda. Cierro los ojos y respiro, pero no es oscuridad lo que veo sino una luz intensa. No me siento confundida, sino perdida en un nuevo comienzo y no puedo dejar de pensar que si es curioso el destino, mucho más lo es el amor. Mientras lo buscas se esconde con pertinaz empeño y cuando dejas de escrutarlo, cuando lo ignoras o incluso cuando lo desprecias, se muestra ante ti con dulzura, con una mezcla de inocencia y sensualidad a la que es difícil resistirse.

El dispositivo se acciona y la alarma rompe este breve momento de quietud en mi corazón. Acaban de llegar. Debemos ponernos en marcha. Haré acopio de las pocas fuerzas que me quedan, casi tan exiguas como mi pobre determinación. He de acudir a su llamada, para mí no hay elección. Para ninguno de nosotros la hay.

Repaso la cadena de acontecimientos que me han llevado hasta este momento y no puedo sino sorprenderme de este inesperado final. No sé nada

de Bruno y Kosmo, ni tan siquiera he podido ponerles sobre aviso. Solo espero que al menos Diego haya conseguido entregarles el último de los escritos que pude transcribir.

Miro como Bella duerme en el infame camastro que han acondicionado para ella y se me revuelve el estómago al recordar cómo la guardia de Iaakov irrumpió en el poblado de la montaña, con la misma fuerza que lo haría una catástrofe natural, destruyéndolo todo y causando el caos. Poco pude hacer yo, Pétrola, ante el despliegue de fuerza del que nuestro hostigador hizo alarde. Nos amordazaron y maniataron, mientras lo revolvían todo buscando cualquier material sospechoso y susceptible de ser confiscado.

Solo la valentía y la rápida reacción de Diego lograron que los efectos de ese desastre no se amplificasen, poniendo a salvo a los niños y llevándose con él los cálamos de Bella. Parece que nos acercamos al final y nuestra esperanza se tambalea, zarandeada por la mano y presencia de Iaakov como si de un castillo de naipes se tratase. Cualquier suceso en el que él participa se convierte en desastre y devastación.

—Tierra, salida, fortaleza, Gabriel, camino, destierro, 34, 83-111-121 77-97-103-101-114-105-116... —repasso en voz alta, las palabras que acuden a mí sin orden ni concierto, tratando de resolver el nuevo acertijo que el quinto mensajero nos ha dejado.

Veo que Bella se despierta, con dificultad se incorpora y me pide que la ayude.

—No te detengas, Pétrola. Podrá tenernos encerradas bajo mil candados pero no vamos a rendirnos. Hay mucho trabajo que hacer. —Le acerco una silla para que se siente a mi lado.

Ella me mira con ternura mientras coge mi mano, infundiéndome el valor y energía que necesito, los que toda ella rezuma. La admiro mucho, es una mujer increíble.

—Tienes razón, aún no hemos terminado y el tiempo apremia —le respondo y transcribo a continuación:

“¡Gabriel, guardián del tesoro!

Soy Gabriel, el guardián del tesoro y de las puertas del paraíso. Me presento ante vosotros con una flor blanca y un mensaje escrito en mi mano. Poder, fortaleza y fuerza os infundiré para que podáis burlar las cadenas que os retienen. Sé y conozco el destierro, el encierro y lo que significa caer en desgracia. Mas no es de eso de lo que debo hablaros hoy. Yo os saludo y bendigo con un presente que espero os sea de mucha utilidad, como un día lo

fue para mí. Con él os adentraréis en las mismas entrañas de la tierra.

No tengáis miedo yo os transmitiré mi fuerza y os iluminaré en este oscuro camino. Os dejo mi voz invisible, convertida en un misterio que anuncia la salida: 34 83-111-121 77-97-103-101-114-105-116 44 102-117-105 115-111-98-114-101 97-103-117-97-115 101-100-105-102-105-99-97-100-97 44 109-105-115 109-117- 114-111-115 100-101 102-117-101-103-111 115-111-110 44 130-115-116-97 101-115 109-105 105-110-115-105-103-110-105-97 121 110-105 98-108-97-115- 162-110 46 34.

Al final del estrecho túnel, en el espacio más angosto, allí os esperaré... ¡Gabriel, guardián del tesoro y de las puertas del paraíso!”

De nuevo, nuestro misterioso guía recurre al antiguo código ASCII para disfrazar el mensaje de falsa apariencia, lo que me facilita mucho las cosas. Suspiro y trato de concentrarme:

—¡Allá voy, Bella! Si mi memoria no me falla, lo que Gabriel, el quinto mensajero, nos anuncia es: S-o-y M-a-g-e-r-i-t , f-u-i s-o-b-r-e a-g-u-a-s e-d-i-f-i-c-a-d-a , m-i-s m-u-r-o-s d-e f-u-e-g-o s-o-n , e-s-t-a e-s m-i i-n-s-i-g-n-i-a y m-i b-l-a-s-ó-n- .

El silencio absoluto con el que nos encontramos me hace desconfiar. La casa, por lo general, es un hervidero de risas y alborotados niños que corretean y juegan sin descanso. Pero hoy la quietud es profunda, como ese espacio que niega el sonido pero que comunica más cosas que la más certera de las palabras. Esa sensación no hace sino confirmarme que algo ocurre.

Mi hermano Bruno me hace una señal para que le siga hacia las cabañas. Caminamos con sigilo hacia allí y, cuando estamos a punto de entrar, me pide que vaya por la puerta trasera. Rodeo la casa por el porche y empujo la recia hoja de madera que cede a mi presión.

Diego está frente a mí, de espaldas, y sostiene una maza de madera. Me acerco a él despacio para no asustarlo, pero nota mi presencia y se gira. Sus manos tiemblan y sus piernas trémulas oscilan de tal manera que parecen crujir, todo él parece romperse sometido a una gran tensión. El miedo le domina pero con gran coraje encara la situación levantando el arma. Consigo parar el golpe y él, al reconocerme, lo deja caer al suelo. Llora. Llora. Mientras yo le abrazo e intento calmarlo.

—Ya pasó todo. Lo has hecho muy bien. Ya pasó todo. Eres un muchacho muy valiente. Bruno y yo te pondremos a salvo. Ya pasó todo.

No contesta, no dice nada, pero se deshace de mi abrazo y tira de mí

hacia la habitación del sótano en la que Bella guarda el material de la escuela. Descendemos por la escalera de madera y veo como pequeñas apariciones, pequeñas caritas emergen de la oscuridad rodeándome. Contemplo esos tiernos rostros y no puedo sino admirar su valor.

Algunos llevan palos en las manos, otros piedras o cualquier objeto susceptible de ser arrojado a inesperados e indeseables visitantes. Los admiro, puesto que son lo suficientemente fuertes como para sostener su miedo pese a su corta edad y lo acertadamente grandes de espíritu como para mantenerse en pie y defender lo que aman. Viéndolos no puedo sino llenarme de fuerza y energía, aunque esas miradas limpias e inocentes me infunden algo más. Coraje para enfrentar todo lo que ha de venir. Bruno se une a nosotros y nos pide que subamos, el campamento es seguro.

Diego le interrumpe, “no hay tiempo”, nos dice desplegando un cálamo, y lee en voz alta.

—No tengáis miedo yo os trasmitiré mi fuerza y os iluminaré en este oscuro camino. Os dejo mi voz invisible, convertida en un misterio que anuncia la salida: 34 83-111-121 77-97-103-101-114-105-116 44 102-117-105 115-111-98-114-101...

Al escucharle, recuerdo las palabras de Pétrola acerca del código ASCII para el intercambio de información. Lo único que tenemos que hacer es trasladar cada uno de esos números a un carácter imprimible, letras y caracteres de control que nos revelarán el mensaje.

«Soy Magerit, fui sobre aguas edificada, mis muros de fuego son, esta es mi insignia y mi blasón».

Después de un rato trabajando con nosotros en aquel mensaje, Diego se muestra visiblemente emocionado. Le hemos cedido el privilegio de transcribir su hallazgo. Pequeño premio para ese generoso corazón que no necesita armas para lidiar grandes batallas. Le doy un abrazo y acaricio su enmarañado pelo rizado.

—Lo tenemos, Diego. No sé si se trata de una casualidad o si el caprichoso destino lo ha querido así, pero sé qué es Magerit. ¡Sí! Sé a qué lugar se refiere este escrito.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Pétrola y Bella nos necesitan — interviene Bruno dirigiéndose hacia mí mientras me sonrío.

Le devuelvo ese gesto silencioso, que aun siendo un balbuceo es instintivo, sincero y contagioso. Me reconforta sentirle cercano, mi hermano está dejando de ser un extraño para mí.

Dicen que la calma precede a la tormenta y, al igual que sucedió en el poblado, la quietud del zoco no augura nada bueno.

Hemos accedido a él mediante el punto de transporte no registrado que hay en la Casa Azul, borrando con mi *heike* el rastro de nuestro punto de origen. Camino con Kosmo, mi hermano, por las callejuelas buscando el caravasar, hemos de dar con Abel y conseguir información sobre cómo van las cosas por aquí.

Le noto inquieto, roto y desesperanzado desde que a nuestro regreso nos enteramos de que los hombres de Iaakov apresaron a Pétrola y a Bella. Sin duda, su corazón la anhela más que su razón, que se debate entre tinieblas y recuerdos perdidos.

Contemplo una vez más el símbolo de la piedra grabado sobre el arco de entrada del caravasar y mi furia se acrecienta. Sé que se aproxima el momento en el que tendré que elegir entre esta oscuridad que se abre paso dentro de mí y la mesura que siempre he buscado seguir, pero ante hombres como Iaakov y la hiel que desprenden no hay lugar para tanta templanza, sino para la acción contundente.

—¡Ttcha-tcha-tcha-tcha-tcha! —escucho a mi espalda.

Miguel pasa junto a nosotros sin detenerse y se adentra en el albergue. Lo seguimos a cierta distancia, atravesando el patio interior hasta la habitación que una vez nos sirvió de refugio en nuestra huida hacia el gran Yulia.

—¡Mi querido amigo! —Abrazo al gigantón con alivio. Me llena de alegría verle restablecido, porque la última imagen que recordaba de él era la de un buen hombre debatiéndose entre la vida y la muerte—. ¿Sabes algo de Abel? Necesitamos localizarlo, la guardia del presidente apresó hace unos días a Pétrola y a Bella. Tenemos una ligera idea de cómo llegar hasta ellas, pero necesitamos su ayuda.

—Creo que hay muchas cosas que no sabéis y desgraciadamente no tenemos tiempo para ponernos al día. ¡Seguidme!

La gravedad de su ruego y de lo que nos ha relatado me alarma, sensación se va tornando en un desasosiego que invade mi alma y encoge mi corazón. En una hora comenzará el juicio contra Otto y, tras él, dictarán sentencia. Además, como acto ejemplarizante también ejecutarán a Abel por traición. Él no ha tenido la oportunidad siquiera de presentar su causa ante el tribunal. Tienen a Bella, a Pétrola y mi padre, Bastian, deberá enfrentarse a

ellos sin carga de la prueba.

¡Esto no puede estar pasando! Respiro hondo y trato de pensar. No dejaré que mi mundo perezca anegado por la locura y el odio desmedido de aquel que nos gobierna.

—No hay tiempo, tenemos que dividirnos. Kosmo, deberás ir a por Pétrola y Bella, están en tus manos. Yo me dirigiré al tribunal, he de hacer llegar esta libreta a Bastian para que la utilice en el juicio. Y tú, Miguel... — no me deja acabar y sonrío con malicia.

—Nos encontraremos allí, amigos, Iaakov va a recibir una sorpresa que no se espera y yo me aseguraré de que llegue a tiempo al Palacio de Justicia. De momento es mejor que no sepáis nada más.

Nos despedimos y antes de emprender la marcha, cada uno por nuestro lado, me agarra del brazo y susurra algo que me llena de desconcierto.

—Ofelia ya está allí, está reuniendo apoyos a favor de Otto. Ella no solo me salvó la vida arriesgando la suya, sino que es de las pocas que ha plantado cara a nuestro verdugo desmontando su juego. Es una gran mujer y recuerda bien esto... es una de los nuestros.

Mi blindaje se hace añicos ante sus palabras y la herida abierta que antes supuraba despecho y rencor cicatriza con solo escucharlo. Con su confianza, Miguel ha sanado este pobre corazón, hechizado por esos ojos verdes y perdido en ese aroma que me anuncia su presencia y despide su marcha lejos de mí.

18. Las cosas pequeñas crecen, las grandes se derrumban

*Concordia parvae res crescunt,
discordia maximae dilabuntur*

Dijo el sabio Salustio que «mediante la concordia las cosas pequeñas crecen; mediante la desunión, las cosas más grandes se derrumban», y es que hasta el mayor de los desiertos está formado por pequeños granos de arena. Sin duda alguna, la unión hace la fuerza.

El juicio de Otto se está convirtiendo en todo un espectáculo para esta masa indolente, como una gran representación de teatro al aire libre. Además, Iaakov se ha cuidado mucho de que en el tribunal únicamente estén presentes los más allegados a su régimen de terror. El pueblo no ha podido acceder al gallinero de la sala, pero se han dispuesto pantallas en el ágora para que puedan seguirlo.

Yo, Ofelia, estoy inquieta, la comunicación de Miguel me hace temer lo peor para Pétrola. Sé que Kosmo se dirige hacia el Pozo, pero temo que no llegue a tiempo. Y no logro distinguir a Bruno entre el gentío.

Centro de nuevo mi atención en lo que ocurre en la sala, los *dikastes* ocupan su lugar y toman asiento en el palco reservado al jurado. El *areópago* preside el mismo y, como marca el protocolo, se sienta junto a Iaakov, que le habla amigablemente e incluso bromea con él. Pero el anciano se muestra impasible intentando marcar distancia, lo detesta. Es el único escollo que tiene nuestro presidente por delante y nuestra máxima esperanza. Muchos dicen que únicamente vive para poder vengar la muerte de su hija Penélope, de la que responsabiliza a Iaakov. Dos funcionarios depositan la *clepsidra*

delante del púlpito, el reloj de agua con él que se medirá el tiempo de réplica de Otto y la contrarréplica de la acusación. Hasta veinte minutos en una primera intervención y doce para la rectificación.

Por fin aparecen Anne y Bastian con el resto de los figurantes del juicio. Ella es la escriba que documentará todo el proceso y el Maestro actuará como orador, dada la avanzada edad de Otto. Intentaron impedirlo, pero nuestro guía conoce demasiado bien la ley, que dicta que el litigante tiene derecho a solicitar los servicios de un orador que le sustituirá en sus dos discursos. Las puertas del patio se cierran y los guardias de seguridad, seguidos de Solomón, mi viejo y venenoso amigo que como heraldo y *armarius* del *scriptorium*, será el encargado de leer el *cleroterion*, un antiguo manuscrito con el juramento de apertura del juicio, desfilan tras la comitiva. Después presentará a los tribunos y, por escrito, las pruebas del caso, que llegan hasta el juzgado guardadas y selladas en pequeños cofres, junto con la composición del tribunal.

Solomón se acerca al púlpito y lee el juramento:

—Bajo palabra de honor, juro que solo la razón me asistirá en este juicio. No habrá engaño, ocultación o disfraz en mis palabras, pues mi único afán es sacar a la luz la verdad. Vieja señora que es recompensa en sí misma y a la que ningún engaño seduce. ¡Lo juro!

«*Nulla principia falsi test, nihil mendacium, quod verum est de voluntate*»^[10], repiten, uno a uno, los miembros del tribunal. A continuación, Solomón lee la acusación contra Otto por «traición y delito a la seguridad de la ciudad» y se procede a realizar la votación a mano alzada para corroborar los cargos y el inicio del juicio oral. Con un cincuenta por ciento de los votos de los miembros ya sería suficiente, pero salvo Anne y Bastian todos se pronuncian a favor.

Aceptada la instrucción, Anne entrega, como escriba designada, por escrito la declaración del acusado y cómo se considera.

—¡Inocente! —Se pronuncia el acusado en voz alta.

La última fase de la apertura de juicio está a punto de concluir y los guardias reparten entre los asistentes las fichas de voto. Las del jurado de bronce, con un agujero central y el nombre del acusado grabado. Más tarde habrán de depositarlas en dos urnas, una para la absolución y otra para la condena. Una forma práctica y rápida de asegurar que la sentencia se pronuncie y ejecute en el mismo día, porque aunque algunas ya están dictadas por ley, el presidente del Tribunal puede proponer la pena.

Las del público son guijarros circulares que simbólicamente recuerdan el pago que antes recibían los asistentes por la media jornada que dura el juicio. Al final del mismo, cuando el heraldo proclama el escrutinio de los votos del jurado y la sentencia dictada en base al mismo, en estricto orden se van depositando delante del acusado como gesto de humillación pública.

Ante la sorpresa de todos, la acusación realiza la primera intervención saltándose el orden previsto y cede su voz al mismo Iaakov, que ejercerá de orador fiscal.

Con saña y tergiversando las buenas acciones de nuestro querido Otto, teje su telaraña de mentiras alrededor de él. Convierte acciones altruistas y admirables como su asistencia médica en los territorios de la *khora*, o los servicios que presta de forma gratuita a los más desfavorecidos en actos abyectos, crímenes extremos que difunden ideas contrarias contra el orden establecido.

—¡Un fraude, una vergüenza! —concluye.

Resulta irónico escuchar de su boca palabras como justicia, bien común y orden. Pero, ¿cuál es el orden del que habla? ¿Colocar las cosas en el lugar que les corresponde, en buena disposición? ¿Y el desorden? ¿Un orden que se aleja de la costumbre que nos guía? Siendo Iaakov, sin duda un orden que no lo es.

De repente, un brillo especial en sus ojos me estremece. Se gira hacia el jurado y añade a su argumentación previa más pruebas, como la detención de Ruth en el mismo centro de salud años atrás. La mujer de uno de los mayores criminales que ha conocido nuestra ciudad, Eben, la Roca. O los recientes altercados, en los que falleció Anicka, pero que él presenta como resistencia a la autoridad y añade el dar cobijo a prófugos de la justicia y la facilitación de su huida. Sin duda, una acertada estocada final, ese golpe que se da con la espada, hondo cuando penetra de lleno en el animal y bueno cuando lo mata enseguida. Aún es pronto para saber si ha tenido el efecto buscado, puesto que inicia su turno de intervención Bastian.

No deja de ser curioso que un nombre que yo, Kosmo, de niño invocaba en mis juegos, ahora podría salvar la vida de dos mujeres que no merecen mal alguno. Bella es víctima del odio más irracional y así ha vivido todos estos años, magullada por la soledad que consume a aquel que es apartado de todo lo que un día fue suyo y marcada después por un olvido

autoimpuesto, si cabe aún más cruel.

Y Pétrola, ¡mi dulce escriba! Mancillada por su propia luz, por su pureza, por cobardes como yo que traicionaron su confianza y su corazón. No puedo recordar lo que fue en mi pasado, ¡quizás algún día lo haga! Pero sí sé lo que representa en mi presente. Y este se escribe a fuego con cada uno de sus movimientos, de sus palabras. Está bajo mi piel y mora en mi interior como una droga dura que controla mis instintos y pensamientos. Me posee con solo mirarme y me exilia cuando me niega esas profundas ventanas que se clavan en mi alma. La quiero, la necesito, la escribo en los pasos que doy. Y todos, absolutamente todos me acercan a ella, siempre hacia ella. Un eco que nunca se apagará.

Mis pensamientos no me distraen, al revés, me empujan como frías espuelas que, clavándose en mi piel, me hacen actuar con toda la rapidez de la que soy capaz.

Corren peligro y, de hecho, ni siquiera sé si continúan vivas. Así llego al *asclepio*, enredado en un dilema sin escapatoria en el que todas las opciones de salida parecen estar cerradas, mas yo he de abrir una. Accedo al recinto por la puerta secundaria sin que nadie me vea y me dirijo al sótano, dejando atrás la sala de reuniones. Al pasar por ese lugar un fogonazo me envuelve.

«Me veo entrando en esa misma sala. Llego tarde y me incorporo a una reunión. Puedo ver a Anne que me saluda mientras yo rodeo la mesa para sentarme justo enfrente. Entonces la veo, Pétrola está sentada a mi lado y yo le susurro algo al oído».

No puedo ver más, porque todo se vuelve oscuro y las formas se difuminan hasta desaparecer. No sé qué es lo que hacía en aquella sala, ni porque estaba Pétrola allí, pero sí recuerdo perfectamente lo que sentí al verla junto a mí.

Definitivamente, estoy loco por ella.

Mis pasos me llevan a los niveles inferiores del hospital, donde improvisadamente cojo material médico. Tras unos minutos, ya en el último sótano, alcanzo unas antiguas oficinas que fueron abandonadas en la Gran Guerra. Hay pasillos tapiados y habitaciones cegadas, pero el acceso a la sala principal se dejó intacto. El motivo es que allí se encuentra la puerta que comunica con Magerit.

Avanzo por entre las mesas y demás mobiliario y una sensación de frío

recorre mi espalda. Es espeluznante, porque está tal cual se dejó. No se ha recogido nada, ni las papeleras, taquillas, carteles e incluso material de oficina muy rudimentario, que aún puebla las mesas. Un museo bajo tierra, del que pocos conocen su existencia, y en el que nunca han aparecido ni pequeños roedores, ni siquiera arañas que dejen sus telas por todas partes. Tuvo que suceder algo muy extraño para dejar así este lugar en el que se respira una presencia muy fuerte que lo impregna todo.

Alcanzo por fin mi objetivo y contemplo la vieja puerta de madera. Atravesarla y adentrarme en las galerías que hay tras ella supone un peligro absoluto. Allí encontraré pozos sin escaleras, redes de túneles en los que apenas hay oxígeno y todo un mundo secreto a ese otro lado, pero no hay otra opción. El caso es que todo el ágora y gran parte de la ciudad está construida sobre tres corrientes de agua subterráneas que confluyen bajo el Palacio de Justicia. Una pasa por debajo del *asclepio*, otra por detrás del *umbráculo* y la última llega hasta el ágora secundaria del puerto.

Cuenta la leyenda que estos pasadizos fueron utilizados como vía de escape por las amantes ocasionales de algunos altos cargos, conocidas como las búho, que durante la Gran Guerra se ubicaron allí hospitales de campaña, refugios y polvorines, que en algunos tramos podrían circular incluso caballos o carros y que los calabozos del Pozo, situados a veintiséis metros de profundidad, en realidad se encuentran sumergidos en el agua, pero eso es algo que nadie ha podido comprobar.

Magerit significa cauce de agua abundante y nos habla de lo que un día debió ser nuestra ciudad, aunque hace ya tanto tiempo de ello que nadie puede saberlo realmente. Afortunadamente, la inclinación de mi querido tío Iaakov hacia lo oculto y las viejas historias que pueblan las leyendas del pueblo le llevó a investigar sobre el tema y a enseñarme este lugar siendo un niño. Lo recorrimos juntos en multitud de ocasiones, solo espero reconocer este entramado de pasadizos y túneles, encontrar las dos puertas intermedias y acceder al Palacio de Justicia a través de las conducciones de agua por las que caben varias personas. Debo concentrarme porque, de lo contrario, me perderé en estos viajes de agua, un complejo de galerías abovedadas con estructuras enladrilladas a varios niveles, kilómetros de longitud e incluso un improvisado enterramiento en las ruinas de lo que antes fue un convento.

—¡Magerit, «la ciudad bajo la ciudad»! —digo en voz alta mientras me adentro en los túneles que discurren en paralelo a este olvidado río subterráneo.

“Me conoceréis bajo muchos nombres y tradiciones.

Unos me llaman Raguil, otros Suryan, e incluso Akrasiel. Pero en cualquiera de estas variantes vengo a mostraros el fuego que guiará vuestros últimos pasos. No me busquéis en los libros, porque las escrituras no me nombran. La razón es que he de mostraros lo que hay más allá, la revelación de este sexto sello que nadie conoce. Mis palabras sonarán tan fuertes como una trompeta que le arrancará estrellas al cielo.

Antorchas ardientes que han de marcar vuestras acciones. He observado sin ser visto y conozco grandes secretos. Así, primero dictaré el castigo de aquel que no honró la memoria del hombre corrompiendo nuestro cielo, para después ejecutar la condena sobre él con el fuego de nieve y frío.

Y sucedió de esta manera. Aquella noche ella yacía rota de dolor por los golpes a los que la mala bestia, a la que un día unió su vida, la había sometido. Aparentemente estaba embriagada por el sueño y el sufrimiento que padecía, a falta de ayuda médica con la que él la continuaba castigando, pero no tanto como para no ser testigo consciente de lo que ocurrió. El descendido llamó a su puerta convocado para una reunión que como un gran trampantojo escondía un engaño. El usurpador quería, necesitaba hablar con él, pero la furia y los nervios le traicionaron. No entendió la lealtad de ese gran hombre hacia la Roca, al que no delató, y hacia los suyos.

Por ello, henchido de odio, le dio muerte. Una herida certera que lo dejó desangrándose, pero fácil de ocultar tras la revuelta del zoco. Sí, el descendido fue la primera de las víctimas de la gran revuelta del *bazaar*. Injusta matanza que únicamente tuvo un culpable que hoy continúa ocupando su sillón, agarrado al cetro de poder como si su vida se consumiera alejada de esa borrachera de fuerza y sangre.

Vosotros que habéis sido participes de este secreto, habéis escuchado también a mis hermanos, Remiel, el mensajero, Rafael, guía de médicos y viajeros, Uriel, que destapó la vergüenza, Miguel, nuestro protector y Gabriel, el guardián del tesoro. Ahora yo, Rael, el amigo de dioses, os entrego esta verdad para que con ella liberéis al pueblo y a todos aquellos inocentes que languidecen muertos en sus tumbas o repartidos en prisiones de esta vida y de la otra...”

Detengo el relato cuando noto la presión de la mano de Bella sobre mi hombro, me giro y contemplo su rostro, que se ha teñido de lágrimas negras y espesas que huelen a angustia y a estupor.

—¡Dios mío, Pétrola! ¿Cómo he podido estar tan ciega todos estos años? Fue él, fue Iaakov.

Tomo su mano y me levanto para ayudarla a sentarse y tratar de que se tranquilice.

—Respira hondo, Bella, tu pulso se ha disparado.

—No hay tiempo para eso, mi niña, hemos de salir de aquí. El mundo entero tiene que conocer lo que realmente ocurrió ese día —responde ella contrariada.

—Te comprendo, pero, ¿cómo vamos a lograrlo? No creo que la puerta vaya a abrirse de par en par porque nosotras lo... —No puedo terminar la frase.

Un sonido metálico agudo y chirriante sepulta mi voz y la puerta de la celda se abre. Mis músculos se tensan e instintivamente me coloco delante de Bella. Sin embargo, una fracción de segundo basta para que el miedo se transforme en una espontánea e involuntaria sorpresa, porque el guardia entra acompañado por Kosmo.

Todo sucede tan rápido que apenas sí puedo reaccionar, lo que no impide que mis pulsaciones se disparen cuando nuestras miradas se cruzan. El armario de dos metros que precede a Kosmo se despide de él con un amable saludo y le da quince minutos para realizar el reconocimiento médico de las prisioneras. Desaparece de la celda y escuchamos sus pasos alejándose de nosotros.

—¡Rápido, no tenemos mucho tiempo antes de que vuelva! ¿Os encontráis bien las dos? —pregunta casi sin esperar respuesta, su única consejera es la urgencia. Leo determinación en sus ojos—. Hemos de llegar hasta la red de galerías subterráneas para llegar a tiempo al Palacio de Justicia. —Noto su nerviosismo y franca preocupación que me devuelven al hombre por el que una vez lo di todo, incluso lo que nunca tuve.

—¿La ciudad bajo la ciudad? —pregunta Bella—. Por supuesto, ¿cómo no me di cuenta antes? ¡Magerit!

—El único obstáculo será burlar al guardia, pero no os preocupéis, yo me encargaré. —Coge mis manos y con una mirada suplicante continúa hablando—. Si por cualquier razón se complicase la huida quiero que me prometas que no mirarás atrás. Tienes que llevar a Bella por el pasillo de la derecha y, una vez allí, salir por la última puerta, la he dejado entreabierta. Descenderéis por unas escaleras que llevan directas hasta los túneles, donde

os he marcado el camino con pequeñas bandas de señalización nocturna que utilizamos en el hospital para emergencias. No podéis perderos.

Intento mantener la calma, pero mis ojos se niegan a obedecer con contenida prudencia y se desbordan.

—No puedo dejarte aquí, no me iré sin ti —respondo rota y abatida.

—¡Pétrola, prométemelo! Llegado el caso, has de hacer exactamente lo que te he dicho. No permitiré que os hagan daño a ninguna de las dos. Tenéis que personaros ante el tribunal, toda ayuda es poca para salvar a Otto y desenmascarar a Iaakov. —Desvío mi mirada, no quiero escucharle, no quiero saber nada, no puedo separarme de él. Con suavidad acaricia mi rostro y me obliga a enfrentarme a él—. No recuerdo lo que un día significaste en mi pasado y, a decir verdad, no sé si algún día lo haré. Pero sí sé lo que eres ahora mismo para mí. Moriría mil veces antes que dañarte y volvería a nacer otras tantas para dar muerte a los que quieran infringirte algún mal. Mi vida es tuya y por eso no vale nada si tú no estás a salvo.

Le escucho. Le observo. Le quiero. En ese mismo momento, en el que reconozco la verdad contra mí misma, noto cómo la distancia que nos separa desaparece. Cada uno de nosotros es una piedra imantada que busca irremediabilmente al otro, su carga contraria. Quizás el calor pueda destruir el magnetismo, pero en nuestro caso ya nada podrá separarnos.

Sus labios sellan mi espontánea confesión y el rencor desaparece.

Sin tregua alguna, la emoción que siento se torna en miedo cuando la puerta se abre de golpe y entran dos guardias. Uno de ellos parece reconocer a Kosmo y le recrimina al otro que le haya permitido entrar. Sin mediar palabra, se abalanzan contra él, que se defiende como gato panza arriba. Pero la fuerza de sus golpes es devastadora y su única defensa es un pequeño bisturí con el que apenas consigue hacerles unos pequeños cortes.

—Si vas a jugar a ser un soldado deberías haber elegido mejores armas, pareces una mujer asustada con ese cuchillito —Tobías, nuestro captor, pronuncia sus palabras con sorna mientras se aproxima a Kosmo—. ¡Vas a probar tu propia medicina! —le amenaza mientras su compañero lo tiene inmovilizado por los hombros.

Intento acercarme pero basta un pequeño empujón de su fornido brazo para desplazarme más de un metro y golpearme contra la pared. Bella trata de auxiliarme, pero ya es demasiado tarde. Desde el suelo aprecio con estupor cómo el rabioso gigante avanza hacia Kosmo para darle muerte.

Soy Bastian, el Maestro, y me muerdo las ganas de decirle lo que en verdad merecería escuchar Iaakov y entretanto camino hacia el jurado para comenzar mi segunda alegación. El descanso ha sido breve, pero los bailes de máscaras y sonrisas cómplices que he presenciado en el tribunal no auguran nada bueno. El juicio no va bien y me preocupa que Anne no haya regresado aún para ocupar su puesto, algo sucede. Evito sostener la mirada de Otto, para que no denote mi preocupación, aunque su rostro parece sereno, tranquilo e incluso diría que confiado. Jamás he conocido a nadie como él, su valor y generosidad son infinitos. He de hacer todo lo que esté en mi mano y mucho más para evitar que este diablo que nos gobierna lo dañe. Comienzo a hablar.

—Saludo de nuevo a los miembros del jurado y al público aquí presente, como orador de la defensa, en la causa abierta contra el doctor Otto Baruc. Y lo hago con verdadero estupor y vergüenza ante lo que estamos escuchando hoy aquí. ¡Señores, la mentira podrá adoptar muchas caras, pero la verdad solo tiene una! Una faz que debería ser limpia y cristalina, pero que el orador de la acusación se ha encargado de manipular y oscurecer en su exposición de los hechos... —estoy tan concentrado que las palabras fluyen solas, persiguiendo, con rabia y contención al mismo tiempo desenmascarar el engaño que se ha tejido alrededor de mi amigo, un ser intachable y ejemplar. Argumento sobre la necesidad de poner en valor su trabajo en la *khora*, los territorios anexos a la ciudad, que nuestro actual gobierno olvida y menosprecia reiteradamente en sus dictados y políticas. Tema que incomoda notablemente a mi rival, que tensa las venas de su cuello. No preciso de mucho más para hacerle perder los papeles y mi último argumento sé que lo conseguirá. —Respiro hondo y continúo—. No obstante, he de reconocer que no comparezco ante vosotros únicamente para defender a un hombre acusado injustamente, sino para denunciar un atropello más de los que la guardia personal de nuestro presidente viene cometiendo. El mismo cuerpo de seguridad que sesgó una vida inocente, la de Anicka, mujer del acusado, en una redada que no ha arrojado prueba alguna de que el Centro de Salud diese cobijo a ningún fugitivo. Estamos ante un chapucero montaje que no busca defender el bien común, sino utilizar nuestra justicia como moneda de cambio para venganzas personales. Las de nuestro muy querido...

—¡Mentiras, falacias! —me interrumpe Iaakov fuera de sí, sin que yo haya llegado a nombrarle.

Abandona su lugar en el tribunal y se coloca desafiante a pocos metros frente a mí. Los *dikastes* se mueven en sus asientos y por fin parecen interesarse en lo que está ocurriendo. El *areópago* que preside el jurado le llama al orden.

—Le ruego ocupe su lugar y deje proseguir a la defensa o me verá obligado a expulsarle de la sala.

La reacción de Iaakov ante sus palabras me desconcierta, no solo no se amilana sino que me da la espalda y se dirige hacia el *areópago* con prepotencia. Noto cómo la guardia abandona su posición y rodea el púlpito principal.

No me gusta lo que veo, pero menos aún lo que intuyo que va a suceder

No puedo ver nada porque la gran envergadura del gigante bloquea mi campo de visión. Aún resuena en mis oídos el grito aterrorizado de Bella, cuando le asestó el golpe terrible a Kosmo y, aunque muerta de miedo, me incorporo para correr a socórrerlo.

—¡Pétrola, detente!

Me agarra del brazo con fuerza para que no avance. Estoy confusa y esa falta de orden y claridad no se despeja cuando contemplo cómo el guardia hinca sus rodillas en el suelo.

Mi corazón, anticipando el esperanzador resultado, late con fuerza y por fin mis sentidos se alinean para permitirme respirar con alivio. Sus ojos me devuelven la mirada y sonrían a mi alma. Kosmo se encuentra perfectamente. Observo cómo el otro guardia también se tambalea y como un fardo se desploma en el suelo. Le interrogo sin decir palabra, esperando una explicación y él se incorpora por fin y da cuenta de todo.

—Supongo que si vas a jugar a los médicos deberías cerciorarte de limpiar bien el instrumental y yo he descuidado un poco el mío. El tranquilizante que he utilizado con vosotros es rápido y eficaz, en unos minutos dormiréis como angelitos. —se desquita con nuestro captor. Le quita las llaves de la celda y se dirige hacia nosotras—. No hay tiempo que perder, debemos salir de aquí.

No le dejo continuar porque me agarro a su cuerpo como una lapa pegajosa. Lo abrazo y lloro plena de felicidad y esperanza. Él, ignorando a Bella, me besa con impaciencia, como si en ese momento reconociese por fin mi alma, y con entrega, como si con ello liberase un juramento que

únicamente él y yo hemos de sellar.

—Viéndoos así lo entiendo todo perfectamente, me llena de esperanza contemplaros. Aunque he de deciros, muchachos, que los antiguos pintaban la esperanza con unas enormes y grandes alas, porque si no se escapa siempre que tratamos de retenerla. Nosotros somos el único anclaje que puede detener a Iaakov, tenemos que movernos —añade Bella acercándose a nosotros.

—Perdona, Bella, tienes razón. Seguidme, en unos minutos llegaremos a la sala del Tribunal de Justicia. Hay una salida directa desde las galerías. — Toma mi mano y abandonamos los tres ese tétrico lugar, pero no es mi cuerpo el único que ha recobrado su libertad de movimiento, sino mi corazón, que limpio de rencor, respira libre.

Ante la incredulidad de todos los presentes, la guardia rodea al *areópago*. Iaakov lo acusa públicamente de deslealtad al tribunal y le relega de su cargo. Bastian grita desesperado, pero no corre mejor suerte que él y dos esbirros lo reducen para que no vuelva a intervenir. Debo actuar pronto o todo estará perdido.

—Todos habéis sido testigos de esta afrenta, de esta pantomima en la que algunos quieren convertir la justicia. Yo os prometo que no permitiré que estos farsantes corrompan y destruyan nuestra sociedad. Por ello, más que nunca, debemos ser consecuentes y concluir este juicio con un veredicto justo. ¡*Dikastes*, alzad los *obalos* y emitid vuestro voto! —grita con determinación.

Veo como Solomón, cual heraldo del juicio, recoge en el odre las fichas de voto del jurado para pasar a dar lectura de las mismas. La verdad es que ha mantenido una actitud en el juicio bastante extraña, ausente, marcando las distancias con todo lo que está sucediendo. Los nervios me consumen pero debo esperar hasta comprobar cuál ha sido el veredicto.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!... —Cada dictamen erosiona mi esperanza, porque la sentencia de culpabilidad implicaría una pena automática e inmediata, sin derecho a recurso—. ¡Culpable por unanimidad! —concluye.

Iaakov sonríe satisfecho mientras que con un gesto hace traer a Otto ante él. Ha llegado el momento, no puedo esperar más.

—*Nulla principia falsi test, nihil mendacium, quod verum est de voluntate*^[11] —pronuncio el juramento mientras me coloco frente a mi padre—. Yo, Anne, ciudadana de pleno derecho, ejerzo mi derecho a implicar en la

causa al querellante. —Me giro dándole la espalda y hablo directamente al jurado—. Cito como testigo al orador fiscal cuyo testimonio podría anular el veredicto anterior.

—¡Dejémonos de juegos! El tribunal ha hablado y la sentencia debe ejecutarse —responde el cobarde visiblemente inquieto.

—Debo señalar, mi ilustre presidente, que la ley ampara su petición — replica Solomón—. Como juicio público, cualquier ciudadano puede ejercer la acusación al considerar que el resultado del mismo puede afectar a la comunidad en su conjunto.

—Está bien, veamos que tiene esta modesta escriba que preguntarme. Me postro ante usted, señorita —contesta jocoso y desafiante mientras se sienta en el banquillo como un testigo más—. Puede comenzar cuando quiera.

Apenas si soy capaz de pronunciar palabra, pero debo sobreponerme y enfrentarme a mi padre.

—Dice el juramento que toma cada miembro del jurado que la verdad es una vieja señora que es recompensa en sí misma y a la que ningún engaño seduce, pero hoy aquí se nos ha negado. Quiero denunciar que hemos asistido a una autentica farsa en la que la decisión estaba tomada de antemano. He contemplado con estupor cómo se desdeñaba la evidencia para presenciar meros artificios, por ello quiero presentar pruebas sobre la parcialidad del orador fiscal que lo incapacitan para ejercer la acusación. En esta bitácora está todo detallado. —Hago una pausa para contemplar su reacción y, por primera vez, respiro miedo en su mirada.

—¡A mí la guardia, esto es indignante! No se pueden vulnerar los códigos estrictos de confidencialidad y tú, como escriba, deberías saberlo. Esa bitácora no puede ser leída en público. ¡Apresadla!

—La Noche de los doce justos —ignorándolo, trato de continuar mi discurso, mas no puedo porque recibo un fuerte golpe en la cara.

Me arrastran agarrándome por los brazos y me arrojan al suelo junto a Bastian, al que sujetan entre tres guardias. Casi petrificada asisto con desesperación al tétrico espectáculo, Iakov coge la vasija con el veneno y se dirige hacia Otto, va a ajusticiarlo él mismo.

Nadie hace nada, el silencio es absoluto en la sala. ¡Cobardes, indolentes! Asisten impertérritos al asesinato de un hombre inocente paralizados por el miedo. Asisto perpleja al fin, confirmando que las cosas pequeñas crecen, así el egoísmo, la autocomplacencia y el puro instinto de

conservación se anteponen al bien común, mientras que las grandes, la justicia, el valor y nuestra dignidad como pueblo se derrumban.

Otto no se resiste y, resignado a su destino, toma el cáliz con el veneno. Lo acerca a su boca y cuando sus labios van a tocar el mortífero elixir escucho un grito agudo entre el público que me estremece.

Una piedra ha impactado en el vaso y ha derramado su contenido ante la exasperación del cínico verdugo. Contemplo el objeto que ha quedado junto al recipiente hecho añicos en el suelo y compruebo que es uno de los *obalos* de los que se entregan al público. Guijarros circulares que simbólicamente recuerdan el pago que recibían los asistentes. Una voz poderosa se adueña de la sala.

Es Bruno, que avanza hacia él, cual Señor de la Tormenta. Coge el guijarro del suelo y se lo entrega a Iaakov, un gesto de humillación pública que no pasa desapercibido a nadie. Un oprobio con el que lo señala ante todos. Comienza a hablar con fuerza, con rabia, con honor...

19. ¡Díselo al pueblo, dímelo a mí!

Historia magistra vitae et testis temporum

Pronunció Ciceron esta máxima con mucha sabiduría, puesto que es bien cierto que «la historia es maestra de la vida y testigo de los tiempos». Sin embargo, el hombre se obstina en olvidarlo cometiendo así una y otra vez los mismos errores.

Las palabras de Bruno me llenan a mí, Ofelia, de determinación. Ha conseguido enmudecer a todo el tribunal. Todos lo escuchan absortos, como embrujados. Si hasta el mismo Iaakov se repliega, revolviéndose como una cucaracha, sabiendo que las palabras, como ecos del tiempo y de los actos cometidos, se están cobrando un peaje en él.

—No amanecerá para un pueblo que ha olvidado lo que es la justicia y no habrá descanso para aquellos que cierran los ojos ante la mentira, porque nunca obtendrán el perdón los que apoyaron el miedo y el horror como forma de gobierno. A ti que te eriges en verdugo de la razón, te exijo... ¡No pidas justicia si la manchas con tus actos, no exijas lealtad si tú solo pagas con traición! ¿Vais a consentir que se ajusticie a un inocente a manos de un amo negro y oscuro, responsable de la muerte de muchos de nuestros hermanos? Sí, esa es la cruda verdad, nuestro presidente Iaakov lleva décadas espiándoos a todos. Ha apresado, torturado y ejecutado a muchos inocentes delante de vosotros. Él y solo él fue el responsable de la Noche de los doce justos y estoy seguro de que muchos crímenes más duermen bajo sus sábanas...

—¡Hereje, apestoso hijo de la *khora*! ¿Cómo te atreves a levantar falsos juicios contra mí? No consentiré que manches mi buen nombre, pagarás por tu blasfemia. ¡Apresadlo! —Iaakov lo interrumpe desesperado y fuera de sí.

—¡Solomón, por Dios! Tú no eres como él nunca lo has sido, no

permitas que se salga con la suya de nuevo. Yo mismo he sido testigo de sus abusos y crueles actos. Tú lo conoces mejor que nadie. —Bastian, el Maestro, trata de implicar sin éxito a nuestro heraldo que se muestra impasible.

¡Cobarde! La guardia avanza hacia Bruno, sé que se resistirá y plantará batalla encontrando la muerte a manos de esos salvajes sin ley. No puedo permitir que le roben la vida, eso sería tanto como privarme del aire que respiro. Abandono mi puesto de observadora y con las piernas temblando camino hacia Iaakov, al que le entrego mi *obalo*.

—Yo, Ofelia, hija de Farab Baruc y sobrina de Otto Baruc, te acuso en nombre la justicia y de nuestra ciudad, e invito a los hombres y mujeres justos de este tribunal a que hagan lo mismo —con la voz trémula y toda la firmeza de la que soy capaz pronuncio mi juramento ante la sala que permanece en una rara calma.

Es ese espacio de remanso que precede a la tormenta más furiosa. Todos se miran incrédulos, pero sé que no moverán un dedo. Respiran miedo, beben vergüenza. La guardia se acerca hacia mí. Busco con la mirada a Bruno, pero no consigo aplacar mi angustia en sus ojos. Todo sucede tan rápido que no me da tiempo a esquivar el golpe y caigo al suelo como un peso muerto. Los ojos de Iaakov, inyectados en sangre, me traspasan. Levanta su brazo para golpearme de nuevo cuando algo lo detiene.

—¡Alto! —Solomón se acerca y ante un paralizado Iaakov, me levanta del suelo para acto seguido entregarle también su *obalo*.

Un gesto que despierta al tribunal del sueño que lo aletargaba y consigue que algunos lo imiten. En pocos segundos se ha formado una cadena humana en la que correctos ciudadanos desfilan ante nuestro encolerizado presidente, ofreciéndole sus *obalos* como acto de denuncia. La ira lo consume y no da crédito a lo que está sucediendo.

—¡A mí, la guardia personal! ¡Apresadlos a todos! No tenéis prueba alguna contra mi persona, salvo falsos testimonios.

Las puertas de la sala se abren e irrumpen dentro los mercenarios que escoltan siempre al presidente. Soldados y asesinos vendidos al mejor postor que no tendrán piedad con ninguno de nosotros.

Horrorizada, veo cómo cargan contra la hilera humana, dando muerte al que encuentran a su paso. Son momentos de confusión para todos, pero allí, rodeaba de olor a muerte y podredumbre encuentro de nuevo mi centro. Sus manos tiran de mí hacia él y me coloca a su espalda convirtiéndose en mi escudo.

—¡No te separes de mí! —Bruno me salva de nuevo, mas ahora no de mí misma sino de la locura de Iaakov.

Pasados unos minutos en los que los gritos de dolor, la sangre y el pánico se mezclan con lágrimas y despedidas, todo se acompasa de nuevo y torna en una quietud tensa. El reguero de muertos ha hecho retroceder al público y los mercenarios toman de nuevo el control de la sala. Cuando todo parece perdido, la puerta sur que da al ágora se abre. Tras reducir en segundos a los dos guardias apostados allí, entre el gentío se abre paso una figura imponente que precede a un numeroso grupo de hombres armados, los hombres de Nezer. Junto a ellos puedo identificar claramente a Miguel, que sobresale del resto por su altura. Me sonrío y apacigua mi angustia, sin duda algún as bajo la manga ocultan. Bruno, puro instinto, me rodea con sus brazos en un gesto protector. Siento su calor, su fuerza y me atrevo a mirarle a los ojos.

—¡Yo...! —intento hablar pero Bruno pone su dedo índice sobre mis labios y me pide silencio.

—No tienes que explicarme nada, Miguel me ha contado lo que pasó en el poblado. Todo está bien.

Permanecería enredada en su voz y aislada del mundo mientras él toma mi mano y me devuelve la vida, pero detrás de mí escucho de nuevo esa voz, que como aquel rayo de tormenta del poblado, trajo la paz a mi corazón.

—¡Iaakov, tu tiempo se ha acabado! Pide a tus hombres que depongan sus armas. Sabes que la historia es maestra de la vida y testigo de los tiempos y hoy no volverá a repetirse, pues yo, Ebennezer, al que antes llamabais la Roca, traigo conmigo el pasado que dará buena cuenta de tus faltas.

¡No me lo puedo creer! Nezer es Eben. Eben es Nezer. ¡Ebennezer! ¡Con qué claridad se ve ahora en la distancia! ¡Qué sencillo parece todo! Pero la realidad es que ha estado escondido todos estos años, oculto a la vista de todos, sin que hayamos sido capaces de verlo. Ni siquiera el omnipresente Solomón, ¿o sí lo sabía?

Eben se hace a un lado y dos mujeres, ocultas tras una túnica, se aproximan al tribunal. No tengo duda alguna de la que la más joven es Dana, pero no logro identificar a la otra. Esa misma, la que parece mayor de ellas y que camina con mucha dificultad ayudada por Miguel, descubre su rostro. Al fondo de la sala se escucha la voz de Bastian que abandona las sombras para sobresaltar nuestros corazones, pues pronuncia con desgarro un nombre

maldito por el olvido y olvidado hasta por la muerte.

«Estoy en medio del ágora y el murmullo crece a mí alrededor. Sé que todos esperan como animales carroñeros a su presa, pero esta noche no la conseguirán. No podrán tenerme. Necios que pretenden consumir su trofeo sin haber participado en la caza. Cobardes que se instalan sobre el cadáver y que, tras saciarse, abrirán paso a los *descomponedores*. Ignorantes que solo se alimentan de los restos de animales muertos que otros dejan...»

A mí, Iaakov, ese premonitorio y recurrente sueño que me ha abordado, noche tras noche, durante los últimos meses se está haciendo realidad. El guion está escrito, pero aún tengo dardos envenenados que pueden convertir sus vidas en un infierno.

Me insultan. Me empujan. A punto estoy de caerme, pero logro recuperar el equilibrio. Jamás me verán hincar las rodillas en el suelo, siempre estaré por encima de ellos. El escarnio público no puede dañarme, en realidad ninguno de estos dóciles borregos puede hacerlo, siempre estaré muy dentro de sus corazones, como una mezcla viscosa que pudre el alma. Porque como pueblo son débiles, cobardes y anidan demasiado rencor y egoísmo en su interior.

Volveré bajo miles de nombres. Nunca se librarán de mí. No tendrán ninguna oportunidad frente al mal que se hace más fuerte en cada uno de sus instintos y acciones. Son presas fáciles porque han rendido sus decisiones y comportamientos para tratar de encajar con la mayoría, como una masa adoctrinada sin alma. Y son dominados por sus bajos instintos, vendidos al único objetivo de conseguir placer, lo que los desgata y aboca a la insatisfacción perpetua, dado que esa enfermiza prioridad nunca estará satisfecha.

Siempre querrán más y más, al ignorar alarmas tan claras como el agotamiento, la vehemencia o la frustración. Ese es su destino, sufrir en todo momento. Un sentimiento que solo se apaciguará con la calma, el hastío, la rutina y el orden que yo traía para ellos y que como estúpidos han despreciado. ¡Quizás hoy desaparezca! A todos nos llega nuestro momento, pero yo os sobreviviré. Os condeno a vivir con una herida abierta que no sanará, pues podréis tratar de evitar el dolor pero no así el sufrimiento que en vuestro caso no es opcional, sino un mal compañero de viaje. ¡Egoístas! ¡Incapaces! La tristeza, el duelo, la pena y la ira serán vuestro alimento.

Lleno de odio, continúo caminando hasta llegar al Palacio de Justicia, esta humillante exhibición por fin termina. Sin demora, ha llegado el momento de que el gran Iakov enfrente su destino, mi destino. Nos detenemos en el patio principal. Cierro los ojos y mis pensamientos me devuelven al juicio de Otto, que se celebró esta misma mañana. Ese punto de inflexión en el que todo cambió. Me sumerjo de lleno en mis recuerdos.

Contemplo de nuevo su rostro y esa añoranza me lacera. Toda mi vida he tratado de destruir aquello que quiero para alejar de mí esa repugnante debilidad que algunos llaman amor, mas irónicamente ha sido precisamente lo que he destruido en ese camino lo que me ha traído hasta este momento final.

Penélope clava sus ojos en mí. Sé que es la muerte la que me mira a través de ellos desde el otro lado y me llama junto a ella. Dana no se atreve a mirarme. Y Pétrola, esa molesta y escurridiza escriba, a la que el destino le ha jugado una broma macabra, sin que ella siquiera lo sospeche, que tiñe su origen de dolor y vergüenza, irrumpe en la sala junto a Bella. ¡Mi Bella! La que un día me suplicó clemencia, ahora se convierte en verdugo. Me acusa, me desprecia y me arroja hiel con cada una de sus palabras. Estoy aturdido, confuso. Viéndola de nuevo tras estos largos años no de soledad, sino de ausencia. No dejo de pensar que cada recuerdo es una imagen retenida de nuestro pasado que custodiamos en nuestra caprichosa memoria, porque de alguna forma logramos reproducir con ellos lo vivido. Además, estos crecen parasitando nuestra voluntad y se fortalecen y alimentan día a día de las emociones que les dieron forma. Por eso no comprendo esta sensación que me invade al tenerla frente a mí, porque no es el desprecio que siento por ella el motor que ha activado mi memoria, trayendo viejos y enterrados recuerdos al presente, sino el amor que un día le profesé.

El tribunal ha enloquecido. Nuestro frágil y mojigato areópago se ha desmayado y es atendido por Kosmo, mi falso sobrino. Bastian llora al reencontrarse con la ilusión de la juventud que regresa como la parca noche a su presente. Los miembros del jurado han abandonado sus puestos y permanecen junto con el público. Mi guardia personal, cual viles mercenarios, que es lo que han sido siempre, obedecen dóciles las órdenes de mi hermano Solomón, ayudando a los heridos y cercándome como perro de presa.

Sonríe al cruzar su mirada con la mía, hoy se cobra viejas deudas sobre mí, el rédito de haberle arrebatado a las únicas personas que ha amado en su

vida, su madre y Carlota. Eben y ese furibundo Señor de la Tormenta se han erigido en los oradores de la acusación y arremeten contra mí sin piedad. Debo escuchar una narración que me asquea y que me resulta ajena. No es mi historia, nunca lo fue.

Hace ya mucho tiempo que transgredí mi forma y me alejé de estos inútiles anhelos para servir a un bien mayor y más elevado que sus viles vidas.

Sí... Fui yo el que quebró la vida y cuerpo de Penélope, una débil y frágil mujer.

Fui yo el que tomó un alma necesaria, la de Arad Tasman, para iniciar con ella la limpieza de las cloacas de nuestra ciudad, el zoco. Ilusamente llaman a sus muertos, ¡inocentes! Ninguno de ellos lo era, siempre fueron íncubos al servicio de la degeneración y el caos.

Fui yo el que tuvo que ensuciarse las manos desatando la espada de la justicia sobre los que ahora llaman los doces justos. ¡Pobres idiotas, no reconocerían a su peor enemigo ni aunque les clavase una daga en el corazón!

Pero no... Fui yo el que obligó a Penélope a abandonar a sus hijos bastardos, separando así sus vidas, sino su cobardía.

No fui yo el que confinó a Eben en un mísero poblado, sino su incapacidad para afrontar su destino.

No, no fui yo el que malogró sus vidas, sino su debilidad y su ruptura inconsciente con la realidad para aferrarse a falsos recuerdos, erradas promesas y nocivos principios. La historia no recordará sus insignificantes hechos y experiencias individuales, puesto que siempre se escribe con acontecimientos globales que sepultan las vidas anónimas.

Estoy solo ante esta exhibición de miseria, en la que Otto ha pasado de culpable a ser absuelto a instancia de todas las partes. Y yo, de acusador a ser tachado de cometer crímenes que no son tales. Escucho al areópago, ya repuesto de su vahído, su voz suena hueca y lejana mientras me sentencia de forma definitiva a muerte, susurro entre dientes. ¡En este nuestro mundo, atrevida es sin duda la ignorancia, infinita también!

—Cuando lo que hacemos es más importante que nosotros mismos, las acciones y las palabras se alzarán incluso cuando ya no estemos. Perdurarán como voces que se consagran a la justicia y al hombre. Podéis acabar conmigo, pero quién soy yo, sino un simple instrumento del hombre... —palabras que Iakov pronuncia con autoridad y que no hacen sino espolear

mi determinación.

Debo acercarme más y para ello me abro paso entre la muchedumbre para llegar hasta él. Quiero recordar sus últimas palabras, quiero masticar su deshonra que es la mía, pero sobre todo quiero grabar sus rostros, los de todos sus verdugos.

Aquellos que darán muerte al único gobernante que ha sabido leer lo que esconde en realidad el corazón del hombre. No puede ser excesivo lo que no basta y, con el hombre, la severidad nunca es poca. Lo he sufrido durante toda mi existencia, la de un bastardo primero, la de un huérfano después al que nadie ha arrojado y ahora la de un hombre sin nombre.

Llevo toda la vida buscándolo y aunque mi madre nunca quiso hablarme de él, la gravedad es mayor según nos acercamos a nuestro centro y el mío siempre fue encontrarle. Si queremos llegar a saber, jamás hemos de creer lo que otros nos dicen sino construir nuestro propio camino en esta vida, lleno de espejismos, mentiras y trampas que intentarán que nos extraviemos pero que en mi caso no lo han conseguido.

Reniego de los hombres, abandono su mundo y sus leyes porque no me reconozco en su vileza y oportunismo. Una raza, la del ser humano, que construye el mundo a su imagen y semejanza pensando que somos la justa medida de todas las cosas. Así acabamos siendo lo que pensamos ser y nos desgarramos tratando de recorrer la distancia que nos separa de todos nuestros anhelos imposibles. Mas yo me he liberado de esa realidad escondida tras falsas apariencias y entiendo que hay un orden superior a todos nosotros que da consistencia a nuestra existencia. Iakov también fue capaz de comprender esta verdad absoluta, que representa lo único que evitará que resbalemos sin tregua hacia el desgobierno, la destrucción y la muerte.

Cualquier otra forma de pensamiento es pura ilusión, por muy pertinaz que sea, incluida la inocente idea de la felicidad y no digamos ya la de la libertad. Nacemos para ser gobernados, esa es nuestra condición humana reconocida y avalada por siglos de guerras, contiendas y muertes innecesarias. La humanidad puede ser eterna pero, para eso nuestra vida y nuestro tiempo únicamente deben representar un intermedio que interrumpe ese devenir.

Dejo de escuchar su voz y mis pensamientos frenan en seco, al igual que mis músculos. Veo a Iakov sentado en el cadalso esperando la pena y la furia me refresca la garganta.

—¡Díselo al pueblo, dímelo a mí, Iaakov! Pero sabes tan bien como yo que no perdurarás en nuestros corazones. Tu ponzoña y tu locura acaban hoy aquí. Ni siquiera un linaje de sangre prolongará la sombra de tu nombre en la historia de esta ciudad —le responde Bastian, engreído y henchido de rencor. Aquel al que mal llaman el Maestro, pues lo único que hace con sus enseñanzas y ejemplo es condenar a esta masa indolente a una infelicidad y caos perpetuo.

—¡La caída del gobernante arrastrará a su pueblo! Ten por seguro que viviréis mutaciones violentas y bruscas. Bastian, no olvides que vuestros enemigos son muy fuertes y más antiguos de lo que creemos. La codicia, el egoísmo, el engaño y la cobardía. Sin daros cuenta os acabaréis devorando entre vosotros. El sistema de siempre se retroalimenta —sentencia Iaakov dirigiéndose al auditorio como despedida.

Acelero el paso. Avanzo y me coloco en primera fila frente a él, lo más cerca que puedo.

Debo mostrarle su obra antes de morir. Estoy seguro de que él entenderá el mensaje, sabrá interpretar estos símbolos y comprenderá que hoy no termina su tiempo, sino que da comienzo su reinado de oscuridad a través de mí. Un escalofrío recorre mi espalda, sus ojos por fin se han detenido y me mira. Me reconoce.

Temblando, comienzo a ejecutar los cuatro sellos. Para el primero, elevo mi mano derecha, con la palma de la mano hacia fuera y los dedos separados pero sin forzar el movimiento. Le hago llegar así «la luz en el oscuro túnel, la esperanza en el triunfo final». Para el segundo sello, entrelazo mis manos dejando únicamente estirados, los dedos índice que señalan la acción, el movimiento y el ejecutor. ¡Yo! En el tercero, cierro los dedos dejando libres los pulgares, juntos los nudillos de ambas manos y hago que las puntas de los dedos sueltos se unan. Es el *mudra* del tiempo, aquel que le permitirá sobrevivir incluso a su muerte.

El *kulchie* que está a mi lado me empuja, pero no cedo en mi tarea. Continúo. Sé que estoy llamando la atención de algún espectador curioso, pero no me importa porque Iaakov mantiene su mirada clavada en mí. Es intensa, directa y me habla con claridad. Por eso, con el pulso trémulo elevo mis dos manos hacia arriba y encarando las palmas que se observan entre ellas en paralelo como caras de la verdad, las hago descender en esa posición hasta el estómago, después con el puño cerrado y el pulgar sobresaliendo

desde la frente hago un gesto vertical hasta mi nariz. Este último signo encierra toda una vida bajo las sombras y un significado que pon fin cobra sentido en mi bastarda historia, la de un «hijo». Pese a la distancia puedo confirmar cómo sonrío y con la palma de su mano extendida y mirando hacia el suelo se toca la frente y después la barbilla.

Responde a mi confesión con una llamada, la del «padre» al que he honrar toda mi vida. A él consagraré mi existencia y mi lucha.

20. ¡Pétrola, mi nombre!

Omnes feriunt, ultima necat

O lo que es lo mismo, «todas hieren, la última mata». Todo, absolutamente todo lo que vamos viviendo deja una huella indeleble en nuestro corazón. Hay recuerdos que lo acunan, lo ensalzan y lo reconfortan, pero otros lo arañan, lo resquebrajan y lo oscurecen. Y es de estos últimos de los que a veces nuestra caprichosa memoria nos libera distorsionando lo recordado, porque sin duda evocarlos nos mataría.

¡Amai! Escucho ese nombre y un escalofrío recorre mi espalda. Han sido demasiadas sorpresas, sobresaltos y giros inesperados para un solo día.

Pero este... Iaakov, un cazador abatido por su propia presa; Penélope, una sombra rescatada del olvido; Farab, un hombre sin alma detenido por encubridor necesario; Otto, un santo varón restituido en su honor ante el hombre y la reina justicia; Bastian y Bella, almas generosas que han sido recompensadas por su integridad y coraje; Kosmo y Bruno, justos hermanos en tablas con su destino. Y Eben, la Roca, que por fin ocupa el lugar que siempre debió coronar, como guía y líder de nuestro pueblo.

Dentro de esta tragedia clásica en la que se ha convertido nuestra historia, únicamente hay tres personas, Ofelia, Pétrola y yo mismo, el infame Solomón, para las que el hado, esa fuerza misteriosa que rige la vida, aún no ha dicho su última palabra.

—Hay cosas que es mejor no desenterrar, le haría mucho más daño que bien. Te lo ruego —una súplica hecha a tiempo en el tribunal, con la que he conseguido frenar el ímpetu justiciero de Abel.

Pero, ¿hasta cuándo? El momento ha llegado y esta vez no podré evitar que la verdad de su origen atormente a Pétrola. ¡Iluso de mí! Creí haber enterrado esos recuerdos pero hoy sin remisión se muestran diáfanos de nuevo ante mis ojos. Confinado como estoy en el *scriptorium* por mi oscuro pasado junto a Iaakov, no puedo acercarme a ellas. Aunque este justo encierro no me impedirá hacer lo que debo por una vez. He de darles aviso, Ofelia y Pétrola merecen conocer su verdad.

Escucho un susurro que se va haciendo cada vez más vivo. Un grito ahogado, ¡Amai...! Y finalmente me despierto sobresaltada y empapada en sudor. No puedo sacar de mi mente la palabra que Abel me confió en el tribunal. Una confidencia que, más que el pago de una deuda con agradecimiento por haberle ayudado en su liberación, parece una nueva fuente de misterio e incertidumbre en mi vida. Sé que actuó de buena fe, pero no quiero recordar más.

No me atrevo a traspasar esa puerta. Además, la reacción de Solomón al escuchar ese nombre, Amai, me alarmó sobremanera. Doy vueltas en la cama y cierro los ojos buscando la cómplice oscuridad, pero es inútil. Me levanto y, sin hacer ruido para no despertar a Ofelia, me dirijo a la terraza.

—¿Tampoco tú puedes dormir, Pétrola? —escucho entre sombras, hasta que con un chasquido Ofelia enciende el haz de luz de la terraza—. ¿Quieres un chocolate bien caliente? Desde niña es lo único que me calmaba cuando tenía pesadillas.

—Te lo agradezco, Ofelia, yo... —no puedo terminar la frase porque siento cómo las fuerzas me abandonan.

Cuando estoy a punto de perder la consciencia, la presión de las manos de Ofelia sujetándome me devuelve a la realidad.

—Siéntate, te has puesto muy pálida —me dice mientras me acomoda en un sillón sin dejar de mirarme con gran curiosidad—. ¡Sabes! La primera vez que me di cuenta de que eras especial fue en el poblado del río. Tu rostro mudó de la misma forma y tu mente te abandonó por unos instantes para adentrarse en ese prodigio de memoria que atesoras, como has estado a punto de hacer ahora.

—Pero, ¿cómo sabes tú eso? ¿Quién...? —pregunto sorprendida.

—Hay muchas cosas que desconocemos la una de la otra, pero Anne y el Maestro me pusieron al tanto de unas cuantas en vuestra ausencia. No te preocupes, no diré nada.

—Fue a los ocho años —hago una pausa mientras mil recuerdos acuden en mi ayuda— cuando me di cuenta de que mi memoria no era normal. Podía evocar con facilidad todo lo que había hecho, todo lo que había vivido, todo lo que se supone que a una niña de mi edad le sería imposible recordar. Y no solo me sucedía con mis vivencias directas, sino también con lo que leía o veía. Algo así como vivir el presente en el pasado, que de forma casi obsesiva me perseguía en cada detalle de mi calendario mental personal.

Recuerdo que me asustaba mucho porque me sucedía sin pausa, de forma incontrolable y automática.

—Pétrola, no tienes que seguir...

—No te preocupes, Ofelia, me vendrá bien hablar de ello.

—Como quieras, bichito raro, te escucho —me responde con picardía y amplia sonrisa mientras se sienta a mi lado y me coge de la mano.

Después de todo lo que hemos pasado juntas, es increíble la cercanía y familiaridad que siento a su lado, como junto a una buena amiga, una hermana.

—La capacidad del cerebro humano es uno de los mayores misterios del hombre. Aún hoy en día somos incapaces de medirla con fiabilidad, aunque algunos estimen que podríamos almacenar más de diez billones de páginas. ¡Y nuestra memoria! Un instrumento indispensable para nuestra supervivencia pero que, en mi caso, representaba una dura condena. No te imaginas lo que suponía para una niña no poder olvidar absolutamente nada y vivir en una sucesión ininterrumpida de información y datos. Supongo que me sobrecargué, porque de repente, sin más, comencé a tener lapsus de memoria e interferencias involuntarias para asociar sensaciones. Sí, aunque resulte increíble, escucho colores, veo sonidos o siento el sabor de las palabras. Mi cabeza es una gran montaña rusa en la que Bastian y Anne me ayudaron a poner orden vinculando fechas y palabras a esos recuerdos cruzados. En resumen, soy capaz de almacenar escritos e incluso libros enteros en mi cabeza como si fuese un depósito de gran capacidad, pero estos recuerdos se activan con sensaciones que no puedo controlar. Un color, un sonido, un sentimiento...

—Un diccionario mental desordenado que se pone en marcha sin control, ¿no? —acota Ofelia poniéndose en pie—. Y, ¿qué es lo que ha despertado esta vez esos recuerdos? Quizás entre las dos consigamos rescatar lo que tanto te inquieta. Pétrola, la vida está formada por recuerdos y somos quienes somos gracias a ellos. No los rehúyas.

—En realidad, no lo sé. Ayer Abel me abordó en el tribunal y me preguntó que significaba para mí el nombre Amai. Cuando iba a continuar, Solomón lo llamó, habló con él y se fue de allí sin decir nada más.

—Dices que Solomón le impidió que hablase contigo. Si él está de por medio, no me gusta nada. Sé que gracias a su actitud, Iakov es historia, pero no me fío de él. Amai, Amai... —repite intentando recordar algo.

Su voz suena lejana, un eco que me trae a la memoria lo que necesito.

Todo se tiñe de un rosa suave que me muestra la información.

—Amai es el nombre de un lugar, un topónimo que marca los límites fronterizos. Una locución que se utiliza para indicar «hasta aquí». Su significado literal es el de «fin».

—Es impresionante, Pétrola. Dices que es algo así como terminar, concluir, una frontera, el fin, la última representación de algo... ¿No te dice nada?

—¡Dios mío, Ofelia! Lo he tenido delante de mis narices todo este tiempo y he sido incapaz de verlo. —Desabrocho el colgante que llevo al cuello y se lo entrego a Ofelia.

Está desgatado y ajado por el tiempo, pero no tanto como para no mostrar debajo del *kanji* de la piedra unas pequeñas letras cirílicas antiguas.

—¡Amai! —repito en voz alta—. Es la única huella de mis orígenes que el destino no pudo borrar, el colgante con el que me encontraron cuando era un bebé. ¿Acaso es ese mi nombre?

En ese momento de confusión el dispositivo de mi muñeca se enciende, hay una comunicación entrante. Un segundo pitido nos sobresalta y el de Ofelia se activa también. Nos miramos turbadas, la comunicación es de Solomón. Nos cita a las dos por la tarde en el *scriptorium*. Nos dice que es hora de que conozcamos nuestra verdad. Reza el dicho que todas las horas hieren, pero la última es la que mata. Y algo me dice que en este caso será así. Esa confesión...

Sentada en este banco del jardín, que me trasmite el frío tacto de la piedra, mi vida pareciera haber retrocedido décadas. Me transporta a un tiempo lejano, casi irreal, cuando el mal aún no había anidado en nuestra historia. Cierro los ojos y el calor del sol me trae esos sonidos del alma, de la juventud, de la felicidad... Muchos años atrás...

—¡Doscientas veinticinco por minuto! Eso es imposible, Iakov, nadie puede escribir tan rápido —le recrimina Bastian mientras le agarra con una llave de lucha por el cuello, despeinándole su perfecta cabellera rubia.

Bella y yo nos reímos al ver como Iakov consigue zafarse del púgil y lo empuja contra un matorral.

—¡Doscientas veinticinco por minuto! Y te lo demuestro cuándo y dónde quieras. A no ser que...

—Chicos ya estáis otra vez, cuándo vais a dejarlo. De todas formas, Bastian tiene razón si una persona habla una media de ciento cincuenta

palabras por minuto, ¿cómo vas a conseguir escribir tú casi el doble? —interviene Bella tratando de zanjar la disputa.

—Mujer de poca fe, ¡ven aquí! —responde Iaakov, atrayendo a Bella hacia él y robándole un apasionado beso—. Tú serás mi juez, te demostraré que puedo hacerlo y si fallo no volveré a besarte hasta que tú misma me lo pidas.

Nuestra improvisada mediadora en el conflicto sella la apuesta con otro más casto y contenido.

—Este es por si fallas, porque has de saber que arriesgas demasiado. Nunca te rogaré un beso, tendrás que ser tú el que lo haga. —Sonríe ella con picardía.

—¡Dejémonos de cháchara y vamos a verlo! —les interrumpo y acerco a Iaakov mi *penna* y el cálamo con el que estaba trabajando—. Cuando quieras comenzamos. ¡Vamos allá!

Bajo la atenta mirada de Bastian y con Bella controlando el tiempo, Iaakov comienza a escribir. Es increíble lo subjetiva que es la medida del tiempo, porque una medida tan pequeña se hace eterna. Me come la impaciencia y me devora la curiosidad.

—Esto ya está, si la señorita magistrada quiere proceder a examinar el texto, aquí el incrédulo fiscal tendrá que rendirse a la evidencia de que soy más rápido, más guapo y más inteligente que él.

—¡Eh! ¿Desde cuándo entraba eso en la apuesta? —interviene Bastian haciéndose el falso ofendido.

—Frena, galán, ¿no ves que te toma el pelo? —trato de poner orden en la contienda mientras observo que la expresión de Bella muda de una seguridad casi arrogante a la más espontánea sorpresa.

—Pues mucho me temo, amigo, que acabamos de perder la apuesta, delante de mí tengo escritas, exactamente, doscientas veinticinco palabras. Ni una más, ni una menos —sentencia Bella con incredulidad.

—¡Imposible! Déjame verlo —increpa Bastian examinando el texto con minuciosidad—. ¡Esto no vale, tunante, nos has vuelto a engañar! —responde airado.

—No estoy de acuerdo contigo, te dije que era capaz de escribir doscientas veinticinco palabras por minuto y ahí las tienes.

—Ya, pero en una lengua que nadie más que tú es capaz de descifrar. ¿Quién me dice que no son simples garabatos sin sentido?

—Vuelves a errar, mi incrédulo amigo. He utilizado un antiguo

sistema de taquigrafía que utilizaban los antiguos para la transcripción de sus juicios y causa legales. Se escribe de izquierda a derecha y se utilizan figuras elípticas para reflejar fonemas en lugar de seguir las reglas de ortografía. Así, fraseando, puedo escribir en un solo trazo oraciones enteras. Más económico, más sencillo y más rápido que tus sesenta palabras por minuto.

—Está bien, tú ganas —concluye Bastian, rindiéndose ante la evidencia—. Esos libros raros con los que te pasas el día, algún resultado tenían que darte. Pero no deberías bajar la guardia, no solo la rapidez es importante —pronuncia mientras lo vuelve a atrapar en una llave de lucha que lo inmoviliza y coloca en una posición bastante incómoda, mientras se revuelve sin éxito.

—Desde luego, no sé quién es peor de los dos —les contesto llamándolos al orden y los cuatro comenzamos a reírnos a carcajadas.

Las risas se van desvaneciendo en el aire de mi memoria cuando a mi espalda escucho una voz amiga.

—¿Peleándote con viejos fantasmas? —Es Bella, que se acerca junto a Bastian.

Él se adelanta y toma mis manos, me abraza y acaricia mi pelo mientras años de oscuridad se abren paso dentro de mí. Ninguno de los dos me ha pedido ninguna explicación, no ha habido censura, recriminaciones, ni juicio de valor alguno. Pero yo necesito hablar para poder continuar. Respirar para poder alcanzar la paz que solo nos regala la verdad. Así, frente a ellos, sin trampa ni cartón, sin engaños, tan solo con el dolor alimentando mi garganta, verbalizo sentimientos y experiencias que nadie conoce.

Todos ellos forman parte de la muerte en vida en la que me he mantenido estos largos años. Les relato cómo Eben me puso a salvo del incendio que yo misma provoqué para recibir a la muerte tras haber abandonado a Kosmo y Bruno. Les confío cómo me ofreció una nueva vida en el zoco, escondida tras una falsa identidad, como suegra de Abel. Les confieso que durante todo este tiempo nos hemos convertido en la sombra de Iaakov, registrando cada uno de sus pasos y recogiendo información con la que poder destruirle. Y les pido perdón por las mentiras, las ausencias y por mi cobardía.

Lo más paradójico es que aunque consiguiese desaparecer de sus vidas, ellos nunca estuvieron más presentes que entonces en la mía como una fuerza de gravedad de la que me era imposible escapar. La vergüenza y la

culpa me acunan, la generosidad de Bella y el amor incondicional de Bastian, pese a mí misma, me rescatan del olvido. Al fin respiro y siento que comienzo a vivir.

Camino junto a Kosmo, mi hermano, y la cadencia de nuestros pasos acompasa también nuestros corazones. La distancia que nos separaba ha desaparecido y en su lugar crece un sentimiento tan fuerte que consigue desconcertarme. Cada uno ocupamos nuestro lugar y ahora sé que el mío camina junto a él. Me sonrío, le noto nervioso e impaciente. Sin duda su anhelo por ella es tan intenso que le faltan las mismas horas que le sobran para poder estar de nuevo junto a Pétrola. Lo sé porque yo siento lo mismo por Ofelia y cada minuto que no paso junto a ella es un momento perdido.

Acelero el paso para alcanzarle, espoleado por la ansiedad vuela sobre el asfalto. Estamos cerca, muy cerca. El olor a sal despierta mis sentidos y el calor del sol me reconforta. Escucho mi nombre y contemplo su rostro mientras nos saluda con energía desde el muelle. Es el reflejo de la felicidad que ha bendecido a mi amigo Miguel. Buscaba impartir justicia sirviendo a una noble causa y lo que ha encontrado ha sido algo mucho más grande. Su lugar, su corazón, su familia y su única razón, que Dana y el hijo que espera copan por completo. No tengo ninguna duda de que regirá el destino del poblado con la misma prudencia y determinación de las que ha hecho gala Eben, pero sobre todo lo conducirá guiado por un corazón solo comparable en tamaño a la envergadura de este gigante.

De repente, lo siento de nuevo. El aire transporta un penetrante olor floral, ella está aquí. Me giro y sus ojos verdes y profundos me traspasan. “¡Cuídate de Ofelia! La serpiente te busca”, fueron las palabras con las que Bella me previno. Mas, ¿cómo encontrar la cura para un corazón que no quiere sanar?, porque prefiere atarse a esta sensación de desasosiego que siento cada vez que me separo de ella. Su sonrisa me abraza, su mirada me habla y sus palabras me enseñan todo lo que necesito ver.

—¡Ttcha-tcha-tcha-tcha-tcha! —escucho a Miguel a mi espalda—. Ya pensé que tendría que ir a buscarte para despedirme de mi urraca favorita.

—Dana, espero que controles el sentido de humor tan áspero y machacón de este gigante o tendré que pasarme yo por el poblado para ponerle firme —responde Ofelia entre risas. Miguel se acerca a ella y con sus enormes brazos la rodea, abrazándola como si fuese una muñeca.

—¡Gracias por todo, amiga! —añade Dana visiblemente emocionada.

—No os pongáis sentimentales o me vais a hacer llorar —replica Ofelia que, aunque se esfuerza, apenas puede contener las lágrimas.

Me acerco a ella mientras Pétrola y Kosmo se unen al grupo y tomo su mano. Ella se sobresalta, pero responde a mi gesto refugiándose en mí y aplacando el llanto entre mis brazos. Sintiénola tan cerca, comprendo que la guardaré toda mi vida y que nada me podrá separar de Ofelia. Levanto la mirada y veo cómo Miguel y Dana se alejan. Su imagen se desdibuja en el horizonte pero según va desapareciendo, se graba con más fuerza en mi corazón.

El momento ha llegado, uno de los muchos adeudos que tengo pendientes está a punto de salvarse. Veo cómo Bastian, Kosmo, Bruno y Ofelia se alejan hacia la sala de los escribas mientras Pétrola se dirige hacia mí. Bastian rodea y abraza a Kosmo, ¡mi dulce niño!, mientras que Bruno mantiene una posición más alejada y distante. Pero Ofelia, cual intrigante y necesaria colaboradora, lo empuja a unirse a ellos, fundiéndose padre e hijos en un tierno saludo, de esos que restituyen una vida entera. Tiemblo de emoción y lloro con una alegría espesa y pegajosa que parece querer aferrarse a mi piel para devolverme tantos años de renuncia. Pétrola que se da cuenta de lo que está ocurriendo, me sonrío y me ofrece su pañuelo para que seque mis lágrimas, pero yo no deseo detenerlas, quiero que fluyan y limpien mi rostro y mis recuerdos.

—¡Mi niña! Te agradezco mucho que hayas venido. Hay muchas cosas de las que tú y yo tenemos que hablar —me dirijo a ella emocionada, esperando ansiosa su perdón—. Necesito que entiendas por qué acudí a ti, pero sobre todo necesito que me perdones. Nunca quise ponerte en peligro, jamás me hubiese perdonado causarte ningún mal.

—Remiel, Gabriel, Rafael, Uriel, Miguel, Rael... ¿Por qué no dirigirte a mí como Penélope? Yo estaba obligada a guardar bajo secreto todo lo que me fuese confiado —Pétrola me pregunta sin resentimiento, ni enojo, sino con afectada curiosidad.

Saco mis consumidas manos de los bolsillos y las desnudo, retirando los viejos guantes que las ocultan desde aquella aciaga noche.

—Míralas, Pétrola, estas son las manos de una escriba que ya no puede escribir y que apenas puede valerse por sí sola para muchas tareas cotidianas. Iakov no solo pisoteó mi alma, también quebró mis esperanzas y mi cuerpo. Aunque lo que me llevó hasta ti no fueron estas manos malogradas, sino tu

mente prodigiosa. Tenía que poner a salvo todo lo que habíamos descubierto, mucho más allá de lo que pueda encerrar un simple papel. Pero no tenía derecho a colocarte ante la difícil elección de ser fiel al hombre que te crio como a una hija o a tu juramento como escriba.

—¿Hablas de Bastian?

—¡Sí! Mi guapa Pétrola, tú eres nuestra memoria y la expresión de que el hombre ha aprendido, de que puede cambiar. Nuestro futuro pasa por no repetir nuestra historia y aprender de nuestros errores. Y aunque no me corresponde a mí desvelarte quién eres, has de saber que solo he conocido una persona que atesoraba tu talento, tu tesoro.

No dice nada más, pero no hace falta, su mirada limpia y franca, su sonrisa y ese sabor a pureza que desprende toda ella, me hablan de perdón.

—Lo entiendo, Penélope, y no creo que ninguno de nosotros pueda reprocharte nada. Solo hay una cosa que me gustaría preguntarte.

—Lo que necesites.

—Los mensajeros son siete. Sin embargo, hay un escrito que aún no he podido descifrar. Después de escudriñar dentro de mis recuerdos, me he dado cuenta de que nunca llegué a completarlo porque era aquel en el que estaba trabajando cuando tuve que huir de mi celda. El de Sauriel, también conocido como «el vigilante de las almas pecadoras».

—Me temo que tenemos un problema, me preguntas algo que no puedo responder. Nunca te encargué un escrito bajo ese nombre, no soy yo la persona que podrá darte esa respuesta. Aunque, por tu expresión, creo que tú ya sabes a quién has que dirigirte.

Después de reunirme con Ofelia, seguimos las instrucciones que nos ha dado Solomón, hemos de vernos en el archivo general del *scriptorium* con él. “Tengo algo importante que comunicaros”, fue lo que nos dijo. Mi mente ruge de actividad y la información se descarga delante de mis ojos como si fluyese en el carrusel de una pantalla de ordenador. Es la primera vez que me adentro en estos corredores, pero las indicaciones que Anne me ha dado son tan precisas que en pocos minutos nos hallamos ante nuestro objetivo. Respiro hondo y exhalo en ese aliento que expulso mi miedo. El destino me espera tras esa puerta. Un origen que me ha sido negado demasiado tiempo y que hoy escribirá su huella en mis recuerdos.

—¡Amai! —susurro mientras cruzo el umbral y mis ojos descubren con sorpresa que Solomón no está solo. Isabel, la madre de Ofelia, está junto

a él—. Sauriel, Suriel, Suriyel, Sarakiel, Sealtiel, Saraquel, Sahariel, Seriel, Zerachiel, Surya, Juriel, Esdreel, Ariel, Asaryalyor o Jariel —pronuncio en voz alta—. Tú eres «el vigilante de las almas pecadoras», el que vigila las injusticias que sangran la Tierra, aquellas que los ángeles caídos que engendraron gigantes vertieron sobre nuestro mundo. El trompetista, el mensajero de la muerte, que como un agente doble servía a los hijos de las tinieblas cuando en su escudo brillaba oculta la marca de la luz.

—Pétrola, veo que es imposible engañarte. ¡Bienvenidas seáis las dos!
—saluda Solomón con ironía.

Es un hombre desconcertante, siempre me ha parecido oscuro y débil, como si necesitase medirse en relación a lo mucho o lo poco que los demás ven en él, como si fuese desdichado al observar la felicidad y el bien ajeno.

Sin embargo, es mucho más que todo eso y ha sabido canalizar sus déficits y su insatisfacción hacia un objetivo mayor que todos nosotros y aunque no puedo defender algunos de sus métodos y acciones, a su manera ha abanderado una deseada justicia, manchándose las manos de desprecio, de envidia y de desdén para ocultar su verdadera faz.

Observo a Ofelia, que parece desconcertada, al darse cuenta de que la reducida reunión supondrá mucho más que un mero trámite.

—Mi bien, has de saber que nunca quise causarte ningún mal. Te quiero, mi amor —confiesa Isabel, dirigiéndose hacia ella y acariciando su rostro.

—¡Pétrola y Ofelia! ¡Amai y Maia! Ambas sois hijas del río, con los pies en la tierra y la mirada en el horizonte dibujado por el Yulia. Habéis crecido separadas, mas compartís una historia en común. Os he guardado desde pequeñas e incluso adopté la torpe forma del último mensajero para que os fuese revelado vuestro verdadero origen —Solomón establece el silencio creando una pausa un tanto teatral y noto cómo Ofelia coge mi mano.

Nuestras miradas se cruzan como aquella noche en la que llegamos al poblado, mientras Solomón abre mi bitácora y comienza a leer...

“¡Sauriel, el vigilante de las almas pecadoras! Continúa lloviendo y el frío cala mis huesos y mi determinación. Las fuerzas me fallan pero no puedo abandonar, debo dirigirme al *scriptorium*. Ruth ya no está, su alma vuela libre y ha regresado por fin al Yulia, el río que la vio nacer y que corría por sus venas con fuerza. ¡Cumpliré la promesa que te hice, amiga! Ya estamos cerca, pronto acabará todo y por fin podrás encontrar la dicha de saber a tu niña a salvo.

La ira de Iaakov es temible y no perdonará que le haya arrebatado su trofeo. Debo darme prisa. El dolor en el pecho es cada vez mayor y creo tener décimas de fiebre, pero eso no ha de detenerme. Temo que el golpe que recibí al escapar del hospital me haya magullado alguna costilla. Me duele al toser e incluso respirar se convierte en una tortura. Me detengo cerca de la *estoa* principal y busco refugio bajo su pórtico.

Dejo el cesto en el suelo y ausculto mi tórax, palpo con cuidado la zona y compruebo con preocupación que los hematomas están visiblemente hinchados. Los peores augurios podrían cumplirse y cualquier movimiento brusco podría hacer que la costilla rota me perforase un pulmón u otro órgano. Respiro hondo y el silencio da al traste con mis débiles esperanzas. Escucho pasos que se acercan. Estoy atrapada. El dolor se hace tan intenso que temo marearme y perder el sentido. Abrazo con fuerza a Amai y lloro desconsolada al saber que he faltado a mi palabra.”

—Así es como encontré a Carlota aquella noche, se había desmayado en la *estoa* del ágora mientras te acunaba entre sus brazos, ¡Pétrola! Os puse a salvo a las dos y durante unos meses os refugiasteis en secreto en la celda que hoy ocupas. Pero un día Carlota desapareció sin más y lo único que dejó fue un corazón roto y yermo junto a una nota en la que me confiaba la última voluntad de Ruth. Pedí ayuda a Bastian y fingimos el sabotaje del *heike* principal del *scriptorium* el día en el que debía presentarse ante el Consejo. Anne escuchó tu llanto, te recogió y fuiste acogida como una más entre nosotros. Pétrola, eres la viva imagen de tu madre y no solo físicamente. Ruth también tenía esa mente prodigiosa con la que tú nos regalas.

Soy incapaz de reaccionar y no encuentro palabras que pongan nombre a lo que siento. Pero la sorpresa se torna en desconcierto cuando Isabel se acerca nosotras y nos muestra un segundo medallón en el que se lee claramente el nombre de Maia.

—Aquella noche, yo asistí en el difícil parto de Ruth. Supongo que el miedo a las represalias de Iaakov y las prisas por montar una coartada creíble que aplacase la cólera de nuestro verdugo le hicieron dar por muerto al segundo bebé que tuvo Ruth. Porque fuisteis prematuras y tú, Ofelia, la menor de las dos, llegaste a este mundo muy débil. Aún no logró entender cómo pude hacer que la vida corriese por tu pequeño cuerpecito, despertándote del letargo de la muerte. Pero una vez que abriste tus ojos y me miraste no pude entregarte. Te llevé conmigo y le rogué a tu padre que no te separase de mí. Nunca supe lo que había sido del bebé que se llevó Carlota y

dado que todos dábamos por muerto a Eben, te críe como la hija que siempre quise y con la que nunca fui bendecida.

Meses más tarde, Solomón contactó conmigo y me contó lo sucedido, pero para aquel entonces yo hubiese preferido morir a separarme de ti. Pensamos que mantenernos separadas sería lo más seguro para las dos. Contactamos con Otto, le pusimos al tanto de todo y nos ofrecimos a trabajar con él para honrar la memoria de Ruth. Hemos ayudado a mantener a salvo la Casa Azul de la montaña de Bella y registrado oficialmente a todos los alumnos que decidían venir a trabajar a la ciudad. Una resistencia silenciosa que hemos ido tejiendo poco a poco.

Las confesiones se amontonan en mi cabeza y mi mente se bloquea. Estoy paralizada, supongo que es la única defensa que encuentro ante el impacto de lo que acabo de oír. ¿Cómo amortiguar el hecho de que tengo una hermana pequeña y de que mi padre ha dejado de ser una incógnita para cobrar forma en la figura de Eben? Si la resiliencia me exige aceptar lo ocurrido, el evento y seguir adelante, ¿por qué la verdad me paraliza de miedo?

—¡Hermana! —la voz de Ofelia me saca de la parálisis que me agarrota el corazón y sus brazos alrededor de mi cuello desatan mis lágrimas que la reciben con una inmensa y dolorosa alegría.

Es como si las dulces mentiras y amargas verdades se uniesen en este punto de no retorno. Su corazón se acompasa al mío y presintiendo que él se encuentra aquí nos giramos las dos hacia la entrada del archivo. Eben nos sonrío y se acerca a nosotras. Lleva el sufrimiento escrito en su mirada y los ojos del río de nuestra madre tatuados en el corazón. Fuerte, inteligente, carismático, valiente, honrado y poderoso pero que, ante la nostalgia que atenaza su alma, se muestra humano y vulnerable. Él es nuestro padre.

Dicen que el concepto del tiempo es algo relativo y después de hacer un repaso a los últimos acontecimientos que he vivido yo, Pétrola, no puedo estar más de acuerdo. No hicieron falta meses, semanas, días, ni siquiera horas para desdibujar toda una vida, la mía. Sucedió en apenas unos segundos cuando me crucé en el ágora con Kosmo. Ahí comenzó mi historia, de la que hoy escribo un nuevo capítulo, ya que en unos minutos me acompañará hasta la gran biblioteca, la Alejandría, para recibir un honor que jamás hubiese esperado alcanzar. Ser nombrada *armarius* de nuestra orden de escribas y recibir el acceso total a todos los fondos documentales que custodiamos en el

scriptorium, que incluyen archivos, libros, manuscritos, fotografías, partituras, audiovisuales y registros sonoros. Juraré proteger y salvaguardar estos grandes tesoros y en esa vasta tarea contaré con la ayuda de Solomón, que pese a haber sido liberado de su encierro domiciliario ha decidido permanecer junto a mí en este nuevo proyecto.

Aires de cambio que renuevan nuestras vidas y que han llevado a Anne a convertirse en la nueva Maestra del *scriptorium* mientras Bastian y Penélope retoman un camino truncado por la locura de Iaakov. Ofelia va a dirigir el *asclepio* de la ciudad, a Bruno se convierte en la mano derecha de Eben, el nuevo presidente del Consejo y a Kosmo le toca embarcarse en un ambicioso proyecto que llevará servicios médicos y educación a los territorios más desfavorecidos de las *khoras*.

Llaman a la puerta y mi ritmo se acelera, él está aquí. Es la primera vez que visita mi celda, mi refugio, mi mundo. No puedo controlar este nerviosismo que caracolea en mi estómago, encogiéndolo. Franquea la puerta y su sincera sonrisa aplaca mi desazón. Toma mis manos y me saluda con un cálido beso, al que mi cuerpo responde despertando toda mi piel.

—Ven, quiero enseñarte algo —digo, tirando de Kosmo hacia el jardín, mi pequeño oasis.

Él, que permanece con el cuerpo girado hacia la entrada, da un traspié y tropieza conmigo pisándome.

—¿Estás bien? Perdóname, soy un patoso —pregunta.

Sus palabras me trasladan meses atrás y mi corazón reacciona con energía. Me veo en el ágora frente a él, inmóvil e incapaz de articular palabra —. No te preocupes, no ha sido nada. ¿Siempre vas con tantas prisas? ¿A cuántas personas has arrollado hoy? —añado mientras me tiemblan las piernas, recreando aquel encuentro.

—¡Vaya! Parece que he tropezado con toda una gruñona.

—¡Estoy bien, de verdad! Tengo que irme. Llego tarde —mi voz temblorosa se quiebra por completo y mis ojos se humedecen. Los recuerdos que tejen nuestra historia regresan construyendo nuestro presente.

—¡Espera! Antes de que salgas corriendo otra vez, ¿me dirás tu nombre? —Siento el calor de su piel y, sin soltar su mano, le respondo.

—Me llamo Pétrola —el silencio se prolonga entre los dos y, temerosa, hago la pregunta—. ¿Puedes acordarte de todo? ¿De mí?

—No de todo, pero sí de lo más importante. ¿Cómo pude ser tan cobarde? Me avergüenzo de mí mismo y necesito que me perdones. No sé

cómo...

—No sigas, no es necesario. Es momento de mirar hacia delante. ¡Kosmo! Yo ya lo hago y tú deberías hacer lo mismo.

—Supongo que tienes razón. Todos hemos tenido que aprender sobre la marcha muchas cosas en estos meses. Mi amnesia comienza a remitir y debería alegrarme, pero no resulta fácil saber que todos esos recuerdos existieron aunque yo los haya perdido. No quiero olvidar ni un solo de los minutos que he pasado junto a ti y, aunque a veces sean simples fogonazos y reflejos, todos los días trato de recuperarlos.

Contemplo a Kosmo, más allá de lo que los ojos pueden mostrar, y la imagen que me devuelve me enternece. Le abrazo, me refugio en él y cierro los ojos arrullada por su calor. Quizás en sus palabras está la clave de lo que ha sido hasta ahora mi vida, un reflejo, un fogonazo, una breve frase escrita de tirón.

Caminaba sin ser consciente, respondiendo involuntariamente a los cambios de dirección que me iba encontrando. Sin embargo, desde que le conozco ese estímulo ha entrado en contacto con la superficie que separaba mi vida anterior, ordenada y calculada, con la real, obligándome a regresar al punto donde todo se originó.

Kosmo es un rayo de luz que chocó contra mí despertándome para siempre. Porque ahora sé que las palabras no son lo importante, ni siquiera lo que dicen representar, si no lo que cada uno de nosotros construimos con ellas. ¡Sí, soy Pétrola, la escriba! Te presto mi voz, incluso te regalaré mi sonrisa, pero hay algo que no entregaré. Mi alma, ese luminoso reducto que no se escribe con letras sino con cicatrices de vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Olvida lo que has dado para recordar lo recibido

Siempre me ha gustado esta frase del poeta Mariano Aguiló, que nos habla de la gratitud. Para los que me habéis acompañado a lo largo de este libro, por mucho que me haya podido dar el escribirlo, yo he recibido mucho más. Así que comenzaré recordando a quienes han posibilitado que haya llegado hasta aquí. Son muchos y espero no olvidar a ninguno, puesto que a todos ellos les debo un reconocimiento sincero...

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi madre, que además de lectora en primicia de todos mis escritos, casi es ya mi editora, correctora y conejillo de indias. ¡Gracias!

Continúo con la maravillosa Wikipedia, que se nutre de artículos de escritores desinteresados, de la que extraigo pistas sobre las que después investigar.

Tercero, debo deciros que en este libro hemos viajado sin movernos del sillón. ¿Adónde?, preguntaréis. Pues a los pueblos flotantes que emergen de las marrones aguas del Tonlé Sap, un inmenso lago de agua dulce situado en Camboya; a la Quinta da Regaleira, en Sintra, increíble palacio, Patrimonio de la Humanidad declarado por la Unesco, rodeado de hectáreas con espectaculares jardines, lagos, grutas y lugares tan enigmáticos como su pozo iniciático; a la pequeña isla griega de Andros, con su imponente guardián, el Faro de Tournitis, que fue reconstruido por un sentido padre que quiso homenajear así a su hija fallecida, Violanda; a mi ciudad, Madrid, o debería decir al Magerit andalusí, para perdernos en «la ciudad bajo la ciudad» por su laberinto subterráneo de pasadizos y túneles; o al complejo de

la Ciudad de las Artes y las Ciencias de la ciudad de Valencia, que se extiende a lo largo de dos kilómetros en el antiguo cauce del río Turia, donde destacan cinco grandes estructuras, el Hemisfèric, el Museo de las Ciencias Príncipe Felipe, el Umbracle, el Àgora y el Oceanografic, que nos han acompañado a lo largo de toda la novela.

Cuarto, agradecer la contribución que han supuesto artículos como el *Concurso de Anteproyecto Casa Mediterráneo en Estación de Benalúa–Alicante*. Proyecto Fabrizio Romano, Daniele Panci y Daniele Natoli; *Así es la técnica para escribir 225 palabras por minuto... a mano*, de Xatakaciencia; la monografía *¿Las cosas son en realidad como las percibimos?*, de Luis Ángel Ríos Perea; el texto *Tlacuilo: el pintor*, del Códice Matritense; y la *Teoría de las élites*, de Rocío Valdivielso del Real - Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Quinto, recordar dos aportaciones muy importantes, el poema *Al faro de Malta*, creado por Ángel María de Saavedra y Ramírez de Baquedano, escritor, dramaturgo, poeta, pintor y político del siglo XIX; y un guiño a uno de nuestros cantantes más populares, Pablo Alborán y su canción *Desencuentro*. Volved a leer en el capítulo 9, Algún engaño se oculta, cuando Ofelia se da cuenta de lo que siente por Bruno y lo entenderéis.

Sexto. También es obligado hacer una reseña al material que he utilizado directamente de las publicaciones de estos dos años de trabajo en el blog del que soy editora, *Mujer después de los 40*, como *¡Deja que tus ojos hablen por ti!* o *Mi diario... El Oceanografic una gran visita difícil de olvidar*.

Séptimo. Casi, casi termino con un apunte obligado porque las mujeres del Yulia recogen retazos, fagonazos..., de la historia de la que fue conocida como “la Reina de los bandidos”. Phoolan Devi, perteneciente a una de las castas más castas más bajas (una *dalit* en la novela) de la India, que fue ladrona y jefa de una banda. Al salir de la cárcel, llegó a ser diputada, nominada al premio nobel de la paz y, finalmente, asesinada como venganza por su participación en un oscuro episodio de una matanza.

Y ya sí, por último...

¡Gracias a todos vosotros que me habéis acompañado hasta aquí!

Un abrazo.

GLOSARIO

Para facilitar al lector su viaje por el mundo de *Te presto mi voz*, he recogido en este glosario los términos que dan forma al universo tan especial de Pétrola:

Abaton: Unidad que forma parte del *asclepio* de la ciudad, hospital donde se interna a los enfermos.

Agregados: Son cada uno de los vocales que conforman el Consejo General de la ciudad.

Armarius: Director del *scriptorium* cuya máxima función es la de proveer a todos los escribas de lo necesario para desempeñar su trabajo.

Areópago: Dícese del presidente del Tribunal de Justicia.

Asclepio: Es el centro de salud general de la ciudad.

Atramentum: Dispositivo utilizado por los escribas para incluir el audio, imágenes y música a los mensajes.

Ayos: Altos cargos del *scriptorium* que instruyen a los nuevos escribas y detentan puestos de relevancia en los organismos de gobierno de las ciudades como el de interpretar las comunicaciones, información y escritos que se reciben.

Baazar: Mercado o zoco de la ciudad.

Bitácora: Libro personal de cada escriba que recoge su historial, libros, escritos, envíos y comunicaciones con los *dominus*.

Cálamo: Archivos interactivos con forma de estuche, controlados con un dispositivo que el escriba lleva en la muñeca, en los que se puede escribir y guardar escritos o mensajes.

Caravasar: Albergue ubicado en el interior del *baazar* que da hospedaje a los extranjeros que llegan a la ciudad.

Clepsidra: Reloj de agua con él que se mide el tiempo de réplica y las contrarréplicas de la acusación en un juicio.

Cleroterion: Antiguo manuscrito que contiene el juramento de apertura utilizado en los juicios.

Cuaterniones: Cuadernillos con el *planning* de trabajo que un escriba debe

cumplimentar manualmente a diario.

Cultellum: Puntero con el que el escriba elimina o corrige las erratas y partes del texto que no pasan el examen final antes del envío.

Dikastes : Figurantes de un juicio que realizan las labores de jurado.

Dominus: Dícese del nombre que reciben los clientes de los escribas.

Estoa: Pórtico, es una construcción propia de la arquitectura clásica, uno de los más elementales (más explicación, pág. 17).

Festuca: Bastón de poder que se le entrega al Presidente del Consejo de la Ciudad en su nombramiento.

Gladuis: Espada de poder que se entrega al Presidente del Consejo de la Ciudad en su ceremonia de nombramiento.

Heike: Portales que permiten tele-transportarse de un lugar a otro de la ciudad.

Hemaka: Lugar en el que se ubican las celdas en las que viven los escribas.

Horo: Señal de piedra utilizado para delimitar las propiedades.

Kanji: Sinogramas utilizados para expresar de forma escrita el lenguaje oral.

Khoras: Territorios que rodean la ciudad, pueden ser zona rural de interior o costeras que se rigen según sus leyes de la urbe.

Kulchie: Insulto referido a los habitantes de las *khoras*.

Oiko: Familia extensa en base a la que organiza la vida en las *khoras*, que vela por mantener las normas y valores sociales.

Penna: Pluma del escriba que tiene un modo manual y otro digital.

Scriptorium: Lugar en el que viven reclusos y trabajan los escribas.

Libros Mablaz CLÁSICOS de Ciencia Ficción recuperados



-
- [1] Si junto a tu biblioteca tienes un jardín, nada te faltará.
- [2] Disposición semejante a la figura de un cinco de dados, con cuatro puntos que forman rectángulo o cuadrado y otro punto en el centro.
- [3] La *stoa* (στοῶ, palabra griega, transcribible como stoá, en plural stoai, castellanizable como *estoa* y traducible como 'pórtico') es una construcción propia de la arquitectura clásica, una de las más sencillas: un espacio arquitectónico cubierto, de planta rectangular alargada, conformado mediante una sucesión de columnas, pilares u otros soportes (columnata), y, en su caso, muros laterales. En el urbanismo griego solía formar parte de espacios públicos como gimnasios y jardines; aunque su localización preferente era el ágora (la plaza pública de las ciudades griegas). Aunque la palabra *estoa* no se recoge en el DRAE, está recomendada por el departamento de «Español al día».
- [4] Yo volveré, tú nunca.
- [5] Mientras las cuentas, las pierdes.
- [6] A través de la paja que está en tu cayado.
- [7] Por la razón o la fuerza.
- [8] A través de la norma.
- [9] De la lanza a la corona.
- [10] Ninguna prueba falsa, sin mentiras pagadas, solamente la verdad saldrá a la luz.

[\[11\]](#) Ninguna prueba falsa, sin mentiras pagados, solamente la verdad saldrá a la luz.